



Park de Honor

SERIE RIVALES 3

DESTY MOORE

PACTO DE HONOR

❧ SERIE RIVALES 3 ❧

DESTY MOORE



©DESTY MOORE

Primera edición, 2024

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Sinopsis

Lo había perdido todo, pero no contaba con perder también su corazón.

Caitlin MacKenzie no había tenido buena suerte en el amor al elegir siempre al hombre equivocado. Quizás por ese motivo se siente atraída por el rudo y enigmático Farlan MacBean, aunque jamás admitiría sus sentimientos ante ese odioso hombre, por muy atractivo que resultara.

Farlan MacBean es un proscrito que aparece en el castillo de los MacKenzie con una misión. Rescatar de las mazmorras de su enemigo a su hermano. Para conseguirlo, se acerca a Caitlin, hasta que cambia su plan y decide secuestrar a la muchacha. Un plan que resultaría sencillo, si ella no fuera una fiera de lengua afilada.

Pero Farlan no solo tendrá que lidiar con la orgullosa y testaruda Caitlin, o con el temible Blaine MacKenzie que va tras ellos, sino con enemigos y complots ocultos que acechan entre las sombras.

💎💎 No te pierdas la tercera y última novela de esta serie ambientada en las salvajes y bellas tierras altas.

Serie Rivales

1º Red de traición

2º Red de sospechas (La historia de Nial)

3º Pacto de honor (La historia de Caitlin)

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Enfrentaodos](#)

[Siguiente serie de la autora](#)

[Notas](#)

Capítulo 1

Tierras MacKenzie, Highlands de Escocia,

Mayo de 1568

Desde que había pasado de niña a mujer, muchos hombres habían mirado a Caitlin MacKenzie, aunque, ninguno de ellos la había observado como lo hacía este hombre. A diferencia del resto, su mirada no estaba llena de lujuria. Su mirada era mucho más profunda que eso, mucho más insondable, y tan profunda como su alma.

—Es un atrevido, —murmuró a su lado su prima Seelie MacKenzie mientras caminaban entre los puestos de coloridos artículos y tentadores alimentos que se exhibían en el mercado de Dalmally. —Deberías encontrar a Bruce y hablarle sobre ese patán. Bruce pronto lo tendrá de rodillas, suplicando perdón.

Durante un fugaz instante, Caitlin consideró, para luego descartar, esa sugerencia. Por el aspecto del desconocido de pelo oscuro, Bruce bien podría tener las manos ocupadas un tiempo intentando poner a ése de rodillas.

Parecía tener unos veinte años, era alto, y ancho de pecho y hombros. El grueso de su anodino chaleco escocés con cinturón hacía poco por ocultar el hecho de que era de constitución poderosa. Sus brillantes ojos azules, cuando su mirada se encontró de nuevo audazmente con la de ella, estaban encendidos de una inteligencia desapasionada. Una inteligencia que era a la vez escalofriante y, por el contrario, cautivadora.

Sí, pensó Caitlin con un estremecimiento de lo más desconcertante, Bruce sí que tendría las manos ocupadas con ese. Además, no servía de nada empezar una pelea con un hombre sólo porque decidiera mirarla fijamente demasiado tiempo. No era la primera vez, después de todo, ni probablemente sería la última.

Con una última mirada burlona en dirección al alto Highlander, se volvió hacia su prima.

—No importa, no merece nuestra atención. Es probable que sólo sea un hombre desterrado, si su raída tela escocesa sirve de indicio. Y cualquier hombre sin un clan al que llamar suyo ya tiene suficientes problemas.

—Sí, ya tiene suficientes problemas, —afirmó Seelie—, por eso, tal vez no debería buscar más lanzando miradas irrespetuosas a las muchachas del lugar. Y, especialmente, no a la hermana del jefe del clan.

Caitlin se rio.

—Bueno, puede que él no lo sepa, ¿no?

Se detuvo ante una larga mesa llena de chales de lana fina, pañuelos bordados y fajas.

—Volvamos a la tarea que nos ocupa, ¿te parece? Tengo que comprar un regalo para el día del parto, y le prometimos a Bruce que no estaríamos en esto toda la tarde, como la última vez que vinimos al mercado.

Seelie asintió.

—Sí, supongo que tienes razón. Aun así, a pesar de su aspecto moreno y bravucón, creo que ese forastero grosero se pasa de la raya...

Casi por voluntad propia, la mirada de Caitlin se desvió en la dirección en la que había estado el hombre. Ya no la miraba a ella, sino que había desviado su atención hacia otro hombre que ahora estaba a su lado. Aunque su compañero también era alto, le llegaba por el hombro al arrogante desconocido. De pelo rubio rojizo, era de complexión más delgada, con hombros estrechos y dedos largos, casi delicados, y parecía tener varios años menos que su moreno compañero. Colgando del hombro llevaba una gran bolsa de cuero que parecía contener algún objeto de forma triangular.

Justo en ese momento, el Highlander moreno miró hacia ella, y una penetrante mirada azul acero se clavó en la suya. De algún modo, había vuelto a atraer la atención del cada vez más insufrible hombre.

Estuvo a punto de apartar la mirada, pero sabía que sería una cobardía. También llevaría al montañés de pelo castaño a imaginar que se había sentido intrigada por su apreciación.

En lugar de eso, como si fuera una advertencia, frunció el ceño con fiereza. Él sonrió a su vez.

La sangre caliente le llenó las mejillas. ¡Vaya con el arrogante patán! ¡Cómo se atrevía! Estaba tan por debajo de ella que era una mera araña arrastrándose por el suelo.

Con un altivo revoloteo de su larga y negra cabellera, Caitlin se dio la vuelta, cogió el primer chal de colores que le llamó la atención y apretó una más que suficiente moneda en la mano del sorprendido tendero.

—Envuelva esto, —pidió—. Ya es hora de que nos pongamos en camino.

Cinco minutos más tarde, con el paquete metido bajo el brazo, Caitlin, con una desconcertada Seelie correteando tras ella, se abrió paso entre la bulliciosa multitud de compradores. Pronto encontraron a Bruce roncando suavemente en la parte trasera del pequeño carro, con un extremo de su tela escocesa azul oscuro, amarillo y verde colgado sobre la cara para hacerle sombra a los ojos. Seelie lanzó una mirada maliciosa a Caitlin y luego agarró el pie del joven y le dio un tirón.

—Despierta, holgazán, —gritó—. Tu señora Caitlin desea partir.

Con un bufido, el escocés de complexión robusta se incorporó y empezó a intentar desenredarse de la tela escocesa que de algún modo se le había enredado. Seelie se rio, e incluso Caitlin no pudo evitar una risita. Finalmente, casi tan colorado como los mechones castaños que le caían sobre los hombros, el joven Highlander consiguió zafarse, se pasó por el hombro el resto

de la tela escocesa que le quedaba del tartán y la sujetó con un alfiler.

—Podíais haberme avisado de otra forma de vuestro regreso, —se quejó—. Me había imaginado que tardaríais una o dos horas más, como la última vez.

—Anda, no te preocupes, —dijo Caitlin a modo de consuelo mientras guardaba su paquete bajo el asiento del carro—. Hemos terminado pronto, para variar. Y, gracias a ello, pronto serás un hombre libre, en cuanto consigamos...

De los alrededores de la iglesia del pueblo, donde Bruce había dejado el carro, salieron dos hombres altos, en dirección a ellos. Caitlin se quedó sorprendida. Eran el hombre de pelo oscuro y su acompañante rubio. ¿Qué podrían querer?

Miró a Seelie y se encontró con su mirada. Su prima abrió la boca para hablar, pero Caitlin le hizo con la cabeza una rápida sacudida de advertencia. La boca de Seelie se cerró de golpe.

Bruce volvía de desatar al caballo del árbol donde lo había atado. Cuando por fin divisó a los dos hombres que se les echaban encima, su expresión amable y abierta no cambió.

—Que tengáis un buen día, —dijo el forastero moreno cuando él y su acompañante se acercaron por fin ante ellos—. Me han dicho que sois del clan de los MacKenzie. ¿Acaso os dirigís hacia allí?

—Sí, eso hacemos. —Bruce hizo una pausa, demasiado cortés y abierto a atender más preguntas.

—Mi amigo y yo deseamos conseguir una audiencia con el MacKenzie. ¿Podríamos acompañaros en el camino? —Brevemente, su mirada barrió una vez más a Caitlin—. Es una hora larga de viaje, por lo que he oído, y dos hombres más ofrecerían protección adicional contra cualquier forajido o ladrón.

—Como si alguno se atreviera a atacar a los MacKenzie...

Una rápida mano en el brazo silenció inmediatamente a Seelie.

Caitlin logró esbozar una sonrisa mientras dejaba caer subrepticamente la mano a su costado.

—¿Y cuál sería vuestro asunto con los MacKenzie? Si no os importa que os pregunte, claro.

Unos ojos brillantes del color de la plata azul captaron los suyos.

—No, no me importa que preguntéis. Mi amigo es un bardo itinerante, y pensó que vuestro jefe podría disfrutar de alguna canción e historia esta noche. A menos que ya tenga un bardo propio.

—Ay, ya no lo tiene. Elliot Ramsey murió hace apenas un año, y el jefe MacKenzie aún no ha encontrado un sustituto adecuado. Seguramente estaría encantado de ofrecer a vuestro amigo la hospitalidad de su hogar. —Caitlin hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Pero, ¿qué hay de vos? La valía de vuestro amigo es evidente. ¿Qué tenéis vos que ofrecer a los MacKenzie?

Algo duro y frío brilló en los ojos del alto Highlander, y luego desapareció con la misma rapidez. Se rio entre dientes y señaló la claymore, una espada tan larga como alto era un hombre,

que llevaba sujeta a la espalda.

—Nada, salvo que voy donde lo hace mi amigo, proporcionándole compañía además de protección. Los bardos no suelen ser diestros en el manejo de la espada, mientras que yo sí. Además, el arpa que lleva está muy bien labrada y, por tanto, es muy valiosa.

Caitlin miró la claymore. En tiempos como aquellos, su pretensión de servir de escolta armada sonaba a verdad. Sin embargo, había algo en él que no encajaba bien. De hecho, había algo en el moreno que la atraía y la repelía a la vez.

Contemplando sus ojos hipnotizadores, Caitlin se sintió como una polilla atraída por una llama. Una llama que encerraba una promesa de santuario y calidez, pero que al mismo tiempo amenazaba peligro.

Y bien que debía hacerlo, se recordó ferozmente a sí misma. Había conocido antes a hombres así, innegablemente atractivos en un sentido oscuro, rudo y pícaro. Hombres que, por desgracia para cualquier muchacha que cayera presa de sus encantos masculinos, sabían muy bien cómo utilizar ese poder sobre una mujer. Sin embargo, había poco honor que encontrar en tales hombres. Si algo había aprendido Caitlin en el último año, lo había aprendido dolorosamente bien.

—Parecéis lo bastante capaces de proporcionar protección, —dijo al fin, cayendo tardíamente en la cuenta de que todos esperaban su respuesta—. Y supongo que no hay nada malo en permitir que nos acompañéis. Sería lo más hospitalario, ya que sois forasteros en las tierras de los MacKenzie.

El moreno intercambió una mirada con su amigo y luego, volviéndose hacia Caitlin, asintió.

—Sí, eso somos. Forasteros en tierras de los MacKenzie.

Extendió la mano.

—Mi amigo se llama Gavin Buchanan, y mi nombre es Farlan Sinclair.

De repente, sonrió, y el cambio fue devastador. Fue como si el sol, que hasta entonces había estado apagado, hubiera estallado en un resplandor brillante. El pulso de Caitlin dio una gran sacudida y luego se aceleró. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para agarrarle la mano y darle un rápido apretón.

—Bueno, Farlan Sinclair, me llamo Caitlin MacKenzie, y Seelie y Bruce MacKenzie son mis amigos, —se obligó a decir antes de soltarle la mano.

Dándose la vuelta, se dirigió al asiento delantero del carro.

—Aun así, como apenas os conozco, difícilmente puedo llamarnos amigos. Espero, sin embargo, —dijo mientras se acomodaba en el asiento, y luego lanzó una rápida mirada por encima del hombro—, que, de un modo u otro, nunca seamos enemigos.

—Ése también es mi deseo, muchacha. —Sus labios firmes y bien moldeados formaron una sonrisa—. De hecho, mi más ferviente deseo.



Era una muchacha bonita, pensó Farlan mientras caminaban a un lado del carro. Una muchacha que llevaría a la mayoría de los hombres a la perdición, enviando sus pensamientos en direcciones salvajes e ilógicamente esperanzadoras. Direcciones que, en última instancia, estaban condenadas al humillante rechazo y la decepción. Para la mayoría de los hombres... pero no para él.

De hecho, un apasionado revolcón con la belleza de pelo ébano y ojos verdeazulados era lo más alejado de la mente de Farlan. No se dirigía al castillo de los MacKenzie para seducir a las muchachas del lugar o proporcionar a Blaine MacKenzie y los suyos un agradable interludio de historias y canciones, aunque, por necesidad, tal era la apariencia bajo la que debían viajar para infiltrarse en las defensas. Infiltrarse y rescatar a su hermano mayor de las profundidades de las mazmorras de los MacKenzie.

No importaba si Kester era inocente o culpable de los cargos que se le imputaban. Para él, nunca lo había sido. Incluso ahora, Farlan, que en aquel momento no había estado cerca del incidente que había sido la perdición final de los MacBeans, no estaba seguro de quién había instigado realmente la brutal matanza. Todo lo que sabía era que su padre, su hermano y otros miembros del clan habían conseguido matar a una gran cantidad de MacNabs en su propio salón durante un festín. Los mataron y ahora, casi un año y medio después, seguían pagando un precio horrible.

Gracias al acto de proscripción que se les impuso a causa de aquella fatídica noche, todos los MacBeans, fueran hombres, mujeres o niños, eran ahora criminales perseguidos. Bajo pena de muerte, los MacBeans tenían prohibido vestir el tartán distintivo de su clan o utilizar el nombre de su clan, y debían asumir el nombre de otro clan. Sus tierras habían sido incautadas, sus armas confiscadas y ningún otro clan podía acogerlos o asociarse con ellos.

Afortunadamente, aún quedaban unos pocos clanes dispuestos a ofrecerles comida y cobijo, y a permitirles utilizar su propio nombre de clan. Los Buchanan y los Sinclair eran dos de ellos.

No obstante, a Farlan se le calentaba la sangre cada vez que se veía obligado a afirmar ser lo que no era. Le atormentaba avergonzarse a sí mismo y a los MacBeans escondiéndose cobardemente tras la apariencia de otro clan y su nombre. Enterrado en lo más profundo de su alma, crecía una rabia amarga contra todos y cada uno de los hombres remotamente responsables de la persecución que, a su debido tiempo, pretendía borrar al clan MacBean de la faz de la tierra.

Blaine MacKenzie era parte integrante de la trama. Habían sido sus hombres, después de todo, quienes habían cazado a Kester en Hell's Glen, un estrecho y rocoso tramo de valle en lo más profundo de las tierras de los MacKenzie, entre los imponentes picos de Stob an Eas y Cruach nam Mult. Habían sido hombres de MacKenzie quienes lo habían traído de vuelta para que se pudriera en el calabozo del castillo mientras esperaba su sentencia y ejecución.

No importaba que Blaine MacKenzie perteneciera a los Breadalbane MacKenzie, una casa separada del clan MacKenzie, y que hubieran sido los Argyll MacKenzie quienes habían buscado activamente el acto de proscripción de la Corona escocesa. Habían unido sus fuerzas de buena

gana cuando se firmó la proscripción, y de buena gana habían dado la espalda al clan MacBean.

El rescate de Kester sería muy difícil, Blaine MacKenzie no era tonto, y Kester estaría sin duda fuertemente custodiado, y el castillo era un castillo bien fortificado.

Un ataque frontal y mucho más honorable era imposible. El clan MacBean, como la mayoría de los clanes vecinos, no era rival ni siquiera para el poderío de los Breadalbane MacKenzie. Y cualquiera que se atreviera a atacar a Breadalbane pronto tendría que vérselas también con Argyll.

El subterfugio y el engaño eran las únicas armas que Farlan poseía. Era lo único que le quedaba a cualquiera de su clan, pues ya no les quedaba honor: la proscripción se lo había arrebatado con la misma certeza con la que les había robado su nombre, sus tierras e incluso sus vidas. Ya no había más reglas que ganar a toda costa.

Era un asunto sucio y despreciable, por no decir otra cosa, pero ¿cuándo habían tenido los prosritos otra opción? Y si los inocentes deben sufrir en el empeño, no era ni mejor ni peor que lo que el clan MacBean ya había sufrido y seguiría sufriendo, pensó Farlan, con su mirada volviéndose de hielo cuando las torres de piedra blanca del castillo de los MacKenzie aparecieron finalmente a la vista.



No había transcurrido mucho tiempo de camino a casa cuando Caitlin notó que el bardo empezaba a cojear ligeramente. Para cuando coronaron la última colina que les separaba de la primera vista del castillo, los pasos del hombre eran pesados, y se había acercado al carro para agarrarse a su borde en busca de apoyo. Finalmente se volvió hacia Bruce, que estaba sentado entre ella y Seelie.

—Detened el carro, necesito subir.

Bruce lo hizo inmediatamente.

—¿Qué queréis?

Caitlin miró de nuevo a Gavin.

—Déjale subir, Bruce. Sea lo que sea lo que le pase, no puedo soportar ver su dolor.

El bardo sacudió la cabeza.

—No es nada, muchacha. Sólo pisé una espina la víspera, y supura un poco.

—Entonces más razón para ahorrarle el dolor y no agravarlo más. —Ella indicó la cama del carro—. Cuando lleguemos al castillo, me ocuparé de vuestra herida, soy curandera.

—No lo sabía. —Gavin logró esbozar una débil sonrisa, luego miró a su compañero.

El Highlander oscuro vaciló, luego asintió.

—Será mejor que hagas lo que te pide, muchacho. Te necesitaré en forma y animado antes de reanudar nuestro largo viaje.

Es el líder de los dos, pensó Caitlin mientras observaba a Gavin subir cautelosamente al carro y acomodarse. No es que la constatación fuera especialmente sorprendente, pues bajo el comportamiento afable aunque taciturno de Farlan Sinclair, corría una vena de fría y dura resolución. Ella sólo se preguntaba por qué era tan sombríamente resuelto.

Su instinto le advirtió que Sinclair era un hombre con una misión, y el problema era, que el cumplimiento de esa misión podría tener consecuencias desagradables para cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino. Sin embargo, él no parecía tenerles ninguna enemistad, Po lo que supuso, que debía estar agradecida por la compañía.

Varios carros de labranza cargados de suministros atascaban el camino que conducía a la puerta del castillo. Los bueyes que tiraban de los carros eran notoriamente lentos mientras atravesaban la delgada lengua de tierra que ahora conectaba la orilla con la antigua isla sobre la que se alzaba el castillo. Por fin, sin embargo, entraron en el patio exterior y se detuvieron en la esquina sur, cerca de la cocina. Mientras Bruce conducía el carro hacia el patio, varios miembros del clan habían llegado para ayudar a descargar y apilar la leña cerca de la puerta de la cocina.

—Sube lo más cerca que puedas de la entrada principal de la torre del homenaje, —instruyó Caitlin a Bruce—. Hay varias habitaciones vacías disponibles debajo de las escaleras, en las dependencias de la servidumbre. Seelie y yo podemos guardar el caballo y el carro mientras tú y Farlan lleváis a Gavin a una de ellas. Os encontraré allí, en cuanto terminemos y recoja mi bolsa de hierbas y bálsamos.

—Eso no será necesario, señora, —se apresuró a decir Farlan—. No necesitamos imponernos a vos y a vuestro tiempo. Puedo ocuparme yo del pie de Gavin lo suficientemente bien.

—No es ninguna imposición, sólo simple hospitalidad, —replicó Caitlin mientras Bruce detenía el carro ante la entrada principal y ella se apeaba—. Además, los MacKenzie bien podrían estar interesados en que Gavin tocara algo de arpa esta víspera. Cuanto antes tengamos un bardo cuyo pie esté empezando a curarse, mejor.

—Como queráis, señora, —dijo el gran montañés encogiendo sus anchos hombros—. Me rindo ante vuestro plan.

Bruce ahogó una carcajada.

—Aprendes rápido, muchacho. Se saldrá siempre con la suya tarde o temprano.

Farlan sonrió satisfecho.

—Una mujer magistral, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —Seelie eligió ese momento para intervenir—. Ella es, después de todo, la hermana del jefe MacKenzie.

—Basta, Seelie. —Su instinto le advirtió de no revelar todavía quién era en realidad. Quizá estaba siendo demasiado cautelosa, pero algo en los dos desconocidos la instaba a la prudencia.

Cogió a su prima del brazo y empezó a tirar de ella.

—Tenemos muchas tareas de las que ocuparnos y no hay tiempo que perder en más palabrerías. Dejaremos eso a estos hombres.

—Está muy pagado de sí mismo, —murmuró Seelie una vez que estuvieron fuera del alcance de sus oídos y se dirigían al torreón.

—No puedo decir que me importe mucho.

—Sí claro, y lo has hecho muy evidente desde el primer momento en que le viste... ¿te gusta?

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, Seelie se detuvo y se volvió para mirarla.

—Después de lo que te hizo David Graham, habría pensado que tus gustos habrían dado un giro a mejor, pero si encuentras atractivo a ese vagabundo...

—Pues es muy guapo...

Con un exasperado giro de ojos, Seelie cortó a su prima.

—Y que pueda admirar a un hombre no significa que quiera ir más allá. Soy muy consciente de que las caras y las formas bonitas a menudo esconden cabezas vacías y corazones duros y maquinadores.

Seelie no supo que decir.

—Bueno, —añadió mientras cogía la mano a su prima y volvía a tirar de ella hacia delante —, ¿qué importa lo que cualquiera de nosotras piense, en un sentido o en otro? Apostaría a que Farlan Sinclair y su amigo se habrán ido en menos de una semana.

—Entonces será mejor que te ocupes del pie del joven Gavin cuanto antes, —dijo Seelie, empezando a subir las escaleras que llevaban a los dormitorios del segundo piso—. Cuanto antes se cure, antes nos libramos de ellos.

Sí, eso haré, pensó Caitlin mientras su prima entraba en su propio dormitorio y ella continuaba por el largo pasillo de piedra.

A pesar del sentido común y de la dolorosa experiencia, cada vez que miraba a Farlan Sinclair, los pensamientos de Caitlin se volvían hacia cómo sería fundirse en el poderoso círculo de sus brazos y besar aquellos gruesos, firmes, y sensuales labios. Pensamientos que había resuelto no volver a tener nunca jamás y mucho menos permitir que se hicieran realidad de nuevo.



—Ten cuidado con ésa, Farlan, o tu afición por las muchachas atractivas volverá a meterte en serios problemas, —le suplicó Gavin una vez que Bruce los hubo llevado a una habitación libre en el oscuro laberinto subterráneo y se hubo marchado—. La tarea que tenemos ante nosotros ya es bastante difícil, sin que la compliques acoplándote a una de las sirvientas de los MacKenzie.

Mientras cerraba la gruesa puerta de roble y echaba el pestillo, Farlan soltó un bufido despectivo.

—¿Y piensas que estoy tan impulsivo y lujurioso como para dejar que una bonita lass

ponga en peligro nuestra misión de liberar a Kester? Difícilmente. —Se dio la vuelta y se acercó al sencillo colchón relleno de paja en el que Bruce y él habían depositado a Gavin—. Si surge la oportunidad de una cita rápida en algún rincón privado o en un claro a la sombra de las hojas, seré el primero en aprovecharla, pero aparte de un suceso tan fortuito, su único valor es proporcionarnos cualquier información que pueda ayudarnos a acceder al calabozo y a las llaves de la celda de Kester.

Gavin se acomodó de nuevo en su cama y suspiró.

—Esperaba que lo vieras así. Siempre has sido un tipo generalmente sensato, pero la forma en que la mirabas... bueno, hacía mucho tiempo que no te veía mirar así a una muchacha.

—Puedo admirar a una mujer especialmente atractiva, ¿no? —Farlan sonrió—. Dime la verdad. ¿Puedes afirmar que no encontraste a Caitlin la muchacha más bonita que has visto en tu vida?

—Es muy guapa. Sólo que no veo que sea el momento o el lugar para prestarle mucha atención a ninguna muchacha, eso es todo.

Gavin se inclinó y sacó su clarsach^[1] de su bolsa de cuero. Con un toque suave y cariñoso, acarició las cuerdas de alambre tensadas.

—Ahora, si se trata de esta arpa... confieso que difícilmente puedo mantener mis manos o mis ojos lejos de ella durante mucho tiempo. Pero ella nunca me traicionará, ni me dejará de lado por otro, ni me romperá el corazón.

—Bien, —murmuró Farlan con disgusto—. Tienes razón, ya es hora de que dejemos el asunto. Una vez que empiezas a soltar palabras melosas sobre el arpa, intentar hablar de mujeres contigo es imposible.

Cuando unas notas claras y sonoras empezaron a surgir de las cuerdas de bronce, Farlan se dirigió a su propia cama, dejó caer su bolsa de viaje junto a ella y se tumbó. Bajo la manta de lana, el colchón cedía un poco sobre sus soportes de cuerda, pero el armazón de madera era robusto y soportaba fácilmente su peso. Acomodando los brazos detrás de la cabeza, el gran montañés se recostó y cerró los ojos.

No habría mucho tiempo para descansar, apostó, antes de que Caitlin llegara para tratar el pie de Gavin. Aun así, después de un viaje que había comenzado antes del amanecer, con un día que ahora se desvanecía rápidamente hacia el atardecer, incluso un breve respiro era bienvenido. Necesitaba tiempo para ordenar la miríada de opciones que ahora se le presentaban, instalados como estaban finalmente en el castillo de los MacKenzie. A fin de cuentas, todas las decisiones que importaban dependían de él. Gavin era valiente y leal como pocos, pero carecía de cabeza para estrategias complejas. Su valor en esta aventura consistía en servir de razón plausible para entrar en el castillo, y luego como distracción mientras Farlan liberaba a Kester de su celda. Cada uno era vital para este plan, y Farlan dio a su primo lo que le correspondía.

Se preguntó si Caitlin podría ser útil en esta empresa. Decía ser sanadora. Como tal, seguramente se movía libremente por el castillo y contaba con la confianza de todos. Tendría que andarse con cuidado con ella, al intentar sonsacarle información y acceso a lugares que él nunca podría visitar por sí mismo, pues era inteligente y rápida. Eso lo había comprobado prácticamente desde el principio.

Simplemente había algo en esos llamativos ojos azul turquesa que denotaba una aguda inteligencia superpuesta a una cautela natural. Caitlin no era una mujer fácil de engañar, y también era bastante evidente que no confiaba en él.

No es que su desconfianza inquietara lo más mínimo a Farlan. Había encandilado a mujeres mucho más resabiadas y hastiadas. Y Caitlin MacKenzie, a pesar de todas sus palabras atrevidas y su aparente confianza, seguía siendo una doncella en todos los sentidos de la palabra. Ningún hombre con experiencia podría haber pasado por alto la verdad en sus ojos cada vez que sus miradas se encontraban.

Aun así, pensándolo bien, su falta de experiencia bien podía jugar a su favor. Farlan también sabía cuándo una mujer se sentía atraída por él, y Caitlin no ocultaba esa atracción con tanto éxito como podría imaginarse. Todo lo que tenía que hacer era cortejarla un poco y sería suya. Con la certeza de que Gavin estaría convaleciente por su pie infectado durante al menos varios días, Farlan tenía ahora excusa y oportunidad suficientes para permanecer en el castillo.

Excusa y oportunidad suficientes, también, para asediar el corazón de una belleza de pelo negro, y una vez que hubiera escalado ese muro, la utilizaría para acceder a la información que necesitaba para liberar a su hermano. Puede que no fuera honesto ni honorable, pero tan bellas aspiraciones habían muerto con el acto de proscripción contra los MacBeans.

La boca de Farlan sonrió tristemente. A decir verdad, al menos para él, esas bellas aspiraciones habían muerto mucho antes del acto de proscripción. Murieron cuando su padre se había negado a creer sus afirmaciones de inocencia y lo había desterrado del clan, echándolo a vagar por las Highlands como un hombre sin honor.

Era la mayor de las ironías. Un proscrito, un hombre sin honor, era ahora la última esperanza del clan MacBean. De hecho, si su padre hubiera vivido, lo más probable es que hubiera rechazado la ayuda de Farlan. Pero su obstinado e inflexible Sire no había sobrevivido a la brutal noche que había llevado a su clan a su inevitable caída. Y, le gustara o no, no quedaba nadie que tuviera la más remota posibilidad de salvar al hijo predilecto de su padre.

Nadie, salvo el otro hijo. El que había sido una fuente inagotable de decepción y desesperación.

Nadie, salvo Farlan.

Capítulo 2

Con la cabeza hundida en las profundidades de un barril de madera mientras raspaba los últimos puñados de flores secas de caléndula, Caitlin no oyó al principio el saludo de Ailsa. Después de que un rápido golpecito en el hombro la alertara por fin de su presencia, se levantó del barril apoyándose en los bordes. Con los puños llenos de los vistosos pétalos, giró sobre sí misma. La pelirroja mujer de Blaine estaba allí de pie, con Chalmer, su regordete hijo de quince meses, encaramado a su cadera.

—Seelie me dijo que podría encontrarte aquí. —La mirada de Ailsa se desvió hacia las manos de Caitlin—. ¿Ya se nos ha acabado la pomada de caléndula? Si lo hubiera sabido, habría preparado un lote nuevo.

Caitlin pudo sentir cómo el calor se apoderaba de sus mejillas.

—La culpa es mía. Usé lo que quedaba en la mano de Kristy después de que se la quemara agarrando ese atizador que alguien había dejado demasiado tiempo en el fuego. Quería hacer más ungüento, pero se me olvidó.

La esposa del jefe sonrió.

—Bueno, no pasa nada, pero una buena curandera es también una curandera preparada.

—Sí, así es. Esa es una lección en la que todavía necesito trabajar, me temo. —Caitlin extendió las manos cerradas—. No es que quede mucha caléndula seca, pero afortunadamente, la primavera ya está aquí y las flores por fin empiezan a florecer.

—Hemos gastado mucho ungüento de caléndula este año, ¿verdad? Tal vez deberíamos cultivar mayor cantidad este verano.

—Eso, o animar a la gente del castillo a tener más cuidado de no hacerse heridas tan a menudo. —Caitlin sonrió.

—Como si eso fuera a ocurrir alguna vez.

—Tienes razón, es algo poco probable. Especialmente con estos hombres nuestros, nunca existió un grupo de muchachos más torpes y descuidados. Aun así, si nos quedamos sin ungüento, siempre tenemos otros remedios herbales de los que ir tirando.

Caitlin asintió, su mirada se elevó hacia las vigas de la modesta cámara de piedra situada a unos metros de la cocina. La habitación había servido en otro tiempo como despensa de almacenamiento adicional de la cocina. Sin embargo, poco después de que Ailsa y Blaine se casaran, Ailsa se había apropiado de ella para convertirla en almacén de productos medicinales.

De las vigas de madera colgaban innumerables manojos de plantas secas. Dos armarios

altos y robustos, en la pared del fondo, a ambos lados de la rendija de una ventana, estaban llenos de cuencos, varias ollas pequeñas de hierro fundido, y tarros con tapón de todos los tamaños y cuidadosamente etiquetados. Sobre la estrecha mesa de madera situada en el centro de la habitación, un mortero de piedra y una maja ocupaban el centro. Varios cuchillitos afilados en un tarro, una pila de tablas finas y lisas, y diez decantadores de cristal estaban perfectamente alineados junto al mortero y la mano de mortero.

—Afortunadamente, —continuó, encontrándose con la mirada de Ailsa—, nos queda una buena provisión de ortigas para hacer té de ortiga para las quemaduras, y de hierba de San Juan para las heridas supurantes, pero la verdad es que tengo debilidad por el ungüento de caléndula.

—Yo también. —Ailsa hizo una pausa para levantar un poco más a su hijo de pelo negro sobre la cadera—. Seelie mencionó que tenemos dos nuevos visitantes: un bardo y su guardia personal. Y que este bardo tiene un pie herido.

—Se llama Gavin, y dijo que su pie puede estar infectado por una espina que pisó. Puede que se dejara un poco de la punta de la espina dentro cuando intentó sacársela, y que eso sea lo que le duele. No lo sabré hasta que le examine el pie, en cuanto consiga hacerle un ungüento fresco me acerco a verlo, —añadió Caitlin mientras se dirigía a la mesa y vertía los pétalos de caléndula en el cuenco redondeado del mortero de piedra.

—Bueno, entonces no te entretendré. —La otra mujer se dio la vuelta para irse, pero hizo una pausa—. El compañero del bardo... ¿Cómo dijo Seelie que se llamaba? Farlan, ¿puede ser?

—Sí, ese es su nombre.

—¿Y qué piensas de él?

Caitlin se puso tensa. Tal como había temido cuando Ailsa había mencionado por primera vez a Seelie, su prima había ido y parlotado sobre su preocupación por el Highlander moreno. Y, como era evidente, también había hecho mención de lo que ella consideraba un interés impropio de Caitlin por aquel hombre.

Necesitando un momento para recobrar la lucidez, Caitlin se sacudió sobre el mortero, el polvo de los pétalos que aún quedaban adheridos a sus manos. Se dirigió al estante más cercano y sacó dos tarros, uno con cera de abejas y otro con aceite de oliva importado. A continuación encontró una pequeña olla de hierro fundido, añadió una taza llena de cera de abejas y una cucharada de aceite de oliva a la olla, y removió las dos cosas juntas. Entonces, como sabía que no podía retrasar la inevitable discusión sin avivar aún más las sospechas de su cuñada, Caitlin levantó la vista.

—Es grande, corpulento y se guarda muy bien la mayoría de las cosas. Sin embargo, a pesar de sus ropas raídas, lleva una espada finamente fabricada, y su forma de hablar no es la de un vulgar campesino.

—Entonces, crees que merece ser vigilado, ¿no?

—Sí, aunque es probable que Gavin sea lo que dice ser, un bardo viajero, y Farlan podría ser igualmente su guardia, no está de más vigilarlos de cerca. El tiempo dirá la verdad de sus afirmaciones.

—Seelie mencionó el interés de este Farlan por ti. —Ailsa ladeó la cabeza—. Y, más aún,

del aparente interés que sientes por él.

Así que, aquí viene.

Caitlin expulsó un largo y exasperado suspiro.

—Ya te dije que era guapo. De hecho, apostarí a que incluso a ti te llamaría la atención, si no estuvieras tan enamorada de mi hermano. Pero el acto de admirar el aspecto de un hombre no es lo mismo que jurarle amor y devoción eternos.

—Es sólo que no quiero verte herida de nuevo, como te pasó con Graham. Y Blaine tampoco quiere.

—¿Seelie también se lo ha dicho a Blaine? —Caitlin se llenó de furia. Esta vez, su bienintencionada pero de lengua suelta prima, había ido demasiado lejos. Pronto oiría unas cuantas palabras escogidas sobre ese tema, y no se equivocaría.

—No. De hecho, Seelie no ha dicho nada de eso, —respondió Ailsa con calma—. Ya fue bastante difícil para ella incluso acudir a mí. En cuanto a Blaine, ni siquiera está aquí, poco después de que partierais hacia Dalmally le llamaron de Inveraray por unos asuntos urgentes. Supongo que estará fuera al menos dos o tres días.

El castillo de Inveraray, la sede de los Argyll MacKenzie. Caitlin sólo podía preguntarse qué trama estaría urdiendo esta vez el astuto y viejo Conde, seguramente otro intento de hacerse con las tierras de algún clan más pequeño y desprevenido. Aunque, dado que Blaine se las había arreglado hasta ahora para evitar involucrar a su rama del clan en tratos tan turbios, Caitlin tuvo que suponer que este viaje implicaba algún otro asunto completamente distinto.

—Bueno, mejor entonces, —dijo mientras cogía el mortero y procedía a moler los pétalos secos de caléndula hasta convertirlos en un polvo fino—. La razón principal por la que invité a Gavin y a Farlan a quedarse aquí fue para que nosotras, y especialmente Blaine, pudiéramos disfrutar de un poco de arpa y canto, pero ahora tendré la oportunidad de ocuparme del pie del bardo y ponerlo en proceso de curación antes de su regreso.

—Sí, a Blaine le gusta el sonido que hace, y desde que llegó el pequeño Chalmer, —Ailsa lanzó una mirada cariñosa a su hijo—. he tenido poco tiempo incluso para montar mi clarsach, y mucho menos para tocarla. No es que haya sido nunca tan diestra como nuestro querido Elliot, los sonidos que podía arrancar de su arpa hacían deleitarse a los ángeles.

—Supongo que no podemos esperar tal pericia de Gavin, teniendo en cuenta su edad, pero esperemos que al menos pueda ganarse el sustento. Farlan afirma que el bardo posee un clarsach muy finamente labrado, eso haría pensar que es digno del instrumento.

—Esperemos que sea así. —Ailsa trasladó a Chalmer hasta sus brazos—. Me encantaría ver el arpa y conocer a ambos hombres, pero ahora mismo tengo que atender a un niño mojado.

—Bueno, dependiendo del estado del pie de Gavin, tal vez puedan unirse a nosotros para la cena. Dos horas deberían ser más que suficientes para ocuparme de su herida. Iré en cuanto este ungüento cueza sobre el fuego de la cocina y se enfríe lo suficiente para untarlo.

—Entonces me iré y no te entretendré en tu tarea.

Caitlin olfateó el aire con delicadeza y sonrió.

—Tampoco te apartaré de la tuya, porque apostaría a que el pequeño Chalmer tiene algo más que un pañal mojado que cambiar.



—La suerte os acompaña, —dijo Caitlin mientras terminaba de vendar el pie de Gavin y ataba la venda—. Aunque os quedó una puntita de espina en la planta del pie, que empezaba a inflamarse, aún no hay signos de infección. Con quitarle la espina, limpiar bien la herida y el ungüento de caléndula, seguro que pronto os recuperaréis.

—Mientras tanto, —añadió mientras le colocaba suavemente el pie herido sobre dos almohadas—, me gustaría que no tocara el suelo ese pie en la medida de lo posible. También debéis elevarlo para aliviar la hinchazón y mejorar el flujo sanguíneo.

Gavin suspiró pero asintió con la cabeza.

—No soy un hombre dado a la inactividad, pero haré lo que me pedís. Al menos podré practicar mi clarsach mientras estoy en cama, —sonrió—. Tengo varias melodías nuevas en las que estoy trabajando, así que será un tiempo bien empleado.

—Sí, lo será. Y esperaremos para disfrutar del fruto de esos trabajos en unos días. —Caitlin comenzó a guardar sus provisiones en la gran bolsa de cuero que llevaba para sus visitas de curación—. Lo que funcionará a la perfección, ya que Blaine ni siquiera está en el castillo en estos momentos y no volverá en los próximos días.

—¿Blaine MacKenzie? ¿El jefe del clan? —preguntó Farlan bruscamente desde su cama, donde había estado observando cómo Caitlin cuidaba de su amigo.

Ella asintió, más que extrañada por su repentino interés después de tanto tiempo de silencio.

—Sí, el mismo.

—¡Oh, qué decepción! Esperaba tener la oportunidad de conocerle. —Se levantó y caminó hasta situarse junto a ellos.

—Bueno, al menos podéis conocer a su esposa, Ailsa, si deseáis cenar con nosotros esta víspera. Ha expresado su deseo de saludaros a los dos. —Caitlin miró de nuevo a Gavin—. Desgraciadamente para vos, la caminata sería demasiado para vuestro pie. Mi sugerencia es que alguien os traiga una bandeja de comida y os quedéis aquí al menos durante uno o dos días más.

—Como queráis. —El hombre más joven miró a su amigo—. No hay razón para que tú te quedes aquí. Ve a la cena, echa un vistazo y reúnete con la señora MacKenzie.

—Quizá mañana. —Farlan sonrió a Gavin—, pero no esta noche. Subiré con la muchacha para que me enseñe los alrededores, —miró a Caitlin—, si creéis que podéis dedicarme un poco de vuestro tiempo, y luego bajaré una bandeja con comida para los dos.

—La cena estará servida en media hora más o menos, —contestó Caitlin, no muy segura de querer pasar más tiempo del absolutamente necesario en presencia del inquietante montañés

—. Una vez que guarde mi bolsa, sólo podré dar una pequeña vuelta por el castillo antes de que debamos reunirnos para la comida.

—Eso debería bastar por hoy. —Farlan cogió su bolsa y se la colgó del hombro—. Me llevará un tiempo aprender a moverme por un castillo tan grande. Me conformo sólo con ser capaz de navegar por el laberinto de pasillos aquí abajo, volver a subir al primer nivel, y luego, tal vez, el camino a la cocina. Eso será, seguramente, todo lo que pueda manejar en este primer contacto.

Aunque Caitlin dudaba seriamente de que Farlan Sinclair tuviera dificultades para aprender a recorrer un laberinto al primer intento, decidió que era más que prudente guardarse sus opiniones. Mejor seguirle la corriente por el momento.

La verdad sobre sus habilidades se haría evidente muy pronto.

Puesto que Blaine ni siquiera estaba en el castillo y Ailsa estaba preocupada por su hijo y por el día a día de un lugar tan grande, la tarea de vigilar a estos dos hombres debía recaer necesariamente en Caitlin. O, al menos, hasta que sus sospechas resultaran ciertas y se indicara la ayuda de otras personas. Después de todo, la responsabilidad era ante todo suya por el simple hecho de haber sido ella quien les había invitado al santuario de su hogar.

Por desgracia, eso también exigía que Caitlin pasara mucho más tiempo del que quería, vigilándoles de cerca. O, para ser más precisos, vigilando a Farlan Sinclair.

—Bueno, entonces si ese plan se ajusta a vuestras necesidades, —dijo Caitlin, poniéndose en pie—, partamos. —Sonrió a Gavin—, puede hacer un poco de frío aquí abajo. Además de vuestra cena, me ocuparé de que ambos tengáis algunas mantas extra.

—Es muy amable al pensar en nuestra comodidad, —respondió el bardo—. Se lo agradezco, muchacha.

—Sí, estamos muy agradecidos, —añadió Farlan mientras se dirigía a la puerta y la abría—. Todo lo que se ha dicho de la hospitalidad de los MacKenzie ha demostrado ser cierto.

—No es más de lo que cualquier montañés concedería a un forastero. —Pasó junto a él y esperó a que cerrara la puerta—. Y no menos de lo que esperaría de vuestro clan, si alguna vez tuviera que hacerle una visita.

Algo brilló en el fondo de los ojos azul plateado del hombre, que rápidamente desapareció.

—Sí, por supuesto, —murmuró—. Es el estilo de las Highlands, después de todo.

Casi parecía forzado, pensó Caitlin mientras avanzaban por el pasillo iluminado por las antorchas. Como si le molestara tener que atenerse al antiguo código de las Highlands, el cual exigía que, a cualquiera que solicitara el cobijo y la hospitalidad de la casa de otro, se le concediera con toda amabilidad, incluso a un enemigo.

Ella sólo podía preguntarse qué circunstancias le habían vuelto en contra de la costumbre. Era algo tan intrínseco en un montañés como el amor al clan, la agitación de la sangre cada vez que sonaba la gaita o la alegría sin límites de atravesar las montañas y cañadas salvajes e indómitas. De algún modo, de alguna manera, ella sintió que él se había sentido profundamente herido, o incluso traicionado, por el código.

—Si contáis las antorchas, —dijo Caitlin, decidiendo archivar esa pequeña observación en el fondo de su mente para futuras referencias y pasar a la tarea que tenía entre manos—, descubriréis la forma más fácil de discernir en qué pasillo girar para volver a subir. Y, como podéis ver, —señaló cada antorcha espaciada y parpadeante que colgaba de un soporte de hierro oxidado en la pared, —se gira en la tercera antorcha.

Se detuvieron donde el pasillo se cruzaba con otro pasillo más, y un olor húmedo y mohoso les rodeó junto con una corriente de aire frío.

—Parece bastante sencillo. —Farlan se volvió para contemplar el pasillo que continuaba por donde ya habían venido—. ¿Y adónde conduce el resto de ese pasillo? Parece no tener fin.

—A más habitaciones de sirvientes, almacenes adicionales para víveres y, finalmente, a más escaleras que bajan a las mazmorras. Ninguno de esos sitios necesitaréis visitar en su corta estancia aquí.

Le devolvió la mirada y sonrió. —No, supongo que no. —Señaló delante de ellos—. ¿Continuamos entonces? Estoy ansioso por ver el resto del castillo.

—Sí, sigamos nuestro camino.

Sin palabras, le guio por el pasillo hasta que llegaron a la escalera que conducía a la planta principal. Tras la penumbra y el silencio amortiguado por la piedra del nivel subterráneo, por un momento Caitlin se sintió abrumada por la luminosidad y el bullicio. Los sirvientes se apresuraban de un lado a otro, algunos con bandejas de vituallas destinadas al gran comedor, donde solían tomar la cena, y otros con brazadas cargadas de ropa recién doblada o gavillas de juncos secos para esparcir por los suelos recién limpiados.

Caitlin sonrió. Ailsa se había convertido rápidamente en la eficiente y meticulosa señora del castillo desde la muerte de la madre de Caitlin y Blaine, hacía ahora ocho años. Pero, lo que era aún más importante, Ailsa había aportado mucha alegría no sólo a Blaine, sino también al castillo y a sus habitantes.

—Esa sonrisa tan agradable en vuestra cara... —Farlan eligió ese momento para intervenir, sacando a Caitlin de sus contentos pensamientos—. ¿Me atrevo a suponer que mi compañía ha tenido algo que ver en vuestra felicidad?

Ella le lanzó una mirada desconcertada mientras recorrían la corta distancia que separaba las escaleras del almacén.

—Difícilmente, pues mis pensamientos ni siquiera se ocupaban de vos. —Luego, al darse cuenta de lo poco amables que podían haber sonado sus palabras, sonrió un poco avergonzada—. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—No me ofendo. Supongo que, después de todo, no soy del tipo que interesa a una muchacha como vos.

Ante ese intento poco sutil de ganarse un cumplido, Caitlin no pudo evitar reírse.

—Si esperáis interesar a cualquier muchacha, y sobre todo, a una como yo, debéis esforzaros más en vuestras estratagemas. Halagar no es la mejor forma de intrigar a una mujer.

Arqueó una ceja oscura.

—¿De verdad os imagináis que ése era mi plan? Le había tomado por una muchacha mucho más astuta que eso.

Su pregunta la hizo reflexionar. Si él no había estado buscando una reacción favorable de ella, ¿a qué se dedicaba en realidad?

—Bueno, jugar conmigo también se queda muy corto. —Caitlin se detuvo ante la puerta del almacén—. No tengo ni tiempo ni paciencia, así que ¿por qué no me decís cuál era vuestro plan en realidad?

—Solo pretendía entablar conversación. ¿De qué otra forma puede un hombre aprender más sobre una mujer que le resulta muy atractiva en tantos aspectos?

Por una vez, Caitlin se encontró corta de palabras. Bueno, momentáneamente, al menos.

—Sois todo un galán, ¿verdad? —preguntó finalmente—. Y apostaría, también, a que estáis acostumbrado a que todas las muchachas se desmayen al veros.

Él se rio, y el sonido profundo y rico envió una sensación de placer de lo más involuntaria a través de ella.

—No todas, parece.

—Entonces estáis perdiendo vuestro toque, ¿no?

—Evidentemente.

Ella soltó un bufido burlón, se dio la vuelta, abrió la puerta del almacén y entró. Ése fue su primer error, pues Farlan la siguió, cerró la puerta tras de sí y encajó el pestillo interior.

Caitlin dejó su bolsa sobre la mesa y empezó a sacar su contenido.

—¿Y qué tenéis en mente, encerrándonos así a los dos? —preguntó, enmascarando su creciente aprensión con una falsa calma—. Porque no os tomo por tonto, y los muros de piedra no son tan gruesos como para que mis gritos de auxilio no me traigan pronto ayuda.

—Por no mencionar que cualquier conducta indecorosa por mi parte mancillaría el código de hospitalidad de las Highlands, —añadió torciendo irónicamente los labios.

—En realidad, creo que la expectativa de hospitalidad recae principalmente en el anfitrión, no en el invitado.

Empezó por colocar el frasco de pomada de caléndula, el rollo de vendas extra, un cuenco que contenía una pequeña esponja y su caja de instrumental quirúrgico, que contenía además de las agujas y el hilo utilizados para suturar heridas, un hierro de cauterizar, un par de tijeras, varios tamaños de sondas utilizadas para sacar flechas, balas de pistola y otros objetos diversos que pudieran penetrar en la carne, y varios pequeños cuchillos afilados como navajas. Puso esa caja en un estante más bajo, al alcance de la mano, y luego se volvió hacia él.

—¿Creéis entonces que la tragedia ocurrida hace casi un año y medio, cuando los MacBeans se volvieron contra los MacNabs en su propia casa, no sobrepasó los límites de la hospitalidad?

—Lo que hicieron los MacBeans fue censurable, además de todas las otras cosas despreciables que ya habían cometido. Estaba sobradamente justificada su proscripción. —

Caitlin sonrió con satisfacción y sacudió la cabeza—. Así que, si sois de la opinión de elegir ese incidente como validación para cualquier acto oscuro y sucio que pretendáis hacer mientras estéis en este castillo, id quitándoos esa idea de la cabeza.

—No oiríais ninguna mención al respecto por mi parte, —dijo mientras se acercaba a ella—, si mi intención fuera realmente oscura y sucia, pero seguramente buscar un besito de una bonita lassie no sería algo tan ruin.

Farlan se detuvo ante ella. Instintivamente, Caitlin retrocedió hasta quedar presionada contra el armario. No podía evitarlo, como ninguna mujer podía.

Incluso desde el otro lado de la habitación, el gran Highlander desprendía una presencia poderosa e intimidante. Pero tan cerca... baste decir que la enorme disparidad de sus tamaños y fuerzas le heló la sangre en las venas y le dejó sin aliento. Sorprendentemente, y al mismo tiempo, Caitlin sintió que los latidos de su corazón se aceleraban por la anticipación.

Darse cuenta de ello la enfureció. Era el hombre más guapo y excitante que había conocido, y sin embargo presumía demasiado. En el pasado, ella y no ellos era la que siempre había determinado el ritmo de un devaneo, si es que tenía que haberlo. De hecho, incluso aquel desastroso asunto con David Graham había sido inicialmente obra suya.

Deslizó la mano por detrás y la colocó con cautela en la caja de instrumentos. Inmediatamente, sus dedos rozaron uno de los cuchillos. Con sumo cuidado, movió la mano hacia abajo hasta que sintió un suave mango de metal y lo agarró.

—No, claramente un besito no sería algo tan ruin, —respondió, forzando la respuesta a través de una garganta tensa y seca—, si la muchacha estuviera dispuesta a aceptarlo, pero esta muchacha no tiene el menor interés en ser besada, y menos por alguien como vos.

La sonrisa en los finos y firmes labios de Farlan no vaciló, pero en sus ojos brilló un destello lobuno. Ella le había lanzado el guante, le había desafiado. Caitlin admitió tardíamente que ése había sido su segundo error. El gran Highlander era obviamente un depredador y su presa favorita parecían ser las mujeres.

—Al contrario, —dijo él, bajando la voz a un ronco susurro. Se inclinó hacia ella, apoyando ambas manos contra la pared a ambos lados del armario, encerrándola en la prisión de sus brazos—, creo que estáis interesada, y especialmente por alguien como yo.

La cabeza de Farlan bajó hacia ella. Ningún razonamiento o protesta le detendría ahora, se dio cuenta Caitlin. Nada, salvo una cosa. Sacó la mano de detrás de ella y apretó el cuchillo contra el costado de su garganta.

—Pensadlo mejor, bribón arrogante, —gruñó—. Pensadlo mejor o sufriréis las consecuencias.

Se detuvo a un pelo de sus labios.

—¿De verdad me degollaríais por un besito? —Él sonrió—. Creo que no.

Con eso, Farlan Sinclair tomó su boca, cubriéndola de una forma suave, dolorosamente tierna y muy practicada. Fue como si un rayo atravesara a Caitlin, desde los labios hasta la punta de los dedos de los pies. Se puso rígida, no podía respirar, pero, al mismo tiempo, no deseaba otra cosa que arquearse para salir a su encuentro, profundizar el beso, apretarse contra su

longitud y no soltarlo nunca.

Ella gimió, y la hoja bajó a su lado, para acabar cayendo al suelo. Primero un brazo, luego el otro, serpenteó alrededor del cuello de Farlan. Ella no pudo evitarlo, después de todo, no era más que un pequeño beso.

Su boca se abrió hambrienta sobre la de ella, sus labios se inclinaron en ardiente y exigente posesión, sus brazos se movieron para rodearla y acercarla aún más. Caitlin respondió a su embestida. Fue una tontería, una locura incluso, durante un glorioso instante más, se dejó llevar incapaz de contenerse, pero entonces la razón, traicionera y muy inoportuna, volvió a colarse.

No era mejor, es más, era bastante peor, de lo que había sido David. David, al menos, la había tratado con circunspecta moderación durante meses, cortejándola con las más caballerosas insinuaciones. Él, al menos, le había rendido pleitesía, aunque ésta, al final, se hubiera debido principalmente a su apellido MacKenzie. Pero este hombre, este Farlan Sinclair, apenas la conocía.

No deseaba nada más que una breve y sórdida cita tras una puerta cerrada. ¡Un besito nada más! No, quería eso y mucho más.

Con un sonido furioso y frustrado, Caitlin arrancó primero su boca y luego su cuerpo del agarre posesivo y controlador de él. Subió las manos, las colocó sobre la extensión de músculos duros de su pecho y empujó.

Fue como intentar mover una enorme roca. Farlan la soltó pero no se movió.

—Suficiente por ahora, ¿no? —preguntó, con voz áspera y cruda.

—¡Suficiente para toda una vida, si viviéramos más de cien años! Caitlin le fulminó con la mirada. —Ya os he dado un beso. Ahora váyase antes de que cambie de opinión y use mi cuchillo.

Farlan se rio, pero empezó a retroceder.

—No os preocupéis, lass. Soy un hombre paciente y, por el momento, muy satisfecho. Habrá otras veces, y no hay necesidad de amenazar con ese cuchillito.

—¿Cuchillito? ¿Otras veces?

¡Este hombre era insufrible! Caitlin se agachó, cogió el cuchillo, luego se enderezó y avanzó hacia él.

—No os equivoquéis, no habrá otras veces. Ni ahora ni nunca.

—Como queráis, entonces, —dijo cuando llegó a la puerta, corriendo el cerrojo y abriendo de par en par la puerta—. Pero todos sabemos lo a menudo que una muchacha suele cambiar de opinión, ¿no? Y especialmente una que besa a un hombre como vos acabáis de hacer conmigo.

Con un grito de indignación y el cuchillo en alto, Caitlin se lanzó a por él. Sin embargo, Farlan era demasiado rápido para ella.

Para cuando llegó a la puerta y se apresuró a salir al pasillo, el borde ondeante de la falda escocesa desapareciendo al doblar la esquina era todo lo que quedaba del oscuro Highlander. Para su disgusto, se dio cuenta de que su intercambio no había sido totalmente privado. Ailsa y

su prima Seelie estaban paralizadas ante la puerta de la cocina, con los ojos y la boca muy abiertas.

Capítulo 3

—Supongo que era uno de nuestros invitados, —inquirió Ailsa una vez que hubo despachado a Seelie, escoltado a Caitlin de vuelta al almacén y cerrado la puerta—. Y teniendo en cuenta su agilidad y velocidad bastante admirables, también puedo suponer que era Farlan Sinclair y no el bardo.

Si hubiera entrado en el gran comedor vestida sólo con su camisón, Caitlin no podría haberse sentido más humillada. Maldito fuera ese hombre vil, despreciable y repugnante. A cada paso, se las arreglaba para avergonzarla de un modo u otro. Avergonzarla y engañarla, si se decía la verdad, pero de nada le sirvió excusarse ante Ailsa. Su cuñada era demasiado rápida de mente para tan vanas estrategias.

—Sí, era él, —murmuró, incapaz de encontrarse con la mirada de la otra mujer—. ¿Te gustaría que fuera tras él y lo trajera de vuelta para que por fin pudieras conocerlo? Así podrías hacerte cargo de su amigo y yo podría librarme por fin de él.

—Por lo que oí, gracias a la puerta abierta de par en par, no me pareció que ni tú ni él estuvierais tan dispuestos a no volver a veros. Al menos, no por mucho tiempo.

La sangre caliente inundó de nuevo las mejillas de Caitlin.

—No fue más que un pequeño malentendido, y nada por lo que preocuparse.

Una ceja castaña se arqueó, y Ailsa miró el cuchillo que seguía apretado en el puño de Caitlin.

—¿Y qué malentendido podría ser? ¿La amenaza contra su vida y su integridad física o el beso? ¿Y uno o ambos malentendidos requieren de una charla con tu hermano a su regreso?

—Ninguna de las dos cosas, Ailsa. Ninguna de las dos cosas, te lo ruego.

Caitlin dejó el cuchillo sobre la mesa, se volvió hacia su cuñada y le cogió de las manos.

—Por favor, Ailsa. No se lo digas a Blaine. Ay, ¡no se lo digas!

—No es un ogro, muchacha. —Los ojos plateados de Ailsa mostraron preocupación—. Sólo se preocupa por ti y no desea verte herida de nuevo.

Caitlin soltó una risa inestable, soltó las manos de la otra mujer y dio un paso atrás.

—Entonces más razón para no disgustarle indebidamente. Farlan Sinclair no significa nada para mí, desprecio a ese hombre. De hecho, lamento mi imprudente insensatez incluso al invitarle al castillo.

Ailsa le dirigió una mirada incrédula.

—Creo, en cambio, que la locura empezó hace bien poco, cuando invitaste a un extraño a esta habitación y cerraste la puerta tras de ti. —Suspiró y sacudió la cabeza—. De verdad, Caitlin, ya es hora de que aprendas a ser más cauta con los hombres.

Al escuchar las bienintencionadas y bastante acertadas palabras de Ailsa, Caitlin pudo sentir cómo sus ojos empezaban a arder y supo que las lágrimas no tardarían en aparecer. Estaba tan frustrada, tan avergonzada, que apenas podía pensar con claridad.

Farlan Sinclair había instigado todo este lamentable lío. Él, no ella, había cerrado y atrancado la puerta, y luego había exigido un beso. Sin embargo, eran sus motivos los que serían sospechosos, su honor el que sufriría por ello.

¿Por qué, oh por qué, el hombre siempre parecía aumentar su estatura tras tales incidentes, mientras que la mujer siempre pagaba el precio? No era justo, ¡y estaba muy harta de ello!

—Sólo fue un beso, Ailsa, —respondió finalmente, sabiendo muy bien que ella era tan culpable como Farlan en aquel beso. Después de todo, no era como si él hubiera tenido que obligarla a hacer algo—. Y no es como si estuviera prometida, y mucho menos casada.

—Sí, ya lo sé. Sólo me preocupo por ti, Caitlin. Pareces tan perdida, tan inquieta... especialmente desde que Lord Graham retiró su oferta de matrimonio.

—Y yo me alegro de que lo hiciera, —gritó Caitlin aun cuando las lágrimas le escocían los ojos—. ¡David nunca fue digno de mí!

—En efecto, nunca fue digno de ti. Y tampoco lo fue el joven Ewan ni algunos de los que vinieron después, incluso los de antes de que conocieras a David Graham. —Una mirada lejana nubló los ojos de Ailsa y sonrió—. Nunca olvidaré la expresión de tu cara cuando Blaine te sorprendió besando a Ewan aquel día en la enramada de rosas. Aún no estoy segura de qué emoción fue más fuerte en ti: el shock o la gran indignación por haber sido pillada.

—Aunque entonces no tuve la sabiduría para verlo, Ewan tampoco fue nunca el hombre para mí.

—Sí, sabiduría. —Ailsa cogió su mano y le dio un apretón—. Por favor, acepta que aún te falta, porque te quiero mucho, muchacha, y eso es exactamente lo que me preocupa. Tu continua falta de sabiduría en lo que se refiere a los hombres y algunas otras cosas.

Caitlin respiró hondo y con calma. Sabía que era orgullosa e impaciente y propensa a pensar más en sí misma que en los demás. También poseía un espíritu inquieto. Una parte de ella siempre buscaba algo mejor, algo más emocionante y satisfactorio, fuera lo que fuera ese algo.

Sabía que éstos eran sus defectos más profundos. No necesitaba que Ailsa, su hermano o incluso el predicador local se los recordaran repetidamente. Además, el reconocimiento de un defecto no parecía hacerlo más fácil de erradicar. Tampoco lo hacía más fácil de aceptar como un defecto si requería pedir perdón humildemente.

—Necesito un hombre bueno y fuerte que me frene, —dijo, secándose las lágrimas—. Lo sé desde hace tiempo, pero los hombres buenos y fuertes parecen escasear últimamente.

—Un hombre bueno y fuerte es una verdadera bendición, —replicó la mujer de pelo castaño rojizo—. Pero la motivación para cambiar, y el cambio, debe provenir en última instancia de nosotras mismas. Debes ser tú misma, Caitlin, y hacer ese cambio porque sientes la

necesidad, no porque otro desee que lo hagas.

—No hay pecado en un simple beso.

—No, no lo hay, pero debemos vigilar nuestras emociones y nuestros deseos carnales, no sea que nos lleven a una ocasión de pecado. —Ailsa ladeó la cabeza—. Por el aspecto de ese bravo joven Sinclair y la presteza con la que aparentemente le has respondido, creo que es prudente dar un paso atrás y reconsiderar hacia dónde puede dirigirte esto.

—Eso no es tan fácil como pueda parecer.

Por mucho que odiara admitirlo, Caitlin no pudo evitar decir lo que en el fondo sabía que era cierto. Incluso ahora, por muy furiosa que estuviera con él, por mucho que lo intentara, no podía sofocar la emoción de anticipación que sentía ante la consideración de volver a ver a Farlan.

—Yo, más que nadie, sé que no es fácil. Si supieras todas las veces que me sentí tentada con sólo estar en presencia de Blaine antes de casarnos... —Ailsa suspiró—, ardía por él, Caitlin. Ay, cómo ardía.

—Al menos Blaine era un hombre honorable, pero Farlan... —Ella levantó las manos—. Ay, ¿por qué me molesto siquiera con esto? Se irá pronto y probablemente nunca regrese. No significa nada para él más que algún devaneo pasajero.

—Más razón aún para tener cuidado, muchacha. Realmente, no sabes nada de él. Y, si no recuerdo mal, antes hiciste mención de que ni siquiera estabas segura de sus verdaderas razones para estar aquí.

Caitlin frunció el ceño.

—Sí, es cierto. Me están tomando por tonta, ¿verdad?

Ailsa sonrió.

—Espero que no tenga tan frío el corazón ni sea tan mala persona, pero tal vez sea prudente tener un poco más de cuidado.

—Mejor que no vuelva a relacionarme con él, al menos no sola, hasta que se marche del castillo. —Ella asintió con decisión—. Sí, es mejor no ponerse a sabiendas en el camino de la tentación. ¿Cuidarás del pie de Gavin de aquí en adelante hasta que esté curado? Para entonces ambos podrán seguir su camino.

—Con mucho gusto. ¿Cuándo será la próxima vez que necesite cuidados?

—Mañana. Si todo va bien, debería curarse rápidamente. —Caitlin hizo una pausa cuando le asaltó un pensamiento—. También necesitarán que les lleven la cena esta noche. Yo estaba en el proceso de dar a ese hombre un recorrido por el castillo antes de enviarlo a la cocina a buscar su cena, cuando nos desviamos aquí. De hecho, ni siquiera sé a dónde ha ido.

—No te preocupes. Enviaré a alguien con su comida. Si para entonces no ha regresado a su cámara, Bruce podrá encontrarlo, dondequiera que haya ido.

De repente, un gran peso pareció haberse quitado de los hombros de Caitlin. Sí, pensó, lo mejor era simplemente evitar cualquier otra interacción con Farlan Sinclair hasta que finalmente

saliera de su vida para siempre. Por razones que no alcanzaba a comprender, él la atraía como ningún hombre lo había hecho jamás. Ni siquiera David la había perturbado o atraído tanto como él.

Se dio cuenta con un pequeño escalofrío, de que eso no era necesariamente algo bueno. De hecho, no era nada bueno.



Cuanto más se alejaba Farlan de la pequeña muchacha indignada, más se disipaba su placer por vencerla, pero no, se apresuró a asegurarse, porque le hubiera afectado en absoluto su breve, aunque sorprendentemente apasionado beso. O, al menos, no más de lo que le había afectado cualquier otra bella muchacha a la que hubiera besado.

Lo único que le irritaba era su desaprobación por haber actuado como un canalla. No era típico de él tomar lo que no se le ofrecía libremente; sin embargo, a pesar de la apenas disimulada atracción que Caitlin sentía por él, había presionado más de lo que acostumbraba. Aunque últimamente le quedaba poco honor, prefería imaginarse más honorable con las muchachas de lo que había sido con aquella belleza de pelo negro.

Supuso que era culpa de ella, las miradas que ella le enviaba... esos ojos brillantes y centelleantes... y sus labios, ¡qué labios!, ella tenía los labios más rojos, maduros y succulentos que hubiera visto jamás. Habría que ser un santo, o un necio, para negar un beso a esos labios, sobre todo cuando se alzaban tan gustosamente hacia uno mismo.

Pero no se trataba sólo de su esbelta forma femenina o de su ansiosa respuesta. Bajo su cuidadosa conducta había una inteligencia aguda, un ingenio astuto y un corazón bueno y bondadoso. También había, añadió Farlan con un divertido gesto de la boca, una testarudez obstinada y un orgullo profundamente arraigado. Considerándolo todo, era la mujer más excepcional y excitante que había conocido nunca.

Esta constatación le sirvió de escaso consuelo mientras bajaba las escaleras que conducían a sus aposentos subterráneos. Ahora era muy probable que se quedaran sin cenar, y no era posible explicarle a Gavin que su impulsivo asalto a Caitlin en la despensa era la razón. Él ya le había advertido que tuviera cuidado con la muchacha, y explicarle ahora lo que había hecho difícilmente le sentaría bien.

En retrospectiva, había sido un estúpido. Si no tenía cuidado, podría incluso poner en peligro el éxito de su plan para liberar a Kester. ¡Y todo por un impulso espontáneo de besar a aquella moza de temperamento fogoso!

Bueno, Gavin no necesitaba saber nada de esto, decidió Farlan mientras llegaba al pie de la escalera y tomaba asiento en el escalón más bajo, aquí haría un poco de tiempo hasta que se sirviera la cena en el gran comedor. Entonces haría una visita a la cocina y prepararía una especie de comida con las sobras. Su amigo no se daría cuenta mientras entrara con una bandeja llena de comida.

Una brisa fría soplaba desde el pasillo al que daban las escaleras en las que ahora estaba sentado. Caitlin había mencionado proporcionarles mantas extra esta víspera. Después de lo que él había hecho, Farlan tenía el presentimiento de que ella preferiría dejarlos morir de frío aquí abajo que de hambre, y sería más difícil robar mantas que comida. Con ese pensamiento, se encaminó de vuelta a la cocina.

No es que a Farlan le importara mucho. Había soportado temperaturas mucho más gélidas sólo con la protección de su manta escocesa, pero Gavin, siendo bardo, no era tan amante de la vida al aire libre como él.

Además, había que tener en cuenta su pie. Era vital que Gavin se recuperara cuanto antes. Sin embargo, para que eso ocurriera, Farlan tenía que asegurarse de que se le proporcionaba todo lo necesario.

Con un suspiro de resignación, se levantó, se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras. No podía hacer otra cosa que buscar a Caitlin y pedirle perdón. No porque se arrepintiera de verdad de haberla besado, pues en el fondo de su corazón, Farlan nunca se arrepentiría.

Pero a veces, uno debía humillarse por el bien de los demás, y esa era, después de todo, una justa recompensa por ser un tonto tan torpe.

—¿Podría ayudaros a encontrar lo que buscáis?

Farlan se detuvo bruscamente. Acababa de salir de la cocina y estaba a punto de entrar en el gran comedor cuando la voz de una mujer detrás de él le sorprendió en seco. Se volvió.

Una bonita mujer de pelo rojizo y ojos plateados, que parecía sólo unos años mayor que Caitlin, estaba allí de pie. En sus brazos había un niño regordete. Por su porte y su sencillez pero elegante vestido verde, Farlan supo que debía de tratarse de Ailsa MacKenzie.

Hizo una media reverencia torpe, consciente de cuánto tiempo hacía que no era partícipe de tales modales cortesanos. —Sí, señora, —dijo mientras se enderezaba, sintiéndose como un zoquete torpe que hubiera deambulado por donde no era bienvenido. —Estoy buscando a la sanadora, Caitlin. ¿Sabrías dónde podría encontrarla?

—Ha ido a prepararse para la cena. ¿Podría yo seros de ayuda mientras tanto?

Farlan negó con la cabeza.

—No, me temo que no. Por un lado, le debo una disculpa y, por otro, necesito procurarme algo de comer para mi amigo y para mí, y también, al menos, una manta o dos para él para pasar la noche.

Ella sonrió, y a él le impresionó la comprensión compasiva que brillaba en sus ojos. Al menos había unos cuantos MacKenzie en el castillo, que al parecer, eran gente amable y decente.

—Bueno, no puedo decir que pueda ayudarle con sus disculpas, —dijo Ailsa irónicamente—, pero, desde luego, puedo ocuparme de algunas vituallas y mantas para vos y vuestro amigo. Veníos, —le indicó que la siguiera de vuelta a la cocina—, primero trataremos el asunto de la comida.

Aunque Farlan hubiera deseado lo contrario, no podía hacer otra cosa que acompañarla. Era, después de todo, la señora del castillo, y no se atrevía a arriesgarse a tener problemas con

Blaine MacKenzie, al menos de momento.

—Aún no nos han presentado, mi señora, —dijo mientras se dirigían de nuevo a la cocina—. Me llamo Farlan...

—Sé quién sois, —le interrumpió suavemente Ailsa MacKenzie—. La noticia de vuestra llegada y la de vuestro amigo está por todo el castillo. Y supongo que a estas alturas ya sabéis también quién soy yo, ¿no?

Sonrió.

—No era difícil de suponer, mi señora.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Sin duda lo fue.

La cocina estaba vacía, salvo por una sirvienta que se apresuraba a servir lo que parecía un revoltijo de patatas hervidas en un gran cuenco de cerámica. Cuando vio a Ailsa, hizo una reverencia y luego volvió a su tarea.

—Las sacaré a la mesa en sólo unos minutos más, mi señora, —dijo la muchacha—. La cocinera nos ha hecho sacar tantos cuencos esta noche que confieso que no he podido seguir el ritmo.

—No te preocupes, Sally. —Ailsa hizo un gesto despectivo con la mano—. Nadie ha pasado hambre todavía en el castillo porque un cuenco de patatas tardara en servirse. —Se volvió hacia Farlan—. Ahora, vamos a ocuparnos de su comida.

—Dígame en qué puedo ayudar, mi señora.

Echó un vistazo a la enorme cocina. En un extremo había un gran hogar de piedra que ocupaba la mayor parte de la pared. Dos barras de hierro en ángulo recto unidas a una barra vertical colocada en la base del hogar, estaban giradas hacia fuera con ollas de hierro vacías colgando de ellas. En el otro extremo de la habitación, otro hogar mostraba los restos de un cerdo asado en un espetón.

Numerosas estanterías cubrían el espacio libre que había en las paredes de la habitación. Estaban llenas de platos de peltre, tazas, cuencos, ollas, un amplio surtido de utensilios de cocina, así como jarras de cerámica de todos los tamaños. Varios barriles de roble estaban metidos debajo de la gran mesa de trabajo. Farlan adivinó que estaban llenos de sal, harina y otros alimentos básicos esenciales y de uso frecuente.

Era la cocina de un castillo próspero, rebosante de abundancia de todo tipo. Al recordar la penosa cocina de Dundarave la última vez que la vio, Farlan no pudo evitar una pequeña puñalada de amargura. Gracias al regente de Escocia, James Lachlan, primer conde de Moray, y a varios de los clanes más influyentes de las Highlands, con los MacKenzie a la cabeza, los MacBeans estaban al borde de la inanición, si los esfuerzos activos por cazarlos y sacrificarlos como animales no los extinguían antes.

Pero ahora no era el momento de recordar esas cosas, se recordó a sí mismo con fiereza. Ahora era el momento de ganarse la confianza de Blaine MacKenzie y de la gente del castillo. Ahora era el momento de rescatar a su hermano. Pero más tarde... más tarde habría represalias, y

serían tan rápidas y brutales como las que se habían cebado con su clan.

—¿Por qué no cogéis algunas de esas patatas antes de que Sally se las entregue a los demás? —sugirió Ailsa mientras cogía una gran bandeja de madera del fondo de una estantería, la colocaba sobre la mesa y añadía dos platos de peltre—. Mientras tanto, trincharé una porción del cerdo que queda en el asador. Y hay algunas verduras y zanahorias allí en ese cuenco, —señaló con el cuchillo que había cogido—, que también podéis servir en los platos.

En los diez minutos siguientes, Ailsa había preparado un enorme despliegue de comida, que incluía pan, dos espumosas jarras de cerveza y gruesas rebanadas de tarta de natillas. Finalmente, le entregó la bandeja ahora sobrecargada.

—¿Por qué no le lleváis esto a vuestro amigo? Me reuniré con ustedes en breve, en cuanto traiga algunas mantas extra del piso de arriba. Me gustaría dar también la bienvenida oficial a Gavin al castillo.

Farlan aceptó la bandeja y asintió.

—Como deseáis, mi señora. Estoy seguro de que apreciará la visita, así como todo lo que vos y Caitlin ya han hecho al acogernos.

—Es lo mínimo que podemos hacer por cualquier forastero que solicite nuestra hospitalidad.

Mientras se daba la vuelta para marcharse, Farlan no pudo evitar preguntarse si no había habido un énfasis subyacente en la voz de la mujer sobre la cuestión de la hospitalidad. Tal vez no fuera más que su, a menudo ignorado, sentimiento de culpa, que le provocaba una punzada pasajera de conciencia siempre que se veía obligado a utilizar o engañar.

Por desgracia, la culpa y la conciencia eran cargas traicioneras en aquellos tiempos, un lujo para quienes se imaginaban falsamente agraviados mientras seguían viviendo en castillos seguros, cálidos y bien equipados, rodeados de amigos poderosos, y no, en cambio, temiendo constantemente por sus vidas. Para quienes no se preguntaban continuamente si el próximo hombre que conocieran podría descubrir su vergonzoso secreto, su orden abierta de muerte instantánea en cualquier momento y lugar, y todo ello dentro de los límites legales de la ley.

Pero tales pensamientos eran inútiles y sólo nublaban la mente para la tarea que tenía entre manos, se recordó Farlan mientras se dirigía al pasillo que conducía a las escaleras. Debía permanecer lúcido y con una sola cosa en mente. Kester dependía de él, y el clan MacBean dependía de Kester para liderarlos. No importaban los sentimientos de Farlan sobre los vergonzosos acontecimientos que habían llevado a la proscripción de su clan. No importaba que los verdaderos culpables estuvieran ya muertos o encarcelados.

Lo único que importaba era que hiciera todo lo que estuviera en su mano para que los inocentes sobrevivieran. Y, para cualquier esperanza de que eso ocurriera, el clan MacBean necesitaba a su jefe. Un jefe que era totalmente indigno de ellos y de su confianza, pero un jefe que, no obstante, habían confirmado a la muerte de su antiguo jefe. Kester era ahora el legítimo heredero y jefe del clan MacBean, tanto si Farlan lo consideraba prudente como si no.

Farlan no se dio cuenta de lo famélico que estaba hasta que terminó de servir a Gavin y finalmente se sentó y empezó su propia comida. De hecho, ambos hombres casi habían

terminado de cenar cuando Ailsa MacKenzie apareció con un brazo lleno de mantas. Inmediatamente, Farlan dejó a un lado su plato y su jarra y se apresuró a ayudarle.

—Gracias por esto, —dijo mientras cogía las mantas—. Entre nuestros estómagos llenos y estas cálidas mantas, dormiremos como troncos esta noche.

—Es lo mínimo que podemos hacer por vos. —Ailsa sonrió, su mirada se dirigió hacia donde yacía Gavin—. Este debe ser vuestro amigo.

—Uy, claro, —Farlan rio—. Por favor, perdonad mis pobres modales. —Se volvió para mirar a su amigo—. Mi señora, éste es Gavin Buchanan, mi amigo, y un bardo y arpista muy consumado. Gavin, ésta es la señora Ailsa MacKenzie, esposa del jefe del clan MacKenzie.

El hombre más joven dejó su bandeja de comida sobre el duro suelo de tierra e hizo un movimiento para balancear su pie apoyado sobre las almohadas. Con una mano levantada, Ailsa le detuvo y se apresuró a llegar a su lado.

—No, no os preocupéis por mí, —le dijo mientras se inclinaba y le ofrecía la mano—. Veo que Caitlin le ha indicado sabiamente que mantenga el pie elevado, y eso es sin duda lo mejor.

Gavin sonrió.

—Así es, Señora, y también ha hecho un trabajo excelente tratando mi pie. Gracias a ella, estoy seguro de que me estoy recuperando.

—Entonces espero que no le decepcione demasiado verme a mí a partir de ahora para el cuidado de su pie.

Farlan depositó las mantas sobre la cama de Gavin y se colocó a su lado.

—Es un honor, y no un error, tener a la señora del castillo atendiéndonos. ¿Verdad, Gavin?

Con una expresión de perplejidad en el rostro, el bardo asintió lentamente mientras su mirada se dirigía primero a Farlan y luego de nuevo a Ailsa.

—Sí, así es. No es que no aceptara encantado la ayuda de Caitlin si alguna vez estáis vos demasiado ocupada para asistirme.

—Nunca estoy demasiado ocupada para asistir a un invitado. —Miró a Farlan—. Si no necesitáis nada más, es hora de que me una a los demás para cenar.

Ensimismado en sus propios pensamientos, Farlan no se dio cuenta de que le estaba hablando a él.

—Eh... no, no nos falta nada, mi señora, —dijo finalmente, antes de dirigirse a la puerta y abrirla para ella—. Por favor, permitidme que os acompañe de vuelta.

—No es necesario, conozco bien el castillo.

—Entonces, si os parece bien, permitidme caminar un poco a vuestro lado. Tengo algo que me gustaría discutir con vos.

Ella se encogió de hombros.

—Como queráis.

Se pusieron en camino y, casi en cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de Gavin,

Farlan se detuvo.

—¿Es culpa mía que Caitlin no pueda volver para cuidar del pie de Gavin?

—Sí, hasta cierto punto. —La señora del castillo se mantuvo firme ante su mirada—. Caitlin es joven y no siempre juzga bien a los hombres. Y la hospitalidad MacKenzie sólo llega hasta donde llega, especialmente cuando se trata del bienestar de mi cuñada.

Momentáneamente, Farlan se quedó sin habla.

—¿Su cuñada? —consiguió balbucear al fin—. Pero eso la convertiría en...

—La hermana de Blaine, por supuesto. —Ella enarcó una ceja castaña—. ¿No sabíais quién era?

—No. —El pavor se elevó como una bruma turbia para enroscarse alrededor de su corazón—. Se presentó como Caitlin MacKenzie, por supuesto, pero Seelie y ese muchacho Bruce, también eran MacKenzies. Pensé que todos eran miembros de su clan, pero sirvientes. Y luego, cuando dijo que era curandera... bueno, eso casi confirmó que era una muchacha común.

—Yo también soy curandera, y lo he sido mucho antes de conocer a Blaine MacKenzie o de venir al castillo. —Sonrió—. Caitlin es mi aprendiz.

Farlan sintió que su cara se ponía roja de vergüenza.

—De verdad, mi señora, no lo sabía. Fue una tontería por mi parte asumir que sabía quién era. Pido perdón por mi estupidez y por mi atrevimiento al besar a la hermana del jefe MacKenzie.

—No se provocó ningún daño, supongo. Aun así, espero que ahora entendáis por qué me parece prudente que Caitlin y vos no se queden más a solas. —Ailsa hizo una pausa para humedecerse los labios—. Aprecio profundamente a mi cuñada. Y lo que es más importante, su hermano es muy protector con ella. De hecho, ferozmente protector, por no decir otra cosa.

Capítulo 4

Farlan permaneció despierto hasta bien entrada la noche, esperando el momento en que todos los habitantes del castillo estuvieran en cama. Mientras tanto, su mente estaba ampolillada por pensamientos caóticos para mantenerle bien despierto, si es que alguna vez había temido quedarse dormido. Para su disgusto, sin embargo, todos ellos tenían que ver con cierta joven de buen corazón, aunque excesivamente exasperante.

Caitlin era la hermana de Blaine MacKenzie. Qué mala suerte perseguir a la hermana del hombre al que el clan MacBean consideraba uno de sus peores enemigos. Aunque Blaine MacKenzie, salvo por la captura y encarcelamiento de Kester, no hubiera desempeñado un papel activo en la persecución del clan de Farlan, seguía siendo un MacKenzie y parte integrante de quienes habían liderado la exitosa ofensiva para que el clan MacBean fuera proscrito.

Caitlin también había admitido tener una mala opinión de los MacBeans. Al hacerlo, era tan partícipe de esta despreciable parodia como el resto de sus parientes.

Sabía que era una tontería sentir una sensación de traición, incluso de dolor, ante aquella admisión. Por todos los dioses, ¡sólo había besado a la muchacha una vez! Y no había significado nada, ni para él ni para ella. Sin embargo, a pesar de los repetidos intentos de apartar a Caitlin de su mente. Pero los pensamientos de Farlan volvían a ella una y otra y otra vez, especialmente a la sorprendente intensidad de su beso y la inquietante conmoción que había suscitado, de alguna extraña conexión incluso.

¿Le habría hechizado? No parecía posible, ella no le había dado a beber ninguna poción ni él la había visto hacer ningún signo extraño ni murmurar ninguna palabra ininteligible que pudiera insinuar el lanzamiento de un hechizo. Pero los curanderos eran conocidos, algunos al menos, por incursionar en las artes oscuras.

De hecho, ¿no se había llamado una vez a Ailsa MacKenzie, nacida Sinclair, la “Bruja de Forbisans”? Y había admitido ser curandera mucho antes de casarse con Blaine MacKenzie. ¿No eran ambas mujeres, entonces, sino una bruja y su aprendiz?

Con un gruñido de disgusto, Farlan se dio la vuelta, volvió a subirse las mantas para que le taparan los hombros y cerró los ojos con fuerza. ¿Cómo había llegado a esto?

Farlan dudaba que la brujería fuera la única explicación para la rapidez con que Caitlin MacKenzie se había metido bajo su piel. No era más que una pequeña brizna de muchacha, hermosa, era cierto, pero había muchas mujeres hermosas en el mundo. Sin embargo, de algún modo, ella era diferente. Dentro de ese pequeño armazón ardía un espíritu ardiente e indomable, un coraje igual al de cualquier hombre. También había allí una pasión y un hambre de entrega con alma y corazón, a un amor incondicional que lo consumiría todo.

Lo sabía con una profunda certeza. Lo sabía porque reconocía un alma afín. Lo sabía porque, en lo más profundo de su corazón, a él le ocurría lo mismo.

Farlan abrió los ojos a una negrura absoluta y suspiró. Echando a un lado sus mantas, pasó a sentarse al borde de su cama, listo para ponerse en acción. Palpó a su alrededor en busca de sus suaves botas de cuero y se las calzó hasta la rodilla, atándose las cómodamente. Empezaban a desgastarse de nuevo, sobre todo las suelas, y pronto necesitarían un remiendo. Farlan no sabía cuántas veces más podría coser otra suela a los cada vez más delgados laterales de cuero, antes de que éstos cedieran. Cuando eso pasara, estaría descalzo, supuso, lo que no era un destino peor que el que ya sufrían la mayoría de los que quedaban de su clan.

En otro tiempo, como segundo hijo del jefe del clan, nunca le había faltado de nada. Aunque el clan MacBean nunca había sido un clan próspero, se las había arreglado bastante bien, pero el castillo de Dundarave era ahora un cascarón vacío.

Una vez que se impuso la proscripción y tuvieron que abandonar el castillo y esconderse en las colinas, sus antiguas posesiones no tardaron en ser saqueadas por los cercanos clanes vecinos. De hecho, los Argyll MacKenzies, con su cuartel general en Inveraray, situado a sólo cuatro millas al sureste, habían sido los más raudos en iniciar la rapiña.

Farlan se levantó, se ajustó el chaleco escocés con cinturón que había elegido para dormir esa noche y se dirigió en silencio hacia la puerta. Una vez en el pasillo, la débil luz de las antorchas empapadas en brea iluminó la larga extensión que conducía a la mazmorra. Todo estaba en silencio, tal y como él esperaba que estuviera a esas horas de la noche. No obstante, Farlan mantenía el oído agudamente atento a cualquier ruido extraño.

Varias veces captó el arañazo de pies diminutos, chillidos sobresaltados y sonidos de correteos al sorprender a las ratas por el camino, esos habitantes de lugares oscuros e imperturbables, eran bastante comunes.

La última vez que se había atrevido a visitar Dundarave un nublado día de invierno hacía apenas tres meses, el lugar estaba infestado de esas alimañas, pero para ese entonces todo el castillo, una torre de cuatro pisos en forma de L rodeada por un alto muro, ya había caído en el abandono. Las contraventanas de madera colgaban de bisagras rotas y oxidadas, las que aún colgaban. La nieve se había amontonado en varios recovecos de las habitaciones que habían quedado desprotegidas por las contraventanas, y el viento silbaba sin obstáculos por las cámaras y los pasillos desiertos. Los tapices que no se habían llevado colgaban en jirones de las paredes. Y no sólo las ratas se habían sumado a la carnicería, los pájaros habían construido nidos en los techos y cubierto el suelo con sus excrementos.

Sin embargo, fueron los daños causados en la entrada, al pie de la torre, en la escalera, los que más habían desgarrado el corazón de Farlan. No sólo la puerta principal, finamente tallada, había sido hecha trizas, sino que, sobre el portal, la ornamentación moldeada con dientes de perro y el lema de la familia “En Dios confío”, habían sido tan desfigurados que ahora apenas se podían leer.

La insensible y calculada profanación no sólo había añadido un insulto más a un pueblo ya destrozado, sino que también había golpeado el corazón mismo del último consuelo y fuerza a los que podían recurrir: el mismo Señor. Porque sin esperanza en Dios, a ningún hombre,

incluidos los MacBeans, le quedaba nada para seguir adelante, nada para seguir luchando cuando todo parecía perdido.

No es que lamentara esa pérdida por sí mismo, pensó Farlan mientras se acercaba a la puerta enrejada de hierro que separaba lo que parecía ser la sala de guardia del calabozo, del pasillo principal. Hacía años que había renunciado a un Dios justo, misericordioso y amoroso.

Sin embargo, lamentaba esa pérdida de esperanza para su pueblo, por muy defectuosas e ineficaces que él mismo pudiera considerar esas creencias, Farlan no tenía corazón para quitarles las suyas.

El ruido de voces procedentes de más allá de la puerta de hierro forjado le hizo detenerse en seco. Farlan se deslizó entre las sombras de la última antorcha y escuchó.

Había dos hombres en la sala de guardia, despiertos y, por los sonidos, jugando a los dados.

Se acercó hasta llegar a la pared del fondo del pasillo y avanzó hasta situarse en el mismo marco de la puerta de hierro. Al inspeccionarla de cerca, Farlan observó un grueso candado de hierro que colgaba de una robusta aldaba y argolla, cerrado desde dentro. La mazmorra no sólo estaba bien vigilada, sino también muy bien asegurada.

Al examinar la puerta, Farlan descubrió que las bisagras estaban sujetas por enormes pernos clavados en roca maciza. Un rápido vistazo a través de las rejas en la sala de guardia reveló, además de varias puertas que probablemente conducían a pequeñas cámaras de prisión, una celda de foso excavada profundamente en la tierra e igualmente protegida con una reja de hierro cerrada con candado. Allí era, con toda seguridad, donde tenían retenido a Kester.

Farlan ahogó una maldición salvaje. Su única esperanza de liberar a Kester había sido amenazar a los guardias con su daggs^[2], pero la corta y pesada pistola con cerradura de rueda sólo tenía un disparo. Aunque pudiera abatir a un guardia si se negaba inmediatamente a entregar las llaves, el segundo guardia podría hacer sonar la campana que Farlan había visto colgada en la esquina, pidiendo ayuda mucho antes de que Farlan pudiera volver a cargar. Y con la alarma sonando, sería imposible soltar la puerta de sus goznes antes de que llegaran los refuerzos, si es que eso era posible.

Pocas mazmorras de castillo eran tan inexpugnables como aparentemente lo era la del castillo MacKenzie. Había contado con una misión mucho más sencilla que la que se le presentaba. Aparte de utilizar pólvora para derribar la puerta de la sala de guardia, a Farlan no se le ocurría ninguna forma rápida de entrar y liberar a su hermano.

Sin embargo, introducir de contrabando la cantidad necesaria de pólvora a través del torreón del castillo sin ser detectado, sería casi imposible, o mejor pensado, imposible del todo.

Con el corazón encogido, Farlan regresó sigilosamente por donde había venido. Cuando llegó a las escaleras que conducían al nivel superior, tomó asiento en uno de los peldaños. Su mente se agitó, tratando de dar sentido a todo lo que había observado, escudriñando cada detalle para encontrar un fallo que pudiera dar lugar a un plan viable para rescatar a Kester.

Si su hermano hubiera estado encarcelado en alguna celda en la superficie, incluso quizá en una sala de guardia independiente, tal vez hubiera habido una posibilidad, pues tal vez

entonces hubiera habido una forma de introducir de contrabando pólvora suficiente para volar la puerta de la celda o incluso el muro exterior, pero era imposible, al menos en el corto periodo de tiempo en el que podían permanecer en el castillo bajo la hospitalidad de MacKenzie sin levantar sospechas.

Drogar la comida de los guardias sólo les dejaría inconscientes dentro de la sala de guardia y sin utilidad alguna. Poner sus manos sobre las llaves el tiempo suficiente para hacer una copia también parecía inútil. Para ello, tendría que aprender las rutinas de los guardias, y eso requería hacer demasiadas preguntas que fácilmente podrían despertar sospechas.

Su plan de cortejar a Caitlin y luego sonsacarle información había saltado por los aires en cuanto supo su verdadera identidad. De hecho, a decir verdad, Farlan ya había empezado a sospechar que, en cualquier caso, no sería capaz de sonsacarle gran cosa útil.

En efecto, parecía una misión imposible. Con un gemido frustrado, Farlan se inclinó y apoyó la cabeza en las manos. Tenía que haber alguna otra forma, pero ¿cuál?

Su viejo mentor, Balloch MacBean, capitán de los guardias de Dundarave y tío suyo, le había dicho una vez que cuando un problema parecía presentar dificultades insuperables, diera un paso atrás y buscara a su alrededor un enfoque más inteligente y fresco. Y si Farlan había necesitado hacer eso alguna vez, eso era ahora. Pero, ¿qué otro enfoque inteligente y más fresco había para este problema?

Inhaló lenta y profundamente, deseando calmar los torturados pensamientos que bullían en su cabeza. Un asalto directo en batalla contra el poderío de los MacKenzie siempre había sido impensable. Tomar el castillo con sigilo y engaño parecía ser la única alternativa, pero ahora eso también había llegado a un rápido e ignominioso final. Farlan necesitaba otro plan, uno que golpeara el corazón de todo lo que Blaine MacKenzie apreciaba.

El recuerdo de Ailsa MacKenzie abrazando a su hijo, el hijo de Blaine MacKenzie, pasó por su mente. ¿Acaso el jefe de los MacKenzie mantenía a su familia tan unida como Farlan había intentado una vez mantener a los suyos? Si era así, la mujer y el niño bien podrían ser inestimables en un intercambio por Kester.

Desde luego, no podía secuestrar al niño solo, el bebé aún necesitaba a su madre. Farlan no podía imaginar cómo cuidaría de un bebé que berreaba mientras se abría paso por las colinas y cañadas para poner una distancia segura y negociable entre un padre enfurecido y él.

Sin embargo, llevarse solo a Ailsa MacKenzie dejaría al niño huérfano de madre. Incluso por el bien de su clan, Farlan se dio cuenta de que carecía de estómago para rebajarse a esa particular forma de crueldad. Y, definitivamente, ¿no le apetecía enfrentarse a madre e hijo!

Pero, ¿y si, en lugar de eso secuestraba a Caitlin, reteniéndola como rehén a cambio de Kester? Pensó, invadido por una oleada de excitación. Según su esposa, Blaine MacKenzie era ferozmente protector con su hermana. Seguramente ella significaba más para él que cualquier honor que pudiera obligarle a mantener prisionero a un hombre hasta que pudiera ser llevado a juicio. Y Caitlin parecía de una complexión lo bastante fuerte como para soportar los rigores de varios días de duro viaje, por no mencionar las pequeñas incomodidades de pasar una temporada en su compañía sin los servicios de una doncella, disponer de una cama mullida o una comida finamente cocinada.

Ni que decir tiene que la trataría con todo respeto y consideración y la devolvería tan pura como la había tomado. Incluso si sus intenciones anteriores hacia Caitlin no habían sido tan honorables, una vez que la tomara como rehén, la situación y las reglas cambiarían. Por muy hermana que fuera de uno de los enemigos más acérrimos del clan MacBean, Farlan no tenía intención de hacerla sufrir a propósito.

Aunque imaginaba, pensó con una sonrisa sardónica, que su repugnante presencia serían indignidad y sufrimiento suficientes. Ella no se tomaría a bien que la secuestraran, de eso estaba seguro. Después de todo, Caitlin MacKenzie era una moza testaruda y de temperamento ardiente.

Pensándolo bien, tal vez la custodia de un chiquillo llorón podría ser una empresa mucho más agradable.



—¿Estás loco, hombre? ¿La razón ha huido definitiva y completamente de tu cuerpo? —Soltó Gavin enfurecido a Farlan a la mañana siguiente—. ¿No te bastó con saber que Caitlin es la hermana del jefe MacKenzie, sino que ahora te propones secuestrar a la muchacha y mantenerla como rehén para intercambiarla por Kester?

Farlan se encogió de hombros.

—¿Es mejor nuestro plan original de liberar a mi hermano delante de las narices de los MacKenzie?

—Sí, en efecto. Sacar a Kester es muy parecido a robar ganado. A nadie le gusta, pero a nadie le sorprende demasiado. Además, es la manera de las Highlands. Tomar a la hermana de un hombre, sin embargo, toca el honor de la familia y del clan. Y ya sabes lo espinoso que puede ser ese tema.

Gavin se levantó de la cama y, con cautela, apoyó su peso en el pie dolorido.

Farlan frunció el ceño.

—Se supone que no debes caminar de momento, ya lo sabes.

—¿Tengo elección? Parece que pronto estaremos huyendo de nuevo, si es que de verdad pretendes llevar a cabo un plan tan poco inteligente.

—Es la única opción que nos queda. —Farlan suspiró y sacudió la cabeza—. Lo sabes tan bien como yo.

—Sí, eso lo sé. —El bardo dio varios pasos con cuidado, luego levantó la vista y sonrió—. Además, mi pie se siente sorprendentemente bien. Esa punta de espina debe haber sido lo que estaba causando la mayor parte del dolor.

—No pensaba hacerte caminar todo el camino de vuelta a Glenshire.

—¡Vaya, sería todo un espectáculo, conmigo todavía a la espalda, y tú arrastrando a una chillona muchacha detrás!

Farlan puso los ojos en blanco.

—Estaba pensando más bien en robar un par de caballos a los MacKenzie. Tendremos que poner tanto tiempo entre nosotros y Blaine MacKenzie como podamos, y tan rápido como podamos. En cuanto descubra lo que hemos hecho, puedes estar seguro de que vendrá a por nosotros, con una jauría de sanguinarios miembros del clan a su lado.

Gavin soltó un bufido despectivo.

—Y robar caballos suena tan fácil como sacar a esa pequeña moza de aquí sin ser detectados. Pero como has dicho... ¿qué otra opción tenemos? Dime qué necesitas de mí y lo haré.

—Bueno, esa es la parte que no he resuelto del todo. Necesitaré el día de hoy para husmear un poco por el lugar y ver qué se me presenta.

—Ocupate de ello entonces. —Su amigo volvió a la cama y se tumbó, apoyando el pie en las almohadas—. Aunque antes de eso, algo para romper nuestro ayuno sería muy apreciado.

—De acuerdo, me pondré a ello. —Farlan se dirigió a la puerta—. Así también empiezo a fisgonear.

—Sí, —murmuró secamente Gavin mientras Farlan abría la puerta y salía—. Hazlo, muchacho. Hazlo.

No estaba más contento que Gavin de tener que cambiar de planes y rebajarse ahora a un secuestro, pensaba Farlan mientras se dirigía al pasillo. Liberar a su hermano de la prisión parecía una empresa mucho más honorable, pero esa idea había tenido una muerte final e ignominiosa anoche.

Al menos, este plan en particular era bastante más directo y sencillo. Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar alguna forma de robar caballos sin que lo atraparan, sacar a Caitlin del castillo sin ser detectado y luego huir de su enfurecido hermano con una mujer que lucharía contra él a cada paso del camino.

Poco después pensó que esto sería, lo que algunos podrían llamar, la obra de un Dios misericordioso, aunque Farlan prefirió considerar que el destino le estaba presentando la solución perfecta para, al menos, parte de su dilema. Justo cuando estaba a punto de salir de las escaleras y girar hacia la cocina, la voz de Caitlin, procedente de algún lugar cercano, le paró en seco. Inmediatamente retrocedió al abrigo de la escalera. Ella estaba de pie en el umbral de la puerta, al parecer hablando con Ailsa.

—Hace una mañana tan bonita, —decía—, que creo que daré un paseo por Loch Awe hasta donde ese arroyo desemboca en el lago, bajo esos grandes robles. Le diré a Kristy que nos prepare un picnic, y llevaré a Seelie y a Bruce.

—Supongo que eso estará bien, —Farlan oyó responder a Ailsa desde el interior de la habitación. —No estarás muy lejos del castillo, y Bruce es una presencia de lo más intimidante para cualquiera que se le ocurra hacer travesuras. Aun así, siempre me siento mejor cuando sales y Blaine está en casa, aunque por el mensaje que acabo de recibir esta mañana, parece que pasará otro día o así antes de que regrese.

—Estaremos bien, Ailsa. —Caitlin se rio—. Y veré qué puedo encontrar de flores o

hierbas que podamos usar para las curaciones.

—Sí, estate atenta sobre todo a las flores del amor. Es probable que ya estén floreciendo y podría usarlas para hervir una tanda para los que tengan fiebre. Y también las hojas del helecho lengua de ciervo, ya sabes lo bien que ayuda a la vieja Edith con esa tos constante que tiene. Ah sí, y si por casualidad encuentras algunas flores de zapatito de cuco en algún sitio...

—Veo que esto se está convirtiendo rápidamente en una expedición para la recolección de plantas, —dijo Caitlin con una risita—. Puede que estemos fuera la mayor parte del día. No es que me queje, ya que promete ser un día precioso.

—Seguro que sí. ¿Cuándo piensas marchar?

—Dentro de unas horas. Primero tengo que encontrar a Seelie y Bruce, hacer que Kristy prepare nuestra comida de mediodía y luego tener los caballos preparados. Estaremos de vuelta antes de la cena.

—Recuerda recoger una cesta extra para todas las plantas y flores, y un buen cuchillo afilado para cortar.

—Lo haré. —Caitlin hizo una pausa—. ¿Hay algo más, o puedo ya ocuparme de mis tareas?

—Ve. Parece que tienes mucho en lo que ocuparte.

Farlan decidió que ya era hora de darse la vuelta y desaparecer por las escaleras de vuelta a la oscuridad. Tenía toda la información que necesitaba para poner en marcha su parte del plan, y no quería que nadie le viera y sospechara de él o de sus motivos.

Al menos no, pensó con una sonrisa satisfecha, hasta que fuera demasiado tarde.



Tres horas más tarde, mientras galopaba con su caballo por el camino que salía del castillo, Caitlin casi se rio a carcajadas. Era un día glorioso, con el cielo de un azul intenso y salpicado de nubes altas barridas por el viento, el sol cálido y la hierba verde y exuberante.

Dando con el talón a su yegua en el costado, hizo una señal al ya veloz animal para que ampliara la creciente distancia entre ella y sus amigos. No es que fuera difícil, Seelie no se sentía demasiado cómoda sobre un caballo, y Bruce, aunque su gran castrado era una bestia fuerte y casi igual al caballo de ella, era demasiado educado para dejar atrás a Seelie.

Sin embargo, Caitlin no estaba dispuesta a cabalgar arrastrándose como una vieja. Ni hoy ni probablemente nunca y tampoco iba a mantener un ritmo tan rápido durante mucho tiempo. Pronto, por la misma necesidad de cortesía, daría la vuelta a su caballo y se reuniría con los demás, pero no aún.

El día era fresco y revitalizante. Su sangre corría caliente con el alborozo que siempre despertaba la primavera, y ella era libre. Libre de las ataduras de la vida en el castillo, libre de los altos y cerrados muros, y libre, sobre todo, de aquel enloquecedoramente arrogante Farlan

Sinclair.

Farlan era excitante, de eso no cabía duda. Pero los sentimientos que él despertaba en ella eran oscuros e inquietantes, muy distintos a los que había sentido por cualquier otro hombre. Y la verdad era que él la asustaba con su intensidad, su fachada de seguridad en sí mismo incluso cuando ella podía ver que un profundo dolor brillaba justo bajo la superficie.

Estaba harta de dolor. En los últimos ocho años, había perdido a su madre, luego a su padre, por no mencionar a la primera esposa de Blaine, que también se había llamado Ailsa, en el parto. Había perdido a la mejor amiga que había tenido nunca y a su sobrinito, el primer hijo de Blaine, que nació muerto.

Y luego había ocurrido aquella debacle con David. Incluso ahora, Caitlin se estremecía ante la humillación que él le había causado, cuando dijo, en sus exactas palabras, “de repente he perdido el interés en tomarla como esposa”. La verdad del asunto había salido a la luz mucho más tarde, cuando se habían enterado de que le habían ofrecido un prestigioso puesto en la Corte. Un puesto que requería que se casara con otra mujer.

Blaine y Ailsa habían aceptado sorprendentemente la ruptura del compromiso, confesando ambos finalmente que habían tenido sus dudas sobre David todo el tiempo. Aun así, había sido el fin del mundo para Caitlin. O, pensó con una sonrisa burlona, el fin del mundo al menos en aquel momento.

Pero ese desastre ya había pasado y estaba bien atrás, y se alegraba enormemente de estar libre de él.

Mirando por encima del hombro, Caitlin se dio cuenta de que había dejado muy atrás a Bruce y a Seelie. Con un suspiro resignado, dio la vuelta a su caballo, haciéndolo girar y regresó hacia ellos al galope.

—Así que por fin se ha dignado a reunirse con nosotros, —dijo Bruce, con una ligera sonrisa en los labios.

—Probablemente sólo porque llevamos la cesta de comida, —murmuró Seelie a través de unos labios blancos y apretados mientras se aferraba a la silla y a las crines de su caballo con un agarre mortal—. De lo contrario, si hubiera sido ella la que llevaba la cesta, la habríamos alcanzado una hora más tarde para encontrar la comida ya inexistente y a ella profundamente dormida junto al lago.

Caitlin se rio.

—Ay, Seelie, a veces eres una abuela. ¿No puedes, por una vez, relajarte y disfrutar de una excursión?

Su prima frunció el ceño.

—¡Claro que puedo y lo hago! Sólo que no disfruto haciéndolo a caballo.

—Bueno, no te enfades.

Caitlin se volvió hacia el camino que tenía por delante. Empezó a distinguir los grandes robles que daban sombra a ambos lados del pequeño arroyo que desembocaba en Loch Awe en el punto más cercano al castillo. Durante un fugaz instante, imaginó haber visto a alguien moverse

en las sombras bajo los árboles, pero pocos frecuentaban la zona, así que era probable que se tratara de un pájaro o una ardilla, si acaso.

Cabalgando ahora al ritmo que Seelie había marcado, pasaron otros quince minutos antes de que por fin llegaran al lugar donde harían el picnic. En cuanto llegaron, Caitlin saltó de su caballo y lo ató cerca de un claro de hierba especialmente succulenta donde pudiera pastar. Para entonces, Bruce también había desmontado, y ya había desatado la cesta con las vituallas para la comida del mediodía y la había colocado encima de una roca cercana, para luego ayudar a Seelie con la gran empresa de bajar de su montura.

Sabiendo que ese pequeño ritual implicaría al hombre de buen corazón durante unos minutos más, Caitlin se acercó, recogió la cesta y se dirigió a un lugar llano y sombreado donde el arroyo desembocaba en el lago. Sin embargo, al pasar junto a un roble particularmente antiguo y muy grande, una mano salió de detrás del enorme tronco y se posó sobre la mano que sujetaba la cesta. Con un grito ahogado, Caitlin se detuvo bruscamente.

—Gracias por traer comida para el viaje, —dijo una voz profunda y masculina—. La necesitaremos, podéis estar segura.

Se dio la vuelta. Allí, de pie junto al árbol, estaba Farlan Sinclair, y detrás de él había un Gavin con los ojos muy abiertos y muy nervioso. Caitlin soltó la cesta y retrocedió de un salto.

—¿Qué haces aquí?

Las comisuras de la boca de Farlan se levantaron, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Qué hago, dulce muchacha? He venido a llevarte con nosotros.

Mientras hablaba, la mano que aún colgaba de su costado se movió, levantándose para revelar un viejo daggs oxidado con el que la apuntó directamente.

—Ahora te vas a portar bien, ¿verdad? Porque odiaría mucho tener que usar esto. Y, te guste o no, vendrás con nosotros.

Capítulo 5

Los ojos de Caitlin se abrieron de par en par con incredulidad. Luego, justo antes de que la ira los estrechara hasta convertirlos en relucientes rendijas, Farlan vio un fugaz destello de dolor.

El dolor le sorprendió, despertando una oleada de angustiosa culpabilidad, antes de endurecerse una vez más ante la tarea que tenía entre manos. De hecho, se sintió agradecido cuando llegó la ira.

—¿Qué pretendes, desdeñar la hospitalidad que tan gratuitamente se te ha brindado al llevarme contigo? —exigió en voz baja y enfurecida—. ¿Y por qué razón? ¿Qué te he hecho yo, o cualquiera de nosotros, para merecer un trato tan vil? Y puedes estar seguro que cuando mi hermano se entere, desearás no haberlo ni pensado.

—Soy muy consciente de las consecuencias, —replicó Farlan mientras se inclinaba para depositar la cesta en el suelo—. En cuanto a por qué la necesidad de que te lleve, te diré que esta nunca fue mi primera opción. Por desgracia, la mazmorra del castillo es demasiado difícil para que entremos Gavin y yo solos, y necesito liberar a mi hermano. Así que, mi bella muchacha, eras la siguiente solución más fácil a mi dilema.

—¿A tu hermano? —El ceño de Caitlin se frunció de perplejidad—. Pero no tenemos prisionero a ningún hombre llamado Sinclair. El único hombre en el calabozo es Kester Shuth...

Se le abrió la boca y luego se le cerró de golpe. Lo miró con odio.

—Mentiste sobre tu verdadero nombre, ¿verdad? No eres Sinclair, eres un... ¡un MacBean!

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, Farlan la miró fijamente.

—Uf, la forma en que pronuncias mi nombre calienta mi corazón. Pero ten cuidado, muchacha, supone la muerte para cualquiera que mencione a un clan tan asqueroso y maldito.

—¡Muerte para ti y los tuyos, pero no para mí! —Caitlin miró hacia donde Bruce estaba terminando por fin la tarea de guiar a una insegura Seelie, que agitaba los brazos y las piernas, sana y salva hasta el suelo—. Bueno, MacBean o no, no creo que realmente me dispararas, —dijo, volviéndose para mirar a su dagg con desdén—. Eres demasiado cobarde para eso, así que mejor escabúllate por donde has venido, antes de que Bruce se vea obligado a darte una paliza por tu insolencia.

Esto ya había ido demasiado lejos, decidió Farlan. Empezaba a irritarse. La agarró del brazo cuando se dirigía hacia sus dos amigos y tiró de ella hacia atrás.

—Ya veremos lo cobarde que soy, —gruñó, acercándola y apretándole la pistola en la sien mientras el hombre grande y pelirrojo parecía darse cuenta por fin, de que había unas cuantas personas más aquí de lo que había imaginado en un principio y, con el ceño fruncido, se dirigía

en su dirección.

—Lamentarás mucho haber hecho esto, —siseó Caitlin mientras Bruce avanzaba hacia ellos—. Lo sentirás mucho.

—Ya lo estoy sintiendo, —replicó Farlan—. Y es probable que lo sienta más a medida que pase el tiempo.

—¿Qué estás haciendo, Sinclair? —preguntó Bruce cuando por fin se detuvo ante ellos—. Ese dagg no está cargado, ¿verdad?

Farlanladeó la cabeza.

—¿Acaso crees que soy tan tonto como para apuntar con una pistola descargada a la cabeza de alguien? Sí, MacKenzie, el dagg está cargado y, a menos que te des la vuelta, te pongas de rodillas y permitas que Gavin te ate de pies y manos, la usaré con la muchacha.

—No es un Sinclair, Bruce, —gritó Caitlin—. ¡Es un villano MacBean! Y no le creas, no me disparará. Sabe que le matarías si lo hiciera.

Bruce miró a Caitlin, luego a la pistola y finalmente a Farlan.

—Un MacBean, ¿verdad? Bueno, eso lo cambia todo, ¿no? Te mataría, muchacha, ese hombre no tiene nada que perder.

—Por fin, alguien con una pizca de sentido común, —murmuró Farlan—. Ahora, haz lo que te digo.

Sacudió la cabeza hacia Bruce.

—Ve allí, Gavin, y átalos. No tengo tiempo ni paciencia para más palabrería.

Seelie se acercó corriendo justo cuando Bruce se daba la vuelta, se arrodillaba y ofrecía las manos a la espalda.

—¿Qué estás haciendo, Sinclair? Si esto es un juego tonto al que estás jugando, ¡ha ido demasiado lejos! A estas alturas ya sabes quién es Caitlin, ¿verdad? Blaine MacKenzie tendrá tu cabeza si continúas con esto.

—¡Calla, mujer! —espetó Farlan, silenciándola—. Claro que sé quién es. ¿Por qué si no iba a tomarla como rehén?

—¿Rehén? —con el rostro enrojecido de ira, la prima de Caitlin casi gritó la palabra—. ¿Cómo te atreves?

Ante el histrionismo de Seelie, Caitlin suspiró con aparente exasperación.

—Pues se atreve, y no se equivoca. Es un MacBean, después de todo.

Farlan nunca había visto a alguien ponerse blanco tan rápido.

—¿Un MacBean? —susurró Seelie—. Ay, ¿qué vamos a hacer ahora, Caitlin?

Para entonces, Gavin ya tenía a Bruce en el suelo, atado como un cerdo listo para asar en un espetón. Ahora era el turno de Seelie, decidió Farlan.

—Ocupate de la mujer, —le dijo a su amigo—. Sólo que, una vez que la tengas bien atada, ponle también una mordaza en la boca. Apostaría a que, una vez que nos vayamos, sus chillidos

se oirán hasta el castillo.

—¡No! —Seelie giró sobre sí misma y echó a correr.

Gavin miró a Farlan.

—Mmm, puede que mi pie no aguante una carrera para alcanzar a esa chiquilla.

—Entonces, —Farlan empujó a Caitlin hacia él—, ¿puedes al menos sujetarla?

Se rio entre dientes.

—Sí, y disfrutaré por fin de tenerla cerca.

—Disfruta todo lo que quieras, pero mantén las manos quietas. —Farlan metió el dagg en su cinturón y salió tras Seelie.

No tardó mucho en alcanzar a la mujer que huía. Seelie no era realmente una corredora tan rápida ni experta y pronto se quedó sin aliento. Sin embargo, gritó cuando Farlan la agarró por la cintura y la levantó en el aire para echársela al hombro.

—¡Bájame, granuja! —Ella pataleó salvajemente y golpeó su espalda—. ¡Sabía desde el principio que eras un granuja!

—Bueno, pronto te librarás de mí, —le espetó Farlan mientras avanzaba—. Eso debería ser un consuelo, aunque sólo sea eso.

Seelie pronto se cansó de chillar y patalear. Sin embargo, Farlan no iba a disfrutar del respiro durante mucho tiempo. Gavin tenía las manos más que ocupadas con Caitlin, que al parecer había aprovechado la marcha de Farlan para enzarzarse en un combate de lucha libre con su amigo. De hecho, la llegada de Farlan fue de lo más afortunada, pues en ese preciso momento, Caitlin consiguió hacer tropezar a Gavin y escapar de su tenue agarre sobre ella, con lo que salió corriendo en dirección a los caballos.

Farlan sólo gastó un momento para depositar a Seelie ante su amigo.

—Átala, si puedes, y luego reúnete conmigo junto a los caballos, —dijo, lanzando al bardo una mirada de reproche—. Y no olvides la cesta de comida, ¿quieres?

Deteniéndose el tiempo suficiente para asegurarse de que Gavin tenía ahora bien sujeta a Seelie, Farlan se dio la vuelta y corrió tras Caitlin. Esto se estaba convirtiendo rápidamente en una farsa de secuestro, pensó con disgusto. De paso, estaban perdiendo un tiempo valioso para emprender la huida, pero no sería por mucho tiempo. Ya había aguantado todo lo que podía aguantar de mujeres salvajes MacKenzie por un día. Le gustara o no, Caitlin se llevaría ahora la peor parte de su ira.

Sin embargo, ella era sorprendentemente ágil de pies y él apenas la alcanzó a tiempo. Así las cosas, ella había desatado a su yegua y montado cuando él consiguió agarrar las riendas del caballo con una mano mientras, con la otra, se apoderaba de un puñado de la capa que ella llevaba y tiraba con fuerza. Con un grito de consternación, Caitlin luchó por liberarse haciendo girar al caballo, pero Farlan ágilmente, siguió agarrado.

Mientras daban vueltas en tándem, poco a poco tiró de su capa hasta que ella empezó a perder el equilibrio. Ella le dio una patada y falló. Volvió a patalear y ésa fue su perdición, en ese

mismo instante, Farlan tiró con fuerza de su capa. Caitlin cayó de su montura, y su trayectoria la hizo volar hasta aterrizar justo encima de él. Farlan se llevó la peor parte de la caída, rodando para evitar los cascos del caballo, pero consiguió detenerse encima de Caitlin, que con sus ojos azules llameantes, le miró con odio.

—¡Suéltame, bribón lascivo! —gritó—. ¡Suéltame!

—Con mucho gusto, —gruñó él a su vez. Levantándose, la agarró firmemente del brazo y tiró de ella hacia arriba para ponerla en pie—. Aunque no te escaparás de mí tan fácilmente.

Sacó dos trozos de cuerda de donde los había metido dentro de su hombrera y los apretó entre los dientes. Farlan la hizo girar y le agarró ambas manos. Aunque ella se retorció y luchó por soltarse, él consiguió finalmente asegurar una cuerda alrededor de sus muñecas. A continuación, tras obligarla a volver al suelo, le ató los tobillos.

Aunque ella luchó contra él con todas sus fuerzas, era evidente que ya estaba agotada tras toda la lucha.

—No te saldrás con... con la tuya, —tragó Caitlin entre jadeos, incluso cuando él terminó y tiró de ella para ponerla en pie—. Y cuando mi hermano venga a por ti y te ensarte con su espada, me reiré, lo haré. Juro que lo haré.

—Sí, imagino que lo harás. —Se agachó ligeramente y la inclinó hacia delante para echársela al hombro—. Incluso aunque eres una muchacha, pareces sanguinaria.

Gavin, que al parecer por fin había conseguido atar a Seelie, subió corriendo en ese momento. Llevaba la cesta de comida y la bolsa de cuero que contenía su arpa.

Farlan le señaló la yegua de Caitlin.

—Ata tu arpa y la cesta a ese caballo. Ese es el tuyo de aquí en adelante.

Luego se dirigió hacia donde el gran caballo castrado de Bruce seguía atado, pastando plácidamente. Sin ninguna pausa ni explicación, puso a Caitlin boca abajo sobre la cruz del caballo, desató las riendas y condujo al animal hacia donde estaba Gavin.

—Dudo que ahora pueda escapar, —dijo, entregándole las riendas a su amigo—, pero por si acaso, sujeta al caballo por mí. Necesito un momento más para hablar con Bruce.

El bardo asintió y cogió las riendas. Farlan giró sobre sus talones y caminó hacia donde Bruce y Seelie yacían bajo los árboles. La muchacha le lanzó una mirada asesina, pero, gracias a la mordaza que le había proporcionado Gavin, no pudo poner voz a lo que evidentemente estaba pensando. Farlan se alejó de ella y se arrodilló junto a Bruce.

—No le hagas daño, te lo ruego, —suplicó el hombretón, mirando a Farlan directamente a los ojos—. A pesar de lo testaruda que es, es una buena muchacha. Y no es culpa suya lo que le pasó a tu clan o a tu hermano. Eso es obra de los hombres, no de las mujeres.

—Sí, eso lo sé, —replicó Farlan, encontrándose firmemente con su mirada—. Y te doy mi palabra de que la trataré con delicadeza. O, al menos, —añadió con una mueca de sus labios—, tan gentilmente como ella me lo permita. Va a ser incontrolable, y eso también lo sé.

Extrajo un pequeño paquete de una bolsa de su cinturón y se lo metió a Bruce en el hombro.

—Dáselo a tu laird. Le explicaré lo que debe pasar si quiere recuperar a su hermana. Le esperaremos en Dundarave. Sin trucos ni traiciones, sólo haz que traiga a mi hermano, vivo y sano, y que lo haga cuanto antes. No tengo estómago para este tipo de cosas, y deseo que acabe lo mejor y lo antes posible. —Farlan se puso en pie—. Siento dejarte así, pero necesito ganar tiempo antes de que se descubra lo que he hecho, no se puedo hacer de otra forma.

Bruce suspiró.

—No, supongo que no se puede. No obstante, esto saldrá muy mal para ti. Blaine no es de los que se toman una afrenta así a la ligera.

—¿Y qué importa? —Farlan se encogió de hombros—. Lo mires como lo mires, los MacBeans somos hombres muertos. Como ya has dicho, no tengo nada que perder.

Tras eso se volvió y se alejó a grandes zancadas. Cuando llegó a los caballos, Gavin le tendió las riendas de su montura. Sin mediar palabra, Farlan las dejó sobre el lomo del animal y de un salto se subió a la silla de montar.

Dando la vuelta al caballo, Farlan señaló en dirección noreste.

—Pongámonos en marcha. Tenemos por delante unos kilómetros de dura cabalgata antes del anochecer, y cuanto más lejos estemos del castillo para entonces, mejor para nosotros.

Caitlin eligió ese momento para intentar arrojarle hacia atrás del caballo. Manteniéndose en su asiento con la presión de sus piernas y deslizando un brazo por debajo de ella, Farlan la levantó en el aire y la volteó para sentarla delante, y sujetándola fuerte hacia sí, taloneó al caballo castrado para que avanzara. El gran caballo saltó a un galope que pronto se aceleró hasta convertirse en una carrera sin freno.

—Tenías razón, ¿sabes? —le dijo, soltando un poco su fuerte agarre sobre ella.

—¿Qu-qué? —fue su respuesta ahogada mientras se apartaba un poco de su pecho para mirarle con el ceño fruncido—. ¿De qué estás hablando?

—Cuando dijiste que era demasiado cobarde para dispararte, tenías razón. No disparo a las mujeres, —dijo, con una sonrisa lobuna dibujándose en su rostro—, ni siquiera a las muchachas que necesitan desesperadamente más sentido común para no andar insultando a un hombre con una pistola apuntándoles a la cabeza.



Cabalgaron duro aquel día, deteniéndose sólo dos veces para refrescarse y dar de beber a los caballos. A medida que las ondulantes colinas daban paso a estrechas cañadas, después a densas manchas de bosques de serbal, roble y abedul, y luego a praderas abiertas, Caitlin observaba con el corazón hundido cómo se alejaban cada vez más de casa. Vadeaban innumerables arroyos caudalosos en los que Farlan a menudo les hacía permanecer uno o dos kilómetros antes de volver a tierra firme.

Ella sabía por qué lo hacía, eso haría más difícil la tarea de sus perseguidores de seguirles

la pista. Era obvio que estaba acostumbrado a que le persiguieran, lo que, para ser honestos, Caitlin sabía que no debía sorprenderle.

Todo el mundo por estos lares había oído la historia de cómo Farlan MacBean había sido desterrado de su propio clan, incluso antes de que su pueblo hubiera sido proscrito. Se rumoreaba que se había acostado con la prometida de su hermano mayor y la había dejado embarazada. La desventurada muchacha era la única descendiente viva del jefe del clan Colquhoun, y su matrimonio con Kester MacBean habría enriquecido enormemente la fortuna de los MacBean, pero una vez que Kester se había enterado de su escarceo con su hermano menor, se había negado a casarse con la muchacha. El jefe de los MacBean se enfureció tanto que se volvió contra Farlan, desterrándolo.

Desgraciadamente, según cuenta la historia, eso no fue el final. Un mes después, la heredera de los Colquhoun fue encontrada muerta en el fondo de un acantilado cercano al castillo de Dundarave, con el cuello roto.

Corría también el rumor de que Farlan MacBean, con la promesa de convertir en esposa a la muchacha, que en ese momento ya no era la prometida de su hermano, la había sacado de su casa un frío día de finales de otoño. La criada de la muchacha incluso había presentado una nota a tal efecto, firmada por Farlan, por lo que a nadie le cabía duda de que la malograda muchacha había salido a su encuentro. Su intención, sin embargo, no había sido evidentemente la de un enamorado, si no la de vengarse, según algunos, por ser la causa involuntaria de su exilio.

Al final, además de su nueva condición de hombre sin clan, Farlan MacBean también había acumulado el título de asesino y proscrito. Un proscrito con un precio por su cabeza, un forajido que ahora se había salido una vez más de los límites de la gente decente y temerosa de Dios y había añadido el secuestro a sus cargos.

Un escalofrío recorrió a Caitlin. Él había dicho que no disparaba a mujeres, pero un hombre de constitución tan poderosa como él no necesitaba más armas que sus manos. Unas manos que ya le habían roto el cuello a una muchacha inocente.

Por su conducta anterior con ella, podía ver que no tenía moral, que se apoderaba de lo que quería cuando lo quería y no sufría ni un momento de remordimiento al hacerlo. Y, para colmo de males, se había aprovechado plenamente del sagrado código de hospitalidad de las Highlands, utilizándolo para sus propios fines nefastos. Era un ladrón, un mentiroso y un desalmado. De algún modo, de alguna manera, debía encontrar la forma de escapar de él... antes de que fuera demasiado tarde.

Caitlin se miró las manos y los pies atados. Mientras permaneciera en estas condiciones, escapar era imposible. Como mínimo, necesitaría que le desataran los pies. Debía encontrar alguna forma de convencer a su captor para que lo hiciera y, una vez hecho, que no tuviera la necesidad de atárselos de nuevo.

Un plan comenzó a formarse en su mente. Farlan MacBean era un hombre, después de todo, y uno particularmente arrogante. Todo lo que ella tenía que hacer era permitirle imaginar que estaba acobardada y que no era una amenaza para su mayor inteligencia y astucia. Una tarea, pensó Caitlin con una pequeña sonrisa, que debería ser bastante sencilla para una mujer de su inteligencia y temple.

Acamparon al anochecer bajo un saliente rocoso lo bastante profundo como para resguardarse de la ligera lluvia que pronto empezó a caer. Con la cobertura de la lluvia, era seguro encender un pequeño fuego con la leña que Gavin consiguió reunir antes de que estuviera demasiado húmeda. Tras atar los caballos y traer las monturas y demás pertrechos, Farlan se dispuso a rebuscar en el contenido de la cesta de comida.

—Menudo festín para una excursión tan pequeña, —dijo mientras desenvolvía paquetes de tela de un queso blanco y fuerte, una hogaza de pan recién horneado, una generosa porción de cerdo asado en rodajas de la comida de la víspera y una tarta de manzana seca, para por último extraer una gran petaca de cuero con sidra.

—No es que me queje, claro, —miró a Caitlin con una sonrisa—, con todas las vueltas que hay que dar para despistar a nuestros perseguidores, puede pasar un tiempo antes de que lleguemos a un pueblo donde podamos comprar provisiones. Mientras tanto, esta buena comida nos proporcionará al menos la cena de hoy y el desayuno de mañana.

—Me alegro de que hayamos podido servirte, —murmuró ella, mirándole con odio.

Farlan sacó un cuchillo y cortó un trozo de pan con queso. A eso añadió una loncha de cerdo.

—Toma, —dijo, ofreciéndoselo.

Caitlin arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—He perdido el apetito. Seguramente por la compañía.

—Como quieras. —Con una risita, Farlan le entregó la comida a Gavin—. Por supuesto, debilitarse por el hambre no sentará bien a tus planes de escapar. —Ante la mirada de enfado que le envió Caitlin, sonrió y se encogió de hombros—. No soy tonto, y bien deberías ir haciéndote a la idea. Te tengo tomada la medida desde hace mucho tiempo, pero bueno, me viene bien tenerte débil e indefensa. Hace que este lamentable asunto sea mucho más fácil para mí.

—¡Dame eso! —Caitlin se inclinó hacia Gavin y, con las manos atadas extendidas, le exigió la comida que Farlan acababa de darle—. ¡Está lejos de mi intención hacer algo que te facilite la situación!

—Vaya, lo has conseguido otra vez, Farlan, —dijo el hombre más joven mientras le devolvía la comida—. No puedes evitar empeorar las cosas, ¿verdad?

—No te preocupes, —el Highlander moreno contestó secamente, rebanando otro pedazo de queso y otro de cerdo y poniéndolos en una nueva rebanada fresca de pan para entregárselo a Gavin—, sólo está enfadada porque he descubierto rápidamente su pequeña estratagema para conseguir escapar. —Con una ceja arqueada, miró a Caitlin—. ¿Verdad, muchacha?

Era insufrible, pero ella prefería morir antes que admitir nada ante él, especialmente si era admitir que tenía razón.

—¿Y por qué iba a admitirle nada a alguien cómo tú? —Ella le sonrió dulcemente, luego rompió una esquina de su queso, se lo metió en la boca y lo masticó lenta y concienzudamente—. ¡Uy, pero si esto está muy sabroso! Creo que me ha vuelto el apetito, y puede que incluso me tome una segunda ración cuando acabe con esto. Para mantenerme con fuerzas y todo eso, ¿sabes?

Gavin exhaló un largo suspiro frustrado.

—Los dos sois insufribles y, si no me equivoco, creo que sois perfectos el uno para el otro. —Asintió con vehemencia—. ¡Sí, ya lo creo!

Caitlin frunció el ceño, pero decidió que era mejor no decir nada más. Farlan volvió tranquilamente a su propia comida, que había estado preparando mientras hablaban. Sin embargo, la mirada pensativa de sus ojos la inquietó.

Estaba planeando algo. Fuera lo que fuese, dudaba que fuera un buen presagio para ella, aunque pensándolo bien, desde el primer momento en que había puesto sus ojos en él ayer en el mercado de Dalmally, ¿había algo que le hubiera ido bien?

Aun así, nunca había dejado que nada, ni nadie, la deprimiera durante mucho tiempo. Y desde luego no iba a permitir que un grosero patán como Farlan MacBean fuera el primero, no era tan listo como se imaginaba, y pronto descubriría que había encontrado en ella a su némesis.

—¿Quieres más? —preguntó Farlan en cuanto Caitlin se tragó el último trozo de pan y empezó a apartar las migas de la falda de su vestido de lana azul.

Levantó la cabeza y entornó los ojos.

—Sí, eso estaría bien, un poco más de queso por ejemplo.

Con una sonrisa flotando en sus labios firmes y bien moldeados, Farlan le cortó un trozo de queso demasiado generoso. Inclinandose sobre el fuego, se lo puso en las manos abiertas. Caitlin estuvo fuertemente tentada de agarrarlo y tirar de él hacia el fuego, pero consiguió sofocar ese impulso tan poco caritativo. En su lugar, murmuró un gracias y aceptó el queso.

Finalmente, cuando todos parecían saciados, Farlan volvió a envolver la comida y la colocó de nuevo en la cesta.

—Parece que con lo que queda tendremos suficiente para romper el ayuno mañana, y tal vez algo incluso para la comida del mediodía, —dijo entonces—. Con suerte, por la tarde encontraremos una aldea en la que comprar provisiones.

—¿Qué te parece, Farlan, —preguntó Gavin mientras se hacía con su bolsa de arpa y empezaba a desatar los cierres de cuero—, hacer otros dos días de viaje, con todo esto de dar vueltas para cubrir nuestro rastro?

—Sí, si el tiempo no empeora y no nos encontramos con ninguna oposición, nosotros deberíamos estar en Dundarave para entonces. —El gran montañés guardó la cesta y luego miró a su amigo—. Y con nosotros me refiero a Caitlin y a mí. Quiero que tú te dirijas a casa mañana. El tío Balloch y los demás necesitan saber cuanto antes lo que ha pasado y el cambio de planes. Como Blaine MacKenzie y sus hombres estarán pisándonos los talones para entonces, necesitarás tiempo para preparar el castillo.

Caitlin soltó un bufido burlón.

—¡Como si esa exigua torre y sus murallas fueran a resistir mucho tiempo contra mi hermano! De hecho, ¿Queda algo de eso en pie hoy en día?

La furia se encendió en los ojos de Farlan MacBean.

—Suficiente para encontraros tú y los tuyos con un pequeño contratiempo, sin duda. Y eso, dulce y gentil muchacha, es todo el tiempo que necesitaremos.

Caitlin se había dado cuenta de que había metido el dedo en la llaga. Lo mejor era retirarse antes de que le provocara un frenesí total y la matara aquí y ahora.

—Em, tal vez me expresé mal, —dijo ella—. No pretendía ridiculizar tu hogar.

—¡Sí, lo hiciste!

Cogiendo una larga ramita, atizó con rabia al fuego. Las chispas se elevaron en el aire y las llamas saltaron en todas direcciones. Aparentemente bajo control, Farlan miró a Gavin.

—¿Tienes alguna melodía para aliviar las tensiones del día? Siento la necesidad de algo de música, y Caitlin aún no ha oído lo bien que tocáis.

El bardo sonrió y sacó su clarsach de la bolsa. A Caitlin se le cortó la respiración. Era un arpa de regazo de la mejor factura, la caja de resonancia decorada con cuatro pequeños agujeros inscritos con intrincados nudos dentro de círculos cada vez más amplios, estaba hecha de una madera que parecía ser algún tipo de sauce. La columna y el cuello parecían de nogal oscuro, y en él había talladas diversas bestias míticas.

—¡Es precioso! —exclamó—. ¿Qué significan? ¿Las bestias, quiero decir?

—Los animales son todos símbolos religiosos. —Gavin señaló la parte superior del lado derecho del pilar—. Éste es un león y se asocia con la resurrección. Se dice que los leones jóvenes nacen muertos y sólo vuelven a la vida tres días después de nacer, tras ser insuflados por su progenitor.

A continuación, indicó la parte inferior derecha.

—Éste es el unicornio, uno de los símbolos más comunes y potentes de Cristo. Su fuerza y su color blanco representan la pureza, y la creencia de que, aunque era extremadamente salvaje y feroz, podía ser capturado por una virgen de carácter intachable. Como nuestra Santa Madre María en la encarnación de Cristo en su cuerpo.

A continuación, el bardo giró el arpa para mostrar el lado izquierdo del pilar.

—Esto es un grifo, —dijo señalando la parte superior—. Tiene tanto el cuerpo como la naturaleza feroz del león y el águila, y representa a Cristo conquistador.

Y, por último, el dragón, —señaló la última criatura en la parte inferior del pilar—, aunque normalmente se piensa que representa al Diablo, en este caso está colocado aquí para significar el pie de la cruz donde el Mal ha sido vencido. El trabajo vegetal que se retuerce a ambos lados del pilar, con tallos en los que brotan pequeñas cruces, pretende representar a Cristo, la verdadera vid.

Joyas de varios tipos (esmeraldas, rubíes y zafiros) brillaban en los ojos de las criaturas fantásticas, además de estar incrustadas en los nudos que rodeaban los orificios de la caja de resonancia. Caitlin comprendía ahora por qué Farlan había afirmado que no sólo el bardo, sino también su arpa, necesitaban un protector. Se trataba, en efecto, de un instrumento costoso, incluso diría que de valor incalculable.

—El clarsach parece muy antiguo, —dijo—. ¿Lo heredaste de tu padre?

Gavin asintió.

—En realidad de mi abuelo a través de mi padre, que nunca llegó a ser bardo, él de mi bisabuelo, y éste de su padre, todo el camino hacia atrás durante al menos doscientos años. Y, al menos así es como cuenta la historia, fue un regalo de algún antiguo rey, en pago por un servicio leal.

Acomodó el instrumento en su regazo, lo apoyó contra su hombro izquierdo y acarició ligeramente las cuerdas. Una ondulación sonora parecida a una campana se elevó en el aire. Luego, miró a Cora.

—¿Te gustaría escuchar algunas canciones?

A pesar de la gravedad de su situación, a pesar de ser la prisionera de no uno, si no dos hombres peligrosos y de estar sentada ahí esta noche, lejos de su hogar y de su familia, Caitlin no pudo evitar dejarse atrapar por la ansiosa anticipación de escuchar algo de música y canciones. Después de todo, era un tiempo mejor empleado que darle vueltas constantemente a su desgracia.

—Sí, eso estaría muy bien, —respondió.

Tocó unos acordes y los ricos tonos transmitieron un inquietante sostenido que flotó en la noche.

—¿Entonces quizá una giga animada o dos?

Ella asintió.

—Sí.

Durante la siguiente media hora más o menos, Gavin tocó una melodía tras otra, cada una parecía mejor que la anterior. Caitlin se encontró a sí misma dando golpecitos con el pie al compás de una canción particularmente animada, y luego inclinándose hacia delante para una más suave y lírica. Por el rabillo del ojo, captó a Farlan observándola, pero no le dio importancia. De hecho, de la mejor forma posible, intentó bloquearlo de su vista y de su pensamiento.

Finalmente, para cuando la última melodía se apagó, el Highlander moreno carraspeó ruidosamente y dos cabezas se volvieron hacia él.

—Ya es hora de que nos retiremos por esta noche, —dijo. —Nos espera un largo viaje mañana.

—Anda, sólo una más, te lo ruego. —Haciendo caso omiso de Farlan, Caitlin miró implorante a Gavin. —¿Por favor?

El bardo miró a su amigo.

—De acuerdo, pero sólo una más, —murmuró Farlan desde detrás de ella. —Toca. Es evidente que ya has engatusado a la muchacha, como consigues hacer con todas, una vez que empiezas a tocar tu arpa.

Gavin sonrió.

—¿Acaso puedo evitar que las muchachas prefieran con mucho a un hombre de gentil sensibilidad antes que a un bruto patán como tú?

Farlan murmuró algo que Caitlin pensó que bien podría ser una palabra soez.

—Bueno, sea como fuere, —dijo el bardo con una risita, —esta última melodía es una melodía inglesa que he aprendido recientemente. De hecho, es la primera vez que la interpreto. La canción es especialmente conmovedora y habla de las vicisitudes de la vida. Se llama “buena suerte, mi enemigo”.

Rasgó unos acordes suaves y luego empezó a cantar.

Mientras el bardo rasgueaba los últimos acordes del final, Caitlin pensó que nunca había oído una canción tan tiernamente desgarradora. Suspiró y sonrió a Gavin.

—¿Por qué has tocado eso? —Preguntó Farlan con dureza justo en ese momento, con su voz airada atravesando el conmovedor estado de ánimo que la canción había suscitado. —¿Qué has imaginado que conseguirías?

Por una vez, su amigo no se echó atrás.

—Tienes que enfrentarte a la pérdida y olvidar de una vez por todas, y pensé que quizá te ayudaría un poco. —Su mirada se dirigió a Caitlin. —La muchacha también necesita empezar a comprender.

Farlan soltó una carcajada.

—Uy sí, ¿y de qué serviría eso? ¿Qué le importa a ella nada de lo que nos ha ocurrido a cualquiera de nosotros? Al fin y al cabo, es una MacKenzie. Recuérdalo, amigo mío, si no eres capaz de recordar otra cosa.

Se puso en pie.

—¿Adónde vas?

Gavin dejó a un lado su clarsach y le miró.

—Voy a dar un paseo. Necesito un poco de espacio para respirar, ¡y veo que aquí es imposible! —Con eso, el gran Highlander giró sobre sí mismo y salió acechando hacia la oscuridad.

Caitlin le observó marcharse y luego se volvió hacia su compañero. —¿Qué ha sido todo eso?

—Has oído la canción y seguro que conoces las historias sobre Farlan y su amor perdido. —Gavin se encogió de hombros. —Averígualo tú misma.

Ella le miró fijamente durante un largo rato mientras él volvía a guardar cuidadosamente el arpa en su bolsa, ataba las cuerdas de cuero y la dejaba a un lado. Había algo entre estos dos hombres que iba mucho más allá de la amistad. Algo, apostó, que tenía que ver con la muchacha Colquhoun asesinada... o puede que algo más.

—Los hombres matan incluso en nombre del amor, —dijo finalmente Caitlin. —Un amor equivocado, más por uno mismo que por el objeto de su afecto, y luego culpan a los muertos o incluso a la desgracia. No importa el razonamiento, no justifica el acto ni absuelve al asesino.

—Cierto. —Levantó la mirada hacia la de ella. —Sin embargo, tal no es el caso de Farlan. No es un asesino, aunque algunos de sus propios parientes lo hubieran querido así.

—¿Y por qué iban a querer eso?

Gavin bajó la mirada y suspiró.

—¿Por qué si no? Para desviar la culpa de ellos, por supuesto.

Capítulo 6

—Esto, estoy segura, supondrá una gran imposición en tus grandes planes para el día, —anunció Caitlin a Farlan al día siguiente, —pero las chicas necesitan un poco más de tiempo para prepararse cada mañana que los chicos. Y también un poco más de intimidad al hacerlo.

El montañés de pelo oscuro levantó la vista del desayuno que él y Gavin estaban preparando.

—Ah, ¿sí? ¿Y te imaginabas que, como rehén, tendrías privacidad alguna? ¿Para huir, quieres decir?

Tonos rojos inundaron el rostro de Caitlin. Al verla esta mañana, despeinada y aún con los ojos pesados por lo que probablemente había sido una noche agitada sobre el duro suelo, Farlan pensó que era la criatura más hermosa y seductora que había visto nunca, pero también la más peligrosa.

No obstante, la consideración de cómo sería despertar cada día junto a ella durante el resto de su vida llenó su mente antes de desterrar salvajemente esos pensamientos traicioneros. Debía tener cuidado, seguramente la moza era muy consciente del efecto que tenía sobre él y, sin duda, lo utilizaría en su provecho.

—¿Me mirarías hacer mis abluciones matutinas? —La furia llenó su voz e impregnó sus facciones. —¡Entonces no eres un caballero, y escupo sobre tus tan cacareadas pretensiones de honor!

—Em, Farlan, —interrumpió Gavin inquieto mientras miraba de uno a la otra, a cada cual más furioso. —Seguro que hay alguna forma de que podamos ofrecerle un poco de intimidad y seguir manteniéndola a salvo. Incluso un rehén merece tiempo a solas para, em, sus asuntos privados.

Farlan sonrió sombríamente.

—Efectivamente, hay maneras. Pero la muchacha aún tiene que pedirlo amablemente, y cuanto antes aprenda que las exigencias altaneras y las insultantes acusaciones no le ganarán más que más problemas, antes podrá conseguir lo que quiere.

El bardo envió a Caitlin una mirada implorante.

—¿Lo ves, muchacha? Sólo debes pedirlo amablemente, eso es todo. ¿Es eso tan difícil de hacer?

Su gélida mirada se clavó en Farlan, que le devolvió la mirada sin rechistar.

—Pedirte algo es bastante fácil, Gavin. Pero no a él, nunca a él.

Farlan se rio. No pudo evitarlo. Nunca se había encontrado con una muchacha tan orgullosa y testaruda como Caitlin MacKenzie.

—Pero Gavin no es tu amo, dulce muchacha, y yo sí lo soy. ¿Aún no te has dado cuenta? —Farlan suspiró y sacudió la cabeza.

—¡No eres mi amo, y nunca lo serás! —gritó Caitlin, y extendió las muñecas atadas. — ¡Desátame, si te atreves, y descubre la verdad de ello!

—Ay, ¿es que no va a haber fin a esta trifulca? —Gavin levantó las manos. —Me alegro de partir por mi cuenta en cuanto pueda. Aunque empiezo a dudar de que alguno de vosotros sobreviva al viaje a Dundarave sin mí.

Farlan abrió la boca para replicar, pero luego se lo pensó mejor. En lugar de eso, sacó su cuchillo y se acercó a Caitlin.

Ella le miró con recelo.

—¿Qué pretendes ahora?

—Si prometes no darme patadas en la cara, —dijo él, —te cortaré las ataduras de los pies. Luego, como veo que no hay esperanza de que seas amable conmigo, te escoltaré hasta el riachuelo donde podrás lavarte y hacer cualquier otra cosa que necesites.

—Me parece justo. Prometo no patearte. O, al menos, —añadió con una sonrisa pícara, —no de momento.

Se levantó la falda lo suficiente para dejar al descubierto sus tobillos. Farlan se puso en cuclillas y soltó rápidamente las cuerdas.

—Ayudaría, —mientras se levantaba, Caitlin le tendió las manos, —si me quitaras éstas también.

Farlan rio entre dientes.

—Sí, imagino que lo haría, pero creo que ya me he comprometido lo suficiente. Ahora, es tu turno.

La ira brilló en sus ojos, luego pareció dominarla.

—Bien, —murmuró. —Supongo que puedo arreglármelas. —Arqueó una ceja delgada. — Y puedes quedarte cerca, siempre que me dejes algo de intimidad.

—Supongo que un arbusto o dos entre nosotros debería ser suficiente.

Caitlin expulsó un profundo suspiro.

—Si eso es lo mejor que puedes ofrecerme, lo aceptaré.

—Sí, lo es.

Farlan se volvió hacia su amigo.

—Córtanos un poco de pan y queso para acompañar el té de hierbas que estás preparando. Volveremos enseguida.

Se volvió y cogió a Caitlin del brazo.

—Ven, muchacha. El día avanza y pronto debemos ponernos en camino. Te daré diez minutos para hacer lo que debas.

—Eso me vendrá bien, —dijo ella cuando empezaron a caminar hacia el riachuelo. —No es como si necesitara malgastar mucho tiempo en mi apariencia para complacer a gente como tú. En lo que a ti respecta, soy poco más que un trozo de carne para comerciar. Mi hermano, por supuesto, lo verá de otro modo.

—Para mi gran pesar, estoy seguro.

—Así es.

Se estaba cansando de que le amenazaran con lo que Blaine MacKenzie le haría, pero este teatro parecía tener entretenida a su hermana, y ella no tenía mucho más en qué ocuparse, por lo que supuso que podía cederle ese pequeño placer sin perder mucha paciencia.

Pronto llegaron al arroyo, que era poco más que un rápido curso de agua. Farlan señaló dos arbustos densamente frondosos unos metros río arriba.

—Ocúpate allí de tus necesidades “privadas”, pero sigue hablándome todo el tiempo o me apresuraré a unirme a ti. —Sonrió finamente. —Me quieras a tu lado o no.

Caitlin puso los ojos en blanco.

—Creo que entiendo lo que quieres decir, sin que tengas que añadir esa última amenaza.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia los arbustos.

—¿Por qué los hombres tienen que ser tan cabezotas todo el tiempo? —susurró en voz baja mientras se alejaba.

—¿Qué dices, muchacha? —preguntó Farlan con una sonrisa, aunque le había oído claramente. —Debes hablar un poco más alto, y hacerlo hasta que estés de nuevo a mi lado. Mi grueso cráneo masculino no capta el sonido tan bien como el tuyo, ya sabes, mucho más fino.

—Me parece, —murmuró Caitlin mientras desaparecía tras los arbustos, —que oyes bastante bien.

Mantuvieron una animada charla hasta que Caitlin salió por fin de los arbustos y se reunió con él. Entre tanto, se había restregado rápidamente la cara y se había lavado las manos, para luego pasarse los dedos húmedos por sus mechones cortos y rebeldes. Ella le miró con desdén y luego pasó junto a él para arrodillarse junto al riachuelo.

Él la observó echarse agua helada en la cara y luego, con las manos atadas, peinar torpemente con los dedos su larga melena negra. A continuación, tirando de la masa de pelo hacia un hombro, la tejió en una tosca trenza. Tras romper un trozo de hierba dura y larga que crecía junto al arroyo, se levantó y volvió hacia él.

—¿Podrías atarme el extremo de la trenza? —Caitlin le tendió a Farlan la brizna de hierba. —No es el mejor trenzado del mundo, pero al menos mantendrá el pelo alejado de mis ojos.

Se acercó, cogió la trenza que ya había empezado a deshacerse y la volvió a tejer con destreza. Mientras ataba el extremo, se agitó una débil brisa. A su paso, Farlan captó su aroma.

Olía a hierba dulce y a lavanda. Sus fosas nasales se encendieron y aspiró su aroma. Era su

perdición.

El mero hecho de estar en su presencia nunca dejaba de conmoverle, pero estar tan cerca de ella era más que conmovedor, era embriagador.

Su pelo parecía seda cruda. Su piel era de un blanco lechoso, sus mejillas bañadas de rosa, y sus labios, tan carnosos, exuberantes y rojos, eran como una cereza madura o una frambuesa grande y succulenta. Exuberantes, maduros, succulentos, y suplicando ser tocados, saboreados... tomados.

—Si crees que, después de lo que has hecho, después de lo que sé de ti y de quién eres en realidad, —la gélida voz de Caitlin atravesó la cálida bruma que lo había envuelto, —volveré a querer besarte, eres más tonto de lo que ya te haces ver.

Echó la cabeza hacia atrás, una cabeza que, tardíamente, se dio cuenta de que ya había empezado a bajar hacia ella. Su rostro se calentó. Sí, efectivamente era un tonto y, una vez más, ella le había atraído para que hiciera un ridículo aún mayor.

—Puedo ser tonto, —dijo Farlan entre dientes apretados, —pero te arriesgas tú a ser una tonta si continuas con tus artimañas femeninas. Especialmente, —añadió, con un duro giro de dirección mientras la cogía del brazo, —sabiendo lo que dices que ahora sabes de mí.

Su puya debió de dar por fin en el blanco. Caitlin palideció y cerró la boca. Farlan no perdió más tiempo, la hizo girar y, medio arrastrándola, la escoltó de vuelta al campamento.

Gavin les echó una mirada y suspiró.

—Fue una salida agradable para todos, ¿no?

—A duras penas. —Farlan condujo a Caitlin hasta donde su amigo le había tendido el desayuno. —Siéntate y come. Nos vamos en quince minutos, tanto si su señoría ha terminado con su festín matutino como si no.

—¿Su señoría? —El bardo negó con la cabeza, luego se sentó y cogió su rebanada de pan y queso. —El té está listo. ¿Te sirvo una taza o lo haces tú?

—Yo me encargo. —Farlan caminó hacia el fuego, cogió la pequeña tetera con el borde de su tela escocesa y se dirigió hacia donde ahora estaba sentada Caitlin. —Antes de servirte la taza de té, necesito tu palabra de que no me la arrojarás a la cara.

Cogió la taza que tenía delante y se la tendió.

—No temas, mi valiente guerrero. No desperdiciaría una buena taza de té con gente como tú.

Hizo un sonido de disgusto y le llenó la taza, para luego servirse la suya. Volviéndose hacia su propia comida, Farlan comió en silencio, pero sin dejar de mirarla.

En su mayor parte, Caitlin mantuvo la mirada fija en su comida. De vez en cuando, sin embargo, levantaba la vista y le devolvía la mirada. Para colmo de su disgusto, por el rabillo del ojo, Farlan vio a Gavin luchar contra la sonrisa que seguía dibujándose en su rostro.

Pronto se pusieron en marcha. Cortesía de la lluvia de la noche anterior, la niebla era densa aquella mañana y el aire estaba lleno de humedad. Sus ropas no tardaron en cubrirse de un ligero

rocío. Sin embargo, a medida que el sol se elevaba más y más en el cielo, las brumas comenzaron a disiparse lentamente.

Más adelante, Farlan pudo ver finas estelas de humo que se elevaban entre los árboles. El alivio le invadió, por fin habían llegado a una aldea.

Se giró sobre su montura para mirar a Gavin. —Dado que parecería demasiado sospechoso entrar a caballo en la aldea con una mujer atada y muy disgustada, por no mencionar que gritaría a los cuatro vientos que la hemos secuestrado, es mejor que entres solo y consigas las provisiones.

Su primo se rio.

—Sí, ya me lo imaginaba si llevamos a la muchacha con nosotros. ¿Qué quieres que compre?

—Preferiblemente, bollos de avena o cebada, ya cocidos, para varios días, pero, si no, la harina, la manteca y otros ingredientes para hacerlos. También, algo de salmón ahumado o arenque salado, dos buenos trozos de queso de buen tamaño y un poco de mantequilla. Nos queda té suficiente para hacer cinco o seis ollas más, y estamos en camino, así que las comidas deben seguir siendo necesariamente algo fácil.

Gavin asintió.

—No tardaré más de una hora.

—Te esperaremos aquí bajo la sombra de los árboles. Haz lo que debas y date prisa. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

—Así que piensas que soy una gritona, ¿verdad? —inquirió Caitlin mientras veían al bardo alejarse.

Farlan la miró.

—Creo que eres bastante capaz de hacer lo que haga falta para escapar. Aunque admitiré que aún no te he oído chillar.

—Lo único que chillaré será de alegría cuando mi hermano te alcance.

—Y eso me mantiene despierto por la noche, insomne de preocupación.

—Mi hermano es un guerrero valiente.

—¿Y te crees que yo no lo soy?

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Bueno, eres lo suficientemente bravo, supongo, al menos por tu aspecto. Pero como aún no te he visto en ninguna pelea, es decir, de hombre a hombre, realmente no puedo decir qué clase de luchador eres.

—Si todo va como espero, —dijo Farlan, riendo entre dientes, —probablemente nos ahorremos un espectáculo tan espantoso.

Caitlin se volvió para mirar el camino que tenía por delante.

—¿Te refieres a la espeluznante visión de ti siendo descuartizado, supongo?

Se rio.

—Uy, lass, nunca dejas de divertirme. Eso, cuando no me estás llevando al borde del enfado.

—Bueno, —contestó ella con un resoplido, —no puedo decir que hagas por mí más que enfadarme. Pero dime, ¿quién encontraría algún placer en ser arrancado de su hogar y su familia, y ser sometido a todo lo que me has sometido hasta ahora?

Inmediatamente, Farlan se puso sobrio.

—De verdad, muchacha, no lo habría hecho como lo hice, si hubiera tenido otra opción.

—¿Y por qué tu hermano es tan importante para ti? Se rumorea que vosotros dos no habéis sido muy amigos desde... desde incluso antes de que su prometida muriera. Apostaría a que eres la última persona que él esperaría que viniera a rescatarle.

—Sí, es muy probable. —Farlan vaciló, realmente no le interesaba entrar en una larga explicación sobre las peculiaridades de su clan. De todos modos, ¿qué le importaba a Caitlin? — Ahora es jefe de clan, de un clan proscrito y condenado a la extinción, sin duda, pero jefe al fin y al cabo, —dijo al fin, —y, a pesar de lo que el resto de vosotros podáis esperar, los MacBeans estamos decididos a sobrevivir.

Caitlin se volvió para devolverle la mirada.

—¿Crees que deseo tu muerte y la de tu clan?

—¿Por qué no? ¿No hay ya un plan en marcha para apoderarse de nuestras tierras y convertirlas en parte del clan MacKenzie?

—Tal vez por el Conde de Argyll, pero no por Blaine y nuestra familia. Mi hermano no es de los que codician las tierras ancestrales de otro clan. Cree en el mandamiento de no robar ni codiciar los bienes del prójimo.

—Un buen cristiano, ¿verdad?

—Sí, lo es, —replicó ella, con un deje defensivo en la voz. —E incluso a un buen cristiano se le permite llevar a los malhechores ante la justicia.

—¿Malhechores como mi hermano?

—¡Sí, y tú también, ahora que me has raptado! —Volvió a girarse para contemplar el camino. —Aunque imagino que será un poco más amable contigo de lo que será con tu hermano, siempre que me devuelvas ilesa, claro. Kester MacBean, después de todo, participó tan activamente en la matanza de los MacNabs como lo hizo tu padre. De hecho, se rumorea que fue tu hermano quien instigó ese horrible plan y todo por alguna afrenta recibida de un MacNab. — Caitlin sacudió la cabeza con repulsión. —Atacar y asesinar a más de un tercio de un clan que os ha ofrecido la hospitalidad de su hogar, y en un banquete, nada menos. ¡Qué vergüenza!

Sí, en efecto, había vergüenza profunda y duradera en un acto tan ruin. Por muy forajido que fuera hacía ya año y medio, y de estar muy lejos de allí cuando se había perpetrado el acto, Farlan aún ardía de humillación cada vez que alguien hacía mención de la masacre.

Ya había sido bastante duro oír hablar de ella la primera vez a Gavin que, como bardo del

clan, había sido un participante involuntario. Desarmado y en todo caso no muy versado en técnicas de batalla, su primo apenas había escapado con vida.

—Sí, fue vergonzoso, —respondió Farlan, bajando la mirada. —Sin embargo, ése es un crimen que no puedes echarme en cara. Un hombre desterrado no tiene mucha oportunidad de visitar a su familia, y mucho menos de reunirse con ellos para comer con otros clanes.

—Ya lo sé. —Ella suspiró. —Entonces, ¿por qué arriesgar la vida por alguien a quien no le importas un bledo? Como si el destierro de un clan proscrito no fuera suficientemente malo, ahora has dirigido aún más la atención sobre ti mismo, así como la ira de todo el clan MacKenzie. Farlan Sinclair podría haber sido capaz de vivir su vida con cierta paz y seguridad. Pero no Farlan MacBean, y menos ahora, —sacudió la cabeza, —ahora la persecución y el intento de capturarte y matarte nunca cesará.

—¿No harías todo lo posible por intentar salvar a vuestro clan? ¿Incluso arriesgando tu vida?

Caitlin suspiró de nuevo.

—Sí, lo haría, pero al menos mi clan me querría por ello. No estoy tan segura de que ganes nada con lo que intentas hacer.

Con qué rapidez fue al meollo de la cuestión, pensó Farlan. Como si ella supiera cuántas veces se había cuestionado su cordura al intentar llevar a cabo semejante plan.

Farlan soltó un largo y lento suspiro.

—No importa. Aunque te cueste creerlo, los MacBeans siguen siendo mi familia y los quiero. Los amo y haré lo que sea necesario para salvarlos.

—¿Con un decreto real en contra? ¿Contra viento y marea?

Una profunda y pesada tristeza brotó y lo envolvió. ¿Cómo podía hacer que Caitlin comprendiera? La tarea que tenía por delante parecía realmente imposible, pero ¿qué elección le quedaba a uno, cuando amaba como él? Ninguna elección en absoluto.

—Sí, —respondió Farlan, con la voz ronca por la emoción. —Con un decreto real en contra y contra viento y marea. Hasta que el fuego de la venganza se consuma a sí mismo o finalmente me consuma a mí.



Con el corazón encogido, dos horas más tarde Caitlin observó cómo Gavin se dirigía directamente hacia el sur mientras ellos tomaban un rumbo más tortuoso hacia el sureste. Lo que más había temido desde que habían iniciado este viaje por fin se había producido. Estaba sola, una vez más, con Farlan MacBean.

Por mucho que lo intentara, por muchas intenciones que tuviera de mantenerse alejada de ese hombre, parecía que el destino conspiraba contra ella. No estaba destinada, al parecer, a huir de sus inquietos sentimientos por el gran Highlander. Lo deseara o no, iba a tener que afrontarlos.

(y resolverlos) ella sola.

Ailsa la había animado, aquella víspera en que había descubierto a Caitlin y Farlan en el almacén, a cambiar de actitud, pero porque sintiera la necesidad y no porque otra persona deseara que lo hiciera. Pero el cambio no era algo fácil para Caitlin, sobre todo cuando se trataba de sus emociones.

Siempre había querido las cosas a su manera. Aunque el tiempo y la madurez habían atemperado esos deseos egoístas hasta hacerlos socialmente más aceptables, la mayoría de las veces Caitlin seguía consiguiendo todo lo que realmente quería. La mayoría de las veces, seguía sintiendo que controlaba su propio destino.

Sin embargo, no estaba tan segura de querer continuar por el camino que, al parecer, se le había marcado ayer, cuando a Farlan se le había metido en la cabeza secuestrarla. Caitlin temía lo que le esperaba, y lo temía mucho. Temía la batalla que bien podría desarrollarse entre la lealtad y el amor ya familiares, y la llamada cada vez más fuerte de su corazón.

¿Cómo podía una mujer odiar a un hombre un instante, y al siguiente sentirse tan atraída por él? Estaba jugando con ella, debía de estarlo y él, con su mayor edad y experiencia, sabía cómo manipularla como a una marioneta. Quizá eso era lo que más asustaba a Caitlin. Que Farlan tuviera el control y ella no.

Pero se engañaba a sí misma, se dio cuenta con un repentino arrebato de perspicacia, si imaginaba que alguna vez había tenido realmente el control de algo. Nunca había sido capaz de controlar las tragedias de la vida, y mucho menos de detenerlas. Ella nunca había sido realmente la impulsora de su desastroso romance con David Graham. Y desde luego no estaba dirigiendo los acontecimientos de su vida desde que Farlan MacBean había entrado en ella.

Pero si no tenía ningún control real sobre lo que ocurría, al menos no sobre los acontecimientos que de verdad importaban como lo que ocurría con la familia, los amigos y la búsqueda de un amor verdadero, ¿sobre qué tenía ella el control? Ailsa la había animado a entregar su vida, y su voluntad, al Señor. A matar sus pasiones para poder renacer a la única existencia que realmente contaba: una vida de fe y dedicación a Dios y al prójimo. La única existencia, en definitiva, sobre la que ella realmente tenía algún control. Sin embargo, por mucho que lo intentara, Caitlin seguía sin saber cómo lograrlo.

Y Farlan MacBean no parecía el tipo de persona que estuviera dispuesta o fuera capaz de enseñarle.

Con un suspiro, Caitlin se acomodó contra su forma fuerte y sólida y cerró los ojos. Era seguro que aquel hombre no le enseñaría nada de Dios. Ella dudaba que él creyera siquiera en un creador, y mucho menos en un salvador. Pero era muy capaz, le advirtió su intuición de mujer, e igualmente dispuesto, a enseñarle cosas más carnales.

A decir verdad, tales consideraciones la excitaban. Ardía por el oscuro y peligroso Highlander tanto como imaginaba que Ailsa había ardido por Blaine. Pero al menos Ailsa había elegido sabiamente. Caitlin sabía que su deseo por Farlan no era sabio, ni siquiera correcto o bueno.

Además, siempre estaba la cuestión adicional de dónde debían estar sus verdaderas lealtades. Antes, como forajido de algún desafortunado clan con una sentencia de muerte sobre

su cabeza, Farlan había sido de poca importancia personal para Blaine. Ahora, al arrebatarse a su hermana del castillo para tenerla como rehén, Farlan se había convertido en enemigo de Blaine. Y los enemigos, cuando finalmente se enfrentaban, inevitablemente obligaban a otros a tomar partido.

No parecía haber forma de que ella pudiera detener la inevitable y precipitada colisión de estos dos hombres. Era un caso más de su incapacidad para cambiar los acontecimientos de su vida. El problema era que, saliera quien saliera vencedor, Caitlin temía que la muerte del otro seguramente le rompería el corazón.



Ninguno de los dos habló con el otro durante gran parte del día. Era casi como si la presencia de Gavin hubiera proporcionado la red de seguridad que sus dos temperamentos enfrentados habían necesitado. En su ausencia, ambos temían que cualquier cosa que empezaran no fueran capaces de terminarla.

La comida del mediodía fue un asunto breve y de pocas palabras. Después, Farlan volvió a subir silenciosamente a Caitlin al gran caballo castrado y se pusieron de nuevo en marcha.

Al anochecer, Caitlin estaba tan cansada del silencio y de los rigores del largo viaje que lo único que quería era encontrar un lugar mullido sobre el que tumbarse y dormirse. Farlan debió de notar su agotamiento, pues recogió leña para el fuego, lo encendió, llenó la pequeña olla de hierro fundido con agua del cercano arroyo y no le pidió nada.

La cena consistió en más té de hierbas, pan, una loncha de salmón ahumado y una cuña de queso de leche de cabra ácido y suave. Caitlin apenas tenía energía para comer, pero se obligó a hacerlo, sabiendo que necesitaría todas sus fuerzas para la cabalgata del día siguiente. Nada más terminar, se acurrucó en su capa sobre el lecho de ramas de pino que Farlan le había preparado y se durmió enseguida.

Un rato después, ya que había oscurecido del todo y el fuego se había reducido a brasas incandescentes, Farlan la sacudió para despertarla. Caitlin se sobresaltó al instante y se quedó helada al verle cernirse sobre ella. Antes de que pudiera preguntarle qué quería, temiendo su respuesta, él le puso un dedo en los labios.

—Calla, lass, —susurró Farlan. —No estamos solos. Tres, o puede que incluso cuatro hombres están ahí fuera, más allá de ese grupo de árboles, y han estado observándonos durante la última hora más o menos.

Caitlin intentó incorporarse, pero su otra mano, aún sobre su hombro, la mantenía firmemente tumbada.

—¿Sabes quiénes pueden ser? —le susurró ella cuando por fin apartó el dedo. —¿Y por qué han estado esperando todo este tiempo? No tiene sentido.

—No son amigos ni tuyos ni míos, puedes estar segura. Y, por el contrario, sí tiene sentido esperar, cuando es mejor tomarnos por sorpresa mientras dormimos.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? No puedo hacer nada con las manos atadas.

Subrepticamente, Farlan deslizó la mano desde su hombro hasta el nudo que ataba la cuerda.

—Te liberaré con una condición. Debes darme tu palabra de que no huirás. No encontrarás el camino a un lugar seguro en la oscuridad, al menos no antes de que te alcancen. Además, sólo arruinarías mi plan de acercarme a ellos sigilosamente.

—¿Vas a intentar enfrentarte a tres o más hombres?

Su boca se torció sardónicamente.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—¿Y me dejarás aquí sola e indefensa?

—Dame tu palabra y te dejaré sin ataduras. Mientras tanto, será mejor que finjas estar durmiendo hasta que esa treta ya no nos sirva. Así, si alguno se me escapa, al menos tendrás el elemento sorpresa.

Caitlin tragó el nudo de su garganta repentinamente seca y apretada. Si alguno se me escapa... De algún modo, sabía que eso no ocurriría a menos que Farlan muriera en el intento. Y ella no quería que muriera. Quería librarse de él, pero no le lo quería muerto.

—Tienes mi palabra de que no huiré. Al menos, no hasta que parezca que me dejan libre de ti.

Sonrió sombríamente.

—Me parece justo. —Con dedos hábiles, Farlan desató el nudo pero dejó las ataduras sueltas donde estaban. —Déjalas así para que no sospechen nada, y finge que vuelves a dormirte lentamente. Me sentaré a tu lado un rato, luego me levantaré y me iré.

Respiró entrecortadamente.

—Como quieras. —Su mano se dirigió a su bota, luego deslizó un cuchillo bajo su cadera. —Úsalo bien, si es necesario.

—No temas. Sé cómo, y lo haré, —le susurró Caitlin.

Le acarició la mejilla y luego, casi antes de que el acto pudiera siquiera verlo, Farlan se apartó y se puso en pie. Ella le vio alejarse unos metros y sentarse en el suelo. Con las piernas cruzadas, clavó la mirada en el fuego moribundo.

La sensación de sus dedos en su rostro no se desvaneció. Aunque había sido el más mínimo roce, era como si la hubiera marcado como suya. Su carne hormigueaba, ardía, enviando un fuego abrasador hasta su corazón. Nunca antes había sentido nada parecido. Nunca había sentido nada igual... y no quería que terminara nunca.

Las lágrimas inundaron sus ojos, y Caitlin los cerró con fuerza. Ella no lloraba, de hecho, casi nunca lo hacía. Pero este hombre, este hombre de corazón duro, calculador y desesperado había despertado en ella emociones confusamente intensas. Y eso a pesar de lo que había hecho y del poco tiempo que llevaba conociéndolo.

Como le odiaba por esto, la había puesto en la más insostenible de las posiciones.

Cuando llegara el momento de elegir entre él y su hermano, aunque al hacerlo se le rompiera el corazón, tendría que elegir a su hermano. Tendría que hacerlo. Los lazos del clan y la familia eran así de profundos.

Pero ese momento tardaría aún en llegar. Primero debían enfrentarse a la tarea presente que tenían ante ellos, que ya era bastante grande. Primero debían sobrevivir a esta noche.

Al cabo de un rato, mientras Caitlin fingía volver a dormirse, oyó que Farlan se levantaba y se alejaba. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, elevó una plegaria. Una plegaria no por su seguridad, sino por la de él.

Sin embargo, mientras rezaba, por primera vez en su vida, Caitlin aceptó que el resultado no era suyo. Ni de ella ni de Farlan. El resultado estaba en manos del Señor, como debía ser.

Y en esa comprensión, en esa sumisión, descubrió la paz más sorprendente que había sentido en su vida.

Capítulo 7

Pareció una eternidad antes de que el disparo de la pistola resonara en la oscuridad, seguido de un grito angustiado. Caitlin se sobresaltó y se impulsó hasta quedar sentada. Ansiosa, escrutó la zona en dirección a los árboles donde Farlan había dicho que estaban los intrusos.

Se oyeron ruidos de forcejeo. Los puños golpearon la carne desprotegida, luego el agudo roce del acero contra el acero, después otro grito, y luego el sonido de alguien estrellándose contra el suelo.

Dos, contó mentalmente. Si sus plegarias estaban siendo escuchadas, Farlan había acabado con dos de los hombres. Pero, ¿con cuántos más debía luchar todavía? ¿Uno o más asaltantes?

Un pensamiento repentino la asaltó. ¿Y si esos hombres no eran bandidos, sino que habían venido a rescatarla? Sólo tenía la palabra de Farlan de que querían hacerles daño. ¿Y si, por el contrario, habían esperado minimizar las heridas que le causaban intentando tomar desprevenido a Farlan mientras dormían?

Murmurando disgustada por su credulidad, Caitlin se sacudió para liberarse de sus ataduras y hurgó bajo la falda para agarrar el cuchillo. No había más motivos para fingir que era una cautiva indefensa. De hecho, lo mejor era prepararse para lo que probablemente fuera un rescate inminente. Se puso en pie, cogió varios palos de leña y los arrojó sobre las brasas. En cuestión de segundos, la leña prendió. Las llamas saltaron al aire y la luz bañó el pequeño campamento.

Un hombre irrumpió en el claro, un bruto desaliñado de pelo salvaje y ojos aún más salvajes. Se detuvo en seco y miró a su alrededor. Cuando su mirada se posó en ella, una expresión de salvaje deleite asomó a sus labios.

Su estómago dio una sacudida nauseabunda. Éstos no eran MacKenzie ni amigos suyos. Apretó el cuchillo, aún oculto en los pliegues de su falda, y fingió un semblante aterrorizado. Cuando el hombre avanzó hacia ella, ella retrocedió, atrayéndolo cada vez más hacia el fuego.

No había tiempo para pensar en lo que le había sucedido a Farlan, ni en si este hombre que se enfrentaba a ella era el último que quedaba en pie o no. Ella tendría una y sólo una oportunidad de sorprenderle y tener ventaja. Debía concentrarse en cuándo podría surgir ese momento exacto, y golpear rápido y fuerte.

—Eres una muchacha muy bonita, —gruñó el hombre, ya a sólo unos pies del fuego. — Merecerás todo el esfuerzo...

Se deslizó hasta detenerse. Una expresión de sorpresa, dolor y finalmente horror pasó por sus toscos rasgos. Entonces, como un enorme árbol derribado en el bosque, cayó hacia delante, hacia el fuego. La madera crujió, la ceniza voló y las chispas estallaron en el aire. De su espalda

sólo se veía el mango de un cuchillo.

—¿Farlan? —Con la voz ronca, Caitlin se esforzó por ver quién se movía entre los árboles ensombrecidos. —¿Eres tú? Pero bueno, ¡di algo!

—S..sí, soy yo, Yo... lass.

Magullado y sangrando, entró tambaleándose en el claro. Lo que parecía ser un corte de cuchillo se abría paso desde su sien izquierda hasta su pómulo. Su labio inferior estaba partido. Un chichón que se amorataba rápidamente marcaba su mandíbula, pero era la mano aferrada a su costado derecho lo que más preocupaba a Caitlin.

La sangre empapaba su camisa y se filtraba a través de sus dedos para gotear a grandes gotas, agonizantemente lentas, sobre el suelo. Corrió hacia él.

—¿Quedan más?

—No, el último huyó cuando acabé con su compañero. No era más que un muchacho, en cualquier caso. —Farlan miró el cuchillo que Caitlin tenía apretado en el puño. —Apostaría a que podrías reducirlo, si fuera tan tonto como para volver.

Antes de que ella pudiera siquiera adivinar sus intenciones, él alargó la mano y le agarró la muñeca, retorciéndosela hasta que finalmente se vio obligada a soltar el cuchillo. Entonces, después de limpiarse la palma ensangrentada en la tela escocesa, la agarró por el hombro y la hizo girar.

—¿Qué quieres? —Caitlin soltó la pregunta entre jadeos.

—El peligro ha pasado y vuelves a ser mi prisionera. —Mientras respondía, Farlan le sujetó las dos manos con una de las suyas mientras se inclinaba y recogía la cuerda que Caitlin había dejado caer antes.

—¿Y sabes lo despreciable y baboso que eres? —gritó mientras luchaba por liberarse. — ¡Y pensar que estaba pasando miedo de que te hubieran matado!

—¿Ah sí, muchacha? —Hábilmente le pasó la cuerda alrededor de las muñecas y tiró de ella con fuerza, y luego la ató. —Me hace bien al corazón escuchar tan tierna preocupación. Lo próximo será que me estés suplicando un besito o dos.

Con el dolor alimentando su rabia, Caitlin se soltó de su agarre y, con las manos atadas a la espalda, se encaró a él.

—¡Preferiría morir antes que besar a alguien como tú! Y espero que mueras desangrado por la herida, ¡Vaya si lo espero! Porque lo harás, ¡a menos que me dejes cuidarla!

—No es más que un pequeño rasguño, pero gracias por preocuparte. —Sacudió la cabeza. —Dos veces en una noche. No quepo en mí de gozo.

Lágrimas frustradas brotaron de sus ojos. ¿Estaba hablando con el mismo hombre que, justo después de desatlarla y dejarla con su cuchillo, le había acariciado tiernamente la mejilla? No parecía posible.

—¿Por qué te comportas así? No merezco este sarcasmo ni esta burla.

—No, supongo que no, —dijo Farlan, agarrándose el costado una vez más, —pero no hay

solución para ello. Estamos en bandos opuestos, y no soy tan tonto como para imaginar que tu lealtad estará alguna vez conmigo. Así que mejor no nos engañemos pensando que puede ir de otra manera de lo que debe. Sí, ni tú ni yo.

Tras esto, Farlan se volvió, caminó hasta donde yacía la bolsa con sus pertenencias junto a su manta, se agachó y procedió a rebuscar en el contenido hasta que sacó una camisa de lino limpia. Desabrochó el broche que sujetaba el exceso de su tela escocesa en el hombro izquierdo, se arrodilló, tiró de la camisa desgarrada y ensangrentada y se la quitó pasándola por encima de la cabeza.

Desde su cercana posición ventajosa, Caitlin le vio rasgar su vieja camisa en una tira continua de tela, suficiente, según sabía, para envolver la herida y atar la tela sobrante a modo de vendaje de presión. Estudiando su pecho desnudo, vio que la herida de cuchillo se extendía a lo largo de unos quince centímetros, desde lo alto de su pecho derecho hasta la mitad de la parte superior del torso. Probablemente tenía media pulgada de profundidad en su peor momento, cortando a través de una carne tensa y musculosa, y de piel suave.

Había sabido que era un hombre bien construido, pero con la parte superior de su torso al descubierto, Caitlin vio que Farlan estaba en una condición física magnífica. Su pecho era ancho y macizo, sus músculos abdominales limpiamente definidos, sus brazos abultados por sus grandes músculos. La luz del fuego bailaba sobre su piel satinada, acariciándola con luz y luego con sombra, acariciándola tan hambrientamente como su mirada lo acariciaba a él.

Entonces, con un furioso movimiento de cabeza, Caitlin se apartó. Él no era nada para ella. Se lo había dejado claro una y otra vez. Ella debía aceptar esa realidad de una vez por todas. Ella le odiaba. Tenía que hacerlo, o seguramente él le rompería el corazón.

Al cabo de un rato, Farlan se levantó, vendado y completamente vestido de nuevo. Metió la manta en su bolsa, cogió la otra bolsa que contenía sus víveres y las dejó caer junto a la silla de montar. Luego, caminando mucho más despacio que de costumbre, desató al caballo castrado, lo condujo de nuevo hasta donde yacían la silla y las bolsas, y comenzó a prepararlo.

Caitlin le vio hacer una mueca mientras levantaba la silla sobre el lomo del caballo y luego se inclinaba rígidamente para abrochar la cincha. Sus movimientos fueron igualmente lentos y rígidos mientras ataba las alforjas a la parte trasera de la silla. Ella sabía que le dolía y se preguntaba cómo era capaz de creer que sería capaz de montar el caballo, y más aún de subirla a ella encima del animal.

Después de cómo acababa de tratarla, no tenía intención de ayudarle de ninguna manera. Como él había dicho, no podía ir de forma diferente a como había ido, para dos con lealtades tan distintas.

Farlan condujo al castrado hasta un peñasco de unos dos pies de altura, y luego se volvió a mirarla.

—Tienes que elegir, —dijo, con la voz espesa por el dolor. —O vienes aquí y montas el caballo tú solita, o te lanzaré sobre su cruz y montarás así de aquí en adelante.

—¿Y si rechazo ambas opciones?

La mirada que clavó en ella era cansada pero decidida.

—Entonces caminarás hasta Dundarave, conmigo arreándote desde el caballo como a un ganado recalcitrante. Y no dudes que lo haré, no eres ni de lejos tan rápida como un caballo, ni posees la resistencia para jugar a evadirme y esquivarme durante mucho tiempo.

La sangre fresca ya empezaba a manchar su camisa a través de su vendaje improvisado. A menos que la hemorragia se detuviera pronto, Farlan acabaría debilitándose lo suficiente como para no poder permanecer sobre su caballo. Incluso alguien que no fuera sanador podía ver que no era más que cuestión de tiempo, e incluso si la pérdida de sangre no lo derribaba, la alta probabilidad de infección seguramente lo acabaría haciendo.

—Eres un tonto si te pones en camino ahora mismo, —dijo Caitlin al fin. —Mejor descansa, al menos hasta el amanecer, y date tiempo para que tu herida se coagule un poco. Pero, si por el contrario estás dispuesto a salir ahora, estaré encantada de acompañarte. Después de todo, una vez que finalmente caigas del caballo, lo usaré para volver a casa.

Hizo un gesto de impaciencia para que ella montara.

—Entonces sube al maldito animal, ¿quieres? Llegaremos a Dundarave este mismo día, te lo aseguro. O nunca llegaremos.



Farlan no había querido tratar a Caitlin tan insensiblemente, ni atarle las manos de nuevo, pero no había tenido elección, se estaba debilitando rápidamente. Con sus conocimientos de sanadora, ella lo había percibido muy pronto y sabría cuando había llegado el momento de aprovechar la ventaja y escapar de él.

Seguramente era un tonto al imaginar que podría aguantar lo suficiente para llegar a Dundarave. De hecho, había muchas posibilidades de que se encontrara con Blaine MacKenzie y sus hombres, que a estas alturas, probablemente se dirigían en la dirección más corta hacia el hogar ancestral de los MacBeans. Sin embargo, era un riesgo que debía correr.

No importaba lo que ocurriera con él, de cualquier modo, Caitlin estaría a salvo. A salvo con su tío en Dundarave, o a salvo de nuevo al cuidado de su hermano, pero desde luego mucho más segura que si lograba escapar de él y partir por su cuenta.

Puede que no fuera mucho, o ni de lejos el éxito que había imaginado en un principio cuando la había raptado por primera vez, pero parecía que sus opciones se evaporaban rápidamente, escurriéndose tan inexorablemente como la sangre que se filtraba de su cuerpo.

Al cabo de un rato, Farlan se dio cuenta de que ya no podía mantenerse erguido y empezó a apoyarse un poco en Caitlin para no caerse. Ella no hizo ningún comentario ni se quejó. En lugar de eso, como para apuntalarle, incluso hizo fuerza contra él. Después de un tiempo más, empezó a apoyar la cabeza en el hombro de ella.

Justo antes del amanecer, Farlan soltó las riendas al caballo.

—Perdóname, —susurró, —no quiero parecer atrevido, pero necesito sujetarte fuerte con un brazo para sostenerme mientras te desato las manos.

—Haz lo que debas, y ya es hora de que me desates, si voy a soportar tu peso mucho más tiempo, necesito que mis manos me ayuden.

—Vaya, me apoyo un poquito en ti y ya te estás quejando, —dijo débilmente a modo de broma mientras con un brazo la agarraba por la cintura. —Y yo que pensaba que sólo te mantenía caliente.

—Más bien yo te estoy manteniendo caliente, MacBean, —replicó Caitlin. —Sigues perdiendo mucha sangre, ¿verdad?

—Un poco, pero no te preocupes, lass. —Empezó a tantear el nudo de su cuerda. —De hecho, no puedo entender por qué estás tan enfadada porque me desangro lentamente hasta morir. Pensaría, por el contrario, que te haría muy feliz.

—Sí, pensarías eso, ¿verdad?

Tan pronto como las cuerdas alrededor de sus manos se aflojaron, Caitlin se liberó. Llevando sus brazos rígidos hacia delante, cogió las riendas del caballo.

—Encaja igual de bien con tu estúpida negativa a dejarme ver tu herida. Podría habértela cauterizado, ya sabes, con un palo ardiendo del fuego.

—¿Y es esa una escena agradable a tener en cuenta?

—Agradable o no, es lo único que te salvará.

Miró hacia las colinas del este, donde los primeros débiles rayos de luz estaban aliviando la oscuridad de la noche por el amanecer.

—Sólo nos quedan otras dos o tres horas de cabalgata y llegaremos a Dundarave. Tiempo suficiente para hablar de esas cosas.

—Apostaría a que no durarás tanto.

—Bueno, entonces la victoria será tuya, ¿no?

Ella no respondió y, al cabo de un rato, Farlan se dio cuenta de que estaba llorando. Suavemente, sin duda, pero incluso en su estado mental cada vez más aturdido, apretado tan estrechamente como estaba a ella, no podía pasar por alto los temblores periódicos que la sacudían o los intentos fallidos de ocultar las lágrimas.

Sus lágrimas le desconcertaban. Algún instinto le decía que Caitlin no era de las que lloraban con facilidad. ¿Acaso los rigores del viaje, unidos al ataque de la noche anterior, habían derribado finalmente su fachada resueltamente orgullosa? Esa tenía que ser la respuesta. Cualquier otra consideración sería más de lo que podía reconocer, y mucho menos aceptar.

Incluso la más mínima insinuación de que Caitlin pudiera estar llorando por él hizo que Farlan entrara en pánico. Ya era bastante duro admitir que la había puesto en grave peligro, sobre todo ahora que no tendría ninguna protección si alguien que les deseaba el mal se les echaba encima. ¿Y si caía inconsciente, o incluso moría, antes de llevarla sana y salva a Dundarave...?

Ya había fallado, y además estrepitosamente, a una mujer a la que había cuidado. No quería fallar a otra.

Esa pequeña y persistente verdad le había perseguido desde que había secuestrado a

Caitlin. Que podía poner en peligro a otra mujer más, a pesar de todas sus intenciones en sentido contrario. Y que, a medida que pasaban las horas y los días, estaba cada vez más prendado de Caitlin MacKenzie.

Farlan sabía que no era amor, no podía serlo, sólo habían compartido tres días juntos. Eso sí, tres días de emociones tan intensas, que abarcaban desde el antagonismo más absoluto hasta una atracción tan ardiente que parecían más bien tres años. Lo mirara como lo mirara, lo que sentía por ella era poderoso. Tan poderoso que le aterraba tan siquiera contemplarlo.

Estaba seguro de que ella lo consideraba muy inferior a él. ¿Por qué no iba a hacerlo? Estaba proscrito de su clan, era sospechoso de asesinato, y eso sin tener en cuenta la desesperada situación del pueblo cuyo nombre aún llevaba.

—Calma, lass, —murmuró finalmente, y una oleada de agotamiento absoluto le inundó. — No falta mucho y estarás a salvo de vuelta con los tuyos. Aguanta un poco más y todo habrá terminado, te lo prometo.

—Ay, —dijo ella, con fuertes sollozos apoderándose de ella, —¡pero qué tonto eres, Farlan MacBean! ¡Un tonto muy ciego y estúpido!

—Sí, soy un tonto, pero yo nunca...

Farlan captó un débil resplandor, más adelante a la izquierda, acunado en la convergencia de dos colinas rocosas y tras la cubierta de varios pinos altos. Entrecerró los ojos, intentando distinguir la fuente de esa luz. En ese instante, le llegó un fugaz olor a humo de leña.

—Por allí, —graznó, levantando un brazo que sentía como si pesara una barbaridad. — Creo... creo que veo una cabaña.

Caitlin refrenó el caballo y miró en la dirección que él señalaba.

—No veo nada... espera, eso podría ser la luz del fuego a través de una ventana.

Giró el caballo castrado hacia la izquierda, abandonando el camino para dirigirse hacia la fuente de la luz. Farlan abrió la boca para ordenarle que volviera al camino que llevaba a Dunderave, pero luego se dio cuenta de que no tenía fuerzas para obligarla a hacer nada. Había sido un tonto incluso al señalarle la pequeña morada.

Sólo esperaba que quienquiera que viviera allí la tratara con amabilidad y la ayudara a volver a casa sana y salva. Era lo menos que le debía, e incluso esa ayuda se estaba disipando rápidamente con cada segundo que pasaba.

Por el bien de Caitlin, Farlan elevó una desesperada plegaria al cielo. No era mucho, sobre todo viniendo de alguien como él, pero era todo lo que le quedaba por ofrecerle. Y, si realmente existía un Dios, tal vez incluso la plegaria de un hombre ateo pudiera ser escuchada.

Sobre todo, si la plegaria era por el bienestar de otra persona.



Con el corazón martilleándole en el pecho, Caitlin se detuvo ante la pequeña casita de piedra. Por

favor, querido Señor, rezó, que quienquiera que viva aquí tenga la amabilidad de ayudarnos. Si tenemos que seguir cabalgando, Farlan morirá con toda seguridad.

Ella lo sabía con la certeza de haber asistido a innumerables lechos de muerte. No sólo hacía tiempo que su sangre había empapado la espalda de su capa y la tela de su vestido, sino que ella le había sentido debilitarse sin cesar. Su respiración era superficial. La piel de sus manos entrelazadas alrededor de ella estaba pálida e, incluso con su apoyo, ahora apenas podía mantenerse a horcajadas sobre el caballo.

Tuvieron suerte de que Farlan no se hubiera caído del caballo castrado en la subida a la cabaña. Un hombre menos en forma habría sucumbido hacía horas. Y quizá, pensó con una sonrisita melancólica, también uno menos testarudo.

La puerta se abrió de golpe. Una luz brillante se derramó desde el interior, perfilando la forma de un hombre alto, calvo, con bigote y barba desaliñados. Vestía pantalones sencillos, una túnica de manga larga con capucha y zapatos blandos hasta los tobillos.

—Os estaba esperando, —dijo mientras salía y caminaba hacia ellos, —desde que os vi en el camino. Todo está preparado.

El hombre se detuvo junto a Caitlin y sonrió. A la luz del sol de primera hora de la mañana, ella vio un hueco entre sus dos dientes centrales superiores. Su barba y su bigote eran castaño oscuro y estaban muy poblados de canas, sus ojos azules estaban llenos de arrugas en las comisuras y tenía una mirada amable. Ella supuso que tendría más de cuatro decenas de años.

—¿Nos esperabais? —balbuceó, sorprendida por la amabilidad del hombre. —¿Y qué hay preparado?

—Los preparativos para tratar las heridas de su amigo, por supuesto. —Levantó las manos para bajar a Farlan del caballo. —Necesitaréis el hierro de cauterizar, y bálsamo curativo, y agua y vendas, si queréis tener alguna esperanza de salvarle.

Cómo sabía este hombre tanto sobre ellos, Caitlin no podía comprenderlo, pero nada de eso importaba ahora. Lo que importaba era conseguir atender a Farlan tan rápidamente como fuera posible.

—Tened cuidado con él, —dijo mientras se soltaba del agarre de Farlan y lo sujetaba. —Está muy débil y puede que no sea capaz de mantenerse en pie una vez que lo tengáis en el suelo.

—No temáis, muchacha, —dijo el hombre con una risita. —Soy más fuerte de lo que parezco de tanto cortar leña y trabajar el huerto que tengo. De un modo u otro, puedo retenerlo hasta que podáis desmontar y ayudarme a meterlo en mi casita.

—Adelante entonces.

Caitlin se giró ligeramente en la silla para ayudar a Farlan a bajar del caballo castrado. Y, como ella temía, en cuanto los pies del gran montañés tocaron tierra, se desplomó en los brazos del hombre. Ella pasó la pierna por encima de la cruz del caballo y bajó de un salto.

Incluso juntos, fue una ardua tarea meter a Farlan en la cabaña y llevarlo hasta la sencilla cama de madera de la vivienda de una sola habitación. Parecía estar al borde de la inconsciencia y todo su costado derecho estaba saturado de sangre hasta la pierna. Caitlin ayudó a tumbarlo en la cama y luego miró a su alrededor.

—El cauterizador está en el fuego, ya calentándose, —dijo el hombre, —y aquí está el cuenco de agua y las vendas, además del ungüento. —Indicó la pequeña silla de madera tosca colocada cerca de la cabecera de la cama, sobre la que reposaban los suministros que había mencionado.

Ella asintió.

—Traeré el cauterizador. Mientras tanto, ¿podríais levantarle la camisa y limpiarle toda la sangre que podáis, para que pueda ver mejor la herida?

Asintió.

—Me ocuparé de ello.

Girando sobre sus talones, se dirigió al hogar en el extremo opuesto de la cabaña, cogió la gruesa almohadilla de cuero que allí yacía y la utilizó para sacar el hierro al rojo vivo del fuego. Su anfitrión empezó a limpiar la sangre de la herida de Farlan, sin embargo, la sangre brotaba tan rápido como podía limpiarla con un paño.

—Apartaos, por favor, —le ordenó Caitlin enérgicamente. —Sólo el fuego parará esa hemorragia.

El hombre retrocedió.

—Farlan, —dijo ella mientras se acercaba. —Si puedes oírme, quiero que sepas que voy a quemarte ahora. Debe hacerse, o seguramente morirás.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Haz lo que debas, —susurró.

Inhaló un profundo y tranquilizador aliento.

—Siendo así, agárrate fuerte.

En el instante siguiente, Caitlin colocó el cauterizador a lo largo de su herida. Farlan se puso rígido y siseó de dolor, pero no se apartó. El hierro caliente contra la carne cruda chisporroteó, y el olor a carne quemada llenó el aire. A pesar de eso, Caitlin mantuvo el cauterizador apretado, girándolo para asegurarse de que se detenía toda la hemorragia.

Finalmente, Farlan se quedó sin fuerzas, desmayándose. Ella se alegró de ello, pues sólo habría más dolor mientras ella limpiaba y vendaba la herida. Por fin, apartó el hierro, lo llevó de nuevo al hogar y lo empujó a las llamas. Hasta que no tuvo ocasión de examinarle la herida, no podía estar segura de que no necesitaría cauterizar una o dos veces más.

Afortunadamente, Caitlin no encontró nuevos focos de hemorragia cuando empezó a limpiarle la herida. Farlan seguía inconsciente, así que con la ayuda de su anfitrión le quitó la camisa, el cinturón y la falda escocesa, y lo cubrió con una manta raída.

—¿Tenéis más mantas? —preguntó, mirando a su nuevo ayudante. —Necesitará mantenerse muy caliente.

—Sí, de eso tengo. —El hombre se apresuró hacia un tosco arcón, levantó la tapa del cofre y sacó dos mantas más, igualmente raídas.

Caitlin se preguntó cómo se las arreglaba el hombre para mantenerse caliente en invierno,

si aquello era todo lo que tenía. De todos modos, las aceptó con gratitud y las utilizó rápidamente para cubrir a Farlan. Luego volvió a limpiarlo lo mejor que pudo antes de aplicarle un ungüento que observó que estaba hecho de caléndulas, y por último, presionó un grueso fajo de paños limpios sobre la herida de Farlan.

Con la ayuda del anciano, pudieron envolver varias tiras largas de tela alrededor del torso de Farlan para anclar bien el vendaje. Caitlin terminó de limpiarlo, luego lo cubrió con las mantas adicionales y le curó el corte de la cara y el labio partido. Por último, se dejó caer sobre el suelo, donde había estado arrodillada todo el tiempo, y suspiró.

—He hecho todo lo que he podido. El resto está en manos del Señor.

—Así es, —dijo el hombre, —como siempre ha sido. *Vocatus atque non vocatus Deus aderit.*

Caitlin le miró.

—¿Y qué significa eso?

—Llamado o no, Dios está presente.

—Eso es latín, ¿no?

Él asintió.

—Hacía muchos años que no oía hablar así. No desde que el Clan MacKenzie expulsó a los sacerdotes papistas y aceptó a los predicadores de la reforma.

—Sin embargo, todavía se habla en muchas zonas de las Highlands, por clanes que se niegan a apartarse de la vieja religión.

Estuvo tentada de preguntarle si seguía la antigua religión, pero sabía que no importaba. Les había ofrecido la hospitalidad de su hogar y bien podía haber salvado la vida de Farlan al hacerlo.

—Me llamo Caitlin MacKenzie y éste es Farlan, —dijo tendiéndole la mano.

—Conozco al muchacho y a su verdadero clan, así que no tenéis que preocuparos por usar su nombre completo conmigo. —Él sonrió y le cogió la mano para darle un breve apretón antes de soltarla. —Me llamo Eógan, y también soy del clan MacBean.

Eógan, significaba “la paz de Dios” en la lengua antigua. La paz de Dios... algo que ella, y probablemente Farlan también, necesitaban desesperadamente. Caitlin rezó para que así fuera, al menos durante el tiempo que debían pasar ahí.

Que fuera un MacBean tampoco debía sorprenderla, pues probablemente ya estaban en sus tierras. Y, bien mirado, Eógan tenía un aspecto familiar. Le recordaba tanto a Gavin como a Farlan. Como mínimo, ella supuso que sería algún pariente lejano.

—Gracias por acogernos, —dijo. —Farlan aún puede morir por su herida y la pérdida de sangre, pero al menos ahora tiene una oportunidad. Una oportunidad que vos le disteis.

—Yo sólo sigo la llamada del Señor. —Eógan sonrió, y el acto iluminó su curtido rostro con una belleza casi luminosa. —Os envió a ti y al muchacho aquí, y eso es suficiente para mí.

—Como lo será para mí, —murmuró Caitlin, sin saber muy bien qué pensar del

pronunciamiento del hombre.

De repente recordó el caballo que había dejado atrás cuando había ayudado a traer a Farlan, y se puso en pie.

—Si sois tan amable de quedaros cerca de él, debo atender las necesidades de mi caballo. ¿Hay algún lugar donde pueda atarlo, donde pueda encontrar un poco de hierba y quizá, ¿algo de agua para beber?

Eógan levantó una mano.

—No os preocupéis, lass. Quedaos con el muchacho. Yo me ocuparé de las necesidades de vuestra montura, lo desensillaré y traeré todas vuestras pertenencias. Pero antes, dejadme prepararos una taza de té de hierbas endulzado con miel de trébol. Os calentará y os dará un poco de fuerza. Por vuestro aspecto, diría que estáis al borde del agotamiento.

Acercó la silla, ahora vacía, a Farlan.

—Sentaos, mientras os traigo el té.

Agradecida, Caitlin se hundió en la silla y observó cómo su anfitrión preparaba su taza con hojas de té y luego añadía agua caliente. Después de dejar reposar las hojas durante un rato, colocó un viejo colador de té deslustrado sobre una taza y vertió el líquido dorado pálido a través de él. A continuación, echó una generosa cucharada de miel en la taza antes de llevarle la infusión humeante.

—Muchas gracias, —Caitlin le sonrió, —por todo.

—No os preocupéis. Para amar a Dios, primero debemos amar a nuestro prójimo. —Su mirada se desvió hacia Farlan, y su expresión se suavizó. —Sin embargo, algunos, desde el principio, son más fáciles de amar que otros. —Tras decir eso, se volvió y salió de su cabaña, dejando a Caitlin con la boca abierta mientras le veía marchar.

Ella había aprendido bien sus lecciones a los pies de su madre, y conocía la admonición de Cristo de amar al prójimo si uno deseaba seguirle de verdad, y trataba de ser amable y considerada con los demás.

Bueno, la mayoría de las veces, pensó mientras echaba un vistazo al hombre inconsciente que yacía en la cama. Pero, a decir verdad, muchas veces no lo hacía pensando en Cristo.

Ahuecó las manos alrededor de la taza de cerámica gruesa y caliente y tomó un deseado sorbo del humeante brebaje. Estaba muy rico, le recordaba a su hogar, a la comodidad y al amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Cómo echaba de menos su hogar! Echaba de menos a Blaine, a Ailsa y al pequeño Chalmer. Y echaba de menos la vida que una vez había dado por sentada. Una vida, se dio cuenta Caitlin cuando su mirada se desvió una vez más hacia el moreno Highlander que yacía allí, tan débil y pálido como la muerte, que ahora ya nunca sería la misma.

Para amar a Dios, primero debemos amar a nuestro prójimo...

Por mucho que se resistiera a admitirlo, Farlan MacBean era tan prójimo suyo como cualquiera de su familia. Al menos, a los ojos de Dios. Sin embargo, Farlan, por necesidad, debido a lo que le había hecho y al insulto que había vertido sobre el honor del clan MacKenzie al hacerlo, era también su enemigo.

Parecía una tarea imposible reconciliarlos a ambos.

Capítulo 8

Para colmo de males, Farlan desarrolló fiebre a primera hora de la tarde. De vez en cuando, tenía breves momentos de lucidez, el tiempo suficiente para que Caitlin le diera unos tragos de agua, antes de sumirse de nuevo en un delirio incoherente. Además de la grave debilidad que le había causado la pérdida de sangre, temía mucho que el esfuerzo adicional de la fiebre fuera suficiente para matarle.

—N-Nara, Nara... —Farlan murmuraba el nombre una y otra vez. —Lo siento... lo siento mucho, mucho...

—Es el nombre de su amor perdido, ¿sabéis? —dijo Eógan al acercarse la primera vez que Farlan la mencionó. —Nara Colquhoun.

Caitlin le dirigió una mirada.

—No sabía su nombre completo, sólo que era una muchacha Colquhoun. —Miró de nuevo a Farlan. —Me pregunto por qué dice que lo siente.

El hombre de barba gris se encogió de hombros.

—Probablemente porque le falló.

—¿Creéis que causó su muerte?

—En realidad no importa lo que yo piense, ¿verdad? Lo que importa es lo que pensáis vos.

La irritación, exacerbada sin duda por el cansancio, surgió en ella.

—¡Sois igual que su amigo Gavin! También me dijo que lo averiguara yo misma. Y afirmó que Farlan no era un asesino, aunque algunos de sus parientes querían que se le considerara como tal para desviar la culpa de ello.

—Gavin no es sólo amigo de Farlan, ¿sabéis? También es su primo. —Eógan suspiró. —Pero, sea como fuere, ha habido mucha infelicidad y malestar en el clan MacBean desde hace mucho tiempo. Mucho, mucho antes de que Farlan se enamorara de la prometida de su hermano.

Caitlin volvió a mirarle.

—Entiendo que nada que queráis compartir conmigo.

—Así es, al menos de momento, —dijo su anfitrión sonriendo con pesar. —Es mejor que obtengáis la verdad de la historia directamente del muchacho aquí presente. —Señaló hacia Farlan. —Preguntadle cuando por fin vuelva en sí y se encuentre mejor.

—Si alguna vez vuelve en sí.

Caitlin se acercó y tomó la mano de Farlan entre las suyas. Su mano era tan grande, sus

dedos largos y fuertes, tan fuertes como él había sido en cuerpo y mente antes del ataque.

—Tengo tanto miedo por él, Eógan, —dijo al fin, con la voz tan llena de lágrimas como sus ojos. —No sólo de que no sobreviva a esta herida, sino por lo que pueda ocurrirle si lo hace. Si mi hermano no lo mata, seguramente lo hará alguien más con rencor contra su clan. O incluso uno de su propio clan.

—¿Como tal vez su propio hermano?

Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Sí, como su propio hermano. Tampoco es que a la gente de Farlan parezca importarle lo que está arriesgando al intentar recuperar a Kester. A efectos prácticos, Farlan se embarcó en este gran plan suyo solo. Gavin, por muy leal y bienintencionado que sea, no sirve de mucho en realidad, salvo como señuelo para hacerles entrar en el castillo.

—Pero he oído decir que hay algunos que se unirían a Farlan si él lo pidiera. Pero los mismos que me dicen eso, también me dicen que no lo pedirá.

—¿No lo hará? —Caitlin se secó las lágrimas. —¿Pero por qué no?

—Porque se niega a reconocer, y mucho menos a aceptar, su verdadero destino. Un destino que no es más que la voluntad de Dios.

—¿Y qué destino podría ser ese?

La mirada de Eógan era triste pero decidida.

—¿Qué otro si no? Liderar al clan MacBean, por supuesto.

Ella asintió con cautela. Aunque no estaba tan segura de que realmente se tratara de la voluntad de Dios, había algo en lo que definitivamente estaban de acuerdo.

—Sí, su padre eligió mal, en efecto, al nombrar a Kester su tanista^[3], —dijo Caitlin. —Mayor o no, nunca mereció ser el sucesor elegido.



Incluso aun cuando el agotamiento empezaba ya a hacer mella en ella, Caitlin seguía obstinadamente junto a la cama de Farlan, humedeciendo repetidamente paños con agua fría para colocarlos sobre su frente caliente, y refrescarle el pecho y los brazos. Afortunadamente, sus delirios no fueron lo bastante fuertes como para que se le abriera la herida, y sus vendas permanecieron libres de sangre. Cuando pasó el mediodía, Caitlin permaneció tan firmemente pegada a Farlan que sólo la persistencia de Eógan la indujo finalmente a comer un poco de pan y queso y beber una jarra de sidra.

Caitlin consiguió mantenerse despierta hasta pasada la puesta de sol. Cuando empezó a dormirar en su silla, con el paño mojado en la mano, Eógan le puso una mano suave en el hombro.

—Basta ya, muchacha, —le dijo, con una firmeza en la voz que ella nunca había oído antes

en el amable hombre. —He preparado un jergón allí, en ese rincón cerca del hogar. Id y descansáis, antes de que tenga que atender a dos pacientes en vez de a uno solo.

Ella abrió la boca para protestar que podía aguantar así varias horas más. Sin embargo, cuando al principio ni siquiera le salían las palabras, Caitlin se vio obligada a admitir que él tenía razón.

—Prometedme que me despertaréis si empeora, o si necesitáis mi ayuda para algo, —dijo mientras se levantaba y se dirigía al jergón.

—Sabéis que lo haré. Ahora duerme, muchacha. Descansad y fortaleceos para mañana.

Apenas hubo tocado la almohada con la cabeza, Caitlin ya estaba profundamente dormida.

Un tiempo después, se despertó al notar la oscuridad que le rodeaba y oír el suave murmullo procedente de la dirección de la cama de Farlan. Necesitó de todas sus fuerzas para apartarse de la fuerte y pesada atracción del sueño y abrir los ojos.

Con la cabeza inclinada y las manos entrelazadas ante sí, Eógan estaba arrodillado junto a Farlan a la tenue luz del fuego. Aunque Caitlin no podía distinguir bien las palabras, sabía que el anciano rezaba atentamente. Mientras se apoyaba en un codo y fijaba su mirada en el rostro de Farlan, se dio cuenta de que este tenía la vista perdida en el infinito. Respiraba con rapidez, con el semblante desencajado y la piel mortalmente pálida. Se estaba muriendo.

Caitlin rodó del jergón, se puso en pie y corrió al lado de Eógan. Se hundió de rodillas a su derecha, lo más cerca de la cabeza de Farlan.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—Ha empeorado. Sólo Dios puede salvarlo ahora. —Con eso, Eógan volvió a sus oraciones. Caitlin le observó durante unos segundos y luego volvió a mirar a Farlan. Lo que ella había temido finalmente había sucedido. Iba a perderle.

La ira brotó en su interior. No estaba bien, no era justo. Se merecía algo mejor que esto.

Cogió la mano de Farlan, una mano que se había enfriado, las puntas de los dedos azules. Estrechándola contra ella, Caitlin frotó vigorosamente su mano entre las suyas, intentando calentarla.

—No vas a morir, Farlan MacBean, —gritó. —¿Me oyes? No te rindas. No te atrevas a morir. Aún te queda mucho por hacer y demasiada gente te necesita. —Su voz se tambaleó. — ¡Yo te necesito!

Ahora sentía la mano un poco más caliente. Caitlin utilizó la mano para frotarle el brazo de arriba abajo.

—¿Qué pasa con esos planes tuyos? —le preguntó. —¿Eres tan cobarde que te apartarías de una lucha por dura que fuera? ¡Qué vergüenza! Después de todas tus bonitas palabras, tu fanfarronería y tu actitud gallarda, supongo que sólo pretendían impresionarme y nunca hubo ni una pizca de verdad en ellas.

La respiración de Farlan aumentó y se movió ligeramente. Caitlin empezó a frotarle los brazos y el pecho con ambas manos, sin dejar de reñirle y engatusarle alternativamente. Al cabo de un rato, Eógan hizo una pausa en su rezo para darle un codazo.

—Seguid con lo que estáis haciendo, muchacha. Entre los dos, puede que esté funcionando.

Como afirmación, un gemido bajo surgió de los labios de Farlan.

Una feroz satisfacción la invadió.

—Vaya, así que ahora intentas discutir conmigo, ¿verdad? después de haberme dado semejante susto. Pero siempre ha sido así, y repito lo que dije aquella noche que nos atacaron, eres un ser despreciable y baboso.

Los párpados de Farlan se abrieron de golpe. Parpadeó, intentando concentrarse.

—B-baboso... ¿soy yo? —carraspeó mientras por fin era capaz de enfocarla. —¿De qué... estás... hablando? N-necesitas un besito... o dos... ¿verdad?

La alegría inundó a Caitlin.

—Sí, eso necesito. —Le soltó el brazo y le acarició la mejilla con ternura. —Eso es. —Inclinándose, rozó suavemente sus labios con los de él. —Y ya es hora de que tome lo que todo el tiempo me has querido dar, —susurró cuando por fin se retiró.

Se lamió los labios secos y agrietados.

—Sabía... dulce, sí. ¿Podrías darme... otro?

Caitlin se rio y luego, con toda la pasión que había sentido pero mantenido tan fuertemente contenida durante los últimos días, volvió a besarle. Al hacerlo, la mano de Farlan, tan fría y sin vida hacía tan sólo unos instantes, se alzó para acunar su cara.



A la mañana siguiente, era evidente que Farlan había mejorado. Le había bajado la fiebre; el color había vuelto a su cara y a su cuerpo, y su respiración había disminuido a su ritmo normal. Caitlin volvió a su camastro para dormir varias horas más, y se despertó justo después del mediodía. Durante un tiempo, permaneció tumbada pensando, dándole vueltas a cuál debía ser su siguiente movimiento.

Farlan se recuperaría, ahora se sentía segura de ello. Si alguna vez había llegado el momento de emprender la huida, antes de que él volviera a ser lo bastante fuerte como para detenerla, era ahora.

Una parte de ella era decididamente reacia a abandonarle. Hacerlo sería como arrancar de su cuerpo un trozo de su corazón. Sin embargo, una parte mayor y mucho más sabia le decía que debía hacerlo.

Si lograba llegar a Blaine a tiempo, Kester MacBean nunca lograría regresar a su clan ni llegar a ser jefe. Y, si Eógan tenía razón y el verdadero destino de Farlan era liderar su clan, Farlan podría entonces verse obligado a afrontar y aceptar ese destino. Un destino que, como también había afirmado Eógan, no era más que la voluntad de Dios.

Parecía lo único que podía hacerse. Además, pensó Caitlin, al hacerlo podría evitar el inevitable enfrentamiento entre Farlan y su hermano. Quizá su influencia con Blaine también podría servir para descubrir alguna forma de que ayudaran a Farlan y salvaran a su clan. Una vez que Blaine supiera la verdad sobre Farlan, y que realmente era un hombre valiente y honorable...

Con un suspiro pensativo pero resuelto, Caitlin se levantó por fin, realizó sus abluciones y luego se acercó sigilosamente a ver cómo estaba Farlan. Dormía profundamente, pero ahora era un sueño reparador. Se acucilló a su lado y lo miró fijamente durante un largo y anhelante instante.

—Adiós, —pronunció Caitlin en voz baja. —Que Dios te acompañe en todo lo que emprendas.

Levantándose, se acercó a una de sus bolsas de viaje. La cogió, reunió una provisión de comida para dos días y la metió en la bolsa. Los cuchillos de Farlan yacían sobre la mesa cercana junto con su claymore, el dagg, el cuerno de pólvora, la llave inglesa para enrollar el resorte de la pistola de rueda y la bolsa de perdigones. Tras dudar un momento, Caitlin cogió un cuchillo y la pistola vacía y metió ambos en su bolsa.

Era inútil coger la pólvora, el perdigón o la llave. Nunca había aprendido a cargar, y mucho menos a utilizar, un dagg, pero, con una sonrisa sombría, Caitlin pensó que nadie tenía por qué saberlo si llegaba el caso de tener que apuntar a alguien con la pistola en defensa propia. A continuación, cogió su capa de donde colgaba en una percha junto a la puerta y se la puso. Con una última y agónica mirada hacia Farlan, Caitlin se dio la vuelta y salió de la cabaña.

Eógan estaba trabajando en el jardín, no lejos de la pequeña vivienda, plantando semillas en las hileras pulcramente aradas de tierra rica y oscura. Una a una, sacaba una semilla de una bolsa que llevaba colgada del pecho y la colocaba en un agujero que había formado con un palo pequeño y liso. Luego, con mucho cuidado y cariño, cubría la semilla con tierra. Después de haber plantado tantas semillas en los agujeros como podía alcanzar desde una posición agachada entre las hileras, se enderezaba, caminaba unos metros y volvía a agacharse.

Un impulso pasajero de ir hacia él y despedirse la invadió. Sin embargo, la sensación de que él la instaría a no marcharse le impidió hacerlo. Lo mejor era cortar por lo sano con ambos hombres.

Se dirigió al pequeño cobertizo en el lado más alejado de la cabaña, donde Eógan le había informado que había guardado su caballo. Allí, estabulado junto con el castrado, Caitlin encontró también una mula negra y rojiza, de lomo más bien cimbreante.

Tras bridar y ensillar al gran caballo, le ató la bolsa de provisiones y lo sacó del cobertizo. Una vez más, comprobó que la cincha estuviera bien ajustada, la encontró un poco floja y la apretó una muesca más.

—¿Vais a dar un paseo, verdad?

Ante el inesperado sonido de la voz de Eógan, Caitlin jadeó y se dio la vuelta.

—Sí, así es. Ahora que Farlan se recuperará, es hora de que regrese al castillo lo antes posible. Tengo que impedir que Blaine entregue a Kester a los MacBean.

Azada en mano, inclinó la cabeza y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Estáis segura de que, en cambio, no estáis huyendo?

Sus ojos se abrieron de par en par y la irritación la recorrió.

—¿Huyendo? Yo más bien lo llamaría intentar evitar un mayor derramamiento de sangre y la ruina total del clan MacBean. De paso, también estoy intentando salvar la vida de Farlan por segunda vez. Difícilmente llamaría a eso huir.

—Lo es si no es lo que el Señor desea de vos, —respondió con calma el hombre de pelo gris. —Y Él desea que mantengáis el rumbo, el mismo rumbo en el que ha puesto a Farlan. Él desea que resolváis esto juntos.

—Pero... decidme, ¿cómo sabéis con tanta certeza lo que el Señor desea de mí o de Farlan?

Eógan se encogió de hombros.

—¿Cómo si no? He rezado por las respuestas y me han sido dadas. Y no lo digo a la ligera, cuando os digo que el Señor me ha hablado.

El corazón de Caitlin dio un vuelco. Podía sentir cómo se le escurría la sangre de la cara.

—¿Y por qué... por qué iba Dios a deciros lo que desea que haga, en vez de a mí?

—Me imagino, —dijo él con una sonrisa, —porque sabía que yo le escucharía y vos no.

Ella se tomó un momento para digerir aquel pronunciamiento y luego sacudió la cabeza.

—No quiero faltáros al respeto, pero esto no tiene sentido. Yo no puedo hacer nada.

—Farlan os necesita, tanto como vos a él. Aún tiene mucho que aprender... sobre sí mismo y las verdaderas razones por las que fue desterrado. También está la cuestión de que abrace a su verdadero destino. Vos sois la única que podéis ayudarlo a hacerlo, ayudarlo a superar el dolor. Ayudadle a encontrar el valor y la aceptación que necesitará para crecer y convertirse en todo lo que el Señor desea que sea.

—¿Por qué? ¿Por qué soy la única? —La frustración, teñida de ira, bullía en su interior.

—Porque sois la única lo bastante valiente para enfrentáros a Farlan, para dar tanto como recibís de él. Sois su luz y su inspiración. Y él os respeta, se preocupa por vos y, sí, incluso os ama.

—¿Me ama?

Ya era bastante abrumador oír tales afirmaciones de un hombre que, por derecho, apenas debía conocer a ninguno de los dos. Pero enterarse de que ella no sólo era la inspiración de Farlan, sino que él la respetaba y la amaba, era más de lo que ella podía soportar. El pánico la invadió y descubrió que apenas podía respirar.

No era posible que Farlan la amara. Simplemente, ¡no lo era!

Él sólo quería utilizarla para sus propios fines, como David Graham había pensado hacer al establecer una ilustre alianza con el clan MacKenzie. David incluso había imaginado que podría llegar a convertirse en jefe del clan mediante el matrimonio con ella. Eso fue, hasta que Blaine le dejó bien claro que su primo Nial, tanista del clan, sería el próximo jefe y, tras él, el hijo de Blaine, Chalmer. Tras esto, David se había marchado buscando otra alianza ilustre.

Tenía que ocurrir lo mismo con Farlan, aunque por razones diferentes. La necesitaba para obtener la libertad de su hermano. No importaba que estuviera cometiendo un grave error al intentar liberar a Kester. De hecho, su plan bien podría tener mucho que ver con su falta de voluntad (o incapacidad) para imaginarse a sí mismo como jefe del clan. Eógan se equivocaba, Farlan no la escucharía. Ella no podía convencerle de que buscara la jefatura para sí mismo. Y, desde luego, él no la amaba.

El problema era que ella sí le amaba. Era quizá la razón, por encima de cualquier otra, por la que debía marcharse, y marcharse ya. Si se quedaba, él acabaría aplastándola, en cuerpo y alma.

—No, —vehementemente, Caitlin negó con la cabeza. —Él no me ama, y no le debo nada a él ni a su clan. Todo lo que quiero es volver a casa, volver a la vida que solía vivir.

—Sí, iros. Volved a casa entonces. Volved a la vida que solíais vivir. —Eógan se apoyó en la azada. —Dadle la espalda, de una vez por todas, al amor de vuestra vida y a la verdadera pasión. Dadle la espalda a los dones que el buen Dios os ha dado, y no los compartáis ni los llevéis a su verdadera plenitud. Huid, y nunca, nunca comprendáis plenamente el misterio de la Cruz.

Frunció el ceño.

—Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Dios?

—Encontráis al Señor en la estabilidad, muchacha. En el compromiso con la vida y las personas a las que Él os ha llamado. Como nuestro Señor Dios siempre nos ha sido fiel, así debemos ser nosotros con Él. No importa lo duro, lo aterrador o a veces incluso lo mundano que pueda parecer, estáis llamada a perseverar. Estáis llamada a encontrarle aquí y ahora, —señaló su corazón, —y no en otro lugar o en otro momento. Aquí y ahora...

Eógan sonrió, y su mirada estaba llena de una tristeza tan angustiosa que Caitlin estuvo a punto de ir hacia él y estrecharlo entre sus brazos.

—No podéis saber esto, muchacha, —dijo, —pero es la razón por la que finalmente yo también volví a casa. Estuve fuera durante mucho tiempo, pero el Señor, a su debido tiempo, me trajo de vuelta aquí. Donde Él siempre había querido que estuviera, para perseverar, por duro y aterrador que pareciera. Como todos debemos hacer, como vos debéis hacer.

Era demasiado para comprenderlo, y mucho menos para darle sentido. La cabeza de Caitlin dio vueltas y sintió un peso que le oprimía el pecho. Era como si las paredes se estuvieran cerrando, atrapándola, cortándole la libertad. No podía soportarlo, tenía que escapar.

—Habéis sido amables tanto con Farlan como conmigo, —dijo roncamente. —Por eso os doy las gracias, pero no puedo quedarme. Simplemente no puedo.

Caitlin montó rápidamente en el caballo castrado. Deslizó los pies en los estribos, recogió las riendas y luego miró a Eógan. Su imagen vacilaba y se desdibujaba. Salvajemente, parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—Cuidad bien de Farlan, os lo ruego. Y decidle...

De repente, Caitlin no pudo continuar. Espoleó al caballo en el costado, le giró la cabeza y envió al animal al galope de vuelta por la colina por la que habían venido.



Farlan se despertó a última hora de la tarde. Débilmente, se impulsó sobre un codo y miró alrededor de la casita de una sola habitación. A la luz mortecina del día, observó que la casita estaba amueblada de forma sencilla, con un pequeño hogar en el extremo más alejado, completo con un “vaivén” montado en una de las esquinas traseras del hogar. Una olla de hierro fundido colgaba de la barra metálica que se había balanceado para cernirse sobre el fuego de brasas. Del recipiente emanaban olores sabrosos. A Farlan se le hizo la boca agua.

Varios platos de cerámica, cuencos, tazas y recipientes reposaban sobre la repisa de la chimenea. Una serie de estantes en la pared perpendicular sostenían una bolsa de lo que parecía ser harina de avena, un pequeño tarro de miel (si los cristales de ámbar secos de uno de los lados servían de indicación), además de varios otros recipientes grandes con tapa de contenido desconocido. Debajo de la ventana, donde a través de sus postigos abiertos Farlan distinguió algún tipo de árbol frutal en flor, había una mesa toscamente labrada y una silla desvencijada. Sobre la mesa, reconoció sus armas y suministros para su pistola.

Bueno, casi todas las armas. Faltaban un cuchillo y el dagg. Inquieto, trató de mover las piernas para levantarse de la cama. Un dolor agudo en el costado derecho le paró en seco.

Su mano se dirigió al vendaje que le cubría desde la parte inferior de la caja torácica derecha hasta la mitad del abdomen. La herida, se había olvidado por completo de ella.

Como si fuera un guardián de su mente, la herida le atrajo un tumultuoso desfile de recuerdos. Se remontó a la tortuosa cabalgata con Caitlin, cuando había temido que en cualquier momento perdiera por fin el conocimiento y se cayera del caballo. O, peor aún, simplemente desangrarse hasta morir, mientras se aferraba a ella como apoyo.

Vagamente, Farlan recordaba haber llegado a esta casa, el dolor atroz de la cauterización y luego imágenes revueltas de Caitlin y un hombre canoso que se cernía sobre él. Finalmente, como si sus sueños se hubieran fundido por fin con la realidad, recordó sentir los labios de Caitlin sobre los suyos y su mano sobre su sedoso cabello negro como la tinta.

Con un suspiro, Farlan se dejó caer de nuevo en la cama. Aunque todo parecía real, no sabría decir cuáles eran verdaderos y cuáles no hasta que pudiera hablar con Caitlin. Y ella no estaba en ninguna parte, o al menos no en alguna parte de esta diminuta casa de campo.

La puerta se abrió justo entonces. Por un instante, la expectación vibró a través de él. Entonces entró el hombre canoso de los recuerdos de Farlan.

—Ah, bien, bien, —dijo mientras se dirigía hacia una palangana con agua en el alféizar de la ventana, se lavaba las manos y luego se las secaba. —Veo que por fin estáis saliendo de ese profundo sueño vuestro. No es que no fuera lo mejor, —añadió mientras se acercaba, —necesitabais una buena cantidad de descanso para poneros de nuevo en el camino de la salud.

El hombre, de ojos azules, con un bigote y barba tenues y grises, acercó la silla junto a la cama de Farlan y tomó asiento.

—Soy Eógan. —Extendió una mano encallecida por el trabajo. —Y no os canséis con

presentaciones, ya sé que sois Farlan MacBean.

Farlan miró al hombre con recelo. Si sus cálculos eran correctos, ya habían llegado a tierras de los MacBean. Probablemente se encontraba entre gente amistosa.

—Eógan... —su ceño se frunció pensativo, —¿No sois vos el viejo ermitaño? ¿El que volvió a casa cuando su abadía en Iona fue destruida?

—Sí, el mismo, aunque no tan viejo como algunos me imaginan. Y, para aclarar un poco las cosas, aunque Iona fue destruida hace ocho años, no regresé a casa enseguida. —Su anfitrión sonrió. —Y bien, ¿tenéis hambre? Tengo una excelente sopa de hierbas, con patatas y zanahorias cocinándose en el fuego que, si mi nariz no me traiciona, debería estar lista.

Ante el recordatorio de lo que estaba oliendo, Farlan se dio cuenta de que estaba hambriento.

—Sí, tengo mucha hambre. No sé, sin embargo, cuánto podrá tolerar mi estómago, siendo como es mi primera comida en un tiempo. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza. —De hecho, ¿cuánto tiempo he estado inconsciente o durmiendo?

—Un día y medio, más o menos. —Eógan se levantó, se dirigió a la repisa sobre el hogar y bajó dos cuencos. —Si supierais el mejor aspecto que tenéis, ahora que el color ha vuelto a vuestra cara... —dijo, echando una breve mirada por encima del hombro. —La misericordia del Señor y la negativa de la muchacha a dejaros morir fueron lo único que os salvó. Bueno, eso y vuestra fuerza y bondad natural...

—¿La muchacha? ¿Caitlin? —Una vez más, Farlan hizo palanca sobre un codo. —¿Dónde está? Necesito... necesito hablar con ella.

Eógan no contestó inmediatamente, sino que sirvió dos tazones de sopa, se detuvo para coger dos cucharas de madera de una jarra que había en la repisa de la chimenea, luego se acercó y las colocó en la silla junto a la cama de Farlan. A continuación, acercó la silla extra de la mesa y se sentó a su lado.

—¿Creéis que podréis comer esto sin ayuda? —preguntó.

Farlan asintió.

—Me gustaría intentarlo.

Colocando una cuchara en el cuenco, Eógan se lo pasó a Farlan. Cuando Farlan dudó, señaló la sopa.

—Comed un poco y luego hablaremos.

La aprensión crecía con cada cucharada, pero Farlan consiguió tomar algo antes de dejar finalmente la cuchara en el cuenco.

—Estaba muy sabroso, pero no creo que pueda aguantar más durante un tiempo, —dijo. Su mirada se clavó en la del ermitaño. —Ahora bien, ¿dónde está Caitlin? Dije la verdad cuando dije que necesitaba hablar con ella.

—Se ha ido. —Eógan expulsó un profundo suspiro. —Se marchó hace varias horas. Se llevó vuestro caballo, un cuchillo y vuestra pistola.

Farlan apartó la mirada y maldijo en voz baja.

—¡La muy tonta! ¿De qué sirve una pistola sin munición ni pólvora? —Levantó entonces la vista y su ira se encendió. —¿Y por qué le permitisteis marcharse? Es peligroso que una mujer sola cabalgue por estos lugares. Podríais haberla detenido.

Para mérito de Eogan, no se acobardó ante la creciente furia de Farlan.

—Sí, podría haberla detenido, pero entonces la elección de quedarse no habría sido suya. Y ella no os será de ninguna ayuda si no lo hace voluntariamente.

—¿Estáis loco, hombre? —Farlan no podía creer lo que estaba oyendo. —Por supuesto que ella nunca me habría ayudado voluntariamente. Por eso tuve que secuestrarla, pero al menos no pretendía hacerle daño. Pretendía devolvérsela a su hermano tan segura e intacta como cuando la cogí. Pero ahora... ¡ahora Caitlin se arriesga a la muerte, o incluso a algo peor!

Empujó el cuenco de sopa hacia las manos del ermitaño, echó hacia atrás las mantas y balanceó las piernas sobre el lateral de la cama. Inmediatamente, le sobrevino un mareo nauseabundo mientras la habitación giraba violentamente.

Farlan permaneció sentado durante un rato, deseando que amainara el giro. Todo lo que obtuvo por sus esfuerzos fue una debilitante oleada de agotamiento que rápidamente se unió al vértigo y al malestar estomacal. Finalmente, con un gemido, admitió la derrota y se tumbó de nuevo en la cama.

No iba a ir a ninguna parte ese día, y quizá tampoco en los días venideros. Aunque hubiera tenido un caballo, que ahora no tenía, aún no sería capaz de caminar hasta la puerta, y mucho menos de montar al animal.

Caitlin había ganado. Había esperado su momento y por fin había aprovechado su oportunidad. ¿Pero a qué costo para ella?

—Ahora está en manos del Señor, muchacho, —dijo Eógan, inclinándose para coger las mantas para cubrirle. —Confiad en que Él lo arreglará todo.

—Sí, como Él se ocupó de la seguridad de Nara, —murmuró Farlan, echándose un brazo sobre los ojos.

—Caitlin no quería dejaros, muchacho. Pero pensó en haceros un favor mayor. Pensó que, al reunirse con su hermano, desviará su ira de vos. Y también, al hacerlo, impedirá que Kester obtenga su libertad. La muchacha cree, como yo, que el regreso de Kester al poder sobre el clan le haría más mal que bien.

Farlan se apartó el brazo de los ojos y miró fijamente a Eógan.

—¿Y qué mal peor podría hacer que el que ya se ha infligido a nuestro pueblo? ¡Decídmelo, ermitaño! Decídmelo.

Fuera, el sonido de cascos subiendo por la colina interrumpió a Farlan. Por un instante, imaginó que se trataba de Blaine MacKenzie y sus hombres. Luego se dio cuenta de que sólo era un caballo.

Una esperanza enloquecida se encendió en él. Una vez más, se incorporó sobre el codo

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Caitlin, con el pelo alborotado y los ojos enrojecidos por el llanto. Su mirada se clavó en la de Farlan.

—Tenía que volver, —ahogó. —Ya no puedo huir ni darle la espalda a mi destino. Por mucho que me asuste hacerlo, debo perseverar.

Corrió hacia Farlan y, arrodillándose a su lado, le cogió la mano.

—Persevero... —susurró, apretando su mano contra su mejilla, —con nosotros y con el Señor.

Capítulo 9

Tenía buen aspecto, pensó Caitlin mientras contemplaba a Farlan. Es cierto que tenía sombras bajo los ojos, el pelo despeinado y la mandíbula con una oscura sombra de barba, pero su color era bueno. Y la aguda inteligencia que había sido a la vez su perdición y fuente de fascinación brillaba de nuevo en sus ojos.

—Tú... has vuelto, —dijo, y el asombro en su voz le calentó el corazón. —Pero... ¿por qué?

Antes de que pudiera responder, Eógan, con un cuenco y una cuchara en cada mano, se puso en pie.

—Hay más sopa caliente en la olla sobre el fuego, —dijo. —Tengo tareas que hacer, así que os dejaré a los dos para que solucionéis las cosas. Luego, cuando todo esté arreglado entre vosotros, sugiero que ambos comáis algo.

Dicho esto, el hombre mayor se acercó a la mesa, dejó los cuencos y se marchó de la cabaña.

Caitlin le observó marcharse, agradecida por el tiempo que les había concedido a ella y a Farlan para hablar en privado. Y ni siquiera era necesario que Eógan estuviera presente. Ella estaba segura de que él ya sabía lo que iba a decirle.

—¿Qué por qué he vuelto? —Inspiró profundamente. —Por lo que me dijo Eógan, justo antes de irme. Me acusó de huir de los compromisos que el Señor tiene para mí. Y, —añadió con una sonrisa melancólica, —de huir también de Él. Sin embargo, me llevó un tiempo de cabalgada el reflexionar sobre sus palabras y ver la verdad de ellas. —Caitlin se rio. —En efecto, una vez que lo hice, me di cuenta de que eso era exactamente lo que había estado haciendo toda mi vida. Buscando y nunca encontrando, porque no tenía la perspicacia ni el valor para enfrentarme a lo que siempre había estado ahí, justo delante de mí.

El ceño de Farlan se frunció en señal de confusión.

—No lo entiendo. Estás diciendo tonterías, muchacha.

—Sí, eso parece, —respondió ella con una risita. —Aunque, en realidad, es sencillo. Nunca me entregué de todo corazón a nada o, si lo hice, elegí mal. Elegí lo que Dios no quería que eligiera, pero ahora veo lo que Él quiere, y Él quiere que mantenga el rumbo con vosotros. Quiere que os ayude a salvar a vuestro pueblo.

Sus ojos se abrieron de par en par, y suave pero firmemente retiró la mano de su agarre.

—¿Es esto un truco, o las dificultades del viaje y tus cuidados hacia mí han acabado por volverte loca? Te conozco, Caitlin MacKenzie, o al menos lo suficiente para saber que nunca

traicionarías a los tuyos.

Sonrió con tristeza.

—Sí, nunca traicionaría a los de mi clan. ¿Pero qué traición hay en que volvamos con mi hermano y le digamos que ya no deseáis que os dé a Kester? Es cierto que Blaine estará muy enfadado por lo que le habéis hecho pasar al llevarme, pero una vez que tenga la oportunidad de hablar con él...

—¿Y qué pretendes, imaginando que ya no deseo que tu hermano me devuelva a Kester? —La incredulidad, mezclada con una creciente indignación, tensó la voz de Farlan. —Mis intenciones no han cambiado un ápice. De hecho, a menos que te alejes de mí lo más rápido y lejos que puedas, mientras aún puedas, volveré a tomarte como rehén en cuanto pueda, y volveremos al camino de Dundarave.

Una leve irritación la invadió. ¿Por qué tenía que ser tan testarudo?

—Kester no es quien debe ser el jefe de los MacBean, —dijo ella, intentando mantener la calma ante su exaltado estado emocional. —Eres tú quien debe ser jefe. Tú eres el que debe seguir su destino, un destino del que has estado huyendo tan rápido y tan lejos como yo del mío. Esa es la voluntad de Dios.

—¿La voluntad de Dios? —Farlan se rio e inmediatamente pareció arrepentirse al hacer una mueca de dolor y agarrarse el costado derecho. —Te ruego que tengas piedad de mí y no digas nada más que me haga reír. ¿Has olvidado ya que estoy proscrito de mi propio clan, y que soy sospechoso de asesinato? —Como si le hubiera asaltado un pensamiento repentino, hizo una pausa. —De hecho, ¿por qué nunca me has preguntado si maté o no a la prometida de Kester? Sé que has oído hablar de ello. Has hecho demasiadas alusiones al incidente como para no hacerlo.

Caitlin se encogió de hombros.

—Al principio no me pareció un tema que pudiera tratar con cierta seguridad, sólo esperaba que no perdieras los estribos y me asesinaras a mí también. Luego, más tarde, cuando llegué a conocerte mejor, supe que no eras esa clase de hombre. No parecía haber razón para preguntarte nada después de eso.

—Bueno, te agradezco que hayas visto más allá de los cuentos, —dijo Farlan, suavizando su mirada. —Sin embargo, —su expresión se endureció una vez más, —eso no cambia nada. La mayoría de mi clan aún me considera un asesino y no desea tener nada más que ver conmigo. —Su boca se torció en una sombría ironía. —Y es probable que la mayoría nunca me perdone los estragos que causé al robarle a Kester su prometida. Si hubiera sabido el efecto que tendría sobre mi hermano, incluso yo habría pensado mejor lo que hacía.

Farlan hizo una pausa, suspiró y luego sacudió la cabeza.

—Bueno, puede que lo hubiera hecho y puede que no. Amaba a Nara apasionadamente, y ella me amaba a mí... pero no pude convencer a mi padre de que cambiara de opinión. No importaba que la boda de Nara con cualquiera de nosotros hubiera aportado al clan MacBean el prestigio y la afluencia de fondos adicionales que tan desesperadamente necesitábamos. La misma dote habría venido con Nara sin importar con qué hijo se casara, y hasta su propio padre la amaba tan profundamente que cuando ella le confesó su amor por mí, estuvo dispuesto a

entregármela en su lugar. —De nuevo, negó con la cabeza. —Pero a mi padre no le dio igual. No a Calan MacBean. Tal vez fuera su orgullo el que había sido herido, en el hecho de que, al final, no había sido capaz de controlarme. Y él había hecho todo lo posible por controlarme durante toda su vida. —La boca de Farlan se levantó por una esquina. —Aún tengo las cicatrices, e incluso unos cuantos huesos rotos, para demostrar todos sus esfuerzos.

El horror invadió a Caitlin y empezó a comprender, aunque sólo fuera un poco, algunos de los acontecimientos que habían influido en Farlan para hacer lo que había hecho al secuestrarla.

Nunca había tenido muchas opciones en la vida. Y parecía que la única vez que había elegido tomar una, había acabado en la pérdida de la mujer que amaba y del parentesco de su clan. ¿Haberla raptado, en el fallido intento de rescatar a Kester, había sido su último y desesperado intento de recuperar la aceptación del clan MacBean?

—Tú padre era un hombre duro y despiadado, —dijo al fin. —Y parece que tampoco compartió mucho amor con vosotros.

—Bueno, no sirve de nada detenerse en lo pasado. Ahora está muerto, y cualquier esperanza de que alguna vez me perdonara o me aceptara de nuevo en el clan ha desaparecido junto con él. —Farlan frunció el ceño. —Además, nada de esto tiene que ver con su decisión de distanciarse de mí para intentar salvar al clan. Y no significa que haya cambiado de opinión sobre que Kester sea jefe. O que me importe de un modo u otro lo que Dios desea que haga. Al final, Él se ha preocupado por mí y por mi bienestar tanto como lo hizo mi padre. Y eso es casi nada.

—El Señor es el único padre verdadero que has tenido, Farlan. Pero que creas o no en eso ahora no cambia nada. Si me aceptas, quiero hacer lo que pueda para ayudar.

Farlan la miró fijamente.

—¿Lo has hecho? ¿Y de qué manera? ¿No habrás sucumbido por fin a mi irresistible encanto y deseas ahora acostarte conmigo?

—Pero... ¿ya estamos otra vez con eso? —Caitlin puso los ojos en blanco, suspirando exasperada. —Aunque supongo que debería tomármelo como una señal positiva de que te estás recuperando. Pero no, no deseo acostarme contigo ni con ningún hombre, salvo como esposa de ese hombre. Y, ya que evidentemente has jurado no volver a casarte con ninguna mujer, pasemos a asuntos más prácticos.

El brillo lobuno que había brillado en sus ojos cuando había hablado de acostarse con ella se apagó.

—No tengo nada que ofrecer a ninguna mujer, muchacha. De hecho, en el mejor de los casos, es casi una garantía de penurias de por vida casarse con alguien del clan MacBean en estos momentos. Vivir como esposa de un hombre sin clan es aún peor.

—Podrías renunciar aún al nombre y uniros a otro clan que os acepte. Después de todo, sólo estás proscrito de los MacBeans.

Farlan sacudió salvajemente la cabeza.

—Nadie, ni siquiera un regente y su edicto real, me separará jamás del clan en el que nací y crecí.

Estaba empezando a perder rápidamente la paciencia con él.

—Sí, ¿y disfrutas volviendo para que te pateen una y otra vez, como un malcriado llorón a su brutal amo? ¿Más aún cuando otro amo podría acogeros con gusto y trataros con amabilidad? —Expulsó un suspiro de disgusto. —¡Verdaderamente, Farlan MacBean, a veces podéis ser el más ciego y testarudo de los hombres!

Se rio y luego se agarró rápidamente el costado.

—¡Au!, te advertí que no me hicieras reír, pero tal vez sea sólo tu forma de castigarme por no ver las cosas como tú. No es que diga nada bueno de ti, —añadió con una sonrisa socarrona, —que ahora parezcas tan decidida a unir tu destino al de un hombre tan ciego y testarudo.

—Señor, dame fuerza y paciencia, —murmuró Caitlin, juntando las manos ante sí y elevando la mirada al cielo.

—Dios tendrá que hacer más que eso, —murmuró Farlan sombríamente, —para salvar tu cordura y tu vida si intentas ayudarme.

Una repentina comprensión la golpeó.

—Todo lo que haces es para mantenerme a distancia, ¿verdad? —Ella se inclinó hacia él, aumentando su excitación. —Ha sido así desde el principio, y ahora creo que por fin sé la razón.

—No sabes nada, —gruñó él y desvió la mirada. —Y mejor que no intentes entender más de lo que hablo. Te lo prometo, no te gustará lo que descubras.

—¿Y qué más sería eso? Ya sé que no eres un asesino, que eres leal hasta la exageración, que quieres a tu clan aunque parezca que ellos no te quieren a ti. También, a tu manera, que eres un hombre muy valiente y honorable y que eres capaz de amar profunda y apasionadamente a una mujer.

Caitlin sabía que estaba pisando arenas movedizas. Se dio cuenta por la expresión apagada de Farlan y el tono quebradizo de su voz. Pero también sabía que estaba cerca de conseguir que se abriera a ella, que empezara a confiar en ella y quizá incluso que compartiera un poco de su corazón.

Cuando él no respondió, ella prosiguió.

—También sé que te ha herido profundamente un padre que se negó a amarte. Que te sientes indigno por ello, como si la culpa hubiera estado siempre en ti y no en tu padre. Y que sientes cierta culpa de ver en lo que se ha convertido tu hermano a raíz de que Nara eligiera amarte a ti antes que a él. Tanta culpa, en realidad, que no puedes verle por lo que es, y estás ciego ante la clase de hombre que es en realidad. Y que, si persistes en este rumbo equivocado, no sólo destruirás a tu clan, sino que probablemente te destruirás a ti mismo.

Farlan la miró fijamente, estupefacto.

—Siempre has tenido una lengua de arpía, —murmuró al fin.

Caitlin soltó una carcajada despectiva.

—¡Así que, como no te gusta oír la verdad, me llamas arpía! Pues yo digo, en cambio, que ya es hora de que te enfrentes a lo que hay que enfrentarse. Es doloroso, de eso no hay duda,

pero si yo puedo hacerlo, entonces tú también.

—¿Puedo hablar ya? —Farlan se recostó y cerró los ojos. —Me temo, muchacha, que tienes una opinión mucho más elevada de lo que soy capaz que yo. Aunque al final Kester se muestre incapaz de liderar el clan, yo nunca he sido quien para liderar a nadie. De hecho, la idea de asumir la jefatura del clan MacBean me llena de miedo. He fracasado tantas veces, en tantas cosas, que si también fracasara en eso...

Su voz se volvió ronca por la emoción. Por impulso, Caitlin se acercó y le cogió la mano. Esta vez, en lugar de apartarla, Farlan la apretó con fuerza.

—Luego está el asunto de mi orgullo. Por muy indigno que mi padre siempre me haya hecho sentir, aún conservo mi orgullo. El clan MacBean no va a venir nunca a pedirme que vuelva. Tendría que acudir a ellos, humillarme e incluso rogarles que me permitieran reincorporarme al clan. Y no creo que posea el valor para eso, ni la fuerza para soportarlo si me rechazaran una vez más.

—Pero si les devuelves a Kester, —dijo Caitlin, empezando a ver otra razón para su inquebrantable insistencia en que su hermano era la respuesta a todo, —entonces volverás como vencedor. Entonces serían ellos los que te rogarían que volvieras con ellos.

Abrió los ojos y se volvió hacia ella.

—Un plan bastante desesperado y fantasioso, ¿no? —preguntó con una sonrisa tímida. —Aunque los hombres desesperados, como ya sabes, son propensos a urdir estratagemas desesperadas.

—Bueno, ya no estás tan desesperado, —dijo ella con un asentimiento decidido. —Ahora tienes otro aliado. Me tienes a mí, y tienes a Dios.

—Y también me tenéis a mí, —ofreció Eógan desde la puerta abierta. Caitlin y Farlan se giraron en su dirección.

—Creía que los ermitaños no salían mucho, y menos aún, emprendían búsquedas desesperadas, —dijo Farlan.

La boca del hombre mayor se frunció pensativa.

—Bueno, voy donde el Señor me guíe, y está bastante claro que Él quiere que participe en esto. Y además, —añadió, mientras una sonrisa se extendía por sus rasgos, ahora bastante quemados por el sol, —cuando el Señor está involucrado en algo, ciertamente no es desesperado. No, no es desesperado en absoluto.



Si la pura determinación podía alimentar la recuperación de uno, Farlan tenía una determinación bien fuerte. A última hora de ese día, estaba sentado en la cama e incluso colgaba los pies por el lado de la cama. Al principio los mareos y las náuseas reaparecieron una y otra vez, pero con reposo y sopa y otros líquidos adicionales, empezó a superar gradualmente esos síntomas.

A la mañana siguiente, después de que Caitlin le cambiara los vendajes y expresara su asombro por lo bien que se estaba curando su herida, Farlan se levantó para dar unos pasos inseguros. Esa misma tarde, ya caminaba con una ayuda mínima para sentarse y comer su cena en la mesa. Dos días después, se declaró listo para reanudar el viaje a Dunderave.

En la mesa, Caitlin le miraba dubitativa por encima de su tazón de gachas.

—Eso es demasiado optimista, ¿no crees? Has mejorado mucho, sin duda, pero no creo que...

—Lo único que haré será montar a caballo, muchacha, —dijo Farlan, interrumpiéndola antes de que se convirtiera en la cariñosa curandera. —Y contigo cabalgando detrás de mí para ayudar a sostenerme...

—Será un paseo corto, puedes estar seguro, si es que consigues montar ese gran castrado por ti mismo. —Caitlin soltó un bufido de disgusto. —Porque te digo la verdad, no voy a levantar a un zoquete como tú para subirlo a ese animal.

—Así que, aparte de ser demasiado enclenque y débil para montar a caballo, ahora soy un gran zoquete. —Sonrió. —Es mejor que sepa la verdad, así sabré qué esperar de ti como aliada. ¿Eres siempre tan caprichosa en tus opiniones y estados de ánimo?

—Sólo cuando se trata de ti, al parecer, —murmuró ella, hurgando de nuevo en su tazón de gachas. —Pondrías a prueba la paciencia de un santo, y no me equivoco.

—¿Ah, sí? —Farlan arqueó una ceja oscura. —Pues siempre he caído bien a las muchachas. Exceptuándote a ti, claro.

Caitlin tragó su cucharada de gachas.

—Seguramente eras muy dulce de pequeño y encantabas los corazones de todas las mujeres. Pero desde que te has hecho hombre... bueno, a menos que no fueras el granuja que eres ahora, no veo qué habría encontrado simpático en ti ninguna de esas muchachas.

—¿Mi aspecto gallardo, tal vez?

—¡Anda, sí, debe ser eso! ¿Cómo no me había dado cuenta?

Ambos rieron y, en un silencio agradable, terminaron su desayuno. Cuanto más tiempo pasaba con Caitlin, más disfrutaba de ella: de su ingeniosa réplica, de su falta de miedo al enfrentarse a él incluso cuando decía algo que sabía que él no quería oír, y de la sorprendente profundidad de su generosidad.

Su anuncio de hacía tres días, cuando ella había regresado inesperadamente del viaje que, Farlan estaba seguro era su huida, aún le desconcertaba. Iba en contra de todo lo que un Highlander era y en lo que creía al volverse contra el propio clan. Y, aunque apostaba a que Caitlin no consideraba realmente lo que estaba haciendo como volverse contra su propio clan, pero Farlan se sentía bastante seguro de que su hermano lo vería así.

Blaine MacKenzie estaría lívido y probablemente le echaría la culpa de la traición de su hermana. En lugar de un simple ahorcamiento, Farlan imaginaba que ahora le esperaba algo más doloroso como la decapitación y el descuartizamiento. O incluso arder en la hoguera como un brujo por haber hechizado a Caitlin para que se uniera a él.

Sonrió. Si había alguien hechizado, era él. La miró de reojo. Si alguna vez hubo una muchacha más hermosa, nunca la había visto. Incluso la dulce y gentil Nara, con su piel clara y su pelo rubio pálido, era un espectro en el pleno resplandor de la belleza brillante y luminosa de Caitlin MacKenzie.

Farlan nunca se cansaba de contemplarla, lo que, por supuesto, sólo ocurría cuando ella no era consciente de ello. Ella no parecía apreciar los lujuriosos ofrecimientos que él le hacía de vez en cuando, y mucho menos las miradas hambrientas. Pero, en cualquier caso, éstos no eran los anhelos que él temía que ella notara.

Se estaba enamorando de ella, si es que no lo estaba ya. Por breves y embriagadores momentos, casi imaginó que ella también sentía algo por él. Como mínimo, las burlas de Caitlin eran ahora casi juguetonas y, en el mejor de los casos, estaban revestidas de una ternura que le conmovía profundamente.

En el fondo, a pesar de todo, su creencia de que había unido fuerzas con él era una ilusión. Tanto si su hermano volvía finalmente a su posición de líder del clan MacBean como si no, Farlan no tenía ninguna intención de dejarlo en manos de los MacKenzie. Y Blaine MacKenzie no entregaría a Kester a menos que recibiera a cambio a su hermana.

A pesar del plan de Caitlin de quedarse con él, Farlan sabía que eso era imposible. Una vez que Blaine tuviera a su hermana de vuelta, no la devolvería voluntariamente, por mucho que ella lo deseara.

Era lo mejor, se decía Farlan una y otra vez. Era una inocente y estaba atrapada en algún fervor religioso por el que probablemente tenía que dar las gracias a Eógan. Y ése era otro problema: la insistencia del ermitaño en involucrarse también en los asuntos de Farlan. Su sencillo plan para rescatar a su hermano se estaba volviendo rápidamente demasiado complicado, y cargado de ayudas innecesarias, y lo que le faltaba es que hasta el mismísimo Dios también empezara a entrometerse.

No había nada que hacer por él salvo seguir adelante con este viaje y llevarlo rápidamente a su fin. Entonces podría seguir su propio camino, ya fuera reanudar la vida de paria o que le pidieran que regresara a su clan. Pasara lo que pasara, Caitlin MacKenzie se iría de su vida, no había otra opción. Intentar cualquier otra cosa sería venderse a sí mismo, y no le haría ningún bien a Caitlin. Aun así, ¡cómo deseaba Farlan que fuera de otro modo! Cómo deseaba no separarse nunca de ella.

Eógan regresó justo cuando estaban limpiando los platos del desayuno. Con una mirada interrogante en los ojos, miró a Farlan.

—Entonces, ¿todavía tenéis ganas de partir esta mañana?

—Sí, no puedo disponer de más tiempo. Incluso ahora, apostaría a que MacKenzie y sus hombres están acampados en las afueras de Dundarave, echando humo y profiriendo amenazas, mientras que dentro del castillo mi tío y sus hombres están fuera de sí. Deberíamos haber estado allí hace tres días, ya sabéis.

—Bueno, afortunadamente para vosotros, no está más que a otras tres horas de camino desde aquí, —dijo Eógan. —Y adivinando acertadamente que vuestro plan no había cambiado, me adelanté y ensillé vuestro caballo y mi mula. Podemos partir en cuanto estéis listos.

Farlan miró a Caitlin.

Ella suspiró.

—Bien, me llevará unos minutos prepararme. Mientras tanto, ¿por qué no recogéis Eógan y tú vuestras armas y llenáis los frascos de agua? Estoy dispuesta a apostar que te llevará un tiempo montar.

Sonrió.

—¿Y cuál es el pago por esa apuesta? ¿Un besito tuyo, quizás?

—Sólo si pierdes, —dijo Caitlin con una risita, —y si juras no volver a importunarme con tus incesantes súplicas de besos.

—¡Hecho! —Farlan se dirigió al estante donde Eógan había colocado su dagg, la pólvora, la escopeta y el cuchillo y rápidamente se metió las armas en el cinturón y se colgó el cuerno de pólvora y la bolsa al hombro. —Te estaré esperando encima del castrado la próxima vez que te vea.



Caitlin le dio un besito tras salir de la cabaña y de encontrarse a Farlan a horcajadas sobre el gran castrado, con una sonrisa victoriosa en el rostro. Aun así, se lo dio con una sonrisa, y secretamente sospechó que ella se había alegrado de haber perdido aquella apuesta. La felicidad, sin embargo, duró menos de una hora, pronto tuvo otras cosas en las que pensar.

Su costado derecho fue la primera distracción. El traqueteo del galope no podía evitar que le doliera. Demasiado testarudo para admitir que Caitlin y Eógan habían tenido razón al sugerir que era demasiado pronto para que montara a caballo, Farlan apretó los dientes y sufrió en silencio.

Después de la primera hora, el dolor se había convertido en una palpitación sorda y profunda. El sudor le encharcaba la frente. Para la segunda hora, el esfuerzo que suponía soportar el dolor empezó a debilitarle. Tan subrepticamente como pudo, Farlan empezó a apoyarse en Caitlin en busca de apoyo.

Finalmente, ella lo rodeó y deslizó sus manos sobre las de él, tirando hacia atrás de las riendas.

—Ya basta, —dijo Caitlin. —Tanto si el tiempo apremia como si no, vamos a ir al paso de aquí en adelante.

—No estoy tan mal, —respondió Farlan, aunque incluso él podía oír la tensión en su voz.

—No, no tan mal como para que le pongas fin a esto, de eso estoy muy segura, pero incluso tú sólo puedes soportar hasta cierto punto. Y como nunca podremos volver a subirte a este caballo si te caes, es mejor pecar de prudentes y aminorar el paso.

Eógan se acercó a ellos.

—Tiene razón, muchacho. Os lo digo yo, no tenéis muy buen aspecto.

Farlan arrastró una respiración temblorosa, que no hizo nada para aliviar la palpitación de su costado.

—Bien. Iremos de aquí en adelante con los animales al paso. Pero nada de hablar, tenemos que poder escuchar cualquier sonido extraño, estando ya tan cerca como estamos de Dundarave.

—¿Y cómo piensas entrar en tu casa si estás en lo cierto y Blaine ya está allí? —preguntó Caitlin. —Después de todo, estás en bastante mala forma para contener a mi hermano y a sus hombres mientras luchas por entrar en Dundarave. Y, que yo sepa, los ermitaños no eran conocidos por su destreza en la batalla, si es que creían siquiera en la lucha.

—Cosa que yo no hago, por supuesto, —aclaró alegremente su compañero.

—Basta con decir que hay otras formas de entrar, —dijo Farlan. —Pero ahora, no hables más, ya se te hará saber qué hacer a continuación, cuando sea el momento apropiado.

Con un pequeño bufido, Caitlin se sumió en un contrariado silencio.

Al paso del tiempo, con el paso más lento y menos agitado, el costado de Farlan se alivió de su palpitación hasta convertirse en un dolor sordo y mucho más soportable. Empezó a observar la carretera en busca de puntos de referencia familiares: el viejo serbal torcido y casi sin hojas que había en lo alto de una colina yerma y azotada por el viento, el puente desvencijado y estrecho que cruzaba el arroyo, ahora semioculto por el agua y el montón de grandes rocas que marcaba el descenso hacia una pequeña cañada.

Con un silencioso gesto de su brazo, Farlan les indicó que debían dirigirse hacia el este por la cañada. Poco a poco, los árboles empezaron a espesarse hasta que finalmente entraron en un bosque denso y montañoso. Una vez bajo el relativo refugio de los árboles, Farlan finalmente soltó las riendas de su caballo.

—Toma, ponte esto, —dijo, sacando un trozo de tela de donde lo había metido en su hombrera. —Cubre tus ojos con ella, y asegúrate de que no puedes ver.

Caitlin extendió la mano bordeándolo y cogió la tela.

—¿Es esto necesario?

—Lo que no sabes, no se te puede obligar a revelarlo. —Farlan la miró por encima del hombro. —Baste decir que preferiría no ponerte en la situación de arriesgar los secretos de Dundarave por lealtad a vuestro hermano.

—Pero ya te he dicho...

—Sé lo que me dijiste, —se apresuró a interponer, —y te creo. Pero nunca podemos prever todas las circunstancias, muchacha, y mi primera preocupación debe ser siempre mi clan. Por favor, intenta comprenderlo.

—Bien. —Caitlin se movió detrás de él, y Farlan pudo notar que se estaba atando la tela sobre los ojos. —No obstante, me pregunto si alguna vez confiarás de verdad en mí.

Él suspiró.

—Debo ser precavido, muchacha. Sé que tienes buenas intenciones, pero estos son tiempos

difíciles. Lo que uno cree en un momento bien puede cambiar en el siguiente. Las amistades pueden morir, los lazos filiales pueden romperse, y las confianzas pueden marchitarse. Y todo a causa de acontecimientos imprevistos, por inocentes que sean.

Las manos de ella se deslizaron, una vez más, alrededor de la cintura de él.

—Sé que te llevará un tiempo confiar plenamente en mí. Lo sé, e intento ser paciente.

Y yo digo, pensó Farlan, que te esfuerzas demasiado. No merezco tus esfuerzos, pero muy pronto nada importará. Volverás con tu hermano, y eso será el fin de esta historia. Así que, no te preocupes, lass. Y menos por alguien como yo.

Los peñascos de granito sobresalían ahora de la ladera, algunos amontonados en masas impenetrables mientras que otros ofrecían pequeños refugios o incluso las oscuras bocas de cuevas. Farlan empezó a contar las cuevas y, cuando llegó a la quinta, hizo girar al caballo castrado hacia ella. Las ramas de los árboles y los arbustos de poca altura casi ocultaban la entrada.

Farlan dio la vuelta.

—Ahora vamos a desmontar.

Caitlin asintió.

Pasó la pierna derecha por encima del caballo, liberó el pie izquierdo del estribo y bajó al suelo. Luego tendió la mano hacia Caitlin.

—Baja, muchacha.

Ella lo hizo, aún con los ojos vendados. Farlan la cogió de la mano, y con la otra, tiró del caballo hacia delante, conduciéndolos al interior de la cueva.

Capítulo IO

Por las ramas que la rozaban, la sensación de la tierra dura y empedrada bajo sus pies, la brisa fresca contra sus mejillas y las paredes rocosas que tocaba a veces, Caitlin supo que se adentraban en algún tipo de cueva o túnel. Y el corredor pedregoso parecía prolongarse durante un tiempo interminable, antes de que Farlan finalmente la detuviera.

—Espera, —dijo. —Tenemos que dejar aquí nuestras monturas. La puerta es demasiado pequeña para que entren.

Obedientemente, Caitlin esperó a que los dos hombres situaran al caballo y a la mula en algún lugar apartado del túnel. Entonces sintió que Farlan pasaba junto a ella y oyó cómo crujía una puerta de bisagras oxidadas al abrirse. Finalmente, su mano volvió a posarse en el brazo de ella.

—Ven, muchacha, —retumbó su voz profunda desde fuera de la oscuridad empedrada. —Ya casi hemos llegado.

Ella le siguió, más que un poco molesta porque Farlan siguiera insistiendo en vendarle los ojos. Sin embargo, al menos por una vez, se guardó su opinión. No era más que otro ejemplo de la sinceridad que podía ofrecerle, se dijo a sí misma. Él necesitaba saber que podía confiar en ella. Ésta no era sino una forma más de demostrárselo, respetando su petición sin quejas ni protestas.

La puerta gimió al cerrarse tras ellos. Caitlin supuso que había sido Eógan quien la había cerrado. Recorrieron varios pasillos y, aunque intentó memorizar el número y la dirección de los giros, al cabo de un tiempo todos se convirtieron en un revoltijo en su cabeza. Se preguntó si Farlan no estaría dando marcha atrás a propósito varias veces, sólo para despistarla.

Caitlin sonrió. Era un hombre muy cuidadoso y preciso, y probablemente había tenido que volverse así sólo para sobrevivir.

Por fin, llegaron a lo que obviamente era un tramo de escaleras.

—Camina a mi lado, —le ordenó Farlan, —y te diré cuándo llega cada escalón.

Ella asintió.

Pronto estuvieron en lo alto de una larga escalera. Farlan abrió otra puerta, deslizó un panel de algún tipo a un lado y entró en una habitación. Inmediatamente, el calor asaltó a Caitlin. El tenue olor a humo de leña llegó hasta ella.

Un hogar. Se encontraba en algún lugar dentro de la torre propiamente dicha, se dio cuenta. ¿Pero dónde?

La puerta se cerró. Caitlin se volvió hacia Farlan.

—¿Es seguro quitarse ya la venda de los ojos?

—No del todo. Es mejor que no sepas exactamente en qué cámara has entrado. Además, tenemos que encontrar a Gavin y a mi tío. Ya es hora de que sepan que hemos llegado.

Caitlin suspiró.

—Bien, como quieras.

—No pierdas la paciencia todavía, muchacha, —dijo Farlan, la diversión tiñendo su voz. —Has sido asombrosamente tolerante hasta ahora. Ten paciencia conmigo, sólo un poco más.

—Lo he sido y lo soy, —murmuró ella. —Continúa, si quieres.

Él rio entre dientes pero hizo lo que ella le pedía. Tras lo que pareció otro interminable e indirecto camino a través de incontables corredores, finalmente entraron en una gran zona abierta. Gritos de sorpresa y júbilo les saludaron.

—¡Farlan! ¡Gracias al Señor! —Caitlin oyó gritar a Gavin. —Por fin habéis llegado.

—Ya puedes quitarte la venda, muchacha.

Caitlin se quitó la venda rápidamente y, por un instante, el resplandor del gran fuego del hogar al otro lado de la habitación casi la cegó hasta que los ojos de Caitlin se adaptaron.

Vio que estaba en el Gran Salón de Dundarave. Varios hombres estaban sentados en el suelo ante el fuego, mientras otros pocos estaban de pie cerca. La sala estaba completamente desprovista de muebles, al igual que las paredes, salvo por un tapiz andrajoso y descolorido.

Entonces vio a Gavin, acompañado de un hombre mayor. Caitlin se volvió hacia Farlan. Él debió de ver la incertidumbre en sus ojos, porque le sonrió y le pasó un brazo por la cintura.

—Aquí estás entre amigos, muchacha, —dijo suavemente. —Además de Gavin, el otro hombre es su padre y mi tío, y el alma más fina que nunca pisó esta tierra.

—Aparte de ti, por supuesto, —le susurró ella, sintiendo que volvía algo de su antigua bravuconería.

Farlan echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa.

—Tienes razón, como siempre.

Justo en ese momento el hombre mayor se acercó con Gavin a su lado. Su cabello ralo era de un castaño rojizo muy plateado, y lucía una barba y un bigote totalmente canosos. De estatura media, el hombre era de constitución sólida pero en forma, y su mirada azul profundo se encontró con la de ella con un interés firme, aunque suave.

Miró de Caitlin a Farlan y luego arqueó una ceja canosa.

—Considerando las circunstancias, ustedes dos parecen estar en buenos términos.

—Uy, pero nuestros buenos términos crecen y menguan con la atracción de las mareas o el giro del viento, tío. —Farlan se volvió hacia Caitlin. —Lass, éste es mi tío, Balloch MacBean, y esta bonita muchacha, —le dijo a continuación al hombre mayor, —es Caitlin MacKenzie.

Balloch MacBean hizo una reverencia.

—Estoy muy contento de conoceros por fin, mi señora.

Ella sonrió.

—Estoy igualmente encantada de conoceros. Aunque desearía sinceramente que hubiera sido en circunstancias más agradables.

—Como todos nosotros, mi señora. —Balloch expulsó un profundo suspiro. —Suponiendo que hayáis entrado por el pasadizo secreto, es probable que no sepáis que el clan MacKenzie ha estado acampado en las afueras de Dundarave durante los últimos tres días. Lo único que le ha impedido volarnos a todos por los aires o quemarnos ha sido el miedo a que su hermana estuviera aquí. Eso, y el hecho de que Gavin finalmente pudo convencer a uno de los hombres de los MacKenzie que le conocía de que usted y la muchacha aún no habían llegado.

—A Bruce seguramente, —dijo Caitlin.

Gavin asintió.

—Sí, así fue.

Farlan se volvió hacia Eógan, que había estado esperando en silencio todo el tiempo.

—Tío, éste es Eógan, el ermitaño. Nos acogió cuando yo estaba gravemente herido, y ayudó a salvarme la vida. Por eso, —añadió torciendo el gesto, —tardamos tanto en llegar aquí.

—Conozco a Eógan, el santo sacerdote y ermitaño de la colina de Clachan, —dijo Balloch, lanzando al otro hombre una mirada cerrada. —Nos hemos visto alguna que otra vez. ¿Qué os trae finalmente de vuelta a Dundarave y en tan sorprendente compañía?

Eógan miró a Farlan y luego de nuevo a Balloch, con quien cruzó las miradas.

—El muchacho necesita amigos, y el Señor decidió que ya era hora de que uniera mis fuerzas con él para ayudarle.

—¿El Señor? —Inquirió Gavin con los ojos grandes y desorbitados, mirando fijamente a Farlan. —¿Por fin habéis vuelto a Dios entonces?

Farlan puso los ojos en blanco y suspiró.

—Difícilmente, pero tanto Eógan como Caitlin parecen pensar que esto se ha convertido en una gesta sagrada. Aunque no por obra mía, podéis estar seguros.

—¿De veras? —Gavin estudió a Caitlin con atención. —Tenía el presentimiento de que, si alguien podía atravesar esas defensas de piedra de Farlan, serías tú. Así que dime, muchacha, ¿en qué consiste esta búsqueda sagrada en la que pareces estar?

—Está claro como el día para cualquiera que se preocupe de verlo. Kester no es el hombre adecuado para ser vuestro jefe, lo es Farlan, y el Señor me ha traído aquí para ayudarle a aceptar su verdadero destino. Después de eso, —se encogió de hombros, —supongo que lo siguiente será ayudar a Farlan a salvar a su clan.

Si los ojos del joven bardo se habían desorbitado antes, esta vez parecían salirse de las órbitas. Miró a su padre.

—Una propuesta interesante, sin duda, —dijo Balloch cuidadosamente. —Pero, ¿qué hay de vuestro hermano, muchacha, echando humo fuera de nuestro castillo con Kester a cuestas?

¿Qué sugerís que hagamos con ellos?

—Bueno, eso también es bastante sencillo, —empezó Caitlin. —Simplemente le diré a Blaine que se lleve a Kester de vuelta, y entonces nosotros...

—¡Basta! —gritó Farlan. —¿A alguien le interesa oír lo que pienso de su descabellado plan? ¿O es que ya no sirvo para nada, ahora que no sólo he traído aquí a esta pequeña intrigante, sino que casi os he entregado a Kester en el trato?

Gavin y su padre intercambiaron miradas recelosas.

—Por supuesto que sí, —respondió finalmente el tío de Farlan. —Sólo supuse, por la forma en que hablaba la muchacha, que era algo que ambos habíais acordado.

—Entonces estarías suponiendo mal.

—¿Y eso por qué sería? —Aumentando su ira, Caitlin se apartó y le miró fijamente. —Creía que ya habíamos resuelto todo esto en la cabaña de Eógan.

Farlan suspiró.

—Lo habías resuelto a tu conveniencia, muchacha. Nunca estuve de acuerdo con nada.

—¡Pero sabes que es lo mejor! Sabes que eres mucho más adecuado para ser el jefe del clan.

—No. —Farlan negó ferozmente con la cabeza. —No lo sé, y ya os lo dije en la cabaña. Es más, no quiero ser el jefe.

Ella ya había visto antes esa mirada recalcitrante. Ya fuera por miedo o por pura terquedad, no iba a ceder. La aprensión comenzó a serpentear alrededor de su corazón.

—Así que sigues pensando en cambiarme por Kester, ¿verdad? —preguntó Caitlin, con la voz baja y ronca. —¿Es eso?

—Sí, ese ha sido mi plan desde el principio. No tengo intención de cambiarlo ahora. —Farlan la cogió del brazo. —De hecho yo digo que, cuanto antes veamos el final de toda esta miserable experiencia, mejor.

Empezó a llevarla lejos.

Caitlin hincó los talones, deteniéndole.

—Pero, ¿qué haces? ¿Adónde me llevas?

Unos ojos brillantes como el hielo glacial se clavaron en ella.

—¿Adónde más? A mostrarte a tu hermano y poner por fin en marcha el intercambio.



Mientras casi arrastraba a Caitlin fuera del torreón, a través del patio, y subía las escaleras hasta el parapeto, cada paso que daba Farlan era de los más dolorosos que había dado en su vida. Aunque no dijo ni una palabra más, su mirada lo decía todo. Y ninguno de los mensajes que ella le envió fue manso o suave.

Él más que percibir su dolor, lo sentía hasta la médula de sus huesos, donde palpitaba fuertemente con cada latido de su corazón. Y, cuanto más se acercaban al momento en que Farlan debía devolverla a su hermano, mayor era su pavor y su desesperación.

Incluso la idea de no volver a ver a Caitlin, de que se fuera de su vida total e irrevocablemente, le oprimía el pecho con un peso cada vez mayor, hasta sentir dolor. Sentía los pulmones constreñidos, hasta sentir que apenas podía respirar. Y dudaba, cómo dudaba, de que su valor fuera suficiente para la tarea que se avecinaba.

Una fuerte brisa en lo alto azotaba la bandera, en la que ondeaba el escudo de los MacBean, una torre de piedra blasonada con el lema del clan: “En Dios confío.” El viento se enredó en la falda escocesa de Farlan, haciendo que la falda ondulara sobre sus rodillas y que su pelo se agitara alrededor de su cara y se le metiera en los ojos.

Enfadado, se apartó el pelo y empujó a Caitlin hacia la media pared almenada del parapeto.

—¡MacKenzie! —bramó hacia el gran campamento situado a unos quince metros. — ¡Blaine MacKenzie! Tengo a vuestra hermana. Ya es hora de un intercambio.

—Eres un tonto testarudo, —murmuró Caitlin cuando el campamento bajo ellos se agitó y tres hombres salieron finalmente hacia ellos. —Eres un tonto, y te arrepentirás de esto hasta el día de tu muerte.

—Sí, lo sé, —espetó Farlan, —pero es lo mejor. Algún día lo verás, y darás gracias a Dios que tuve el sentido común de hacer lo que había que hacer.

—¡Sí, gracias a Dios que me evitó tener que permanecer con gente como vosotros! Nunca pude soportar a un cobarde, y tú eres uno de los más bajos, el más amaestrado, el más...

—¡Calla! —siseó Farlan cuando un hombre alto de pelo castaño y otro rubio igual de alto se acercaron a ellos, con Kester, con las manos atadas ante él, de pie entre los dos. —Ya lo has dejado claro. Me odias y estoy dispuesto a librarme de ti.

—¿Caitlin? —el hombre MacKenzie de pelo oscuro la llamó. —Lass, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Ella lanzó a Farlan una mirada furiosa, luego se volvió para mirar al hombre que obviamente era su hermano.

—No, no me ha pasado nada, Blaine. Nada más, en todo caso, que los rigores que causaría un duro viaje con un hombre vejatorio y con cabeza de mula.

Mientras Farlan apretaba los dientes con silenciosa frustración, Blaine MacKenzie intercambió miradas con el rubio, que se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estáis dispuesto a cambiar a mi hermano por tu hermana, MacKenzie? —le gritó Farlan. —Si es así, podemos hacerlo en la puerta principal.

Blaine asintió.

—Sí, estoy dispuesto, pero sin trucos, MacBean. Mi paciencia se ha agotado mucho.

Como la mía, pensó Farlan, al tratar con la arpía de tu hermana.

—Sin trucos, —llamó en su lugar y, con un tirón del brazo de Caitlin, la hizo girar y la

condujo de vuelta a las escaleras.

Cinco minutos después, con los MacBeans armados con ballestas colocados en varios puntos de los parapetos cercanos a la puerta principal, Balloch MacBean levantó el pesado travesaño que aseguraba la puerta. Eógan se acercó y se plantó ante Farlan y Caitlin.

—¿Sí, ermitaño? —gruñó Farlan. —¿Qué pasa ahora?

—¿Estáis seguros de querer hacer esto? —preguntó el anciano. —Ir a propósito contra la voluntad de Dios no os granjeará nada al final, salvo un dolor y unas penurias aún peores.

—Ahora esto, ¡lo que faltaba! —Farlan se sentía como si le estuvieran asaltando por todos los frentes a la vez, y que sus defensas se desmoronaban rápidamente. Pero de todos los ataques que acababa de sufrir, ¡no podía soportar la carga añadida de decepcionar a un Dios sin amor e implacable! —Entonces que lo haga, en cuanto tenga a mi hermano de vuelta. Una vez que haya hecho todo lo que pueda por mi clan, nada más me importa. Ni siquiera, —añadió Farlan con sorna, —el disgusto de Dios.

—¡Farlan! —jadeó Caitlin, horrorizada. —¡No digas eso! Te lo ruego, ¡no digas eso!

Volvió hacia ella una mirada agonizante.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Una vez que te devuelva, no me quedará nada de valor en esta vida. Dios me haría un favor, vaya que si lo haría, si me partiera un rayo ahora mismo.

—Entonces no me devuelvas, —suplicó ella, tomando su mano y apretándola contra ella. —No quiero irme, Farlan. No quiero dejarte.

Por un fugaz instante, casi cedió. Casi ordenó a su tío que volviera a colocar la barra transversal. Casi.

Pero era demasiado tarde. Demasiado tarde... desde que había puesto en marcha los acontecimientos que habían conducido a la muerte de Nara. Demasiado tarde... demasiado tarde...

Farlan se apartó de Eógan y se volvió hacia su tío.

—Abrid la puerta. Acabemos con esto de una vez.

Balloch intercambió una mirada preocupada con Eógan pero hizo lo que le decían. Agarrando la robusta argolla de hierro, tiró de la puerta.

Fuera, a sólo tres metros de distancia, había dos hombres vestidos a cuadros azules, verdes y negros.

Entre ellos, despeinado, con una mirada salvaje en los ojos, estaba el hermano de Farlan.



Por fin estaba dando los últimos pasos que la reunirían con su hermano y asegurarían su regreso a casa, pensó Caitlin mientras ella y Farlan atravesaban la verja y se dirigían hacia los hombres

que aguardaban. Ése había sido su sueño y la fuente de sus más fervientes plegarias durante los últimos días. Sin embargo, ¿por qué, cuando por fin llegaba el ansiado momento, lo temía, incluso se sentía como alguien que se aleja de la felicidad en lugar de acercarse a ella?

Tenía que agradecerse a Farlan MacBean. La furia hervía en su interior. Al igual que antes, tenía que agradecer a otro hombre manipulador y fríamente calculador que le hubiera roto el corazón.

Sin embargo, en lugar de lamentarse por la pronta pérdida de Farlan, debía dar gracias a Dios por su intervención. Había intentado ser fiel a lo que imaginaba que Él le pedía, había intentado no huir de lo que parecían ser sus compromisos y Su voluntad. Pero al parecer lo había entendido mal, al parecer, el Señor no había querido que ella siguiera con Farlan.

Había cierta paz en el hecho de que ella lo había intentado, incluso si al final se había equivocado en lo que había pensado que debía hacer. Paz en intentar aprender y llevar a cabo la voluntad de Dios. Aun así, le dolía. ¡Cómo dolía!

Cuando se detuvieron ante Blaine, su primo Nial y el ateo de pelo castaño, su hermano la miró atentamente durante un largo momento. Luego sonrió.

—Me has dado un buen susto, muchacha. Pero no parece estar mal.

—No, —Caitlin logró una débil sonrisa a cambio, —me las he arreglado tan bien como cabía esperar. No obstante, estoy muy contenta de volver con vosotros. —Lanzó a Farlan una mirada furibunda. —Muy, muy contenta.

Blaine captó la mirada que le envió a Farlan.

—¿Te hizo algún daño? Dime la verdad, muchacha.

Sólo a mi corazón, sólo a mi corazón...

Caitlin negó con la cabeza.

—Estoy bien. De hecho, mejor que bien. —Hizo un gesto hacia el hermano de Farlan. —Sigamos con el intercambio, ¿de acuerdo? Cuanto antes me libre de estos MacBeans, mejor.

—Ve con él, entonces, muchacha, —gruñó Farlan, colocando su mano en la parte baja de la espalda de ella y dándole un suave empujón hacia delante. —Tengo las mismas ganas de librarme de ti y de los de tu clase.

Simultáneamente, Blaine empujó a Kester hacia Farlan.

—No habéis ganado nada rescatando a este pedazo de alimaña, pero lleváoslo y acabad de una vez.

Caitlin pasó junto a Kester mientras se reunía con su hermano. Farlan os merece de verdad, pensó, lanzando al desaliñado hombre una mirada despectiva. Si está tan empeñado en su propia destrucción y la de su clan, ha hecho bien en elegirlos.

En cuanto llegó junto a Blaine y Nial, su primo la envolvió en un fuerte abrazo.

—Vaya, ¡pero qué alegría tenerte de vuelta, muchacha! Si supieras el mal humor que ha tenido tu hermano desde que te secuestraron...

Sonrió a su apuesto primo.

—Y eso se debe únicamente a que, habiéndome ido yo, sólo le quedabais vosotros para descargar su rencor. Pero ahora que pronto estaré de vuelta en casa...

—Sí, lo has pasado muy mal estos años, —dijo Blaine, zafándose de ella para tomarla en sus propios brazos. —Por vivir con gente como yo, quiero decir.

¡Pero qué bien sienta volver a estar con Blaine y Nial! pensó Caitlin, agarrando a su hermano con fuerza por la cintura. Si le abrazaba el tiempo suficiente, tal vez podría incluso borrar el recuerdo de los días pasados y alejarse y no mirar nunca atrás. Nunca mirar atrás ni preguntarse... preguntarse qué podría haber sido.

—¡Corta estas ataduras y hazlo rápido! —Caitlin oyó que Kester le gritaba irritado a su hermano. —No me quedaré aquí fuera ni un instante más, atado para que todo el clan lo vea. ¿En qué estabas pensando, tonto, para permitir que me trajeran hasta ti de esta manera?

Vaya, ya empieza.

Caitlin se soltó del abrazo con Blaine, se apartó y se dio la vuelta, dando varios pasos hacia delante.

—Bellas palabras de gratitud, —gritó desde la corta distancia que ahora los separaba, —para el único hombre que se preocupó lo suficiente como para arriesgar su vida y su honor por ti. ¡Tú nunca has sido digno de tu hermano ni de tu clan!

—¿Y tú sí lo eres?

En el momento en que Farlan cortó el último lazo, Kester cogió el cuchillo de la mano de su hermano, giró sobre sí mismo y, antes de que nadie pudiera comprender su intención, y mucho menos reaccionar, corrió hacia donde estaba Caitlin. La agarró del brazo, la zarandeo y le puso la hoja del cuchillo en la garganta.

Farlan lanzó un grito de rabia. Con un grito de indignación, Blaine saltó hacia delante antes de que Nial pudiera impedirlo.

—Espera, primo, —le dijo su tanista. —Sabes que es un loco. No le empujes a hacer nada.

El MacKenzie se detuvo, mirando a Kester con recelo.

—¿De qué vas, MacBean? —Su mirada se desvió hacia Farlan. —¿Esto también formaba parte de tu plan?

Farlan negó con la cabeza.

—No, nunca. —Se volvió hacia Kester, que aún tenía la espada apretada contra la garganta de Caitlin. —Déjala ir, hermano. Esto no es necesario. Déjala ir, te digo.

Caitlin podía sentir la mano de Kester en su brazo apretarse con más fuerza, sentir su corazón latir con fuerza contra su espalda. Estaba a la vez enloquecido y envalentonado. No habría forma de razonar con él.

—¿Y cuándo te convertiste en el jefe, para darme órdenes? —Kester se reveló a la demanda. —Como de costumbre, no has considerado todos los aspectos de este plan tan mal urdido. ¿Sois tan ingenuos que de verdad creáis que el MacKenzie se iría sin vengarse, una vez recuperada su hermana? No, aún necesitamos a la moza, si queremos tener alguna esperanza de

escapar con éxito.

La mirada de Farlan se clavó en la de Caitlin. Sabía que ella no se había olvidado del pasadizo secreto. Le rogó visualmente que no lo mencionara. Ella parpadeó una vez, lentamente, tratando de asegurarle que no le traicionaría.

—Estoy seguro de que se podría convencer a los MacKenzie para que nos aseguraran el paso, —dijo Farlan, mirando a Blaine. —Especialmente ahora, con la vida de su hermana en la balanza.

—Sabes que lo haría, MacBean, —gruñó Blaine, calibrando todo el tiempo la distancia entre él y Kester, y sus posibles opciones. —Os concedería cualquier vía libre que desearas. Sólo devuélveme a mi hermana, sana y salva.

—Esto te fastidia, ¿verdad? —cacareó Kester con satisfacción. —Estar a merced de otro por primera vez en tu vida. —Por el rabillo del ojo, Caitlin vio que Farlan también empezaba a mirar a su hermano. Estaba más cerca que Blaine o Nial, y podía tener un poco más de factor sorpresa, teniendo en cuenta que Kester probablemente no sospecharía que él le atacaría. Pero seguía siendo una oportunidad demasiado grande para dejarla ir, y Caitlin lo supo en el instante en que Farlan decidió lo mismo.

Sin embargo, no podía hacer ni decir nada en un momento tan tenso. Una voz y una opinión más en el asunto bien podría ser el punto de inflexión final para Kester. Así que se limitó a cerrar los ojos y elevar una plegaria.

—Sí, me molesta, —dijo Blaine al fin. —No me gusta suplicar, pero si es lo que hace falta, lo haré. Sólo dime lo que quieres, lo que haga que sueltes a mi hermana, MacBean.

Kester rio, un sonido estridente e inestable.

—Aún no he decidido qué más quiero de ti, MacKenzie. Así que, mientras tanto, me llevaré a la muchacha conmigo, —con la espada aún apretada contra el cuello de Caitlin, empezó a tirar lentamente de ella hacia la puerta, —la mantendré a salvo y probablemente también sana, hasta que decida un castigo adecuado para ti.

Caitlin no pudo hacer otra cosa que retroceder con él. Lanzó a Farlan una mirada suplicante, y en respuesta él hizo un leve gesto con la cabeza de lo que ella supuso que era tranquilidad. Luego se volvió hacia Blaine.

—Os juro que éste nunca fue mi plan. Y os doy mi palabra de que no le pasará nada a Caitlin mientras esté con nosotros. ¡Por mi honor de Highlander!

—Sí, el mismo honor que le prometiste a Bruce cuando os llevasteis a mi hermana, —replicó Blaine con la mandíbula apretada. —Y veo lo bien que lo habéis cumplido hasta ahora.

—¡Vamos, Farlan! —llamó Kester mientras se detenía en la puerta. —Elige ahora dónde está tu lealtad, o yo elegiré por ti.

Farlan se volvió, luego vaciló y miró de nuevo a Blaine.

—No tenéis que creer nada de lo que diga, pero la mantendré a salvo o moriré en el intento.

—Asegúrate de hacerlo, MacBean, —replicó el jefe MacKenzie, con una mirada dura y

llena de funesta advertencia. —Porque haré que cumplas tu palabra.

Farlan asintió y comenzó a alejarse. Luego, al oír el chirrido de las bisagras, giró sobre sí mismo y corrió de vuelta, llegando justo antes de que la puerta se cerrara en sus narices.

Capítulo 11

Farlan estaba furioso con su hermano, y sólo la necesidad de no reñirle ante sus hombres mantuvo su lengua bajo control. Eso duró lo suficiente, sin embargo, para que él, Kester (con Caitlin a remolque), Balloch y Gavin llegaran a la intimidad de la única otra habitación de la torre que poseía un hogar. En cuanto se acercó y apartó a Caitlin del agarre innecesariamente fuerte de su hermano, Farlan estalló.

—¿Qué demonio te ha poseído para empezar todo esto de nuevo, —exigió saber, con la voz baja y tensa por la ira, —cuando eres tan consciente como el resto de nosotros de que teníamos una vía de escape segura? Si hubieras respetado el intercambio, el MacKenzie podría haberse dado por satisfecho al menos temporalmente y habernos dejado en paz. Pero ahora, —señaló a Caitlin, —no sólo pronto estará pisándonos los talones, sino que no hay esperanza alguna de que considere perdonarnos la vida.

—Sí, ¿en qué estabas pensando, Kester? —intervino su tío para preguntar. —Lo que hiciste no sólo fue deshonoroso sino suicida. Sin embargo, aún peor, lo que hiciste como nuestro jefe se refleja igual de mal en nosotros.

El pelirrojo soltó una carcajada desafiante.

—¿Y creéis que me importa lo que Blaine MacKenzie y los de su calaña consideren honorable o no? Son nuestros enemigos, por si habéis perdido de repente el escaso sentido común que alguna vez tuvisteis. Y los enemigos no dictan los términos de nuestra conducta. Nosotros dictamos nuestros propios términos y, ante todo, son los de la supervivencia. ¡Supervivencia! ¿Me oís?

Su mirada recorrió la reunión, deteniéndose cuando vio a Eógan.

Kester frunció el ceño.

—¿Quién es éste? —preguntó, indicando al ermitaño. —No es el momento de añadir extraños a lo que ya es una situación volátil.

—Eógan es un amigo, —dijo Farlan, decidiendo que, hacer más comentarios sobre por qué exactamente la situación se había vuelto tan volátil de repente, era probablemente una gran imprudencia. —No necesitas preocuparte por él.

Kester se rio.

—¿Y se supone que ahora debo aceptar lo que me diga un hombre sin honor, no? Bueno, hará falta algo más que una promesa para permitir que este hombre siga...

—Yo también le conozco, —dijo Balloch. —Es digno de confianza. De hecho, es un MacBean tan leal como cualquiera de nosotros, y más que la mayoría.

—¿Ahora lo es? —Una enigmática sonrisa levantó lentamente sus labios, Kester consideró a Eógan con renovado interés. —Entonces supongo que puede quedarse, al menos por el momento.

Como si el ermitaño ya no tuviera importancia para él, Kester miró a continuación a Caitlin. Un brillo feroz y calculador brilló en sus ojos.

La inquietud atravesó a Farlan. Conocía esa mirada demasiado bien. Su hermano tramaba algo.

—No necesitamos arrastrar a la muchacha para asegurar nuestra supervivencia, —ofreció Farlan con la esperanza de desviar lo que sea que Kester estuviera planeando para Caitlin. —De hecho, ella sólo ralentizará nuestro avance. ¿Por qué no salir esta misma noche y dejarla atrás? Para cuando el MacKenzie irrumpa en la torre y la encuentre, estaremos lejos.

—¿Te refieres a atarla y amordazarla, para que pierda aún más tiempo registrando la casa antes de encontrarla? —Kester ladeó la cabeza y se rascó la barbilla. —Sí, eso podría funcionar. Sobre todo, si la escondemos bien. No se atreverá a dejar ni un rincón sin tocar, ¿verdad?

—No, no lo hará.

Eso había sido casi demasiado fácil, pensó Farlan. En el pasado, Kester nunca había renunciado a ninguna de sus ideas tan rápidamente. Tanto si las semanas en prisión le habían cambiado de algún modo como si no, le tendría bajo una estrecha vigilancia.

—Las palabras de tu hermano son sabias, Kester, —habló Balloch justo entonces. —Me alegra el corazón ver que por fin le haces caso. Farlan puede ser un activo valioso. Y también le debes tu agradecimiento por todo lo que hizo para conseguir tu liberación. Fue idea suya, y sólo suya, desafiar al mismísimo castillo MacKenzie para intentar tu rescate.

—En efecto, os debo mi agradecimiento. —Kester se acercó y le tendió la mano a Farlan. —Nunca te habría considerado capaz de tanta astucia o lealtad.

—Los tiempos difíciles sacan a la luz elementos de carácter hasta ahora sorprendentes, ¿verdad, hermano?

Aunque Farlan conocía a Kester lo suficiente como para dudar de la verdadera profundidad de su sinceridad, que, además en este caso, era más para aparentar que para otra cosa, aceptó la mano de su hermano, la estrechó brevemente y luego la soltó. Le gustara o no, y Farlan empezaba rápidamente a cuestionarse su anterior resolución de traer a su hermano de vuelta del cautiverio, su destino recaía ahora en Kester.

Hasta que no había regresado a Dundarave, Farlan no se había dado cuenta del alcance de su necesidad de reunirse con su clan. Pero ahora sí lo sabía, y estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para conseguirlo. Cualquier cosa menos arriesgar a Caitlin al hacerlo.

—Deberíamos asegurarnos de que la muchacha no se escapa, —dijo Kester, posando de nuevo su mirada en Caitlin, —antes de que estemos listos para partir. —Se volvió hacia Gavin. —Trae cuerda, muchacho. Será mejor que atemos a la moza por el momento. No tengo interés en vigilarla toda la noche.

Farlan observó cómo el bardo, que se dirigía a la puerta, se volvió hacia Kester.

—Yo la vigilaré, si quieres.

Su hermano miró a Farlan especulativamente y luego, con una sonrisa enigmática, negó con la cabeza.

—No, ella estará suficientemente segura aquí en esta sala una vez que esté bien atada. Y, con el fuego, no le faltará calor. Vosotros, en cambio, debéis asistirme mientras hablo con los hombres. Ya es hora de que haga valer mi autoridad como jefe. Necesitamos urgentemente un líder.

Balloch palmeó la espalda de Kester.

—Sí, así es. De hecho, con el regreso del jefe y de Farlan, siento una nueva ligereza en el corazón. Quizá aún podamos encontrar alguna forma de salvar una vida honorable de las terribles ruinas del pasado.

La sonrisa de Kester se diluyó.

—Sí, tal vez podamos, tío, tal vez podamos.



Al cabo de un rato, incluso con las manos y los pies atados, Caitlin no pudo evitar sucumbir al calor del fuego. A pesar del duro suelo de piedra, empezó a dormitar y finalmente se quedó profundamente dormida. Durante cuanto tiempo estuvo dormida, no lo supo. Sin embargo, tras un tiempo difícil de determinar, unas manos sobre su cuerpo la despertaron bruscamente.

El fuego se había reducido a brasas. En la penumbra, Caitlin no podía distinguir la forma humana que había sobre ella, ni qué hacía exactamente esa persona. Entonces se dio cuenta de que era un hombre y de que le estaba cortando las cuerdas que le ataban los pies.

—¿F-Farlan? —graznó, con la emoción apretándole la garganta. ¿Se habría escabullido de algún modo de los demás y había venido a liberarla y ayudarla a volver con Blaine?

—Le gustas, ¿verdad, moza? —La áspera voz de Kester se alzó en cambio desde las sombras sobre ella. —¿Ya te has acostado con él? Sería tan propio de Farlan ser el primero en arar el campo. No puede evitar arruinar todo lo que toca.

Mientras hablaba, Kester apartó las cuerdas cortadas de sus tobillos. Tras estirarse para agarrar primero uno y luego otro tronco de la pila cercana al hogar, los arrojó sobre el lecho de brasas. En un chorro de chispas, la madera seca humeó y prendió rápidamente.

A continuación, volviéndose hacia Caitlin, empezó a pasarle las manos por el interior de las piernas. Ella jadeó horrorizada y le dio una patada, logrando rodar lejos cuando él saltó hacia atrás.

—Aunque esta vez no me importa, ya sabes. —Kester se abalanzó de nuevo sobre ella, inmovilizando sus piernas bajo las suyas. —De hecho, es incluso mejor así. Mejor que te tengan los dos hermanos MacBean, antes de que vuelvas con tu propio hermano. Mejor que estés doblemente arruinada. Hace que la venganza sea aún más dulce.

—¡Déjame ir, te digo! —gritó Caitlin mientras se retorció y giraba bajo él. —Farlan nunca me tocó. Es un hombre demasiado honorable para eso.

—Así que todavía eres una doncella, ¿verdad?

Caitlin se quedó helada. El brillo de las brasas se había fijado en los ojos de Kester. Por un instante pasajero, pareció casi maligno... como de otro mundo.

La nota de inmensa satisfacción en su voz sólo la ayudó para ser horriblemente consciente de que estaba sola e indefensa. Los gruesos muros de piedra probablemente amortiguarían sus gritos hasta el punto de que nadie los oiría.

—¿Qué más se puede pedir? —dijo su captor, y su tono untuoso y regodeante llenó a Caitlin de repulsión. —Por una vez, obtendré primero lo que Farlan quiere. Y te desea, ya lo sabes. Te desea mucho.

En cualquier otro momento, una noticia así habría alegrado el corazón de Caitlin. Pero no en este momento en particular. Si no se le ocurría algún plan para frustrar a Kester MacBean en los próximos segundos, quedaría arrasada, y ningún hombre decente, ni siquiera Farlan, la querría después de eso.

—Te equivocas, —dijo, luchando contra el impulso de gritar cuando Kester empezó a mover las manos por su cuerpo. —Farlan me desprecia y mucho. Nunca he sido para él más que un objeto con el que comerciar, intercambiado por ti.

Su mano se posó en el escote del corpiño de ella.

—¿Y crees que me importa?

Sus dedos se apretaron en el encaje y el tejido de lana. Con un movimiento brusco, le rasgó el vestido.

—Como sea, —carraspeó, —no he tenido una mujer en más de siete semanas. Así que lo harás bien en todos los sentidos.

Caitlin gritó, forcejeando tan fuerte como pudo contra él. Durante un instante salvaje y desesperado, Kester se echó hacia atrás y luchó por mantener el equilibrio. Entonces sus piernas volvieron a aprisionar las de ella. Se estabilizó, se inclinó hacia abajo y le clavó los hombros en el suelo.

—Sí, —murmuró, bajando la boca hasta la de ella, —lo harás muy bien.



Uno de los hombres había conseguido encontrar una botella intacta de clarete en algún rincón oscuro de la bodega que, junto con unas cuantas copas y cuencos de cerámica que habían eludido la rotura cuando Dunderave fue saqueada por las fuerzas de MacKenzie, hacían que hubiera suficientes recipientes para beber y vino para todos.

Eógan rechazó el clarete que le ofrecieron y, en su lugar, se quedó apartado en un rincón del Gran Salón. Mientras los demás se reunían ante el hogar para brindar por el exitoso regreso

de Kester, Farlan se acercó para reunirse con el viejo ermitaño.

—No parecéis especialmente complacido por el giro de los acontecimientos. ¿O es que añoráis la paz y la tranquilidad de la colina de Clachan? —preguntó Farlan, con su propia copa de vino sin tocar en la mano.

Por muy agotado que se sintiera, no se atrevía a ingerir ningún licor en estos momentos, ni aunque al menos aliviara momentáneamente el persistente dolor de su costado. Aun así, los demás parecían sorprendentemente complacidos por su regreso, y le habían insistido tanto con el clarete que Farlan se había resistido a rechazarlo.

El anciano logró esbozar una débil sonrisa. —Un poco de ambas cosas, debo confesar.

Hicieron una pausa para observar cómo Kester parecía excusarse y dirigirse al otro lado del Gran Comedor.

—Cuando nos vayamos esta noche, aún podéis coger la mula y volver a casa, —dijo entonces Farlan, volviéndose hacia Eógan. —Sea lo que sea lo que pensabais que el Señor tenía en mente para mí, creo que todo está casi cumplido. Y, en cuanto partamos y Caitlin quede a salvo, no habrá nada más que hacer.

—¿De verdad lo creéis? —Eógan enarcó una ceja. —Ay, muchacho, muchacho. Tenéis una visión muy limitada del plan tan grandioso que el Señor tiene para vos y para la muchacha.

Farlan se encogió de hombros.

—Trato mejor con lo que puedo ver y tocar. Es lo que hago, más que esperar a que algún espíritu invisible, si es que existe en primer lugar, lo lleve a cabo.

La mirada del ermitaño se clavó en la suya. —Sabéis tan bien como yo que Dios existe, muchacho. No me engañáis con todas vuestras protestas y negaciones.

La irritación llenó a Farlan.

—Bueno, lo que sé no me inspira a amar o seguir.

—Sin embargo, te inspira a vivir con compasión y honor, con amor.

—¿Amor? —La risa incrédula de Farlan fue cruda y áspera. —Ahora sí que estáis completamente equivocado. Salvo por Gavin y Balloch, he vivido sin amor desde hace mucho tiempo. Y, a decir verdad, he llegado a preferirlo así.

—Es más seguro, sin duda. Sin posibilidad de traición, sin el dolor del rechazo o la pérdida, sin esperanzas truncadas. —Eógan sonrió con tristeza. —Por eso habéis alejado repetidamente a Caitlin, ¿no? —Sacudió la cabeza. —Es una maravilla que la muchacha siga volviendo para recibir más de tu trato egoísta y cobarde.

—¿Egoísta? ¿Cobarde? —Farlan casi se atragantó con su indignación. —La rechazo porque hacer otra cosa sería egoísta y cobarde. Ella se merece mucho algo mejor que yo. Sin embargo, a un hombre menor le faltarían la fuerza y el valor para rechazarla.

—Pero a vos no. —Eógan se encogió de hombros. —Bueno, tal vez sea lo mejor. Que toméis todas las decisiones por los dos, quiero decir. Caitlin es, después de todo, una muchacha débil e indecisa. Nunca ha sido de las que saben de lo que hablan, ¿verdad?

El brillo en los ojos del ermitaño desmentía su porte serio. La boca de Farlan se crispó en una esquina. Caitlin... débil, indecisa y que no conoce su propia mente. Aquello era lo más ridículo que había oído nunca, y Eógan lo sabía.

—Quizá esté siendo injusto al tomar la decisión por los dos, —dijo Farlan, —pero también conozco la tragedia que puede surgir cuando las emociones de dos personas están a flor de piel, cuando la pasión dicta el rumbo en lugar de la razón. Y os digo la verdad, temo a mis propias emociones incluso más de lo que temo a las de Caitlin. Una vez fui en contra de todo lo seguro y cuerdo, desafié las restricciones de los demás, y tengo una mujer muerta para demostrarlo. ¿Qué clase de amor es ese, destruir el objeto del propio amor?

—Pero vos no la destruiste, muchacho. —El ermitaño le puso una mano en el brazo. — Todo lo que hicisteis fue amarla y tratar de hacerla feliz. Y lo habríais hecho, si otros no hubieran intervenido por sus propias razones egoístas e indiferentes.

Farlan suspiró.

—Ojalá supiera lo que realmente le ocurrió a Nara. Quizá entonces podría por fin vengarla.

—La venganza es para el Señor. Lo que necesitas es seguir adelante con tu vida y no dejar que el pasado destruya tu futuro. —Sonrió. —Al final, esa es la verdadera victoria y la única que realmente importa: que el asesino no os destruya a vos también.

—Entonces, ¿creéis que quien mató a Nara quería hacerme daño a mí también? —Farlan se acercó más. —¿No sólo como castigo, sino también para dañar mi reputación?

—Es muy posible. Depende de quién haya cometido el asesinato.

Justo entonces, se oyó un grito procedente de la reunión junto al fuego, y Farlan y Eógan miraron en esa dirección. Dos de sus compañeros de clan se habían retado a un combate de lucha libre. En medio de muchas risas y ánimos joviales, sus amigos formaron un círculo alrededor de los ahora combatientes.

Durante un tiempo, los dos combatientes parecieron igualados, cada uno consiguiendo derribar al otro sin que ninguno consiguiera el último y definitivo golpe. El más rápido de los dos luchadores, sin embargo, era también aparentemente el más en forma. Tras varios minutos más, sorprendió a su compañero en un error inducido por la fatiga. Aprovechó su oportunidad, girando sobre sí mismo para golpear el hombro de su oponente contra el suelo.

—Siempre me he preguntado si no sería Kester, —murmuró Farlan, volviéndose hacia el ermitaño mientras la reunión junto al fuego se disolvía y los hombres se alejaban para buscar algún rincón donde dormir o se acurrucaban para hablar en pequeños grupos. La simple mención de la posible implicación de su hermano en la muerte de Nara le provocó un agudo dolor, pero el combate de lucha había despertado viejos recuerdos de su propia rivalidad, casi de toda la vida, con su hermano. —Se enfureció mucho cuando se enteró de que Nara quería romper sus esponsales y casarse conmigo en su lugar. Y luego, cuando encima se enteró de que había dejado a Nara embarazada...

Al recordarlo, Farlan se estremeció. De no haber sido por la oportuna intervención de su tío, el inesperado ataque de Kester habría logrado separar la cabeza de Farlan de sus hombros. Balloch MacBean había pensado que lo mejor era enviar a Farlan cabalgando ese mismo día

hacia su propia torre, a veinte millas de distancia.

—Bueno, no conseguiréis ninguna confesión de él, si es que lo hizo. —Eógan hizo una pausa y miró a su alrededor. —Hablando de Kester, me pregunto adónde habrá ido. No sé vos, pero hasta que no estemos bien y lejos de Dundarave, no me sentiré bien sin tenerle a la vista.

Farlan miró alrededor del gran comedor. Salvo por los hombres que habían salido a relevar a los guardias en los parapetos, los números en la sala no habían cambiado. Y, teniendo en cuenta el mal cariz que había tomado el tiempo, no podía culpar a ninguno de los que habían optado por permanecer cerca del fuego.

El día había estado nublado, con espesas nubes grises que descendían sobre las montañas. Poco después de que hubieran regresado de la reunión con los MacKenzie, los cielos se habían abierto. Fuertes torrentes azotaron la torre de tejas temblorosas. Los truenos retumbaban periódicamente sobre sus cabezas. De hecho, si la lluvia no cesaba antes de que emprendieran la huida, aquella noche les depararía un viaje miserable. El único consuelo posible era que el ruido del aguacero cubriría su partida... y sus huellas.

Aun así, el hecho de que Kester llevara tanto tiempo fuera del Gran Comedor inquietaba a Farlan. Su hermano tenía sus propios planes, unos que no estaba dispuesto a compartir. Lo que ahora mismo menos necesitaban era que empeorara aún más las cosas con los MacKenzie. Como si pudiera ponerse pe...

—¡Caitlin!

Incluso cuando su nombre salió de sus labios, Farlan ya estaba corriendo a través del Gran Comedor hacia la zona de entrada y las escaleras. No había nada que él pudiera imaginar que pudiera empeorar las cosas. Nada excepto que Kester hiciera algo para dañar a Caitlin.

Mientras subía las escaleras de dos en dos, el cansancio del ya largo día se desvaneció. El sordo dolor en su costado tenía poca importancia. Lo único que importaba era la seguridad de Caitlin.

Las anteriores miradas encapuchadas de su hermano a Caitlin en el despacho, habían puesto los instintos de Farlan inmediatamente a flor de piel. Pero, ¿realmente Kester habría decidido actuar con tanta rapidez en sus inquietantes, aunque indescifrables planes? ¿Y cuáles eran exactamente esos planes?

Fuera, los truenos retumbaban y la lluvia sólo parecía caer con más fuerza. El agua arremecía contra las ventanas enrejadas, repiqueteando contra la madera vieja y podrida hasta que las tablas de listones se estremecieron bajo la embestida. En varios puntos del tejado, el agua goteaba. En otros, el efecto se acercaba más a un chorro constante.

Cuando llegó al final de la escalera y corrió por el largo pasillo hasta el despacho, oyó el sonido de voces y pasos apresurados en la entrada. Bien, si Kester estaba tramando algún acto, Farlan podría necesitar ayuda para vencer a su poderoso hermano.

Un grito, débil pero definitivamente femenino, rasgó de repente el aire. Agarrándose el costado, ahora ferozmente palpitante, Farlan corrió por el pasillo. Llegó a la puerta del despacho y casi cayó contra ella, jadeando.

Tranquilo, se dijo a sí mismo. Abre la puerta sin hacer ruido, mira a ver qué pasa dentro y

consigue un poco de tiempo para recuperar el aliento. Kester no sabe que te han herido, y es muy posible que necesites toda la apariencia de fortaleza. Si la fortuna os acompaña, no será tan mala como teméis.

La fortuna, sin embargo, no iba a estar con él. Farlan abrió la puerta a una escena que hizo que el hielo, y luego el fuego, se dispararan por sus venas.

Allí, en el suelo cerca del hogar, Kester luchaba con una mano para inmovilizar a una Caitlin atada y forcejeando. Con la otra mano, le subía trabajosamente la falda por las piernas.

Ella pateó. Se retorció como pudo, y le increpó para que la soltara, entrecortadamente, lanzando otras variadas y poco halagüeñas palabras. Sin embargo, él siguió tenazmente, como si lo que pretendía hacer fuera más una tarea que cumplir que un placer.

—Kester, —gruñó Farlan entre grandes bocanadas de aire, —suéltala. Suéltala ya.

Durante lo que parecieron largos segundos, Kester no parecía haberle oído, ni siquiera era consciente de la presencia de otra persona en la habitación. Entonces, volvió a mirar indolentemente a Farlan. Sonrió antes de devolver su atención y sus esfuerzos a Caitlin.

—Largo de aquí, —dijo Kester, con un tono despreocupado, casi aburrido. —Ya tuviste una oportunidad con ella y no la aprovechaste. Ahora, es mi turno.

Ante la absoluta falta de consideración hacia él y su demanda, un rasgo familiar que se remontaba a sus días de niñez, lo último que quedaba del control de Farlan se hizo añicos. Con un gruñido de furia pura y animal, se lanzó al otro lado de la habitación. Unos pocos pasos y ya estaba a la espalda de su hermano, con los dedos clavados en los gruesos pliegues de su tartán para agarrarlo y alejarlo de Caitlin con un fuerte movimiento.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, ella rodó inmediatamente a un lado y se puso de rodillas, donde se apartó el pelo de la cara para mirarlos fijamente. Farlan le lanzó una rápida mirada mientras arrastraba al agitado Kester por la habitación hacia la puerta. Caitlin parecía ilesa, salvo por un ligero moratón en un pómulos y un corpiño desgarrado que dejaba al descubierto sólo la parte superior de su camisa.

Su intención era sacar a su hermano del despacho, empujarlo por la puerta y cerrarla tras de sí. Sabía que no podría soportar mucho tiempo una pelea real antes de que se debilitara e incluso se abriera de nuevo la herida. Pronto se dio cuenta de que su plan no iba a ser posible.

Con un grito enfurecido, Kester clavó los talones y se retorció en el agarre de Farlan, rompiendo su sujeción. Se puso en pie, con el rostro amoratado por la ira y un brillo asesino en los ojos.

—¿Te atreves a ponerle las manos encima a vuestro jefe? —balbuceó con furiosa ira. —El destierro no fue suficiente para ti, ¿verdad? ¿Quizás una probadita del látigo sea más de tu agrado? Y eso porque me siento particularmente misericordioso.

—Deja las amenazas, Kester. Perdieron su efecto hace mucho tiempo. Pero te diré la verdad, jefe o no, no harás daño a la muchacha.

Su hermano le miró de arriba abajo.

—Y crees que por fin eres lo bastante hombre como para enfrentarte a mí, ¿verdad,

hermanito?

—Es muy probable que lo sea.

Mientras respondía, Farlan sintió que algo cálido se deslizaba por su costado derecho. Maldición, debía de haberse roto la herida en el acto de arrastrar a aquel buey torpe por la habitación. Demasiado a pesar de todos los cuidados de Caitlin y Eógan de los últimos días.

De nada servía, sin embargo, preocuparse por lo que no tenía remedio. Lo único que importaba era proteger a Caitlin y hacer retroceder a su hermano, si es que eso era posible con un hombre tan temperamental y arrogante.

En el pasado, Farlan había podido aliviar a veces la propensión de Kester a resolver todos los problemas con la batalla mediante la razón y, si eso no daba resultado, con una disculpa abyecta. Pero estaba cansado de ser siempre él quien aceptaba la humillación, cuando no la paliza, al enfrentarse a Kester.

Nunca había importado si Farlan tenía razón o no. Retroceder siempre no le había hecho ganar nada al final. Ni el respeto de su hermano ni el amor de su padre.

—Siempre has querido pelear conmigo, ¿verdad? Bueno, —dijo Kester, sacando su daga, —veamos lo bueno que eres realmente, hermanito.

Caitlin jadeó detrás de Farlan cuando él retrocedió lentamente, sacando su propia daga. Aunque no quería herir a su hermano, Farlan también sabía que no podría soportar una prolongada batalla de paradas y estocadas. Sin embargo, no parecía haber otras opciones. Era evidente que Kester estaba decidido, a toda costa, a mantener su larga supremacía.

Daga en mano, Farlan rodeó a su hermano, sus músculos tensos por la preparación, su peso equilibrado sobre las puntas de los pies. Kester fue el primero en golpear, y golpeó con la rapidez del rayo. Sólo los reflejos más rápidos evitaron que Farlan recibiera un tajo en el centro. Aun así, el rastro pasajero del cuchillo de Kester dejó un desgarrón en la tela escocesa de su hombro.

Los ojos de Farlan se entrecerraron. Evidentemente, su hermano pretendía no sólo hacer correr la primera sangre, sino algo aún peor.

Su agarre sobre su propio cuchillo se tensó. Esta pelea podría no acabar bien para uno de ellos (o para los dos), podría acabar con la muerte de alguien.

Entonces se oyeron gritos y pasos golpeando el pasillo. En el instante siguiente, Balloch, Eógan, Gavin y varios hombres más entraron corriendo en la habitación. Al ver a los dos hombres, dagas en mano, Balloch, en primera línea, se detuvo bruscamente.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre mayor. —¿Estáis los dos locos?

—Kester parece creer que puede tener lo que quiera, cuando quiera, —respondió Farlan con calma, sin apartar los ojos de su hermano. —Y ha decidido que quiere a Caitlin.

—¿Estás loco, chico? —gritó su tío. —Si violas a la muchacha, todos estaremos muertos. ¡Y no me refiero a dentro de semanas o meses!

—Además tampoco es muy honorable, primo, —ofreció Gavin, poniéndose al lado de su padre.

—¿Y qué os importa a ninguno de vosotros lo que yo decida hacer? —gruñó Kester, rodeando a Farlan. —Después de lo que me ha hecho, MacKenzie se merece cualquier humillación que yo decida servirle. Y estaremos muy lejos antes de que descubra que dejé a su hermanita en un estado ligeramente más sucio que cuando llegó a nosotros.

—Primero tendrás que pasar por encima de mí, —dijo Farlan, —si puedes.

—Y de mí también, —añadió Eógan, deslizándose para situarse al lado de Farlan, y Gavin se les unió en silencio.

Aunque el ermitaño y el bardo serían de poco apoyo añadido en la batalla (seguramente más bien un estorbo), Farlan, no obstante, les dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—También tendrás que lidiar conmigo, —añadió Balloch, —y con todos estos otros muchachos de aquí, —dijo señalando a sus compatriotas, que miraron de Kester a Balloch, y luego asintieron de forma resuelta aunque a regañadientes. —Los MacBeans hemos sido la causa de demasiadas injusticias y sufrimientos últimamente. Tiene que parar, y parar ahora, Kester, o seguramente estamos todos condenados.

El pelirrojo soltó una carcajada áspera e incrédula.

—¿No has estado prestando atención, tío? Ya estamos condenados. No nos queda nada que perder.

—Aún nos queda nuestro honor, —dijo Farlan, con voz baja pero intensa. —¿Nos lo quitarías también?

—¡Honor! —Una vez más Kester rio. —¿Y eres tú el que me habla de honor? ¡Tú, que robaste el corazón, y el cuerpo, de una mujer que nunca fue para ti! Dime, hermanito. ¿Dónde estaba tu honor entonces?

—Lo que hice no justifica lo que pretendes hacer aquí.

—¡Pues yo digo que sí! De hecho, me debéis esto. Una muchacha a cambio de otra.

—Yo no me llevé a Nara contra su voluntad, —dijo Farlan en voz baja. —Lo que pretendes hacer es contra la voluntad de Caitlin, y ésa es la peor clase de deshonra.

Por primera vez, la incertidumbre apareció en el rostro de Kester. Miró de un hombre a otro, como calibrando la verdadera intención y lealtad de cada uno. Lo que debió encontrar selló su decisión.

—No iré en contra de mis propios compañeros de clan por un pequeño revolcón con la muchacha, —dijo finalmente, envainando su daga. —Ninguna mujer vale eso. —Les hizo un gesto a todos. —Vamos, regresemos al gran Comedor. La muchacha está lo bastante segura aquí.

—Sí, lo suficientemente segura desde ahora, —gruñó Farlan. —Hasta que abandonemos este lugar, pienso custodiarla personalmente.

La expresión de Kester se ensombreció. Fugazmente, Farlan pensó que podría tener otra pelea entre manos. Luego su hermano se encogió de hombros.

—Como quieras. Aunque me pregunto si no hace falta alguien más que te acompañe muchacha. —Miró de soslayo a Caitlin. —Pero entonces, no sería difícil para Farlan convencerte

de que te acuestes con él, ¿verdad? Tiene un don con las mujeres, te lo aseguro. Y su propio, y muy especial tipo de honor.

Con eso, Kester se dio la vuelta y, sin mirar atrás, salió a grandes zancadas del despacho. Balloch miró de Farlan a Caitlin y luego sacudió la cabeza. Hizo un gesto a los demás.

—Venid, muchachos. Hay más en todo esto de lo que mi pobre cabeza puede comprender. Dejad que Farlan y la muchacha lo resuelvan, si es de una vez se puede resolver algo, —añadió, con una mirada preocupada en los ojos, —de este lamentable y enredado lío en el que nos hemos metido.

Capítulo 12

Una vez que el último hombre se hubo marchado, Farlan cerró la puerta del despacho y se volvió hacia Caitlin. Seguía arrodillada junto al hogar, con las manos atadas a la espalda y el rostro ensombrecido por la luz del fuego.

Se acercó. Agarrándola por ambos brazos, Farlan tiró de ella para ponerla en pie.

—Date la vuelta. Deja que te suelte las ataduras.

Ella hizo lo que él le pedía.

—¿Estás seguro de que está permitido? Con mis dos manos y pies libres, podría emprender la huida de vuelta con mi hermano.

—Sí, y tal vez deberías hacerlo, después de lo que casi te pasa, —murmuró Farlan mientras sacaba su daga y empezaba a serrar cuidadosamente las cuerdas de sus manos.

La emoción se apoderó de él y sacudió la cabeza, con la voz ronca.

—Si Eógan no hubiera comentado la ausencia de Kester y yo no hubiera llegado aquí cuando lo hice...

Farlan descubrió que no podía (de hecho, no se atrevía) a continuar. La ira se combinó con una extraña mezcla de angustia y miedo, hasta que no supo si lo siguiente que saldría de él serían maldiciones o sollozos. Lo único que sabía era que estaba muy, muy agradecido de que Caitlin estuviera bien.

Las cuerdas se soltaron. Caitlin cogió el trozo de corpiño desgarrado hacia arriba, lo metió por el escote de su camisa y luego se volvió hacia él. Tentativamente, levantó una mano para acariciarle la cara.

—Está bien, Farlan, —susurró. —Estoy bien. Y llegaste aquí cuando debías.

Acortando la distancia que los separaba, apoyó la cabeza en su pecho y lo abrazó. La presión de sus brazos a su alrededor le recordó a Farlan el dolor de su costado. Aspiró agitadamente.

Inmediatamente, Caitlin se inclinó hacia atrás para mirarle.

—¿Qué ocurre? ¿El corte de Kester ha sido más profundo de lo que parecía?

—No. —Farlan le soltó suavemente los brazos y dio un paso atrás. —Pero me temo que todo el esfuerzo físico ha hecho que se me abra de nuevo la herida.

—Déjame ver. —Ella le cogió de la mano y tiró de él hasta que quedó frente al fuego. Tras soltar el broche que le sujetaba la tela escocesa sobre el hombro izquierdo, Caitlin apartó la tela

para dejar al descubierto su costado derecho.

La expresión de su cara lo decía todo.

—¿Es muy grave?

—Estás sangrando como un cerdo. —Ella comenzó a quitarle su cinturón, su camisa ya libre, y la falda escocesa.

—Bueno, esa es la descripción más tranquilizadora de todas las que he oído.

Ella le lanzó una mirada aguda.

—No pretendía tranquilizarte ni ser graciosa. Si no puedo detener la hemorragia con presión, es muy posible que tengamos que volver a utilizar el cauterizador.

Eso no era exactamente lo que quería oír Farlan, y empezó a sentirse un poco mareado.

—¿Crees que podría ayudar si me tumbo aquí cerca del fuego? —preguntó, buscando ya un sitio idóneo con la mirada. —¿Para ayudarte en el examen y el cuidado, quiero decir?

Caitlin debió captar su mensaje subyacente.

—Sí, eso me ayudaría inmensamente. —Le cogió del brazo. —Aquí, déjame ayudarte.

Farlan estaba dispuesto a decirle que podía bajar por sus propios medios. Luego, cuando empezó a sentirse no sólo mareado sino con náuseas, decidió que definitivamente no era el momento de malgastar energías en un debate. Permitió que ella le ayudara a bajar al suelo, donde se estiró junto al hogar con el lado derecho hacia el calor del fuego.

Ella se arrodilló a su lado, se levantó el dobladillo de la falda y empezó a arrancar una larga tira de enagua. De ella, arrancó un trozo, que luego procedió a doblar en un gran ovillo.

—Es probable que esto te duela, pero tengo que hacer presión en el punto que sangra. Por suerte, sólo mide unos cinco centímetros.

—Hazlo lo mejor que puedas, muchacha, —dijo Farlan, sintiéndose decididamente mejor ahora que estaba recostado. —Preferiría evitar el cauterizado, pero sobre todo, no quiero que Kester se entere de mi estado. Tomará todas y cada una de las ventajas que se le ofrezcan.

—Sí, puedo imaginarme con qué entusiasmo aprovecharía cualquier debilidad que encontrara en ti. —Caitlin hizo una pausa. —¿Listo?

Farlan asintió.

Ella colocó el paño doblado sobre su herida y presionó con fuerza. Le dolió, se puso tenso y cerró los ojos con fuerza.

Al cabo de un rato, los abrió.

—¿Funciona?

Su respuesta tardó en llegar, demasiado lenta para su gusto.

—Todavía no.

Liberó una respiración contenida.

—Entonces presiona más fuerte. Haz que se detenga.

Caitlin dudó sólo un instante y luego, dejando el vendaje sobre la herida, le dio la vuelta a Farlan para que la herida quedara sobre el vendaje. Las estrellas centellearon ante los ojos de Farlan, el dolor casi le llevó más allá del borde de la consciencia.

Entonces Caitlin se inclinó sobre él y le presionó con fuerza el costado izquierdo.



Algún tiempo después, Farlan despertó. Estaba tumbado junto al fuego, boca arriba, preguntándose confusamente por qué estaba en el suelo. Entonces le invadió un recuerdo de dolor intenso y de ser engullido por la negrura más absoluta. La herida... la hemorragia.

Su mano se movió hacia su costado derecho. Un grueso vendaje, atado con varias tiras de tela, estaba sujeto allí.

—Ah, bien. Veo que has despertado, —dijo Caitlin desde las sombras. —Bienvenido de nuevo a la tierra de los vivos.

Giró la cabeza en la dirección de su voz. Estaba sentada en el pollo de la ventana tallado en la pared de piedra.

—Supongo que entonces pudiste detener la hemorragia sin tener que cauterizar, ¿no?

—Sí, lo hice, aunque si hubiera necesitado hacerlo, estabas en un lugar mucho mejor para el procedimiento que si hubieras estado consciente.

Torpemente, Farlan se apalancó en un codo.

—¿Alguien lo sabe? Lo de la herida, quiero decir.

—No. Pero si decides sangrar más, voy a tener que encontrar una enagua nueva en alguna parte.

—Junto con tu corpiño desgarrado, eso podría ser algo difícil de explicar a tu hermano.

—Bueno, recuerdo haberte advertido esta misma mañana de que era demasiado pronto para que viajaras, —dijo Caitlin mientras se levantaba y se acercaba a él, —y mucho más para que te enzarzaras en duelos a cuchillo con tu hermano.

Él la miró y sonrió.

—Sí, así es. Uno de mis muchos defectos, sin embargo, es que a menudo no escucho los buenos consejos.

Ella se sentó a su lado.

—Sí, uno de tantos. También parece que últimamente estás sangrando mucho y desmayándote. Y eso tiende a interponerse en la realización de muchos de tus grandes planes.

—Al menos todas las hemorragias y desmayos se hacen por la causa de rescataros de destinos peores que la muerte. —Ladeó la cabeza. —Aunque agradecería enormemente que, de aquí en adelante, intentaras evitar más ocasiones como ésta. Sólo tengo cierta cantidad de sangre

para derramar, ya sabes.

Caitlin suspiró.

—Sí, lo sé. Y aún nos queda un largo viaje por delante esta noche. No puedo imaginar cómo vas a ser capaz de llevarlo a cabo, sin revelar aún la verdad de tu condición.

—Yo tengo un largo viaje, no nosotros. —Farlan se recostó y miró fijamente el techo de listones de madera que había encima, observando como si fuera la primera vez, cómo estaba rodeado de adornos tallados en los bordes. —No hay nada que haya salido bien hoy, pero al menos tengo la intención de verte volver sana y salva con tu hermano.

—Como quieras. No es que yo te fuera a servir de nada.

Farlan se volvió para mirarla.

—¿De qué estás hablando?

—Cuanto más tiempo estoy con vosotros, más convencida estoy de que el Señor pretende que permanezcamos juntos. —Ella se acercó más y le tocó el brazo. —Piénsalo, Farlan. Volví a ti cuando podía haber escapado. Luego, apenas me entregasteis a Blaine, volví a estar con vosotros, aunque gracias a tu hermano y a su cuchillo en mi garganta. Y ahora, ahora está claro que necesitas que cuide de ti y de tu herida una vez más.

Así que, pensó Farlan malhumorado, había que volver a debatir con Dios otra vez, ¿no? Bueno, Dios, en este caso, no era más que el resultado de la obstinada, e irracional, determinación de permanecer con él. Un hombre más valiente podría cuestionar el origen de su determinación, pero Farlan no se atrevió a hacerlo.

—Eógan es muy capaz de ocuparse de mi herida, —murmuró. —No necesitas preocuparte por eso.

Ella no respondió. En su lugar, se puso en pie y volvió a sentarse en el sombrío asiento de la ventana.

En silencio, Farlan maldijo su torpe intento de asegurarle que no necesitaba preocuparse por él. Ahora, él había herido sus sentimientos.

—Lass, lo siento, —empezó. —No pretendía...

—¡Sí, lo hiciste! —le espetó Caitlin. —Siempre lo dices en serio cuando quieres apartarme de ti. Y estoy cansada de ello, de verdad. No sé qué más hacer contigo para gustarte, aunque sólo sea un poquito.

¿Gustarle? Farlan cerró los ojos. ¿Cómo, ella?

Por mar y montaña, ¡lo que sentía por Caitlin era mucho, mucho más que un afecto amistoso! Le dolía ella hasta el tuétano de los huesos, hasta lo más profundo de su corazón. Le dolía... la soñaba... ¡la amaba!

Las lágrimas le escocían los ojos, y Farlan agradeció la distancia que ella había puesto entre ellos. ¿Había llegado entonces a esto, a que por fin otra mujer había penetrado sus defensas y lo había convertido en un idiota llorón? ¿Otra mujer a la que deseaba con todo su corazón pero que nunca tendría?

Debería ir a verla, consolarla, asegurarle que le gustaba. Que no era que no deseara que estuviera con él, sino que no podía. Su hermano nunca lo permitiría. Farlan dudaba que su propio clan fuera tampoco demasiado partidario de tener una MacKenzie entre ellos. Y sin al menos el apoyo de su clan y su inclusión de nuevo en él, no tenía nada, absolutamente nada, que ofrecerle.

Como hombre desterrado, Farlan había conseguido muchas veces a duras penas mantenerse con vida. No tenía monedas ni riquezas que ofrecer, y las veces que no podía convencer a algún campesino de que le diera trabajo para ganarse el pan, se veía obligado a confiar en el código de la hospitalidad de las Highlands incluso para comer, y más aún para encontrar un refugio decente.

Sin embargo, la hospitalidad, para gentes tan pobres que a menudo vivían ellas mismas al borde de la inanición, sólo podía llegar hasta cierto punto, y, de cualquier forma, él nunca había sido de los que mendigan.

Después de todo, no se atrevería a apelar a los nobles de los distintos clanes, que probablemente pronto adivinarían su verdadero parentesco. Su hospitalidad se convertiría entonces rápidamente en justa ira, en encarcelamiento si no en ejecución instantánea.

No, pensó Farlan, no podía ofrecer a Caitlin ninguna esperanza, si es que lo que buscaba de verdad era esperanza para ellos. Pero tampoco podía soportar hacerle daño.

Con cautela, se impulsó hacia arriba. Una vez estuvo seguro de que el mareo no se apoderaría de él, se puso lentamente en pie. Permaneció allí varios segundos hasta que se aseguró de que su estabilidad iría más allá de unos pocos pasos. Luego se dirigió al asiento de la ventana y se acomodó junto a Caitlin.

—No deberías malgastar tus fuerzas en alguien como yo, —dijo ella, con la voz entrecortada por el llanto. —No quiero ni necesito tu compasión.

—¿Y cuándo, desde el primer instante en que puse mis ojos en ti, te he hecho creer que te compadecía? —preguntó Farlan, tomando su mano entre las suyas. —Tal vez tuve un tiempo o dos de temblar cuando entrabas en una de tus rabietas, pero nunca he sentido ni un momento de piedad por ti.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? No me debes nada.

—Al contrario, muchacha. —Farlan levantó la mano de ella hacia sus labios, la besó tiernamente y luego la bajó de nuevo a su lugar entre ambos. —Te lo debo todo. Me has salvado la vida, dos veces ya. Has sido leal y verdadera, y tengo mucha más confianza en ti de la que jamás he tenido por mí mismo. Y, por encima de todo, está tu bondad de corazón para incluso desear acudir en ayuda de mi clan.

—¿Pero eso es todo entonces? ¿Un simple caso de gratitud?

Su voz se quebró, y Farlan pudo notar que estaba llorando. Algo dentro de él se hizo añicos. Podía lidiar con la ira de Caitlin, de hecho, la mayoría de las veces incluso se deleitaba con ella. Pero no tenía los medios para proteger su corazón del dolor de ella.

—Ay, lass, lass, —canturreó, estrechándola entre sus brazos. —Es mucho más que mera gratitud lo que siento por ti, pero no hay esperanza para nosotros. Ninguna en absoluto. Así que déjalo así, os lo ruego. No lo hagáis más difícil de lo que ya es.

Caitlin apoyó la cabeza en su pecho, sus brazos se deslizaron hasta rodearle el cuello, y empezó a llorar con grandes sollozos que le desgarraban el corazón.

Sin embargo, durante todo el tiempo que permanecieron así, abrazados allí en el asiento de la ventana, ella ni una sola vez protestó de que sus afirmaciones fueran erróneas o falsas. Y eso, más que nada, le dijo a Farlan todo lo que necesitaba saber.



Todavía acunada en los brazos de Farlan, Caitlin se despertó algún tiempo después al oír voces en el pasillo y luego el crujido de las bisagras de hierro al abrirse la puerta. Se enderezó de su posición y lo sacudió.

—Farlan, —dijo en voz baja, —han venido a por ti.

Como si fuera fruto de una larga práctica en situaciones peligrosas, se despertó de un tirón. Por un instante pareció desconcertado por su posición, tan cerca el uno del otro, pero soltó rápidamente su agarre sobre Caitlin y se apartó.

—Gracias, —murmuró, con la voz aún aturdida por el sueño. —Me pilló desprevenido.

—Sí, y seguramente porque estabas al borde del agotamiento, por no mencionar tu reciente...

Le puso un dedo en los labios para silenciarla.

—No hables más de eso, muchacha. Cuanto menos sepan, mejor para las dos.

Ella asintió. Farlan retiró el dedo y se bajó del asiento de piedra.

Balloch MacBean, seguido de Gavin, entró en la habitación. Caitlin observó cómo Farlan cojeaba rígidamente para unirse a ellos.

—No parece que hayas aguantado muy bien la siesta, —observó su tío, con una mirada de preocupación en los ojos.

—Un asiento de piedra no se presta a un buen sueño.

—¿Ni siquiera, —atajó Gavin sarcásticamente, —con una suave muchacha como Caitlin contra la que apoyarse?

—Más bien, —dijo Caitlin mientras se levantaba y caminaba apresuradamente hacia ellos, —Farlan se ofreció muy galantemente a servir de almohadón contra las duras y frías paredes mientras yo dormitaba. Y apostaré a que ese tipo de incomodidad haría que cualquiera al principio se moviera con un poco más de dificultad.

—Culpa mía, mi señora, —replicó el bardo, aunque su sonrisa maliciosa desmentía sus verdaderos pensamientos sobre el asunto.

—¿Te ha enviado Kester? —preguntó Farlan, haciéndose patente su irritación.

Su tío asintió.

—Sí. Es hora de que partamos, y dijo que trajéramos a Caitlin con nosotros.

Por primera vez, Farlan no pareció preocuparse demasiado por esa petición, se volvió y le ofreció la mano.

—Ven, muchacha. Veamos qué es lo próximo que tiene en mente mi hermano. —Ella puso su mano en la de él. —No importará lo que me pidas, ya lo sabes. Os acompañaré en el viaje.

Él frunció el ceño, y abrió la boca para, probablemente, contradecir lo que había dicho, pero se lo pensó mejor y en cambio hizo un gesto a su tío.

—Adelante.

El camino a través de los pasillos de Dundarave de vuelta a las escaleras del desvío fue un asunto silencioso. Sin embargo, cuanto más se acercaban a la zona de entrada, más rápido empezaba a latir el corazón de Caitlin. Luchó por aferrarse a su creencia de que Dios no los separaría. Sin embargo, a cada paso que daban, temía que pudiera ser el último que dieran juntos.

Lo que una vez le había parecido lo que había que hacer, porque era la voluntad del Señor, había adquirido gradualmente una necesidad personal cada vez más fuerte de verlo cumplido. Ahora Caitlin temía que, si Dios decidía de repente que lo mejor para ella era separarse de Farlan, no sería capaz de hacerlo. La preocupación brotó en su interior, apretando con fuerza su corazón.

Concédeme sabiduría y fuerza, Señor, rezó ella. Sabiduría para reconocer Tu voluntad, sea cual sea, y fuerza para llevarla a cabo, por difícil que parezca. Y concédele a Farlan lo mismo, para lo que tenga por delante.

Kester, rodeado del resto de los hombres, les esperaba en la entrada. Cuando vio por primera vez a su hermano, su expresión se endureció. Caitlin se dio cuenta de que todavía estaba asimilando la humillación de haber tenido que retroceder ante Farlan, y como esa humillación se había enquistado en un enconado absceso de rencor no correspondido que sólo podía ser limpiado con venganza.

Un presentimiento la invadió, tarde o temprano los dos hermanos volverían a las manos y sólo uno saldría con vida. Miró a Farlan para ver si había captado la mirada hirviente que Kester le había enviado, pero era imposible saberlo, Farlan portaba una máscara de inexpresividad.

Al pie de la escalera, Farlan se detuvo y se volvió hacia ella.

—Quédate aquí con Gavin, cuanto menos contacto tengas con Kester, mejor.

No era una petición, por lo que Caitlin sabía que no debía perder el tiempo discutiendo. Asintió y se hizo a un lado junto al bardo.

Junto con su tío, Farlan se acercó para encararse a su hermano.

—Balloch dijo que deseas partir ya.

—Sí. Es medianoche, y es probable que MacKenzie y sus hombres estén profundamente dormidos y no tengan deseos de aventurarse con esta tormenta.

—Si te parece bien, —dijo Farlan, —me ocuparé de asegurar a Caitlin en algún lugar para el resto de la noche, y me aseguraré de que no pueda escapar de sus ataduras.

Una leve sonrisa levantó una esquina de la boca de Kester. —Estoy seguro de que se puede confiar en ti para semejante tarea. Sin embargo, aún no serán necesarios tus esfuerzos. La muchacha vendrá con nosotros.

Incluso desde varios metros de distancia, Caitlin oyó el anuncio de Kester y su corazón dio un gran salto.

—Gracias, Señor, —murmuró.

Por la repentina rigidez de los hombros de Farlan, Caitlin se dio cuenta de su decidida falta de entusiasmo por el plan de su hermano. No hagas ninguna tontería, Farlan, le suplicó en silencio. Agotarás las fuerzas que te quedan y, por la expresión de la cara de Kester, seguirá siendo en vano.

—¿Por qué este repentino cambio de planes? —preguntó Farlan, con las manos crispadas a los lados de su cuerpo. —No sirve de nada arrastrar a Caitlin por colinas y valles. Tendremos tiempo más que suficiente para escapar, antes de que los MacKenzie se den cuenta al día siguiente de que nos hemos ido.

—Es probable que tengas razón, hermanito, —los hombros de Kester se alzaron en un descuidado encogimiento de hombros, —pero las vidas de nuestros hombres son demasiado valiosas para arriesgarnos a perder la ventaja de tenerla como rehén, por lo que hemos llegado a un consenso entre todos nosotros, y la muchacha permanecerá a nuestro lado el tiempo necesario.

Farlan se volvió hacia su tío.

—¿Es eso cierto? ¿Vosotros también estuvisteis de acuerdo con este plan mal concebido?

El hombre mayor vaciló, luego asintió.

—No vi nada malo en ello. La muchacha está fuerte y sana. Un pequeño paseo por las colinas no le hará daño.

—No, no lo hará, pero traerá a su hermano aún más enfadado y más rápido sobre nuestras cabezas, ¡vaya que sí!

—Tal vez, —concedió Balloch a regañadientes, —pero ya está decidido, y no sirve de nada perder más tiempo discutiendo sobre lo que no puedes cambiar. Puedes continuar, sin embargo, sirviéndole de guardia hasta que consideremos que ha llegado el momento de liberarla.

—A menos que por fin te hayas hartado de la muchacha, claro, —se añadió Kester con malicioso regocijo. —Después de todo, habéis estado solos en el despacho durante las últimas cuatro horas. Así que, si ya no os interesa...

—Debería haber aprovechado el tiempo para llevarla por el túnel, de vuelta con su hermano, —murmuró Farlan.

—Sí, podrías haberlo hecho, pero eres demasiado leal para eso, ¿verdad, hermanito? Igual que también te faltó estómago, ¿verdad?, para arriesgarnos a lo que los MacKenzie podrían habernos hecho una vez recuperada su hermana, —Kester hizo un gran ademán de fingir que lo estudiaba con consideración. —O tal vez sí lo pensaste, el hacerte el héroe, y ganarte las gracias de los MacKenzie devolviéndole a su hermana por tu cuenta. ¿Quién sabe? Puede que te hubiera estado tan agradecido que, con su ayuda, te hubieras ganado el perdón por tus esfuerzos.

Los demás hombres de la sala empezaron a murmurar entre ellos y a enviar miradas furibundas a Caitlin. Más preocupada por Farlan que por ella misma, sintió el impulso de acercarse a grandes zancadas y recordarle a Kester, y a todos los demás, lo que Farlan ya había arriesgado por su causa, pero la cautela le hizo dudar. Apresurarse demasiado en su defensa bien podría ser más un perjuicio que una ventaja para Farlan.

—Si hubiera optado por llevarme a Caitlin, —dijo Farlan justo entonces, —habría sido únicamente para protegerla de ti, hermano. Hasta ahora, sin embargo, no tenía ninguna razón para esperar que no viniera con nosotros esta noche. Lo que dije hace un momento sólo fue por frustración y preocupación por su bienestar.

—Por supuesto que sí. —Con una ceja arqueada y una sonrisa burlona, Kester miró a los hombres a su alrededor.

—¡Basta, Kester! —Como un cuchillo, la grave voz de Balloch MacBean acuchilló la creciente tensión. —Ya dijiste que Farlan era tan leal como todos nosotros, y se acabó. Y bien, ¿nos pondremos en camino antes de que amanezca, o no?

El pelirrojo lanzó una mirada furibunda a su tío y luego asintió.

—Sí, mejor que marchemos de una vez, y que lo hagamos deprisa.

Miró una vez más a Farlan.

—Sólo asegúrate de mantener bien sujeta a la muchacha. Si de algún modo consigue escapar durante el viaje, no te irá bien.

—De algún modo, —murmuró Farlan, con expresión sombría mientras se volvía para mirar por encima del hombro a Caitlin, que no podía ocultar la alegría en sus ojos, —estoy bastante seguro de que eso no será un problema. No, no será en absoluto ningún problema.

Capítulo 13

Para sorpresa de Farlan, Eógan optó por continuar con ellos. Una vez atravesado el pasadizo oculto, mientras los demás se dirigían a pie, el ermitaño montó en su mula y Caitlin se quedó con el castrado. Farlan aprovechó la excusa de la necesidad de permanecer cerca de ella para contener cualquier intento de huida, y pronto agradeció el menor esfuerzo que le proporcionaba montar el caballo.

Incluso con Caitlin sentada detrás de él, con los brazos bien sujetos alrededor de su cintura y su cuerpo ofreciéndole apoyo adicional, pronto encontró que el esfuerzo le cansaba. A medida que pasaban las horas en su marcha a través de bosques encharcados y luego prados y cañadas anegados de agua, Farlan sabía que se habría quedado atrás rápidamente de no ser por el caballo, y su hermano habría descubierto con la misma rapidez su debilidad secreta.

Así las cosas, Kester alargó la marcha más de lo que Farlan esperaba, y necesitó de todas las fuerzas que le quedaban para desmontar sin caerse descaradamente del gran animal. Caitlin hizo ademán de fingir que estaba tan dolorida por la montura que necesitaba su ayuda para caminar hasta un árbol cuando, todo el tiempo, estaba haciendo más por ayudarle a él que él a ella.

—Muchas gracias, —dijo Farlan en voz baja cuando por fin bajó junto a ella para apoyarse en la ancha base de un roble centenario. —No sé cuánto más habría aguantado. —Suspiró y cerró los ojos.

—Sí, mejor que descanses mientras puedas, —murmuró. —Por allí parece que están preparando la comida del mediodía, te traeré algo de comer y beber.

—No tengo mucho apetito...

—Pero aun así comerás, —le cortó ella con firmeza. —¿Verdad?

Farlan abrió un ojo centrado en ella.

—Sí, mi señora.

Con un gesto de disgusto, Caitlin se dio la vuelta y se dirigió hacia donde los demás estaban abriendo los paquetes de comida. No bien se hubo marchado, Gavin se acercó y se dejó caer junto a Farlan.

—¿Sí, primo? —preguntó Farlan, enviándole una mirada de reojo. —Tienes algo que decirme, ¿verdad?

—Cuídate de tu hermano. —El bardo se recostó contra el árbol. —Nunca le había visto tan nervioso, como si la menor cosa le hiciera estallar, y estallar en una furia asesina.

—¿Como tal vez la que seguramente tuvo aquella noche en casa de los MacNabs?

Gavin asintió.

—Sí, exactamente así. —Vaciló, mirando disimuladamente a su alrededor como si intentara cerciorarse de que no había nadie al alcance de sus palabras. —Le preocupas de verdad, y me temo que no haría falta mucha provocación por tu parte para provocar otra batalla.

Farlan frunció el ceño.

—¿Preocuparle? ¿Por qué? ¿Porque no volveré a dejar que se acerque a Caitlin?

—Más bien porque te enfrentaste a él por ella. Nunca habías hecho eso antes, y él no sabe muy bien qué pensar de ello. O dónde están tus verdaderas lealtades.

Estaba demasiado cansado para estar discutiendo un tema así, y mucho menos para intentar discernir adónde quería llegar realmente su primo con esto, y no había dudas de que Gavin se dirigía definitivamente hacia alguna meta concreta.

—¿Tienes lealtades aparte de la intención de protegerla de él?

Farlan no pudo ocultar la irritación en su voz.

—Escúpelo, Gavin. ¿A dónde quieres llegar exactamente?

—Es que no soy yo, Farlan. Padre piensa lo mismo. —Hizo una pausa, inhaló lo que a Farlan le pareció un aliento en busca de valor. —Kester teme que queráis arrebatarse la jefatura del clan.

Si no hubiera estado tan agotado y tan necesitado de conservar hasta el último gramo de energía que le quedaba, por no mencionar que no necesitaba que le doliera el costado más de lo que ya le dolía, Farlan se habría reído a carcajadas. En lugar de eso, se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Y cuántas veces debo repetir que no tengo ningún deseo de liderar el clan? ¿Qué más tengo que decir o hacer para que alguien me crea? Ni tú ni tu padre habéis ido a meter ninguna idea en la cabeza de nadie, ¿verdad? Porque no puedo entender que Kester se forme una idea tan tonta sobre mí por su cuenta.

—No es nada que hayamos dicho nosotros, Farlan, —replicó Gavin. —Es lo que otros han empezado a decirnos.

Farlan se volvió para mirar a su primo.

—¿Otros? ¿Algunos de estos hombres?

—Sí.

Expulsó un aliento exasperado.

—Entonces estoy seguro de que tú y tu padre estáis imaginando cosas. Vi su reacción cuando Kester empezó a impugnar mi lealtad, y creen que estoy prendado de Caitlin y que me tiene a punto de traicionarlos a todos por ella.

—Bueno, no es que ocultes muy bien tu afecto por ella, ¿sabes? ¡Demonios!

Farlan se incorporó bruscamente y fue recompensado por una aguda puñalada en el costado. Se mordió el labio por no echarse mano a la herida, no pudiendo ocultar, esta vez, la

mueca de dolor.

—Te has hecho daño, ¿verdad? —Gavin le miró atentamente. —Me lo preguntaba, cuando anoche en el despacho vi que apenas podías caminar hacia nosotros.

—Ni una palabra a nadie. ¿Me oyes? —Farlan le envió una mirada furiosa. —Si Kester supiera que no estoy con todas las fuerzas...

—No perdería ni un segundo en aprovechar la ocasión para acabar contigo. —Su primo asintió en señal de comprensión. —Razón de más para no presionarle demasiado en este momento.

—No tengo intención de hacerlo, —murmuró Farlan. —Mientras que mantenga sus manos fuera de Caitlin...

—Entonces te sugiero que empieces a mostrar cierta indiferencia hacia la muchacha, y que lo hagas cuanto antes, incluso si Kester no se comporta como un caballero a su alrededor. Es muy posible que esté buscando precisamente una excusa para volver a luchar contra ti y, al hacerlo, demostrar a los demás lo que ya ha empezado a intentar sembrar en sus mentes.

Farlan dirigió una mirada fulminante al bardo.

—Jamás. Nunca renunciaré a mi honor para salvar mi vida, y ver a Caitlin sana y salva al cuidado de su hermano es casi todo el honor que me queda. Además, tanto si al final me arrastra a otra batalla como si no, Kester nunca me permitirá volver al clan, eso está más claro que el agua.

—Bueno, siempre hay otra forma segura de volver al clan, ya sabes.

—¿Y cuál sería exactamente?

Gavin no contestó inmediatamente.

—¿Por qué no te relajas un poco? ¿Te recuestas contra el árbol y pones cara de aburrido? Tu hermano de repente se ha interesado demasiado en nuestra conversación.

Sabiendo que no debía mirar en dirección a Kester, Farlan hizo lo que su primo le sugería. Se echó hacia atrás, cruzó un tobillo sobre el otro y cerró los ojos.

Durante un tiempo, los dos hombres no hablaron. Finalmente, sin embargo, Gavin debió decidir que era seguro volver a hablar.

—No me atrevo a quedarme aquí mucho más tiempo, —dijo. —Por no mencionar que la muchacha ya se dirige hacia nosotros con algo de comida, pero te dejaré con una última cosa a considerar. La otra forma de volver al clan es si el clan te pide que vuelvas.

Cuando Farlan abrió la boca para protestar que Kester no permitiría que eso sucediera, Gavin levantó una mano silenciadora.

—Kester no puede tener nada que decir sobre lo que desea el clan si ya no es jefe, —continuó su primo. —Y la única forma de que eso ocurra es que tú u otra persona, en el caso de que persistas obstinadamente en negarte a considerar tal cargo, seáis elegidos jefes. El hecho de que hayamos conseguido sacar a Kester del castillo no significa que merezca seguir siendo nuestro jefe. Al contrario, cuanto más estoy con él, más convencido estoy de que es la peor

respuesta a nuestro dilema actual, y de que quizá nos equivocamos al traerle de vuelta. —Gavin se puso en cuclillas junto a Farlan. —Así que piensa en todo esto, si quieres, y pon ahora esa mente tuya tan inteligente a resolver este pequeño problema. Porque, en efecto, si el error es nuestro, entonces es justo y honorable que seamos parte de la solución, y que lo que desees, al final, no sea tan importante como lo que estás llamado a hacer.

Después de la comida del mediodía, todos descansaron una hora, luego Kester les ordenó reanudar el viaje. Su plan, que sólo compartió con Farlan, Gavin y Balloch, consistía en perder a sus perseguidores, los MacKenzie, el tiempo suficiente para perderlos un poco y luego dirigirse a un shieling en una pradera alta y verde cerca de Ben Vorlich, en lo profundo de las tierras de los Sinclair. La casa de veraneo, adonde llevaban el ganado durante varios meses para que pastara en los exuberantes pastos de la colina, sería uno de los últimos lugares donde Blaine MacKenzie pensaría en buscarlos, aseguró Kester a los demás.

Farlan no estaba seguro de que Blaine MacKenzie se rindiera tan fácilmente, al menos no cuando se trataba de alguien de su propia familia. En cualquier caso, Farlan no pensaba arriesgarse a llevar a Caitlin hasta el shieling, no confiaba en que Kester la liberara. Incluso con los ojos vendados, ella podría adivinar su ubicación y eventualmente revelársela a su hermano.

Sólo necesitaba ganar un poco más de tiempo para reunir fuerzas, sin embargo, otro día era todo de lo que podía disponer. Después de eso, entrarían en tierras de los Sinclair, y Farlan, como el resto de ellos, no quería de ninguna manera traicionar al clan que había sido de tanto apoyo en estos calamitosos tiempos.

No tenía la intención de forzar el asunto de la liberación de Caitlin. Si Blaine MacKenzie no los había alcanzado para cuando llegaran a las tierras de los Sinclair, sería evidente que habían logrado eludirlo al menos durante un tiempo. Estaban entonces, en todos los sentidos de la palabra, a salvo.

Farlan sólo esperaba que la razón de su hermano para seguir reteniendo a Caitlin hubiera sido realmente sólo con ese propósito. Si no, la confrontación que había estado intentando varias veces evitar no podría evitarse por más tiempo. Y todo por lo que se había esforzado tanto, y el peligro en que había puesto a Caitlin, habrían sido en vano.

En cualquier caso, Farlan sentía como si todo se estuviera derrumbando ya a su alrededor. Nada, salvo que había conseguido liberar a Kester de la custodia de los MacKenzie, había salido como había planeado, pues Caitlin no había vuelto con su hermano, Kester seguía siendo el mismo hombre egoísta, orgulloso e indiferente de siempre, y la tan soñada gratitud fraternal, que debería haberse traducido en una invitación a reincorporarse al clan, no se había producido, ni se produciría.

Estuvo tentado de considerar sus esfuerzos un fracaso estrepitoso. De hecho, Farlan luchó poderosamente para no rendirse a la desesperación, pero algo bueno había salido de todos los pasos en falso y planes mal resueltos.

Aunque todavía se maravillaba de la improbabilidad de que eso ocurriera, había empezado a reunir un pequeño grupo de amigos a su alrededor. Su tío y Gavin siempre habían estado a su lado, incluso durante los años de su exilio, pero ahora también contaba con Eógan y Caitlin como amigos. Y, por encima de todo, Gavin había mencionado que algunos de los hombres de este

mismo grupo habían hablado de que él sustituyera a Kester como jefe.

Nadie, salvo Balloch y Gavin MacBean, le había mirado antes con interés, y mucho menos con cariño y respeto. Había sido el segundo y último hijo de su madre, que había muerto cuando él era aún un niño. Kester había sido el mayor, el heredero, el orgullo y la alegría de su padre, y del pequeño Farlan, que durante un tiempo había sido enfermizo y débil, y ni siquiera se había esperado que viviera mucho tiempo. Pero ahora, después de todos esos años de abusos paternos y desinterés del clan, parecía que otros empezaban a reunirse a su alrededor. Sin embargo, la razón por la que lo hacían desconcertaba a Farlan. ¿Estaban descubriendo por fin que Kester no era apto para gobernarlos y ahora se volvían hacia él por defecto?

Y si ahora acudían a él por razones totalmente distintas, ¿qué significaba todo aquello? Significara lo que significara, ¿debía darle algún crédito?

Nunca le habían querido antes. ¿Qué les debía ahora, salvo lo que deseaba dar? Ser elegido como el menor de dos males difícilmente era un cumplido, y mucho menos un voto de aceptación y amor.

Farlan sonrió con tristeza. Aceptación y amor... Había anhelado eso desde que tenía uso de razón, pero quizá nunca había sido lo que realmente importaba.

Como Gavin le había informado recientemente, lo que él deseaba tal vez no fuera tan importante como lo que estaba llamado a hacer. El problema era que, aunque las palabras de su primo tenían algo de verdad, Farlan no estaba tan seguro de que le importaran mucho las implicaciones de ser llamado a hacer algo. Olían demasiado a perder el control sobre la propia vida, a Dios y a búsquedas sagradas.

Sus pensamientos viajaron de vuelta a aquel día en que habían partido de la cabaña de Eógan, cuando el ermitaño había afirmado con rotundidad que se uniría a ellos, pues él iba donde el Señor le guiaba, y era evidente que el Señor quería que se uniera a lo que Farlan ya entonces empezaba a ver como una empresa sin esperanza. Una empresa que, convencido como estaba de que el Señor estaba implicado, Eógan definitivamente no veía como desesperada.

Caitlin parecía igualmente segura de que todo esto era la voluntad de Dios, pero si Dios realmente estaba en esto, ¿por qué ahora? Dios nunca había parecido particularmente interesado en Farlan. ¿Y qué esperaba Él de su persona?

Con un suspiro, Farlan cerró los ojos durante un breve instante. Era demasiado para comprenderlo, especialmente tan agotado como estaba. Todo lo que sabía era que quería algunas respuestas, y que necesitaba ayuda. Por difícil que fuera admitirlo, Farlan se enfrentó finalmente al hecho de que no podía hacer solo lo que se había propuesto. Demasiadas cosas conspiraban para impedirselo, y un obstáculo especialmente grande era su hermano.

Se echó hacia atrás y sintió a Caitlin detrás de él. En respuesta, ella le abrazó un poco más fuerte por la cintura y recostó la cabeza contra él. Ah, la fiel y confiada Caitlin. El corazón de Farlan se hinchó de amor por ella.

¿Se atrevía a esperar que fuera también voluntad de Dios que permanecieran juntos? Tal consideración bastaba para hacer santo a un pecador pero, ¿cuándo había hecho Dios algo amable o benevolente por él? E imaginar que ahora, después de todos estos años, el Todopoderoso podría cambiar, estaba más allá de la comprensión, y mucho más allá de la

creencia. No era más que la prueba suprema de que Farlan había llegado al final de su esperanza... y de su cordura.

Miró hacia donde Eógan cabalgaba delante de ellos, y el anhelo de hablar con el ermitaño le invadió. Oh, ¡cómo necesitaba explicaciones, orientación y un oído que no le juzgara! Pero tales consuelos no eran para él. Al menos, no ahora.

Lo que más le importaba ahora era reponer fuerzas y anticiparse a la próxima ofensiva de Kester. Gavin tenía razón, su hermano estaba, en efecto, al límite. Tarde o temprano, algo iba a hacerlo estallar.



—¿Nos dirigimos entonces hacia las tierras de Sinclair? —preguntó Caitlin más tarde ese mismo día, antes incluso de que hubieran abandonado la última de las antiguas posesiones de los MacBean.

Farlan apenas pudo contener la sacudida de consternación que engendró su inocente pregunta.

—¿Y por qué pensarías eso? —preguntó, ocultando con mucho esfuerzo su creciente tensión.

—Bueno, para empezar, sus tierras se encuentran en la dirección a la que nos dirigimos. También reconozco a Ben Vorlich en la distancia, y esa montaña está sin duda en territorio Sinclair. Además (añadió mientras él le lanzaba una rápida mirada por encima del hombro), tú te presentaste primero como un Sinclair. Es bastante sencillo deducir que tomaste el nombre de un clan amigo tuyo, cuando no te atreviste a usar el tuyo.

Maldijo su propia estupidez. ¿Cómo había podido olvidar tan fácilmente el nombre que le había dado a ella por primera vez? Sabía que ella era rápida de mente. ¿Qué podía decirle ahora para apartarla de un conocimiento que bien podría amenazar la seguridad del grupo y, en última instancia, de todo el clan?

Hiciera lo que hiciera, probablemente ya era demasiado tarde. Aunque Farlan dudaba de que Caitlin les traicionara a sabiendas, no podía arriesgarse a que su hermano también se hubiera enterado de su uso del apellido Sinclair y hubiera deducido la misma probabilidad de hacia dónde se dirigían. Blaine MacKenzie, según todos los informes, también era especialmente avisado.

—Sí, efectivamente, hacia allí nos dirigimos, —dijo mientras apremiaba al caballo castrado para que avanzara a un paso más rápido. —Y es probable que haya muchas posibilidades de que tu hermano también se dirija hacia allí.

Se quedó callada durante un largo momento.

—Conociendo a Blaine, eso es muy posible. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Qué más puedo hacer? Tengo que decírselo a Kester, no podemos arriesgarnos a

implicar a los Sinclair más de lo que ya lo hemos hecho, por no hablar de correr el riesgo de que tu hermano nos espere en algún lugar del camino.

—Nunca podrás deshacerte de mí, ¿verdad? Al menos, no sin arriesgar al clan en el proceso.

—Deshacerse es una palabra demasiado fuerte, —respondió, no gustándole en absoluto algunos de los significados asociados al término, —pero también admitiré que la parte más fácil de todo este plan de toma de rehenes se ha convertido en la más difícil. ¿Quién iba a pensar que devolverte a tu hermano se convertiría en algo casi imposible?

—Es casi tan increíble como la idea de que alguna vez estuviera tan dividida entre ser devuelta o quedarme con mi secuestrador. —Caitlin suspiró. —No sé cómo se lo explicaré a Blaine.

Farlan rio suavemente mientras se acercaban a la cabeza de la fila, con Kester, Balloch y Gavin en primera línea.

—Sólo dile que te obligué y que no sabías lo que pensabas.

—Pero eso podría condenarte como hechicero, y ya conoces la pena por ello.

Se encogió de hombros.

—Ya estoy condenado, de un modo u otro. Aunque admitiré que quemarme en la hoguera no sería mi primera elección de ejecución.

Se estremeció.

—¡No bromees con semejante destino!

Para entonces se estaban acercando a los tres hombres.

—Esperad, —llamó Farlan, mirando hacia ellos, —tenemos que hablar.

Kester lo miró.

—¿Tenemos? Puedes esperar unas horas más, acamparemos más tarde.

—Unas horas más pueden ser demasiado tarde. Incluso ahora, MacKenzie y sus hombres podrían estar alrededor de la próxima colina. Haz un alto ahora, Kester, para que podamos apartarnos y hablar en privado.

La ira brilló en los ojos de su hermano. Farlan se dio cuenta de que no estaba acostumbrado a que le dieran órdenes, y menos por él. Pero no había tiempo para palabras bonitas y súplicas. Farlan sólo esperaba que una vez que Kester oyera lo que tenía que decir, comprendiera la urgencia de la situación.

—Más vale que esto sea de la máxima importancia, —gruñó Kester. Se volvió e indicó al resto del grupo que se apartaran y esperaran. Luego miró a Balloch y a Gavin. —Venid. Será mejor que escuchéis lo que Farlan afirma que es tan importante.

Hizo una pausa, mirando a Caitlin.

—Dejad a la moza con alguno de los hombres, de nada sirve que ella esté al tanto de nuestra charla.

—No hay nada que ella no sepa ya. —Farlan se bajó del caballo. Antes de que pudiera levantar una mano para ayudarla, ella bajó por su cuenta. —De hecho, —continuó, volviéndose hacia los demás, —si no fuera por ella, pronto podríamos haber caído en una trampa.

El hermano de Farlan arqueó una ceja.

—Ten cuidado, Farlan, de cómo y cuánto la involucras en nuestros asuntos. Cuanto más sepa, más débil será su posición.

¿Era una amenaza velada contra Caitlin? Farlan prefirió dejarlo pasar. Si todo salía como él pretendía, este mismo día ella estaría de regreso a casa.

—Y yo digo que no te apresures a juzgar. —Deslizó un brazo alrededor de la cintura de Caitlin y luego señaló hacia un pequeño arroyo que corría a lo largo de la vía pecuaria que habían estado siguiendo. —Allí deberíamos estar lo bastante lejos para hablar sin que nos oigan.

—¡Venga, dilo! —Exigió Kester con impaciencia en cuanto estuvieron todos reunidos junto al pequeño arroyo que fluía ruidosamente. —Nos importunas a todos con posturitas engreídas. Te advierto que no toleraré mucho más de eso.

Por larga experiencia, Farlan ocultó su propio enfado creciente.

—Es muy probable que Blaine MacKenzie haya conjeturado que podríamos estar de camino a las tierras de los Sinclair.

Los ojos de Kester se entrecerraron.

—Y, dime, ¿por qué iba a ser eso así?

—Porque cuando llegué al castillo, me hacía llamar Farlan Sinclair. Caitlin juntó esa información y la dirección obvia en la que nos dirigíamos y llegó a esa conclusión. Es probable que su hermano también se enterara de mi doble identidad poco después de regresar a casa. Eso, combinado con la certeza de que es un hombre de pensamiento rápido...

Un torrente asqueroso de maldiciones brotó de los labios de Kester. Se abalanzó sobre Farlan, y sólo la rápida respuesta de Balloch y Gavin consiguió evitar que fuera a por la garganta de su hermano. Así las cosas, Farlan retrocedió unos pasos para poner distancia entre ellos.

—¡Idiota! —Gritó Kester. —¿Por qué no me dijiste esto para empezar?

—No importa el por qué no se me ocurrió hasta ahora, —respondió Farlan con calma. —Lo que importa es que, en cuanto lo hice, vine a contarlo.

—Y ahora ella también conoce nuestro plan, —dijo su hermano, señalando a Caitlin. —¿Cuánto más le has contado? De hecho, ¿puede que de algún modo os las arreglarais para hacérselo saber a los MacKenzie, incluso antes de que saliéramos de Dundarave!

—¡Estás loco, Kester! —Así que aquí empieza todo, pensó Farlan. —Yo no hice tal cosa. De hecho, ¿cómo iba a hacerlo? Y, lo que es más importante, ¿por qué lo haría?

—¿Cómo voy yo a saberlo? —La mano del pelirrojo se deslizó hacia la daga enfundada en su costado. —¿Para enredarte con los MacKenzie, quizás? He visto cómo miras a la moza, y le chamuscaría la piel a un jabalí, ¡lo haría! Tal vez te apetezca tomarla por esposa, de unirte al Clan MacKenzie como un desterrado.

La risa de Farlan fue áspera y desdeñosa.

—Eso te gustaría, ¿verdad? ¿Que les diera la espalda a los MacBeans, de una vez por todas? Pues nunca será así, hermano. ¡Jamás!

La sonrisa de Kester era maliciosa y letal.

—¿Ah, pero no es así? Hace tiempo que es evidente que las lealtades están divididas. Por un lado está el clan y, por otro, —señaló a Caitlin, —está la muchacha. Es hora de elegir, hermanito. Elige uno u otro.

La mano de Farlan se deslizó desde la cintura de Caitlin y se puso delante de ella.

—Y si eligiera al clan, ¿dónde dejaría eso a la muchacha? —Incluso mientras hablaba, su propia mano se movió hacia su daga.

—Eso no lo decidís vosotros. —Sin inmutarse, Kester se encontró con la mirada de Farlan. —Entrégamela y ya está.

Todas las posibilidades de lo que Kester podría hacerle a Caitlin se agitaron en la cabeza de Farlan. Arrasarla y luego dejarla atrás para que la encontrara su hermano, matarla, o simplemente dejarla libre para que encontrara el camino sola e indefensa, de vuelta a casa con su hermano... si es que podía.

Ninguna de las opciones era aceptable. Sin embargo, la alternativa de rechazar a su hermano seguramente acabaría en una batalla. Si la mirada ansiosa y sedienta de sangre de los ojos de Kester eran un indicio, sería una batalla a muerte. Una batalla que, en su estado aún debilitado, Farlan podría muy bien perder.

Que así sea entonces. Farlan sacudió la cabeza.

—No, no te daré a Caitlin. —Sacó su cuchillo. —Va a ser una lucha hasta el final, ¿no es así?

Una sonrisa feroz torció la boca de Kester.

—Sí, eso parece. —Su propia daga se liberó de su vaina.

—¿Y qué hay de mí? —Caitlin se apartó de Farlan para moverse entre los dos hombres. —Antes de que empecéis a rebanaros el uno al otro, ¿no os interesa conocer mi plan? ¿Un plan que resolverá todos vuestros problemas?

Farlan la agarró del brazo.

—Lass, ven detrás de mí mientras puedas. Kester no te escuchará, su mente está decidida.

—Bueno, pero entonces sería un tonto, —replicó ella, soltándose de su agarre, —y, aunque es muchas otras cosas desagradables, tu hermano nunca me ha parecido un tonto.

Farlan no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Se imaginaba Caitlin que Kester no la mataría si le conviniera? Estaba jugando a un juego peligroso, cuyos secretos, por alguna razón, había elegido deliberadamente no compartir con él.

—Esa sí que tiene buen criterio, —dijo su hermano, sorprendiendo a Farlan con su sonrisa. —Puede que hayas asumido más de lo que puedes manejar, hermanito. —Dirigió entonces su atención a Caitlin. —Eres muy perspicaz, lo reconozco, —Hizo un leve gesto con la mano. —

Así que, di lo que piensas y ya está. ¿Cuál es tu plan?

—Es sencillo, de verdad. —Como si no le importara la opción que eligiera Kester, se encogió de hombros sin darle importancia. —No tenéis forma de saber cuándo y dónde aparecerá mi hermano. Incluso ahora, podría estar delante de vosotros, al acecho. Pero, lo más probable, es que aún os esté pisando los talones.

Kester soltó un bufido impaciente.

—¿Ah, sí? ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? ¿Y qué tiene eso que ver con tu plan?

—Dejadme llegar a eso. —Caitlin esperó a que el hombre de pelo castaño se callara. —Ahora, también es más que evidente que no os importa mucho Farlan, y que vos no le importáis mucho a él. Así que enviadlo de vuelta para acabar con Blaine, usándome a mí como cebo. Luego vos y el resto de vuestros hombres cabalgad hacia algún lugar que no sean las tierras de Sinclair. Os libraréis de Farlan y de mí y, si nada lo impide, mi hermano ralentizará, si no detendrá, su persecución. Al menos por un tiempo, —añadió. —No puedo hacer promesas por él, por supuesto.

—Vaya, vaya, —dijo Kester, ladeando la cabeza y mirándola inquisitivamente, —así que estás sugiriendo que sacrifique a Farlan para salvar al resto de nosotros. Al menos durante un tiempo, claro.

Ella asintió.

—Si lo pensáis un poco, apostaríais a que descubriríais que eso resuelve todos vuestros problemas. Siendo como eres, después de todo, tan poco tonto.

—¿Y cuándo vas a incluirme a mí y a mis deseos en esto? —exigió Farlan con brusquedad. —Porque tal vez yo no desee especialmente acabar encarcelado en la mazmorra del castillo más de lo que lo hizo Kester.

—¿Pero no eres tú también, hermanito, el que ha estado parloteando incesantemente sobre devolver a la muchacha a su hermano? —Kester sonrió. —Bueno, por mi parte, creo que la muchacha tiene un plan muy bueno. Es hora de que tomes una decisión, o me la entregas para que haga con ella lo que crea conveniente y dejas de desafiar todo lo que intento conseguir como jefe, o la eliges a ella y a cualquier destino al que os lleve esa decisión. No puedes tener las dos cosas.

Al contrario, pensó Farlan, podría tenerlo de las dos maneras si dejara de ser jefe. Para que eso ocurriera, sin embargo, tendría que matarle o el clan tendría que expulsarle por votación. Ahora mismo, sin embargo, la probabilidad de vencerle en una batalla a cuchillo no es muy buena, y no hay tiempo para una reunión del clan. No con Blaine MacKenzie respirándoles en la nuca.

Apostó a que Caitlin había ideado este audaz plan para salvarle, ella sabía lo debilitado que estaba, y, al presentar una oferta tan descarada ante Balloch y Gavin, también sabía que pondría a Kester en un aprieto, obligándole a tomar una decisión.

Nada se había dicho, sin embargo, sobre la voluntad de Farlan de dejarse capturar por Blaine MacKenzie, y lo más seguro era que no estuviera dispuesto y no tenía intención de hacerlo.

Aunque, en realidad, lo único que tenía que hacer era poner a Caitlin a una distancia segura de su hermano. Así podría alejarse antes de que los MacKenzie pudieran acercarse lo suficiente como para apresarlos. Después de eso, era bastante sencillo esconderse durante un tiempo para curarse y recuperar fuerzas. Y, si aún lo deseaba, podría entonces buscar de nuevo a Kester y al clan. Libre por fin de la responsabilidad de Caitlin, Farlan podría concentrarse en conseguir que el clan lo readmitiera por el indiscutible papel que había desempeñado en la liberación de su hermano. Si Balloch y Gavin estaban en lo cierto, Farlan bien podría contar con varios hombres, aparte de ellos mismos, que le respaldarían en eso.

Por otro lado, el cómo podría seguir con su vida sin Caitlin era una consideración que no se atrevía a afrontar por ahora. Por el momento, lo único que importaba era la seguridad de ella y su supervivencia. Más tarde se podrá determinar hacia dónde debía dirigirse a partir de ahí.

—Si así lo presentas, hermano, —dijo finalmente Farlan, —sólo tengo una opción. Le di a Blaine MacKenzie mi palabra de que mantendría a salvo a su hermana, y siempre ha sido parte del trato que ella sería devuelta a cambio de ti. Ya es hora de que se zanje.

—Entonces márchate. Toma a la muchacha ahora y cabalga, antes de que cambie de opinión. —Kester envainó su daga. —Y llévate también a ese ermitaño entrometido, no necesito a gente como él.

—Sí que lo necesitas, —murmuró Farlan mientras tiraba de Caitlin hacia él, —sólo que no entiendes por qué.

Kester soltó una carcajada incrédula.

—¿Y tú sí? ¿Es eso posible? ¿Mi hermanito está ablandando por fin la cabeza y está entregando su vida a Dios? Creería muchas cosas de ti, Farlan, pero nunca eso.

—Cree lo que quieras, —gruñó Farlan. —De todas formas, nunca has sabido nada de mí.

La mueca de desprecio de su hermano se desvaneció.

—Bueno, yo sé mucho, mucho más de ti de lo que tú sabes de ti mismo, —dijo Kester suavemente. —Pero eso es para otro momento, hermanito. Si es que volvemos a cruzarnos, claro.

Capítulo 14

Cabalaron durante un tiempo, hasta que el crepúsculo envolvió la tierra. Finalmente, aunque para Caitlin no demasiado pronto, Farlan le dio la rienda al caballo y miró hacia donde Eógan estaba subido en su mula.

—Es mejor que acampemos para pasar la noche, —dijo. —Un campamento frío, sin embargo. No sé si los MacKenzie vendrán a por nosotros ni cuándo, pero preferiría que no nos cogieran desprevenidos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Caitlin desde detrás de él. —No es probable que mi hermano nos llene de saetas con la ballesta antes de verme, así que no hay peligro de arriesgar nuestras vidas si accidentalmente nos topamos con él.

—Debo decirte que, por un lado, —Farlan desmontó y mantuvo firme el caballo mientras Caitlin bajaba, —nunca es prudente toparse accidentalmente con alguien en la oscuridad. Y, por otro lado, —añadió mientras ella se acercaba a él, —ya sea de día o de noche, no quiero tropezarme accidentalmente con un grupo de MacKenzie. Preferiría con mucho encontrarlos yo primero, para enviarlos con vuestro hermano de forma que yo también pueda escapar con seguridad.

Ella no se apartó, sino que continuó allí de pie, incluso cuando el calor de sus emociones compartidas empezó a superar con creces el calor mutuo de sus cuerpos. No quedaba mucho tiempo, Caitlin lo sabía, para hacer a Farlan a la idea de permanecer con ella cuando por fin encontraran a Blaine y a sus hombres. Y, cuando el tiempo apremiaba, una mujer tiene que aprovechar todas las ventajas que tuviera a su alcance.

—Estarías a salvo, —murmuró, mirándole desde debajo de sus largas y oscuras pestañas, —de cualquier manera. Blaine es un hombre razonable. Y tú, después de todo, me estás llevando de vuelta con él.

El esfuerzo que le costó a Farlan apartarse de ella fue evidente.

—Sí, probablemente no me mataría en el acto, —respondió, con la voz ronca. —Después de todo es un hombre honorable, al menos me haría juzgar antes de colgarme.

No hubo tiempo de formular una réplica, Farlan giró a la derecha y, tirando del caballo castrado, se alejó del camino y se adentró en una arboleda. Caitlin oyó una risita de Eógan proveniente de su espalda, esperó hasta que el ermitaño se hubo acercado a su lado antes de hablar.

—Podrías ser un poco más de ayuda, ¿sabes? —le murmuró en cuanto estuvo cerca, cuidando de que Farlan no les oyera. —Tiene más posibilidades de una vida decente con mi clan

de las que nunca tendrá con el suyo. Y Blaine es un hombre piadoso, podría incluso mostrar misericordia a Farlan y extenderle el perdón.

—Sí, es probable que pueda, muchacha, —dijo Eógan, manteniendo la voz baja. — Normalmente conseguís lo que queréis, ¿verdad? ¿Pero qué hay de lo que Farlan quiere? ¿O no es eso lo que más os importa?

Le agarró del brazo y tiró de él para que se detuviera.

—¡Por supuesto que es lo que quiero! Ya ha tenido poca felicidad en su vida. ¿Pero de verdad creéis que alguna vez encontrará la felicidad con ese clan suyo tan malhumorado y melancólico? ¡Vaya, nunca he visto un grupo de gente tan acobardada, vacilante y egoísta en toda mi vida!

—No siempre fue así, —dijo él, y a Caitlin le pareció oír una tristeza melancólica en la voz del hombre mayor. —Sin embargo, la amargura de la traición puede llegar hasta el corazón de una familia y de un clan.

—Sí, claro, echa también eso a las espaldas de Farlan, ¿quieres? —Ella sacudió la cabeza. —Hubiera pensad que vos, de entre toda la gente, entenderíais que se necesita más que un acto equivocado aunque bien intencionado para derribar a todo un clan.

—¿Y por qué creéis que yo lo entendería mejor que la mayoría? —preguntó Eógan con cuidado.

—¿Por qué si no? Sois un hombre de Dios. Habría pensado que poseeríais mayor compasión y perspicacia que el resto.

—Ah, sí. Espero que sea cierto.

La risa del ermitaño sonó sospechosamente a alivio. Caitlin le miró con más atención. ¿Había algo más en la historia de Eógan que él aún no había revelado? Si era así, hombre santo o no, quizá mereciera la pena vigilarlo.

—Además, —continuó, —no estaba hablando de lo que hizo Farlan cuando se enamoró de Nara. Hablaba de otra traición, infligida incluso antes de que naciera el muchacho. Otra traición de hermano contra hermano.

—¿Ah, sí? —Su curiosidad le pudo y se acercó intrigada. —¿Un MacBean hermano contra hermano?

—¿Vais a quedaros atrás toda la noche? —Farlan, muy por delante ahora, les llamó suavemente. —Necesitamos descansar y ya es más tarde de lo que pensáis. Así que, si os parece, ¡dejad de parlotear ahí atrás y alcanzadme!

Las preguntas tendrían que esperar, decidió Caitlin mientras aceleraba el paso junto con Eógan, pero, si ella tenía algo que decir al respecto, no tendrían que esperar por mucho tiempo.

Al parecer, las desgracias del clan MacBean eran mucho más profundas de lo que a ella le habían hecho creer. Y, de algún modo, de alguna manera, pensó Caitlin con una ondulación de presentimiento, todo parecía cerrar el círculo de vuelta a Farlan.



A última hora del día siguiente, mientras atravesaban Glen Fyne y luego se dirigían hacia el noreste remontando el río Fyne, que Farlan esperaba seguir hasta que finalmente girara hacia el oeste, hacia Loch Shira, vislumbró una gran partida de jinetes coronando una colina al norte de ellos. Aunque todavía estaban al otro lado del río, los jinetes se dirigían hacia ellos con una velocidad desconcertante. Al principio, Farlan no pudo distinguir por sus mantos quiénes eran, pero Caitlin pronto le dijo todo lo que necesitaba saber.

Con una inhalación aguda y apretando los brazos alrededor de su cintura, se inclinó hacia delante.

—Es Blaine. Te lo ruego, para y deja que venga a nosotros.

Debería hacer lo que ella le pedía, pensó Farlan. Detenerse y dejarla bajar para que pudiera esperar la llegada de su hermano. Luego, cabalgar mientras aún les llevaba ventaja. Para que el jefe MacKenzie y sus hombres llegaran al lugar donde se encontraban en ese momento, aún tardarían un tiempo en vadear el río. Un río que corría pesado y fuerte por el deshielo de finales de primavera.

Pero ahora que por fin había llegado el momento, Farlan se dio cuenta de que un extraño malestar se había apoderado de él. No parecía capaz de mover sus miembros, y mucho menos de girarse y ayudar a Caitlin a desmontar. El recuerdo de la presión de su cuerpo contra su espalda, su ligera fragancia a brezo y aire fresco, y sus brazos alrededor de su cintura pronto sería todo lo que le quedara.

Y no quería que terminara. No ahora, ni nunca.

—¿Qué pretendéis hacer, muchacho? —La voz de Eógan se entrometió de repente en las torturadas cavilaciones de Farlan. —Llegarán pronto, muy pronto.

La advertencia del ermitaño hizo que Farlan volviera a la acción. Se volvió hacia Caitlin.

—Ya estás a salvo, muchacha. Baja. Tu hermano viene y estará aquí dentro de poco.

—N-no. —El apretón de Caitlin a su alrededor se hizo más fuerte. —Quédate, Farlan, quédate conmigo. Ya no queda nada para ti en tu clan, Kester se encargará de ello, y bien lo sabes. Cuando hable con Blaine, lo entenderá. Él os acogerá.

Al contrario, pensó Farlan. Ella no lo entendía, su hermano había quedado en ridículo. Ningún Highlander soportaba eso bien, y menos unos tan orgullosos como los MacKenzie. Blaine no perdonaría, ni olvidaría, lo que Farlan le había hecho.

—No deseo que me engañen, —dijo, endureciéndose ante sus dulces súplicas. —Soy un MacBean, y eso es todo lo que siempre he querido ser. ¿No lo entiendes? Ahora, ¡baja antes de que te tire yo mismo al suelo!

—¡Hazlo a tu manera entonces, estúpido testarudo! —gritó Caitlin mientras se deslizaba del caballo. —Al final no importará lo que quieras o no quieras.

Con las manos empuñadas a los lados, el fuego brillando en sus ojos, retrocedió.

—No te librarás de mí, ahora estoy en tu sangre, Farlan MacBean, y nunca me sacarás. Ya lo verás. ¡Ya lo verás!

—Puede que no, —añadió él con los dientes apretados, —pero tú te librarás de mí. Y, si no ahora, algún día me lo agradecerás.

Farlan miró a Eógan.

—¿Estáis conmigo u os quedaréis con ella?

—Me quedaré con ella hasta que llegue su gente. —El ermitaño hizo un rápido movimiento con la mano. —Id, muchacho, y daos prisa. Ya están listos para vadear el río.

Farlan miró hacia arriba. Unos trescientos pies río arriba, Blaine MacKenzie, a la cabeza de sus hombres, ya estaba impulsando a su gran caballo hacia el río. El animal empezó a nadar con fuerza, pero a mitad del río la corriente resultó de repente demasiado poderosa. En lugar de continuar por las aguas embravecidas, el caballo fue empujado lentamente río abajo.

Blaine MacKenzie luchó por permanecer a lomos del animal. Sin embargo, pronto decidió, al parecer, aligerar la carga, deslizándose de la silla para nadar a su lado.

Durante unos segundos, el caballo pareció ganar unos metros hacia la otra orilla, antes de que su ímpetu hacia delante se detuviera una vez más por el embate de las aguas. El animal chocó contra una gran roca y giró sobre sí mismo, encajando a Blaine entre él y la roca.

Olas espumosas se precipitaron sobre él. Blaine luchó desesperadamente por mantener la cabeza por encima del agua antes de desaparecer finalmente bajo el furioso torrente.

Caitlin gritó y corrió río arriba por el terraplén rocoso hacia su hermano. Justo entonces, con una gran embestida hacia delante, el caballo de Blaine se soltó de su dueño. Arrastrado por la fuerte corriente, el animal pasó rápidamente junto a ella.

Unos segundos después, la forma inerte de Blaine rompió la superficie del agua y también fue impulsada río abajo. Caitlin trepó por las rocas hacia la orilla del agua.

—¿Qué hacemos?

Eógan miró a Farlan, que hasta ese momento había permanecido sentado, paralizado por lo que tan rápidamente había tenido lugar. Una pregunta ardía en los ojos del anciano.

—¡Caitlin! ¡No! —rugió Farlan, finalmente movido a la acción. —Quédate, yo lo haré.

Caitlin levantó la vista. Sus miradas se encontraron durante un breve instante. Alegría, gratitud y amor brillaron en sus luminosos ojos azul verdoso.

Entonces ya no hubo tiempo que perder. Girando su caballo a lo largo de la orilla, Farlan se dirigió directamente a un punto río abajo donde vio que el río se estrechaba.

No tenía elección. Era el único que estaba lo bastante cerca como para alcanzar al jefe MacKenzie cuando se precipitó río abajo. Por su aspecto, Blaine había quedado inconsciente mientras estaba atrapado bajo el agua entre su caballo y la roca. Si Farlan no llegaba hasta él, y rápido, Blaine MacKenzie seguramente se ahogaría.

El hecho de que estuviera arriesgando su vida para salvar a su enemigo, y que sería probablemente capturado en el intento, no tenía importancia, se trataba del hermano de Caitlin.

Si Farlan no se lanzaba al agua tras él, seguramente lo haría ella. Y sus fuerzas de mujer no serían suficientes para salvarse, y mucho menos para arrastrar a un hombre inconsciente de vuelta a la orilla.

Dio una fuerte patada al caballo castrado, impulsándolo a echar a correr. Necesitaba ganar algo de distancia río abajo antes de lanzarse, sólo tendría una oportunidad para cronometrar su entrada en el agua y llegar al lugar adecuado justo cuando Blaine pasara flotando. Después de eso, sólo la suerte, o la intervención celestial, conseguiría que ambos regresaran vivos a la orilla.

Al llegar al ligero estrechamiento del río, Farlan echó el freno. Saltó de su caballo y se deslizó por el terraplén hacia el río. En ese momento, Blaine era arrastrado directamente hacia él.

Farlan tiró a un lado su dagg y se zafó del arnés que mantenía su claymore atada a su espalda. Se adentró en los bajíos hasta que las aguas tiraron con fuerza de sus muslos. Entonces se zambulló.

Justo cuando rompía la superficie en medio del oleaje, Blaine, ahora de espaldas, pasó junto a él. Farlan alargó la mano y se agarró al brazo del otro hombre. Falló. Se agarró de nuevo, y cuando pareció que Blaine ya estaba demasiado lejos, Farlan sacó la mano del agua agarrándole por el tobillo.

Con una gran sacudida, Farlan se giró. Con una mano, empezó a nadar hacia la orilla. El agua hervía sobre él, golpeándole como un asaltante enfurecido. Se vio obligado a sumergirse para nadar.

Las turbulencias le cegaron. De repente, Farlan no sabía si estaba arriba o abajo. Fue arrojado de un lado a otro hasta que se sintió mareado, pero ni una sola vez Farlan soltó su agarre del tobillo de Blaine MacKenzie.

Finalmente y felizmente, su cabeza rompió la superficie del agua. Miró a su alrededor. Una pequeña cala, formada por un grupo de rocas que sobresalían de la orilla adentrándose parcialmente en el río, se encontraba a pocos metros. Con la mano libre, Farlan agarró a Blaine por el cinturón. Luego, con la otra mano, tiró del MacKenzie hasta que pudo agarrarle por la cintura.

Pateando con todas sus fuerzas, Farlan empujó la forma inerte de Blaine hacia delante, empujándolo hacia la cala. Justo cuando pasaron los peñascos, impulsó a Blaine hacia las aguas más tranquilas.

Entonces el río lo atrapó y no le dejó avanzar. Una rama rota de un árbol, que estaba encajada en unas rocas ocultas en el fondo, enganchó a Farlan en el último momento.

Agotado, con la respiración entrecortada y superficial, Farlan se aferró a la madera que en estos momentos le salvaba la vida. Tras unos segundos, recuperó parte de sus fuerzas, y se puso en marcha, nadando la corta distancia de vuelta río arriba hacia la cala. Blaine flotaba allí.

Farlan se acercó a él con dificultad. Deslizándolo el brazo por debajo de los hombros del otro hombre, medio lo levantó, medio lo llevó hacia aguas poco profundas, hacia la orilla.

Allí, en una orilla llena de rocas, Farlan hizo rodar a Blaine MacKenzie y le dio varios golpes fuertes en la espalda. Tras ello, se desplomó junto al MacKenzie que, con un gruñido, empezó a toser y a tener bocanadas, expulsando el agua de sus pulmones.

A lo lejos, Farlan creyó oír el golpeteo de cascos y el sonido de gritos de hombres acercándose cada vez más, pero no importaba. El costado le dolía ferozmente, y todo empezaba a volverse borroso... gris. Tras un momento Caitlin y Eógan estaban allí, tirando de ambos hacia la orilla y alejándolos del río.

Era lo último que Farlan recordaba.



Agradecida, Caitlin aceptó la manta que su primo Nial había traído para Farlan y se la tendió rápidamente. Ya le habían cambiado su propia camisa y tela escocesa mojadas por una camisa y tela escocesa de repuesto que Nial había traído. Aun así, incluso con la ropa seca y todavía inconsciente, Farlan temblaba incontrolablemente.

—Blaine ha decidido que acampemos aquí para pasar la noche, —dijo el hombre de pelo rubio oscuro mientras se acucillaba junto a Caitlin. —Tenemos a unos cuantos hombres cazándonos algo de cena y a otros recogiendo leña. Pronto tendremos dos fuegos encendidos, y uno de ellos lo colocaremos aquí para ayudarle a entrar en calor. Pronto debería estar mucho mejor.

—Eso espero. —Caitlin miró a Farlan, preocupada. —Ha pasado por tanto en la última semana... y encima ahora darse un chapuzón en agua tan helada...

—Es joven y fuerte, muchacha. Debería superar esto también.

La mirada de Nial se desvió hacia Eógan, que estaba sentado al otro lado de Farlan. Al igual que Farlan, el ermitaño tenía las manos atadas a la espalda.

—Podéis vigilar su estado, ¿verdad? El hermano de Caitlin se ha recuperado lo suficiente como para preguntarse dónde está su hermana.

—Sí. —Eógan asintió. —Vigilaré a Farlan con mucho gusto. —Miró a Caitlin. —Será mejor que le hagas una visita a tu hermano. No sería el momento de enfadarle, no después de todo lo que ha pasado él mismo intentando recuperaros.

Caitlin se sentía como si tiraran de ella en dos direcciones diferentes al mismo tiempo. No quería dejar a Farlan todavía, al menos no hasta que sus escalofríos disminuyeran y recuperara el conocimiento.

Sabía que su herida no se había desgarrado de nuevo, aunque, cómo es que había hecho lo que había hecho al rescatar a Blaine del río y no desgarrársela una vez más, era poco menos que milagroso. Pero, ¿y si había sufrido alguna herida interna en el río? Si eso había ocurrido, no había mucho que ella pudiera hacer por él.

Aun así, marcharse de su lado ahora mismo le parecía como si hacerlo fuera a ser no volver jamás. Sin embargo, Caitlin resolvió que debía aprender a depositar mejor toda su confianza en Dios. Una vez más, y a pesar de todas las intenciones de Farlan en sentido contrario, el Señor había impedido que se separaran. ¿Qué otra prueba necesitaba de que ella y Farlan estaban destinados a estar juntos?

Además, Eógan tenía razón, Blaine también merecía su presencia. Y ella tenía unas cuantas palabras elegantes que compartir con él sobre su temeraria incursión en lo que, en retrospectiva, había sido el peor tramo del río para vadear.

Con un suspiro, Caitlin se levantó.

—No hacía más que esperar a que todos vosotros dejarais ya de adular a Blaine. De hecho, nunca había visto a tantos hombres tan embobados.

Nial sonrió.

—Bueno, él es el jefe, ya sabes.

—Para ti, tal vez, —respondió ella, sonriendo. —Para mí, sólo es mi hermano mayor.

—Sí, y de algún modo apuesto a que tienes algunos pensamientos poco halagadores para él. —Su primo hizo un gesto hacia delante. —¿Nos vamos entonces?

Caitlin lanzó una mirada más a Farlan y luego asintió.

—Sí, supongo que será lo mejor. Ya sabes lo imperioso que puede ponerse Blaine cuando se le hace esperar.

—Ah, ¿sí? —Preguntó Nial con una fingida sorpresa. —Nunca he visto eso en él. Seguro que te equivocas, muchacha.

Ella rompió a reír, no pudo evitarlo. Compartían un vínculo especial, ella y Nial, y mientras crecían se habían tomado el pelo con frecuencia por su frustración con el testarudo Blaine. No es que Blaine, al final, no hubiera tenido normalmente razón. Ambos sólo deseaban, al menos de vez en cuando, poder tener razón en su lugar.

Algunos de los miembros del clan ya estaban apilando leña para una gran hoguera cerca de Blaine cuando ella y Nial llegaron. Salvo por una mejilla magullada y un rasguño en la barbilla, su hermano tenía un aspecto sorprendentemente bueno para su reciente y casi fatal experiencia en el río. También él iba ya vestido con ropa seca y llevaba una manta colgada sobre los hombros, que había apretado contra sí, estaba temblando y sus labios estaban teñidos de azul.

—Vamos a encender ese fuego, ¿quieres? —murmuró irritado cuando Caitlin se acercó para sentarse a su lado, y se alejó. —Luego empezad a preparar la otra hoguera para los MacBeans. Ninguno de vosotros está rígido por el frío, por lo que deberíais ser capaces de moveros mucho más rápido de lo que lo estáis haciendo.

—Bueno, debes sentirte mucho mejor, —observó secamente cuando por fin se volvió hacia ella. —Siempre sé cuando un hombre se está recuperando, se pone muy irritable.

—¿Y no se me permite un poco de irritabilidad, —preguntó su hermano, —después de casi ahogarme por ti?

—La intención fue muy apreciada, no el ahogamiento, ojo, sino el intento de rescate. ¿Qué te poseyó, sin embargo, para saltar así al río? —Ella le miró, con una expresión interrogante en el rostro. —Sueles ser el primero en ralentizar el paso y evaluar la situación, en lugar de precipitarte tan impulsivamente como lo hiciste.

Blaine se encogió de hombros.

—Me estaba cansando de siempre acercarme a ti para volverte a perder cada vez. Y, al menos para mí, el MacBean parecía como si no estuviera seguro de querer devolveros o no. Sólo pensé en distraerle de su decisión.

—Una jugada inteligente. —Caitlin rio entre dientes. —Por supuesto, si en lugar de eso hubiera optado por no salvarte, tu buen plan podría haber quedado en tragedia.

Hizo una pausa para asentir con la cabeza mientras uno de los hombres encendía yesca y la metía entre los troncos apilados. —Sí, admito que no lo pensé muy bien. Te diré la verdad, nunca hubiera imaginado que vendría a por mí, no con los hombres acechándole desde el otro lado del río, luchar contra toda esa corriente y arrastrarme hasta la orilla.

Caitlin se mordió el labio, buscando en su mente las palabras adecuadas.

—No es como su hermano, ¿sabes? No se parece en nada a Kester, Farlan tiene honor. Es un buen hombre, Blaine.

—¿Lo es ahora? —Cuando los troncos empezaron a envolverse en llamas y el fuego saltó alto en el cielo rojo y dorado, su hermano levantó las manos para calentárselas. —Quizá lo sea, aunque eso es difícil de concebir. Cuando secuestró a mi hermana, la arrastró en una alegre persecución por todo Perthshire, y luego la recuperó villanamente después de que fuera intercambiada por su hermano.

—Kester fue el artífice de eso, no Farlan. No esperabas que saltara sobre su propio hermano mientras el tonto tenía una daga en mi garganta, ¿verdad?

—No, pero aun así no puedo evitar sospechar que los dos habían planeado que sucediera así.

—Bueno, puedo asegurarte que Farlan casi nunca se separó de mi lado desde el momento en que llegamos a Dundarave, y nunca se acercó a Kester en el castillo, así que hubo pocas oportunidades, si es que hubo alguna, de que tramara algo con su hermano.

—Casi nunca se apartó de tu lado, ¿verdad? —Blaine la miró de cerca. —Y ése es otro asunto que tengo pendiente con él.

Ella suspiró y levantó la mirada hacia el cielo en un ruego de paciencia.

—¿Y cuál podría ser ese asunto?

—Si te trató honorablemente. Dime la verdad, muchacha. ¿Lo hizo?

Me trató mucho más honorablemente de lo que a veces deseaba ser tratada, pensó Caitlin. Demasiadas veces como para contarlas, había anhelado en secreto sus besos, o que la estrechara entre sus brazos, pero eso no era lo que Blaine quería saber.

—Sí, —respondió suavemente. —Farlan siempre me trató honorablemente, siempre.

Su hermano le cogió la mano.

—¿De verdad, hermanita?

Ella se encontró con su mirada preocupada, firme y honesta.

—De verdad.

—Bien. —Le soltó la mano y se sentó. —Entonces supongo que no le colgaré en cuanto despierte, como pretendía en un principio.

—¡Blaine!

—¿Qué? —Sonrió. —¿Y tenéis tan poca confianza en mí, que creerías que me he convertido en un lunático enloquecido y sanguinario en el poco tiempo que llevamos separados? —sacudió la cabeza, —No, Farlan MacBean se ha ganado un castigo. Sólo que no he decidido aún cuál será ese castigo.

—Entonces, lo llevarás de vuelta con nosotros al castillo, ¿verdad?

—Sí, puede estar un tiempo en nuestro calabozo hasta que decida qué hacer con él.

—Pero aun así te salvó la vida, Blaine.

—No obstante, gracias a él, su hermano, el asesino de MacNab está libre de nuevo. Y, como yo fui el responsable de retenerlo hasta que fuera a juicio, y en cambio lo perdí, ahora soy el hazmerreír de los clanes.

Caitlin hizo un pequeño sonido desdeñoso.

—No creo que los otros clanes se atrevan a reírse de ti.

—Bueno, entonces baste decir que fallé en mi deber, y tengo que agradecerse a Farlan MacBean. Ahora tengo dos tareas desagradables que completar: recapturar a Kester MacBean y castigar a su hermano. Y, en estos días, prefiero con mucho pasar mi tiempo en compañía de mi bella esposa y mi pequeño, que vagando por las Highlands o imponiendo castigos.

Se volvió entonces hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Al menos tengo a mi dulce hermana de vuelta, sana y salva, —dijo, con la voz tensa por la emoción. —Y eso es más bendición de lo que esperaba. El Señor ha sido bueno con los dos, ¡vaya si lo ha sido!

Sí, lo ha sido, pensó Caitlin mientras rodeaba a su hermano con los brazos y lo abrazaba a su vez. Me ha dado un hombre digno al que amar, me ha dado a Farlan. Y, aunque el futuro aún no está claro y el camino que nos espera puede estar plagado de dificultades, debo depositar toda mi confianza en Él, y confiar en que todo saldrá bien tanto para Farlan como para mí. Y para su clan, porque los ama, aunque se estén mostrando últimamente tan pocos merecedores.

Capítulo 15

No mucho después, Farlan despertó por fin. El calor de un fuego cercano pronto le ayudó a sentirse casi recuperado de la fría inmersión en el río. Sin embargo, el hecho de que ahora estuviera cautivo, con las manos atadas a la espalda, no fue el más agradable de los descubrimientos.

En general, los miembros del clan MacKenzie les dejaron solos a Eógan y a él, acercándose sólo de vez en cuando para añadir uno o dos troncos al fuego. Desde el otro lado del campamento, sin embargo, Farlan podía ver a Caitlin sentada con su hermano, que también parecía decentemente recuperado. Aunque Farlan sabía que ése había sido el plan desde el principio, el devolverla a los suyos, y darse cuenta de que la hazaña por fin se había llevado a cabo no dejaba de irritarle.

Ya no tenía ningún derecho sobre Caitlin. Lo cual era, en cualquier caso, ridículo incluso de contemplar. En realidad, y para empezar, nunca había tenido ningún derecho sobre ella. Como mucho, el tiempo que habían pasado juntos había sido un tiempo robado. Nunca había sido real ni había tenido ningún significado duradero.

—No estéis tan abatido, muchacho, —dijo Eógan, entrometiéndose suavemente en los sombríos pensamientos de Farlan. —No has perdido a la muchacha, y si puedo opinar, diría incluso que estás lejos de ello.

—Sí, —murmuró Farlan, sin molestarse siquiera en mirar hacia él. —No puedes perder lo que nunca tuviste.

—Eso es lo que os imagináis, ¿verdad? ¿Que a Caitlin no le importas lo más mínimo? —El ermitaño suspiró y sacudió la cabeza. —Y os preguntáis por qué la muchacha pierde la paciencia con vos. ¡Qué cabeza hueca sois!

—¿Yo un cabeza hueca? —Farlan soltó una risa áspera. —Bueno, y si lo soy, ¿qué importa? Si el MacKenzie no me cuelga pronto, no pasará mucho tiempo antes de que me esté pudriendo en el calabozo del castillo.

—Y Caitlin, siendo la muchacha superficial que es, por supuesto pronto se olvidará de vos. Farlan lanzó una mirada fulminante a su compañero.

—Ella no es superficial. Pero por su propio bien, debería olvidarme, y me alegraré cuando lo haga.

—Sea como fuere, no os libraréis de mí tan fácilmente.

—¿Y por qué no? No habéis cometido ningún crimen contra los MacKenzie. Pedidle a Caitlin que responda por vos, y es probable que estéis de camino a casa en Clachan Hill al día

siguiente.

—¿Y también sois sordo además de testarudo? —Eógan soltó un suspiro frustrado y sacudió la cabeza. —Acabo de deciros, con muchas palabras, que me quedo con vos. Es donde debería haber estado hace mucho tiempo, a vuestro lado, pero sólo últimamente he empezado a ver por fin lo que el Señor siempre deseó de mí.

La confusión llenó a Farlan. ¿Eógan debería haber estado con él hace mucho tiempo? Pero, ¿por qué?

—No tiene sentido, —empezó a decir justo cuando vio a Caitlin levantarse. Inmediatamente distraído, la vio caminar hacia donde los hombres empezaban a trincar el ciervo, que llevaba ya un rato asándose, y cogió un plato. Bebiendo en la visión de ella como quien ha pasado hambre durante mucho tiempo, Farlan memorizó cada curva femenina, el brillo de ébano de su cabello, la piel clara, los labios carnosos y rosados y el semblante amado. Le dolía el corazón al verla, deseando, aunque sólo fuera una vez más, estrecharla entre sus brazos, besar su dulce boca.

Pero eso nunca volvería a ser. Nunca sería, y él debía ser un hombre y aceptarlo.

Finalmente, con el plato cargado con varias rodajas gruesas de carne de venado, hizo una pausa para coger dos bannocks recién horneados, una cantimplora y dos tazas. Luego, abriéndose paso alrededor del fuego, se dirigió directamente hacia ellos.

El corazón de Farlan comenzó a latir con fuerza en su pecho. Se le secó la boca.

—Hmm, así que no podéis perder lo que nunca tuvisteis, ¿verdad? —preguntó Eógan, con tono divertido pero regañón. —Pero es probable que ella acuda a vos por un sentido del deber cristiano. Es una muchacha devota, después de todo.

—¡Basta, Eógan! —gruñó Farlan. —Si no tenéis cuidado, ella os oirá.

—¡Como si ella no hubiera discernido ya los verdaderos sentimientos y motivos!

Caitlin estaba acercándose demasiado como para que Farlan pudiera responder al comentario burlón del ermitaño sin que le oyera. En su lugar, optó por levantar la vista cuando ella se acercaba y esbozar una pequeña sonrisa tensa.

—Supuse que vosotros dos tendríais hambre, —dijo Caitlin mientras se sentaba ante ellos y colocaba el plato de comida sobre su regazo. —Por desgracia, no pude convencer a mi hermano de que os desatara para que pudierais comer.

Empezó a cortar la carne en trozos del tamaño de un bocado. —Y en consecuencia, me temo que voy a tener que daros de comer a los dos.

La rabia llenó a Farlan, ¡encima también debía ser humillado públicamente!

—No estoy tan hambriento como para que me alimenten como a un niño. —Sacudió la cabeza en dirección a Eógan. —Dale de comer, si lo acepta, pero no te preocupes por mí.

Caitlin levantó entonces la vista y en sus ojos brillaron lágrimas de rabia.

—¿Crees que disfruto avergonzándote así? Pero es la única opción, ¡y comerás, Farlan MacBean! Vaya si comerás, no os he cuidado repetidamente hasta recuperar la salud para que

ahora lo echéis todo por la borda por un equivocado ego masculino.

—¿Mal entendido? ¿Y qué hombre toleraría ser alimentado por una... una mujer? —Estaba tan furioso que apenas podía manejar un pensamiento coherente, así que mucho menos las palabras.

—Bueno, no sirves de mucho a un clan estando frágil y medio muerto de hambre, muchacho, —añadió Eógan suavemente. —¿Y qué os importa lo que piensen los MacKenzie? De hecho, ellos son los tontos por siquiera ofrecerse a alimentarte. Lamentarán ese momento de debilidad. Lo harán, ¿verdad que sí?

Farlan fulminó con la mirada al hombre mayor.

—Sí, lo harán. No es que estuviera necesitando de un astuto aguijonazo para darme cuenta. —Se volvió hacia Caitlin. —Bien, comeré, aunque sólo sea para no tener que soportar más discusiones contigo.

Farlan supuso que Caitlin se mordió el labio para no sonreír, pero no le importó, desde que la había conocido, le había dado pocos motivos para sonreír. Dejó que la muchacha disfrutara de su única y pequeña victoria. Y, mientras el sabroso aroma del venado asado subía para mezclarse con el del bannock recién horneado, tuvo que admitir que estaba hambriento.

Después de un rato comiendo trozos de carne y pan de los dedos de Caitlin, Farlan decidió que había algunas ventajas definitivas en ser alimentado por una muchacha bonita. Sus dedos eran suaves, delicados, y el roce de ellos en sus labios era de lo más placentero. Demasiado placentero, empezó a darse cuenta, y finalmente rechazó cuando ella le ofreció otro trozo de venado.

—Ya basta, muchacha, —dijo, sorprendido por lo ronca y tensa que sonaba su voz. —Agradecería, en todo caso, un poco de agua para regarlo todo, pero creo que ya he comido más de lo que podía.

—Como deseas, —contestó ella, con las mejillas muy sonrojadas y una mirada antinaturalmente brillante.

Está tan conmovida como yo, se dio cuenta Farlan con un sobresalto cuando Caitlin le acercó un vaso de agua a los labios. La constatación le llenó de una alegría salvaje, y anhelaba, ¡Ay cómo lo anhelaba!, el tener las manos libres. Quería tomarla en sus brazos, abrazarla y besarla más que nada que hubiera deseado antes en su vida.

En lugar de eso, Farlan aceptó en silencio la copa y bebió profundamente. En ese momento, sus miradas se encontraron y se fundieron. Algo fuerte y profundo surgió entre ellos. Atado como estaba, Farlan sintió no obstante una unión casi física, como si se tocaran sin tocarse.

Junto a ellos, Eógan carraspeó ruidosamente. Farlan arrancó su mirada encendida de pasión de Caitlin para encontrarse con la del ermitaño.

—A pesar de lo bien que lo habéis pasado, —dijo Eógan, —no ha sido un interludio tan privado como podríais haber imaginado. —Con un sutil pero definido movimiento de cabeza, indicó algún lugar al otro lado del campamento.

Farlan levantó la vista. Allí, con su mirada marrón encendida de rabia, estaba sentado

Blaine MacKenzie fulminándole con la mirada.



A la mañana siguiente, Blaine hizo levantar el campamento al amanecer. Tras un rápido desayuno a base de bannocks de sobras y queso, hicieron las maletas y emprendieron el viaje de regreso al castillo. Caitlin cabalgó con su hermano, mientras que Farlan se montó en el caballo castrado. Tanto su bestia como la de Eógan fueron entonces conducidas por los miembros del clan MacKenzie. Blaine no estaba dispuesto a arriesgarse a una fuga e insistió en mantener atadas las manos de ambos hombres.

A primera hora de la tarde, el grupo llegó a Loch Awe y pronto atravesó las puertas del castillo. Farlan y Eógan fueron escoltados inmediatamente al calabozo, mientras Ailsa se hacía cargo de una exhausta Caitlin, y aunque le prepararon una comida apresurada, Caitlin sólo comió un poco antes de empezar a dormitar y que la llevaran a la cama.

Se despertó tarde a la mañana siguiente. La luz del sol entraba a raudales a través de los postigos que, al parecer, uno de los criados había abierto un rato antes. Durante un largo rato, Caitlin permaneció tumbada en su gran cama, deleitándose en el absoluto lujo que suponía. Nunca antes se había dado cuenta de lo maravillosa que podía ser una cama, con la suave almohada bajo su mejilla, el tacto suave de las sábanas y el peso ligero del cálido edredón de plumas. Resolvió no volver a dar por sentado ni siquiera el simple placer de una buena cama.

Sus pensamientos pronto se volvieron hacia Farlan, hacia su paradero y su comodidad. Esperaba que Blaine hubiera sido misericordioso y no lo hubiera enviado a la fosa. Reservada para los criminales más malvados, la fosa era poco más que un agujero en la tierra, con paja esparcida por el suelo a modo de cama. Aunque no eran mucho mejores, al menos las celdas tenían una rendija por ventana y una plataforma de piedra elevada sobre la que yacía un colchón relleno de paja.

Adoptando una posición sentada, Caitlin balanceó las piernas por el lateral de la cama. Mientras lo hacía, un movimiento en el rincón llamó su atención. Era la vieja Iona, la criada de Ailsa.

—¿Y dónde está Abi? —preguntó Caitlin, interesándose por su propia criada.

—Ayer tropezó al bajar las escaleras y se torció el tobillo. La Señora Ailsa pensó que era mejor que descansara los próximos días, con un ungüento de hojas de saúco aplicado en su pobre pie hinchado para aliviar el esguince. —Iona sonrió. —Así que aquí estoy yo para ayudaros esta mañana en lo que deseéis.

—Un baño estaría bien, —dijo Caitlin tras considerarlo un momento. —No me he dado uno muy completo desde el día en que me secuestraron.

—Pensé que os apetecería uno al despertar, así que ya tengo agua calentándose para vos en la cocina.

La anciana se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió y dio indicaciones a alguien que

esperaba en el vestíbulo.

Media hora más tarde, Caitlin se deleitaba en un baño caliente, con la cabeza suavemente restregada por Iona. El olor a lavanda y otras hierbas aromáticas flotaba en el agua humeante. Debo añadir los baños calientes, musitó Caitlin, a la lista de placeres sencillos.

—¿Os trató con dureza?

—¿Quién? —Caitlin miró por encima del hombro a la vieja sirvienta.

—El joven MacBean, por supuesto.

—Ah, no. —Ella sacudió la cabeza. —Fue amable y muy honorable.

—Todos nos preocupábamos por vos, vaya sí lo hacíamos. Y Seelie estaba fuera de sí, insistiendo en que había muchas probabilidades de que os violara, pero la señora Ailsa nos aseguró que no creía que el muchacho fuera de esa clase. Lo cual fue algo bueno, —siguió balbuceando Iona, —ya que su hermano estaba fuera de sí de rabia y preocupación.

Así que, incluso en el poco tiempo que Ailsa había tenido para hablar con Farlan, pensó Caitlin, había podido tomarle la verdadera medida. Bien podría ser una ventaja para Farlan. Si alguien podía convencer a Blaine de que lo tratara con misericordia, ésa sería Ailsa.

Se incorporó en la bañera.

—Por favor, enjuágame el pelo ahora, si puedes, Iona. Necesito terminar este baño y vestirme. Hoy debo hacer muchas cosas.

—Como deseáis, mi señora, —dijo la anciana, claramente desconcertada por el repentino cambio de humor de Caitlin. —No es que haya nada que deba preocuparos. La señora Ailsa dio órdenes de que se os permitiera descansar y recuperaros hoy, de la forma que deseaseis.

Como si pudiera descansar sin saber que Farlan y Eógan están siendo bien tratados, pensó Caitlin, cerrando los ojos mientras Iona empezaba a verter agua sobre su pelo enjabonado. Además, también estaba el asunto de lo que Blaine piensa hacerle a Farlan.

No, no habrá descanso para mí este día, resolvió. Aunque Farlan aún no se ha separado de mí, queda mucho por hacer, porque seguramente el Señor no pretendía que pasáramos el resto de nuestras vidas separados por los barrotes de hierro de una mazmorra.



—¿Cómo que no puedo verle? —exigió saber Caitlin una hora más tarde al enfrentarse a su hermano en el despacho. —No tienes derecho a...

—Al contrario, —la cortó Blaine, levantando la vista de los papeles esparcidos sobre la gran mesa de roble donde estaba sentado. —Tengo derecho a hacer lo que quiera, y si no quiero que vuelvas a ver a ese hombre, así será.

—Pero, ¿por qué? —Se acercó a la silla más cercana a la suya y tomó asiento. —Está en el calabozo y no irá a ninguna parte. Además, tengo que ocuparme de su herida y asegurarme de

que se está curando bien.

—Ailsa puede encargarse del cuidado de su herida. —Blaine volvió a bajar la vista al pergamino que estaba leyendo. —Así que, como ves, no hay más motivos para que te preocupes por él.

Caitlin sabía cuándo la estaban despachando, pero no lo toleraba.

—Es mi amigo, Blaine, y esa es razón suficiente.

—¿Amigo? —Muy lentamente, su hermano levantó la mirada hacia la de ella, una mirada dura e incrédula. —El hombre te secuestra contra tu voluntad, tras ello, al menos una vez que yo sepa, te puso en peligro de muerte cuando Kester MacBean te puso el cuchillo en la garganta, por no mencionar que me vi obligado a cabalgar durante días para recuperarte. Y encima ahora un lunático peligroso vuelve a estar libre, todo gracias a tu amigo. —Con los ojos entrecerrados, Blaine ladeó la cabeza. —Ahora bien, dime exactamente cómo ha conseguido este hombre convertirse en tu amigo.

¿Y cómo ha podido ser? se preguntó Caitlin, que se humedeció los labios.

—Fue amable conmigo, todo lo amable que podía ser, teniendo en cuenta las circunstancias. Y hablamos, y llegamos a conocernos. —Caitlin podía ver que no estaba avanzando mucho con su hermano, pero se obligó a continuar. —Lo hizo por su clan, Blaine. Ahora están muy acosados y Farlan imaginó que el regreso de su jefe podría ayudarles, pero incluso él acabó dándose cuenta de que el regreso de Kester era peor que ninguna ayuda.

—Un verdadero consuelo para mí, —murmuró Blaine. —Perdí a Kester MacBean, y el hombre que lo llevó a cabo ahora se arrepiente de lo que hizo. Sin duda eso compensa todos los estragos que el jefe de los MacBean causará ahora. Y, recuerda mis palabras, causará estragos.

—Si dejas marchar a Farlan, podría volver a su clan e intentar arrebatárle la jefatura a su hermano.

—¿Dejarle ir? —Blaine soltó una carcajada incrédula. —¿Estás loca, muchacha? Las probabilidades son igual de altas de que ambos unan sus fuerzas, y eso supondría el doble de luchas y problemas.

—¡Farlan nunca se uniría a su hermano! —dijo Caitlin acaloradamente. —No se parece en nada a Kester, en nada en absoluto.

Blaine golpeó la mesa con el puño y ella dio un respingo.

—¡Basta, Caitlin! —rugió. —Me molesta mucho lo enamorada que estás de este hombre. Siempre has seguido más a tu corazón que a tu cabeza, sin embargo, este incidente me hace empezar a dudar seriamente de tu juicio. A pesar de que me salvó la vida, es nuestro enemigo, muchacha. ¡Nuestro enemigo!

—Ningún enemigo te salvaría la vida, Blaine.

—Pues yo no confío en él, y es tan asesino como su hermano, ¿o lo has olvidado? Su propio clan lo expulsó, ¡su propio clan!

Lágrimas de frustración llenaron sus ojos. ¿Cómo iba a explicarle, a convencer a Blaine de que ninguna de esas historias sobre Farlan era cierta? Él ya ni siquiera parecía creer que ella

poseyera sentido común, ¿cómo iba a defenderse de eso? Era una tontería que una cautiva se hiciera amiga de su captor, y si Blaine llegaba a adivinar el verdadero alcance de sus sentimientos por Farlan...

—Sé que todo esto te parece ilógico, —empezó roncamente, luchando por contener las lágrimas, —pero conozco a Farlan. Él no es la perdición de su clan, él es su única esperanza, su salvador. Pero necesita que le den una oportunidad. Necesita amigos, y gente que crea en él.

—Más bien, necesita un buen y largo tiempo para pudrirse en el calabozo, —gruñó su hermano, —y yo voy a ser quien se lo dé.

—¡Blaine, no! —Todas las emociones contenidas de los últimos días irrumpieron justo en ese momento, y las lágrimas recorrieron el rostro de Caitlin. —No lo hagas. Te lo ruego, no lo hagas.

—Déjalo, hermana. —Su voz estaba teñida de advertencia. —Si sigues así mucho más, lo enviaré a Edimburgo. Y las posibilidades de que sobreviva mucho tiempo allí no son altas. Así que elige, o te alejas de él y me dejas castigarle a mi manera y a mi tiempo, o lo verás pronto de camino a Edimburgo.

No podía soportar pasar otro momento en la misma habitación con su hermano.

—¡Eres un hombre cruel, despiadado e indiferente, Blaine MacKenzie! —gritó Caitlin mientras empezaba a retroceder hacia la puerta. —Y te equivocas. Te equivocas conmigo, y te equivocas con Farlan.

—Y tú, dulce hermanita, tienes que decidir dónde están tus lealtades, —dijo él. —Yo soy tu jefe, por encima incluso de ser tu hermano, y si debo ordenarte que dejes en paz a ese hombre, lo haré. ¿Me obedecerás o no?

Su espalda chocó contra la puerta. Horrorizada, Caitlin se quedó mirando a su hermano. Que le pidiera algo así, de esa manera, era casi insoportable. Casi tan insoportable como darle la espalda a Farlan y prometerle que no volvería a verle.

Ser expulsada de su clan, ser rechazada por su familia... Caitlin por fin comprendía al menos parte del dolor que Farlan debió de sentir cuando lo proscribieron. ¿Cómo había sobrevivido a un acontecimiento tan desgarrador e insoportablemente doloroso? Ella sabía que no podría. Ella no tenía ni su fuerza ni su valor.

Así que Caitlin hizo lo que tenía que hacer, asintió con la cabeza.

—Sí, —susurró con la cabeza bajada, —te obedeceré. —Entonces la ira la invadió, levantó la vista y su mirada furiosa se clavó directamente en la de su hermano. —Pero nunca te perdonaré esto. Recuerda mis palabras, Blaine MacKenzie. Nunca, jamás te perdonaré.



Debería estar agradecido, pensó Farlan, de tener una celda entera por la que pasear, una ventanita por la que asomarse y una especie de colchón sobre el que tumbarse. Podría haber sido mucho

peor, podría estar muerto o, peor aún, donde su hermano estuvo, en aquel asqueroso agujero del suelo.

Su boca se torció irónicamente. A esto había llegado, a verse obligado a contar sus bendiciones en términos tan pobres, y a esperar y preguntarse cuándo podrían arrebatárselas.

Aún no llevaba aquí un día entero, y ya los confines de su celda empezaban a corroerle, a mordisquear su confianza y su paz mental. Las dudas, las frustraciones, las preguntas... Podía entender perfectamente por qué los hombres con frecuencia se volvían locos en la cárcel, incluso antes de que les fallara el cuerpo.

Ya echaba mucho de menos a Caitlin. Cómo anhelaba oír su voz, aunque se alzara con rabia mientras le reprendía por ser un patán testarudo. De hecho, incluso agradecería el interminable parloteo de Eógan sobre Dios.

En los últimos días, Farlan había descubierto cuánto había echado de menos la compañía humana, y la compañía de aquellos que se preocupaban por él, a los que podía llamar amigos. No era un hombre solitario por naturaleza. Sólo había intentado convencerse de que lo era porque no había tenido otra opción.

Farlan suspiró y sacudió la cabeza. Un buen momento para descubrir que ansiaba la compañía humana, cuando probablemente nunca volvería a tenerla, y sin embargo, tanto Caitlin como Eógan, afirmaban que Dios no sólo era misericordioso, ¡sino amoroso!

En la cámara de la guardia, fuera de la celda, se oyó el crujido de la puerta principal de la mazmorra al abrirse. Entonces Farlan creyó oír el suave murmullo de la voz de una mujer. Por un salvaje instante, se encendió la esperanza de que pudiera ser Caitlin, pero rápidamente se dio cuenta de que no era su voz. Probablemente fuera una sirvienta trayendo a los guardias la cena. Fuera cual fuera su propósito, no le importaba.

Una llave se encajó en la cerradura de la puerta de su celda. La puerta se abrió y tres guardias, uno de ellos con una ballesta cargada, se plantaron delante de él, que en respuesta se levantó.

—¿Sí?

—Sentaos, MacBean, —dijo Dougal, el guardia jefe. —Y, si os queda una pizca de sentido común, no nos causéis problemas.

Farlan decidió que obedecer era lo más sabio, y así lo hizo.

Con eso, el jefe de los guardias y otro más atravesaron la celda. Cada uno agarró a Farlan por un brazo y lo empujó hacia atrás hasta que estuvo contra la pared, para después ajustar a las muñecas los grilletes, unidos a unas cadenas sujetas por anillas a la pared.

—¿Es esto realmente necesario? —preguntó. —No es que pueda ir muy lejos, o al menos, no con una ballesta apuntando directamente a mi corazón.

—Lo es si vamos a dejar que la señora Ailsa se acerque, —dijo Dougal. —Su marido no está muy inclinado a confiar en que de otro modo no intentaríais otro secuestro.

—Oh, sí, y con un poco más de práctica, —dijo Farlan, —esta vez puede que tenga éxito.

El jefe de los guardias le dio un guantazo con la mano.

—¡Tened cuidado con lo que decís, MacBean! No vemos con buenos ojos que un tipo se escape con nuestras mujeres.

Con una mirada llena de odio al guardia, Farlan se limpió la sangre de la boca.

—¡Basta, Dougal! —Ailsa MacKenzie se apresuró a entrar en la celda. —No tenéis derecho a maltratar a un prisionero, y menos a uno que está encadenado a la pared.

El guardia principal retrocedió, haciendo a la esposa de pelo castaño del jefe MacKenzie una media reverencia de disculpa.

—Sí, mi señora. Perdonadme, pero no encuentro ninguna gracia en su actitud displicente. Necesita una lección de respeto, de verdad.

—Bueno, tal vez acabe aprendiéndolo mientras esté en el castillo. —Ailsa se acercó a donde Farlan estaba sentado en la cama y colocó su caja de suministros de curación a su lado. —Aunque no será hoy, estoy segura de eso.

Se volvió hacia los tres hombres.

—Ya podéis marcharos, no puede hacerme daño tan firmemente encadenado como lo habéis dejado.

—Pero, mi señora...

Con una sonrisa, Ailsa levantó una mano.

—Estaré bien, Dougal. Y, además, estás a una habitación de distancia, ¿no?

—Sí, mi señora.

El jefe de los guardias se inclinó una vez más y luego hizo un gesto a los otros dos hombres para que salieran de la celda y él les siguió la a la retaguardia.

—¿Dougal?

El guardia se volvió.

—¿Sí, mi señora?

—Por favor, cierre la puerta tras usted, si es tan amable.

Su boca se abrió, y por un momento pareció como si estuviera a punto de protestar por tal petición, pero asintió y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Ailsa se volvió hacia Farlan.

—Siento que os haya golpeado, pero debes tener cuidado, con esa lengua tan astuta que tienes. No sirve de nada bromear con otro secuestro, ya sabes.

—Sí, supongo que tienes razón. —Farlan inclinó la cabeza para mirarla fijamente. —¿Y puedo al menos preguntar por qué estáis aquí, señora?

Ella rio entre dientes.

—Parece que últimamente acabo atendiendo a todos los nuevos conocidos de Caitlin. Primero tu amigo el bardo, y ahora tú.

—Ah, mi herida. Os preocupáis demasiado por ella, de verdad.

—Bueno, puede que tras echarle un vistazo pueda disipar mis preocupaciones. —Ailsa hizo un movimiento hacia él, luego vaciló. —Con su permiso, por supuesto.

El alcance de Farlan con los grilletes fue suficiente para tirar de su camisa a cuadros. Tiró de la tela de lino hacia arriba y hacia atrás para revelar un vendaje de aspecto bastante lamentable envuelto alrededor de su torso.

—Estaba en mucho mejor estado, la venda al menos, cuando Caitlin me la puso por primera vez. —Sonrió con pesar. —Últimamente no soy de los que se cuidan.

—Salvaste la vida de mi marido y trajiste a Caitlin sana y salva de vuelta a nosotros, —dijo mientras abría su caja y extraía un pequeño par de tijeras. —Yo diría que, al hacerlo, no tuviste mucha oportunidad de pensar demasiado en ti.

Se encogió de hombros.

—Hice lo que tenía que hacer. Aunque os diré la verdad, no salvé a su marido porque él me importara, lo hice por Caitlin. Si yo no hubiera ido al río, ella lo habría hecho.

—Blaine mencionó que sospechaba que ése era tu verdadero motivo. —Mientras hablaba, Ailsa le soltó la venda que le rodeaba el torso. —No obstante, te agradezco desde el fondo de mi corazón, por lo bien que hiciste lo que hiciste, ya fuera por el motivo que fuera.

Al caer el vendaje principal, Farlan miró su herida. Para todo lo que la había hecho sufrir últimamente, tenía un aspecto sorprendentemente bueno. Los bordes estaban bien unidos; no había signos de supuración y el vendaje estaba seco.

—Creo que podré sobrevivir, —dijo, mirándola con una sonrisa.

—Sí, es probable, —respondió ella con una sonrisa en respuesta. —Caitlin se alegrará de saber que te estás recuperando.

La sonrisa de Farlan se desvaneció.

—¿Cómo está?

Ailsa levantó la vista.

—Le está yendo bien, aunque ahora está muy enfadada con Blaine.

Farlan frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

Se volvió hacia su caja, sacó vendas frescas, un cuenco, un trapo limpio y un frasco de agua.

—Le prohibió tener más contacto contigo. Parece que está un poco preocupado por el alcance de vuestra amistad.

Durante un largo momento, Farlan no respondió. De hecho, ¿cómo se suponía que debía responder a semejante afirmación? ¿Mentir y decir que no eran amigos, o decir la verdad?

Farlan no sabía si la verdad le sentaría bien al hermano de Caitlin.

Después de la mirada que Blaine le había enviado anteanoche desde el otro lado del fuego, Farlan temía que el otro hombre hubiera conjeturado mucho más de lo que le hubiera deseado.

Estaba llegando al punto de que ya no ocultaba muy bien sus verdaderos sentimientos por Caitlin.

—Estuvimos juntos durante un tiempo, un tiempo muy intenso, —dijo Farlan al fin. — Pero eso ya se acabó, su marido no debe preocuparse por mí.

—¿Y qué hay de Caitlin? —preguntó Ailsa mientras empezaba a limpiarle suavemente la herida. —¿Qué le digo?

Necesitaba andarse con cuidado con esta mujer. Era astuta, y los instintos de Farlan le advirtieron que buscaba algo, ¿pero el qué?

—No entiendo qué queréis de mí, señora. ¿De verdad os pidió Caitlin que hablarais conmigo?

—No. —Con el trapo en la mano, Ailsa levantó la vista. —¿Ya lo habéis olvidado? Ya no se le permite tener nada que ver con vos.

—Entonces, ¿por qué queréis saber qué debéis decirle?

La esposa de Blaine MacKenzie sonrió. Farlan tuvo la repentina sospecha de que estaba a punto de oír la respuesta a una pregunta que muy bien podría arrepentirse de haber formulado.

—Es muy sencillo, en realidad, —dijo la mujer de pelo castaño rojizo. —Está enamorada de ti, muchacho. Y, como su cuñada, me gustaría mucho saber cuáles son tus intenciones respecto a ella.

Capítulo 16

Hablaba como si él fuera un hombre pidiendo permiso para cortejar a Caitlin, pero tal posibilidad iba más allá de lo ridículo. Todo era una farsa.

El dolor se apoderó de él, retorciéndole el corazón en un cruel apretón. Y tras el dolor vino la ira. Ira porque, por encima de todo lo demás que había sucedido, ahora debía soportar también esta humillación.

—Sé que he cometido, con vos y con vuestro clan, una grave injusticia, —se sinceró Farlan entre dientes apretados, —y que nunca podremos ser más que enemigos, pero nunca habría pensado que fuerais de los que se burlan de un hombre y de su sincero afecto. Sea como fuere, voy a tranquilizaros para que terminéis lo que habéis venido a hacer y me dejéis en paz. —Se encontró con su gentil mirada la suya propia quebradiza. —No tengo intenciones hacia Caitlin. Puede que sea un tonto, pero no lo soy tanto como para imaginar que hay alguna posibilidad para nosotros. Además, como le he dicho una y otra vez, no tengo nada que ofrecerle a ella ni a ninguna muchacha. —Farlan rio sardónicamente. —De hecho, aprendí la lección la primera vez, cuando me atreví a amar a una mujer que nunca podría ser mía. Y ella murió por mi arrogancia.

Ailsa le miró fijamente, en silencio durante un largo momento.

—Pero la amas, ¿verdad? —preguntó finalmente.

Él no podía creer que ella persistiera en esto. La confusión le invadió. Su apariencia compasiva desmentía su insensible persistencia en un tema tan angustioso.

—Por indigno que yo sea, lo que siento por Caitlin es honorable y verdadero, y no debe ser ridiculizado por gente como vos, aunque sea de forma amable, —dijo Farlan en voz baja, mirando al suelo. —Así que, dejadme, si queréis. Por favor.

—No, no lo haré.

Levantó la vista, sorprendido. No había ira ni malicia en su mirada.

—¿Y qué más hay que decir? Ya os he dicho que no hablaré más de esto.

—Bueno, para empezar, —dijo Ailsa mientras dejaba a un lado el trapo y se volvía para sacar un pequeño frasco de su caja, —aún no he terminado de curar la herida. Todavía hay que aplicar un poco de ungüento de caléndula, y luego un nuevo vendaje. Y, por otra parte, aún queda mucho por decir.

No albergaba esperanzas de que Caitlin llegara a ser suya, pero esta mujer de ojos plateados era de lo más persistente en lo que pretendía. Farlan no pudo evitar sentirse intrigado. Aunque sólo fuera eso, mientras mantuviera sus emociones bajo estricto control de aquí en adelante, la conversación con ella sería al menos entretenida. Y no era como si tuviera otro lugar

a donde ir, o algo más que hacer, especialmente encadenado como estaba ahora a la pared.

—Entonces, adelante, —dijo, señalando a su lado. —Decid lo que queráis, os habéis asegurado de tener un público de lo más cautivo.

Ailsa sonrió en respuesta.

—Sí, lo he hecho, ¿verdad? Debo considerar una técnica así para usarla con Blaine, la próxima vez que se ponga a despotricar como una mula y no se detenga lo suficiente como para escucharme.

Se inclinó entonces para empezar a aplicarle una fina capa de ungüento en la herida. Su tacto era ligero, casi imperceptible. Farlan se encontró preguntándose cómo una mujer aparentemente amable e inteligente podía haber encontrado en su corazón la forma de amar a un hombre como Blaine MacKenzie.

—¿Cómo llegó una muchacha Sinclair a casarse con un MacKenzie? —preguntó al fin. —Por lo que siempre he oído, no es que los dos clanes hayan sido nunca los más íntimos amigos.

—Uy, eso se queda corto, —respondió ella riendo. —La verdad es que me entregaron a Blaine en un trato, con la esperanza de traer la paz entre los MacKenzie y los Sinclair. Fue idea de mi padre, sabía que no podríamos resistir mucho tiempo el poderío de los MacKenzie.

—¿Y lo deseabais así, un matrimonio de prueba durante un año?

—No. —Ailsa sacudió la cabeza, se echó hacia atrás y tapó el tarro. —Ni mucho menos. Y con mi reputación de bruja, por no hablar de ser una Sinclair, no era bien recibida en el castillo. Blaine también tenía sus propios problemas, ya que pronto tuvo que luchar por la jefatura y había quien deseaba su muerte. No estaba más feliz de tenerme aquí que yo de estar aquí.

—Sin embargo, ambos parecen bastante felices ahora. Con el matrimonio, quiero decir.

Ella guardó el frasco y se volvió hacia él con una venda doblada.

—Sí, muy felices. Es un buen hombre, y muy justo. Dadle una oportunidad, ya veréis.

La boca de Farlan se torció.

—Tenéis todas las oportunidades que deseáis. No voy a ir a ninguna parte a corto plazo.

—Supongo que no. —Ailsa le entregó la venda. —Si quiere, sostened esto sobre la herida mientras enrolla la tira de tela alrededor.

Él hizo lo que le pedía y ella no tardó en terminar.

—Listo. —La mujer de pelo castaño rojizo hizo una pausa para volver a guardar los suministros en su caja. —Ahora que ya hemos aclarado mi pasado, tengo algunas preguntas que haceros. Si no os importa, claro.

Farlan se encogió de hombros.

—No puedo decirlo hasta que oiga lo que deseáis saber, pero preguntad. La compañía de una bella dama es mucho más agradable que contemplar estas cuatro paredes.

—Vaya, qué rápido cambia vuestro humor, —dijo ella con una risita. —Hace sólo unos minutos me pedíais que me fuera.

Sonrió.

—Mientras no hablemos de Caitlin, no se me ocurren muchas cosas que no quiera discutir.

—Ese tema en particular ya ha sido tratado y mis preguntas bien respondidas. —Ailsa sonrió. —Así que no se preocupe, volveré sobre ello, aunque no hoy. —Hizo una pausa. —Tengo curiosidad, sin embargo, sobre el hombre mayor que vino con vosotros. Eógan es su nombre, creo.

Farlan asintió.

—Sí. Ahora es ermitaño, pero una vez fue monje en la isla de Iona. Sé muy poco más de él, salvo que me acogió cuando estaba gravemente herido. Entre las finas habilidades curativas de Caitlin y sus oraciones, sobreviví a lo que de otro modo seguramente habría sido mi fin.

—¿Y qué tiene que ver él en todo esto? Caitlin afirma que no estuvo de ninguna manera involucrado en el secuestro.

—Ella dice la verdad, Señora. No hay razón para que su marido siga reteniéndolo. Eógan no es una amenaza para nadie.

—Así se le convenció a Blaine, aun así, —Ailsa inclinó la cabeza para estudiarlo de cerca, —cuando se le hizo la oferta de liberarlo, la rechazó. Informó a Blaine, y muy apasionadamente, de que él, incluso más que vosotros, merecía este castigo. Y que no se iría hasta que vos también pudierais hacerlo.

El ceño de Farlan se frunció con perplejidad.

—Pero ¿cómo es eso posible? ¿Que se lo merezca incluso más que yo? No tiene sentido.

—¿Os gustaría verle, hablar con él un rato? —le preguntó. —Tal vez podríais sonsacarle las respuestas. De un modo u otro, todo esto parece girar en torno a vos.

—Sí, eso parece, —respondió él, y un presentimiento intranquilo comenzaba a enroscarse en su interior.

A medida que se alargaba el silencio entre ellos, Farlan se dio cuenta de que Ailsa seguía esperando su respuesta, pues se encontró con su mirada interrogante.

—Si me lo permite, me gustaría mucho hablar con él.

Se levantó y cogió la caja de suministros de curación.

—Blaine ya ha dado su permiso. Haré que lo traigan.

Levantó las manos y la cadena tintineó.

—¿Es necesario que esté encadenado en presencia de Eógan? Apenas corre peligro de ser atacado o secuestrado por mí, ya lo sabéis.

—Haré que los guardias os quiten los grilletes. No os los habría puesto ni siquiera para mi visita, pero Blaine no me dejaría veros de otro modo.

—Teniendo en cuenta mi reputación y mis recientes acciones, si hubierais sido mi esposa habría hecho lo mismo.

—Bueno, —dijo Ailsa riendo, —y tal vez sea porque los hombres no siempre juzgáis tan

bien el carácter de los demás como nosotras las mujeres.

—Quizás, señora. Quizás.

Diez minutos después, los guardias condujeron a Eógan a la celda de Farlan. El ermitaño no parecía mostrar ninguna consecuencia por su propio encarcelamiento, no obstante, una expresión preocupada brillaba en sus ojos. Farlan esperó hasta que la puerta de la celda estuvo cerrada y atrancada tras ellos, y después se levantó y se acercó al otro hombre.

—Venga, siéntate conmigo en la cama, —le dijo, volviéndose para indicarle el camino por el que había venido. —Hay cosas de las que tenemos que hablar. Y cuanto más lejos de oídos indiscretos, mejor, creo yo.

—Sí. —El ermitaño asintió solemnemente. —En efecto, hay cosas que han sido durante mucho tiempo no habladas, y que por fin deben ser compartidas.

Farlan volvió a su cama y se sentó. Por un momento, Eógan pareció dudar y luego, cuadrando los hombros, le siguió.

Una vez sentado, Farlan no perdió tiempo en ir al meollo de la cuestión.

—La noche en la hoguera dijisteis una cosa extraña. Cuando os sugerí que volvierais a la colina de Clachan, insististeis en que os quedaríais conmigo, que es donde deberíais haber estado hace tiempo, y luego la señora Ailsa me dijo que os ofrecieron la libertad y la rechazasteis, diciendo que merecíais ser castigado incluso más que yo. —Farlan le clavó una mirada acerada. —¿Qué queríais decir? No me debéis nada. De hecho, hasta aquella mañana que llegamos a vuestra cabaña, ni siquiera os conocía.

Eógan no dejó que Farlan encontrara su mirada y en su lugar la elevó hacia el cielo. Farlan tenía la clara impresión de que el hombre estaba elevando una rápida plegaria, pero para qué, no lo sabía.

—Lo que voy a contaros, os ruego que lo escuchéis hasta el final, —respondió finalmente el hombre mayor. —Escucha toda la historia, tanto si os gusta lo que os cuento como si no, es todo lo que os pido. ¿Podéis hacerlo por mí?

—Sí, —dijo Farlan con cuidado. —Supongo que no es una tarea demasiado onerosa.

El ermitaño sonrió con tristeza.

—Recordadlo, si queréis. —Hizo una pausa, inspiró profundamente y luego comenzó. —Estoy emparentado con vos por algo más que un simple parentesco de clan. Soy el mayor de tres hijos, y mis dos hermanos menores eran Balloch y Calan, soy tío de tu primo Gavin.

—Y también mi tío. —Farlan le miró sorprendido. —¿Pero por qué nunca me dijeron que tenía otro tío? Elegir una vida en Iona no es razón para no volver a hablar de ti.

—Mi esposa murió al dar a luz. —Eógan apartó la mirada una vez más. —La lloré durante mucho, mucho tiempo, pero cuando llegó el momento de considerar que, como tanista del clan con un Sire enfermo, debía engendrar hijos propios, sólo había disponible una muchacha para mí, pero por desgracia, era la esposa de mi hermano Calan.

Con una sensación de hundimiento formándose en sus entrañas, Farlan le miró fijamente.

—¿Vos... vos deseabais a la esposa de vuestro propio hermano?

—Estuve a punto de casarme con ella la primera vez, pero mi padre decidió que su dote era demasiado exigua y que era más apropiada para el segundo hijo. Así que en su lugar acepté la elección que tuvo para mí. Y fuimos felices, Dios bendijo nuestra unión, —suspiró. —Pero una vez que ella murió, mi corazón se volvió una vez más hacia la bella Muira. Además, no ayudó nada el hecho de que estuviera muy infelizmente casada con Calan.

—Por favor, continúa, —incitó Farlan, con la boca seca por la anticipación de lo que estaba por venir.

—Basta decir que la dejé embarazada, y que tú fuiste ese niño. —Eógan miró incrédulo a Farlan. —Durante un tiempo, Muira y yo consideramos dejar que Calan imaginara que eras suyo, pero no podía añadir más mentiras y engaños a la infidelidad hacia mi propio hermano. Cuando se lo conté a Calan, estaba muy enfadado, como era de esperar. Sin embargo, incluso más que por la traición de su esposa y de su hermano, estaba preocupado por su reputación, y probablemente también vio pronto la afrenta contra él como una oportunidad de conseguir el cacicazgo que siempre había codiciado. Así que Calan se ofreció a reclamaros y criaros como suyo, a cambio de mi palabra de renunciar al tanato y abandonar las tierras de MacBean para siempre.

—¿Y si no lo hacíais?

—No sólo se lo diría a nuestro padre, lo que probablemente habría supuesto la muerte del anciano, sino que también exigiría que se me castigara y, a parte, se negó a divorciarse de Muira. Así que, de un modo u otro, os habría tenido.

—Fue entonces cuando os marchasteis a Iona, ¿no? ¿Para buscar el perdón de vuestros pecados viviendo una vida de oración y penitencia?

—Sí. —El ermitaño asintió. —Y allí permanecí veinte años, hasta que se disolvió la abadía. Para entonces, mi padre y Muira llevaban mucho tiempo muertos. Aun así, aunque sentía nostalgia de mi hogar, al principio pensé en mantener mi voto, así que viajé a Irlanda, donde permanecí en otro monasterio durante seis años más. Con el tiempo, sin embargo, ya no pude ignorar la verdad del asunto. El Señor quería que regresara a casa y que afrontara las consecuencias de mis actos. Así que volví aquí, a Clachan Hill, hace dos años este verano.

Mientras Farlan escuchaba cómo se desarrollaba el relato, descubrió que su ira empezaba a aumentar. Su verdadero padre había regresado a casa seis o siete meses después de que Farlan fuera desterrado. Sin embargo, por difícil que hubiera sido para Eógan encontrarlo, no habría sido imposible.

Las cosas empezaron a encajar: la extraña expresión de Balloch cuando habían llegado a Dundarave, el rápido respaldo de Eógan cuando Kester había desafiado la presencia del ermitaño y los innumerables comentarios crípticos de Eógan.

—Así que, en los dos años transcurridos desde entonces, —dijo Farlan, —¿ni una sola vez os preocupasteis por descubrir cómo le iba a vuestro propio hijo!

—Vaya si me preocupé, —dijo el anciano con una risa amarga. —De vez en cuando, Balloch venía de visita, y yo le acosaba con preguntas sobre vosotros, pero también había dado

mi palabra, y por mísera que fuera después de lo que había hecho, sentí que al menos debía cumplirla. Y me sentía tan culpable, tan pecador, que de todos modos el resto de mi vida nunca sería tiempo suficiente para reparar lo que había hecho. De hecho, me pregunté por qué querríais vos conocerme a mi alguna vez, y mucho menos llamarme padre.

—Al menos podríais haberme dado la oportunidad de decidir cuando por fin me conocisteis. Pero incluso entonces, no lo hicisteis.

—Sí, podría haberlo hecho, pero una vez que empezasteis a recuperaros, no sabía cómo podríais tomaros esa noticia. Además, el momento nunca parecía adecuado. Teníais a la muchacha en quien pensar, y luego en vuestro hermano... —Suspiró. —Ya teníais suficientes cargas sobre vuestros hombros, no deseaba añadir aún más. Así que recé a Dios para que me mostrara el momento y el lugar adecuados, y parece ser que finalmente es ahora, aquí, en el castillo de los MacKenzie.

—Vuestro hermano me odiaba, —terció Farlan. —Siempre me pregunté qué le pasaba, que parecía que nunca podía complacerle. Me esforzaba mucho, una y otra vez, y nunca le importó, nunca me gané su amor. Y entonces, conocí a Nara...

Eógan sonrió con tristeza.

—En ese momento se cerró el círculo, ¿verdad? Los pecados del padre recayeron sobre el hijo y, de forma similar, ambos quedamos proscritos de nuestro propio clan.

—Sí, —dijo Farlan, con su furia ardiendo ahora como un fuego acre en su vientre, —pero podríais haber evitado que mi destino fuera un reflejo del vuestro, si hubierais tenido el valor de volver a por mí. Apenas conocí a mi madre, pues murió de fiebre cuando yo sólo tenía cinco años. Quizá si ella hubiera vivido... —Sacudió la cabeza. La amargura por lo que podría haber sido le llenaba. —Bueno, eso ya no importa, ¿verdad?

—Sí que importa, si tenéis en vuestro corazón la voluntad de perdonar a un viejo cobarde y tonto. Un hombre que ahora con gusto sería un padre para vos, si así lo deseáis.

Farlan vio el dolor, la súplica, la esperanza ardiendo en los ojos de Eógan. Pero en su corazón no había perdón, se lo habían sacado a golpes hacía años y no le quedaba nada que dar.

—Tuvisteis muchas ocasiones para haberos redimido, —dijo, y su voz se volvió grave y dura. —Pero cuanto más tiempo os manteníais alejado... —Por un momento, no pudo continuar. Bajó la mirada, con la garganta contraída por la emoción.

Finalmente, Farlan se encontró con la brillante mirada del otro hombre, igualmente llena de lágrimas.

—Dejadme, no puedo perdonaros. Ni ahora ni nunca.

Eógan abrió la boca para protestar. Farlan lo agarró por la parte delantera de la túnica, lo puso en pie de un tirón y lo empujó hacia la puerta.

—¡Guardias! —gritó, con la voz tan ronca que apenas la reconocía. —Llevaos a este hombre, hemos terminado con nuestra visita. ¡Guardias!



Una hora más tarde, Caitlin encontró a Ailsa en el almacén de curanderos. La mujer de pelo castaño rojizo estaba ocupada haciendo algunas decocciones adicionales con hierbas y flores recién cosechadas y, al principio, no se percató de la presencia de Caitlin. Sin embargo, un fuerte carraspeo llamó finalmente su atención.

—Anda, justo a tiempo para asistirme, —dijo Ailsa, levantando la vista. —Ven aquí, si quieres, y mantén firme el colador sobre la jarra mientras vierto esta agua hirviendo.

Caitlin tenía asuntos más urgentes entre manos que preparar pociones curativas, pero hizo obedientemente lo que se le pedía. Sin embargo, en cuanto Ailsa terminó y apartó la olla caliente, Caitlin se lanzó a preguntar.

—¿Cómo viste la herida de Farlan? ¿Se está curando por fin?

Su cuñada le lanzó una mirada oblicua.

—Sí, se está curando muy bien. No supura, ni se ha reabierto el corte.

Dicho esto, Ailsa volvió a su trabajo, dosificando cantidades adicionales de hierbas molidas en varios otros frascos pequeños. Caitlin esperó, con su impaciencia en aumento, con la esperanza de recibir más noticias sobre Farlan sin tener que realmente preguntarlas, pero sus esfuerzos fueron en vano. Era evidente que, si quería información iba a tener que ir al grano y exigirla.

—Así que, aparte de su herida, de la que me alegra mucho saber que por fin se está curando, ¿cómo le va? —preguntó al fin. —¿Está llevando bien su encarcelamiento? ¿Dijo algo de... de lo que esperaba que fuera de él?

Caitlin se detuvo, dándose cuenta de lo tonto y sin sentido que estaba sonando todo aquello. ¿Qué tan bien toleraría cualquier Highlander, nacido y criado en la libertad sin trabas de la montaña y la cañada, ser confinado en una celda oscura y fría?

—Jesús, —gritó frustrada, —¡sólo dime qué dijo y qué aspecto tenía! Estoy fuera de sí de preocupación por él y... ¡lo echo tanto de menos!

Ailsa paró de hacer lo que hacía, se acercó y cogió la mano de Caitlin.

—Él también te echa de menos, muchacha. Me di cuenta, aunque conseguir que admitiera algo de lo que siente por ti fue más difícil que sacarle una espina a un gato montés herido. Guarda sus sentimientos muy celosamente, especialmente las cosas más cercanas a él.

Las lágrimas picaron en los ojos de Caitlin.

—¿Me echa de menos? ¿Él dijo eso?

—No. —Ailsa sonrió y sacudió la cabeza. —No con esas palabras, pero una mujer se da cuenta. Hizo una pausa, su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una mueca. —También es un hombre muy encantador. Una vez que baja un poco la guardia, puedo ver por qué te sientes tan atraída por él.

—Nunca dije que me sintiera atraída por él.

Incluso mientras Caitlin pronunciaba la negación, un sonrojo delator calentó sus mejillas, y sólo empeoró ante la mirada cómplice que le lanzó su amiga.

¿De qué serviría no decir la verdad? Siempre había sido una mala mentirosa, y además nunca había sido capaz de engañar a Ailsa ni un minuto.

—Sí, me siento atraída por él, —concedió al final, bajando la mirada. —Más que atraída por él, a decir verdad. —Levantó la mirada. —Debéis pensar que soy una tonta una vez más por entregar mi corazón a un hombre tan poco apropiado para mí.

—¿Y es eso lo que piensas? ¿Que él no es adecuado para ti?

La tristeza se hinchó dentro de Caitlin.

—No en los aspectos que realmente importan, pero es un hombre desterrado de un clan proscrito. ¿Puedes pensar en algo más inadecuado para cualquier muchacha? Más aún para la hermana de un jefe del Clan MacKenzie.

—Cuando llegué por primera vez al castillo, hubo muchos que pensaron que yo era inadecuada para el tanista del clan, una humilde Sinclair y nada menos que sospechosa de brujería. Y tú, si mal no recuerdo, eras una de ellos.

Caitlin inspiró profundamente.

—Sí, fui una de esas, al menos durante un tiempo, ¡pero qué tontos fuimos todos!

—Quizá, con el tiempo, pueda decirse lo mismo de Farlan. Las percepciones pueden cambiar, si se les da tiempo y las oportunidades adecuadas.

—Es un buen hombre, Ailsa. —Caitlin miró profundamente a los ojos de su cuñada. —Es honesto y sincero, y no finge nada que no sea verdad. De hecho, ni siquiera se da cuenta de lo maravilloso que es, ni de que tiene amigos que no sólo se preocupan por él, sino que lo respetan.

Algo parpadeó en la mirada plateada de Ailsa.

—Hablando de amigos, ese hombre mayor, Eógan. ¿Sabías que Blaine le ofreció su libertad y él la rechazó a menos que Farlan fuera liberado también?

Caitlin frunció el ceño.

—No, no lo sabía, pero eso confirma lo que digo. Los amigos de Farlan, por pocos que sean, le son muy leales.

—Bueno, les he dado permiso para que se visiten durante un tiempo. Con suerte, eso mejorará un poco el humor de ambos, por no mencionar que responderá a algunas de las preguntas de Farlan sobre su amigo. —Ailsa recogió la olla. —Tengo que traer más agua caliente de la cocina. ¿Quieres acompañarme?

—¿Y qué preguntas podrían ser? —Caitlin se puso a la zaga de la mujer de pelo castaño rojizo mientras salía de la habitación.

—Supongo que hablarán del hecho de que Eógan no sólo se negara a marcharse hasta que Farlan fuera liberado, sino que además afirmara que él era aún más merecedor del castigo.

—Qué cosa tan extraña para que la diga un hombre santo.

—Sí, yo también lo pensé.

Con los pensamientos acelerados, Caitlin siguió a Ailsa hasta la cocina. Kristy estaba ocupada supervisando los últimos preparativos para la cena. Los sirvientes bullían de un lado a otro, llenando cuencos con verduras humeantes y fuentes con incontables mitades de pollos asados antes de entregárselos a otros sirvientes para que los llevaran al gran comedor. Mientras Ailsa se dirigía a la gran olla de agua que siempre se mantenía caliente en el hogar, otra sirvienta se apresuró a entrar, con una bandeja en las manos llena de platos y cubiertos.

—¡Qué pérdida de tiempo ha sido ese viajecito! —exclamó la muchacha a Kristy mientras dejaba la bandeja sobre la gran mesa de trabajo que tenía a su lado. —Ninguno de los dos quería comer nada de tan deliciosa comida, cualquiera diría que ambos son de la realeza, ¡en lugar de los villanos verminosos que son en realidad!

La cocinera jefe levantó la vista de la hogaza de pan recién horneado que estaba cortando.

—Bueno, estoy segura de que estar encerrado en una mazmorra acabaría por quitarle el apetito a cualquiera.

La sirvienta se rio.

—¡Uy, y eso no es ni la mitad! Dougal me dijo que antes casi habían llegado a las manos, con el más joven exigiendo que el mayor fuera escoltado fuera de su celda. Como si fuera un noble, les digo, dándose aires y dando órdenes a los guardias.

Las miradas de Caitlin y Ailsa se cruzaron. La preocupación brillaba en los ojos de Ailsa, y algo más que preocupación ardía bajo el pecho de Caitlin.

¿Farlan y Eógan a punto de pelearse? Eso no parecía propio de ninguno de los dos. Algo iba terriblemente mal.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, ignorando a Ailsa que le decía que esperara. Aunque Blaine le había prohibido el contacto con Farlan, no le había dicho que no pudiera visitar al ermitaño. De un modo u otro, antes de que acabara el día, Caitlin tenía la intención de averiguar qué había sucedido para abrir tal brecha de animosidad entre los dos hombres.

Capítulo 17

Dougal miró a Caitlin con recelo.

—Le ruego me disculpe, mi señora, pero no estoy seguro de que su hermano la quiera aquí abajo, y mucho menos visitando a los prisioneros.

—Blaine no quiere que visite a Farlan MacBean, —replicó ella, esforzándose por ocultar la exasperación que amenazaba con desbordarse en su voz. —No dijo nada de no visitar al ermitaño.

—Sí, pero...

—Y, puesto que Blaine ya se ha ofrecido a liberar al hombre, —se apresuró a insistir Caitlin, —no es que suponga ningún peligro para ninguno de nosotros.

—Sí, pero...

—Basta, Dougal. —Señaló hacia la puerta de la celda de Eógan. —Si Blaine intenta echarle la culpa, yo respondo por ti.

El jefe de los guardias expelió un suspiro de sufrimiento.

—Bien, como queráis, pero, para estar seguros, voy a ponerle grilletes, como hago siempre con el más joven. No me arriesgaré a que ninguno de los dos os ponga las manos encima.

—¡Es un hombre santo, Dougal! No necesitas...

El guardia levantó una mano silenciadora.

—Esas son mis condiciones. Si no os gustan, tendréis que discutirlo con vuestro hermano.

Fue el turno de Caitlin de suspirar.

—Como quieras, pero ve con cuidado con él.

Dougal cogió el gran llavero y se dirigió a la puerta de la celda de Eógan.

—Yo siempre soy el alma de la gentileza, mi señora. Pregunte a cualquiera de los prisioneros que pasan tiempo aquí abajo.

Cinco minutos después, Caitlin entró en la celda y encontró al ermitaño encadenado a la pared junto a su cama. Esperó a que el guardia jefe saliera de la habitación y le cerró la puerta en las narices con firmeza.

Aunque Dougal pudiera haber interpretado el acto como una grosería, Caitlin conocía su tendencia a escuchar a escondidas y luego difundir los cotilleos por todo el castillo. Y lo que ella tenía que decir a Eógan y él muy probablemente a ella, seguramente implicaba a Farlan, y nada

de eso era asunto de nadie más.

El hombre mayor se sentó en el rincón más alejado de su cama, o al menos tan alejado como le permitía la longitud de la cadena. Era suficiente, sin embargo, para ocultar su rostro en la sombra.

—¿Qué habéis oído? —Su voz sombría surgió de la oscuridad. —Supongo que la historia de lo que ocurrió entre Farlan y yo ya se ha extendido por todo el castillo.

Caitlin caminó hasta situarse frente a él. Incluso en la penumbra del rincón, los ojos azules de Eógan brillaban de forma especial. Lo que le indicó que lo que hubiera ocurrido antes había sido doloroso.

—No puedo decir hasta dónde ha llegado la noticia, pero oí por casualidad a la criada, que trajo las dos cenas sin tocar, quejándose de ello, y de que vos y Farlan tuvisteis una rencilla.

—¿Una rencilla? —Eógan soltó una risa inestable. —Bueno, supongo que es una forma de llamarlo. Ahora me odia, muchacha, y no quiere tener nada que ver conmigo nunca más. —Se le quebró la voz. —¡Oh, querido Señor, querido Señor! Cuando se trata de Farlan, ¿qué más puedo hacer mal?

El pavor se elevó hasta enredarse en el corazón de Caitlin. Sus manos se agarraron a sus costados. ¿Qué había hecho?

—¿Puedo sentarme a vuestro lado? —preguntó en su lugar, indicando la cama. —Sea lo que sea lo que ha pasado, preferiría que no fuera más allá de nosotros.

Él asintió.

—Como queráis.

Ella se sentó cerca, pero de cara a él.

—Ahora, contádmelo todo, —exigió Caitlin en voz baja. —No puedo ayudaros a ninguno de los dos si no sé lo que ha pasado.

—No, a mí ya no podéis ayudarme, —murmuró Eógan, mirando sus manos encadenadas. —Pero aunque no hay esperanza de ayuda para mí, quizá aún podáis ayudar a Farlan. De hecho, es probable que seáis la única que pueda, si es que alguien puede.

—Sabéis que haré todo lo posible. —Ella se acercó y cogió una de sus manos encadenadas. —Ahora, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

Él le apretó la mano y luego suspiró.

—Finalmente le dije la verdad. Que Calan nunca fue su verdadero padre. Que, en cambio, su padre era... yo.

Mientras Caitlin escuchaba el agónico relato de Eógan, sus emociones oscilaron entre la conmoción, la ira y la compasión por el anciano. Al mismo tiempo, su preocupación por Farlan crecía por momentos. ¿Nunca encontraría algo de paz y resolución en su vida, algo de felicidad?

—Debéis encontrar la forma de verle, de hablar con él, muchacha, —terminó de decir por fin el ermitaño, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —No quería dejarle a él ni a Muira. Os juro que no quería. Pe-pero no v-veía otro modo.

Enterró la cara entre las manos y empezó a sollozar.

Siempre había otra manera, pensó Caitlin, con su ira aumentando de nuevo. Era tan propio de algunos hombres huir cuando las cosas se ponían desagradables, en lugar de quedarse y luchar. David Graham también lo había hecho cuando había llegado el momento de comprometerse. Eógan había hecho lo mismo y había dejado que Muira, y finalmente Farlan, soportaran solos las consecuencias. Farlan, solo, había intentado quedarse y luchar por su Nara, hasta que fue expulsado de su clan.

Pero nada de esto serviría de ayuda a Eógan. Era evidente que había pagado un precio terrible por su desertión, por muy honorable que se hubiera convencido a sí mismo de que era en aquel momento. Ahora, lo único que le quedaba a él y a Farlan era encontrar alguna forma de reparar el daño. Si es que había alguna forma de reparar semejante abismo de dolor, intenciones equivocadas y oportunidades ya muertas hacía tiempo.

Al cabo de un rato, Eógan recuperó por fin el control de sí mismo.

—Le he fallado, lo he hecho en todo momento, —consiguió decir. —Quizá nunca debí decirle la verdad, pero había cargado con el secreto durante mucho tiempo y necesitaba enmendarlo, si era posible, y si él me lo permitía. Sin embargo, en vez de eso, lo único que hice fue herirle aún más profundamente que si nunca le hubiera dicho la verdad.

—Sí, le habéis causado a Farlan un gran dolor. No supisteis ser el padre que siempre necesitó, un padre mucho mejor que el que a Farlan le impusieron en vuestro lugar, y huisteis cuando hubiera sido más difícil quedaros. —Caitlin sacó un pañuelo de un bolsillo de su bata y se lo entregó a Eógan. —No obstante, al final hicisteis lo correcto. Y, por angustiada que fuera la revelación, Farlan necesitaba oírla.

Eógan se sonó la nariz, se secó las lágrimas y luego le sonrió irónicamente.

—No sois de las que suavizan las palabras cuando hay que decir cosas duras, ¿verdad?

—No, no lo soy, y a menudo ha sido mi perdición. —Ella le devolvió la sonrisa. —Tal vez siento que puedo decir esto porque, en estas últimas semanas, he aprendido sobre huir por mí misma, y lo fácil que es hacerlo en lugar de ver la mano del Señor en la vida y la gente que se nos da. A veces, quedarse es mucho más difícil que marcharse. Pero a veces, cuando huimos del dolor o de lo desagradable, al hacerlo, sacrificamos la oportunidad de crecer más cerca de Dios. Renunciamos a la cruz, que es y siempre ha sido, nuestra.

—Como me engañé a mí mismo imaginando que estaba haciendo lo mejor al dejarlos, —dijo el ermitaño con un gesto de pesar. —Y, aunque intenté, en el tiempo que pasé en Iona, ser un monje bueno y santo, nunca fue lo que el Señor realmente deseó de mí. No fueron sino mi propio miedo y orgullo los que me alejaron de donde realmente debía estar. Elegí el camino más fácil y mucho menos honorable.

—Erais joven. Pensasteis que hacíais lo mejor por Farlan cuando vuestro hermano os dijo que lo criaría como si fuera suyo, —dijo Caitlin, con la certeza y la comprensión hacia el joven e inexperto Eógan creciendo en su interior. No era tan difícil ponerse en su lugar, después de todo, ella misma había hecho lo mismo muchas veces.

—Creíais que estabais salvando a Muira de la vergüenza de que otros supieran de su

infidelidad. Alejaros, cuando sin embargo vuestro corazón os suplicaba que os quedarais. Debíó de ser lo más duro que habéis hecho nunca, pero lo hicisteis por amor, y por la esperanza de una vida mejor para las dos personas que más amabais.

—Sí, pensé todas esas cosas, —dijo cabizbajo el ermitaño. —Tenía buenas intenciones, pero aun así me equivoqué. Seguía siendo débil y tonto y, en última instancia, un cobarde.

—Pero ahora no sois ni débil, ni tonto, ni cobarde. Y no hay nada que ninguno de nosotros pueda cambiar sobre lo que ha pasado. Sólo queda el hoy, y el siguiente hoy, y el siguiente con el que lidiar. Y siempre hay esperanza. Esperanza en Dios y confianza de que Él traerá un fuego dentro de todos nosotros, para limpiar el orgullo y el pecado y llenarnos de nuevo con sabiduría. Con el perdón...

—Sí... confianza. Es el lema del clan MacBean, después de todo. —Eógan suspiró. —Decidme qué hacer, muchacha. Conocéis a Farlan mejor que nadie. ¿Qué puedo hacer para reparar el daño, para ganarme su perdón, si la oportunidad de ganar su amor no se ha esfumado ya para siempre?

—¿Que yo le conozco mejor que nadie?

Ante la ironía de aquel pronunciamiento, Caitlin casi rio a carcajadas. Si tan sólo Eógan supiera la verdad. Farlan era un libro cerrado, una fortaleza ferozmente guardada. De hecho, incluso ahora, Caitlin no estaba segura de cuál era su verdadera posición respecto a él.

Lo único que sabía era que le quería, y que su dolor era el suyo. Si hubiera alguna forma de poder brindarle consuelo y un oído dispuesto a escuchar su frustración y sufrimiento, lo haría. Pero incluso ese poco de socorro podría no ser suyo. No si su hermano continuaba en su inflexible negativa a permitirle ver a Farlan.

Sí, era irónico, pensó Caitlin, en el hecho de que a la persona a la que se le había permitido hablar con Farlan sólo le había causado más dolor, y a la que podría aliviarlo, aunque sólo fuera un poco, no se le permitía acercarse a menos de cien pies de él. Pero eso no era un gran consuelo para Eógan, cuyo corazón estaba destrozado por haber fallado tanto a su hijo como a su Dios. Tampoco resolvía nada de la propia frustración de Caitlin por haber sido apartada del hombre que amaba.

Se levantó de la cama para colocarse a su lado.

—No hay nada que podáis hacer por ahora, —dijo, con su resolución creciendo por momentos. —Por el momento, al menos, la responsabilidad es mía. Todo lo que podéis hacer, por los dos, es rezar. Rezad mucho para que el Señor despeje el camino, porque, —su boca se tornó en una sombría sonrisa, —eso es lo que hará falta para convencer a mi hermano de que me deje ver a Farlan.

Por alguna razón, a Caitlin no le sorprendió encontrar a Blaine y Ailsa esperándola en la sala de guardia, fuera de la celda de Eógan. Les echó un vistazo y se dirigió a la puerta principal del calabozo.

—Tenemos que hablar, —dijo por encima del hombro mientras se apresuraba a pasar junto a ellos, —y tiene que ser en privado.

Su hermano le lanzó una mirada inquisitiva, luego se encogió de hombros y se puso a su

paso, con Ailsa a su lado. Siguieron a Caitlin por el pasillo hasta que encontró un cuarto de servicio vacío, entró y se volvió para esperarlos. Ailsa entró la última y cerró discretamente la puerta.

No tenía sentido, decidió Caitlin, dar vueltas al tema que les ocupaba, así que no lo hizo.

—Supongo que Ailsa ya os habrá informado de por qué he venido, —dijo. Ante el gesto afirmativo de su hermano, continuó. —Hace poco, Eógan informó a Farlan de que él era el verdadero padre de Farlan, no Calan MacBean.

Blaine arqueó una ceja oscura.

—¿Ah, sí? Entonces, Kester sólo es hermanastro de Farlan, ¿no?

—Sí. —El asentimiento de Caitlin fue cortante. —La noticia fue, comprensiblemente, muy dolorosa para Farlan. De ahí que ahora no quiera saber nada de Eógan.

—Sí, es bastante comprensible. —Blaine hizo una pausa, mirándola atentamente. —Pero, ¿en qué nos atañe todo eso a mí y a ti, en todo caso?

—Estaba a punto de llegar a eso.

—Seguro que sí, —murmuró sardónicamente.

Ailsa puso una mano en el brazo de su marido.

—Escúchala, Blaine. Esto es muy importante para Caitlin.

Caitlin lanzó una mirada de agradecimiento a su cuñada y luego volvió a clavar los ojos en su hermano.

—Farlan es mi amigo. Por encima de todo y a pesar de todas las reservas en contra, es mi amigo, Blaine. Y, ahora mismo, está sufriendo un gran dolor y confusión. Quiero...

—No puedes verle. ¡Y esa es mi última palabra al respecto!

Ante su brusca interrupción, Caitlin rechinó los dientes de frustración. Querido Señor, pensó, ayúdame a hacerle comprender, ayúdame.

—Entonces tienes que reconsiderar tu última palabra, —dijo, y una repentina y pacífica convicción la llenó. —Aunque siempre serás mi hermano mayor, y yo tu hermana pequeña, ya no soy pequeña. Soy una mujer adulta y merezco ser tratada como tal.

—Aún tienes que demostrarme que tienes la madurez que espero de una mujer adulta, también en tu infalible mala elección de hombres.

—¡Blaine! —dijo Ailsa en suave protesta.

Levantó una mano en señal de advertencia a su esposa.

—Ailsa, ya es hora de que dejes de salir en su defensa. Una mujer adulta puede defenderse sola, —dijo, volviéndose hacia Caitlin. —¿O no puedes, muchacha?

Sintió que se le calentaba la cara. Con el orgullo herido, Caitlin abrió la boca para llamarle el patán arrogante y testarudo que era, cuando un pensamiento la paró en seco. Había pedido ayuda al Señor, y reprender a su hermano no era la forma de permitir que Él obrara a través de ella.

—Sí, una mujer adulta puede defenderse, —respondió, forzando una tranquila seguridad en su voz. —Y tienes razón, en el pasado, he elegido mal a los hombres, David Graham quizá sea el mejor ejemplo de todos ellos. Todo lleno de falsos halagos e intenciones vacías, tenía un buen nombre y modales, pero no había ni una pizca de honor en él. De hecho, era todo lo que no necesitaba en un hombre.

—Entonces, ¿qué necesitas, muchacha? ¿O acaso lo sabes?

—Pues sí lo sé —Caitlin sonrió, y la certeza de su conocimiento la llenó de una profunda alegría y satisfacción. —Por fin lo sé. Necesito un hombre de sentimientos profundos, de valor, honestidad y, sobre todo, honor.

Hizo una pausa para tomar aliento. —En el lugar más inesperado y de la forma más improbable, por fin he encontrado a ese hombre. Aunque todo en Farlan podría llevar a imaginar lo contrario, pues no se parece en nada a los demás. Llegar a conocerle me ha abierto los ojos a lo que realmente importa en un hombre, o en cualquiera para el caso. Estar con él me ha enseñado más de Dios y de su voluntad para mi vida que todos los buenos sermones que he escuchado los domingos. Y amarle me ha convertido por fin en una mujer. Una mujer que ahora sabe lo que realmente quiere y necesita.

Blaine la miró como si de repente le hubieran salido dos cuernos en la cabeza y una gran verruga en la nariz. Con el corazón palpitante, Caitlin le devolvió la mirada, negándose a acobardarse ante su sobrecogedora mirada y su intimidante presencia. Amaba a su hermano con todo su corazón, pero en el pasado le había tenido en tan alta estima que tarde o temprano se doblegaba a su voluntad.

Pero esta vez no. Esta vez, lo único que importaba era Farlan. Farlan, el hombre al que amaba y que seguramente estaba sufriendo y la necesitaba.

—Caitlin, —dijo al fin, —no deseo controlarte a ti, ni mucho menos tu vida. Sólo es que te quiero y deseo lo mejor para ti. Y, a pesar de todas las buenas palabras en su defensa, no puedo evitar pensar que estás cometiendo un error muy grande.

—¡Entonces déjame cometerlo, hermano! —gritó ella. —No podéis protegerme toda la vida, ni debéis hacerlo. Y si cometo un error, que así sea. Es mi derecho como mujer, como adulta, hacerlo. Pero no creo que esté cometiendo un error, pase lo que pase finalmente entre nosotros, nunca me arrepentiré de haber sido amiga de Farlan. Me ha dado tanto, que ya es hora de que le dé algo a cambio.

Blaine miró a Ailsa. Ella sonrió y asintió. Se volvió hacia Caitlin.

—Vale, te dejaré verlo, —gruñó, —y porque aún no he decidido qué voy a hacer con él. Sólo por esta vez, Caitlin, luego debes jurar no volver a acosarme con el tema.

La felicidad la inundó. Corrió hacia su hermano y lo rodeó con los brazos, dándole un abrazo exuberante.

—Bueno, no renunciaré a poder visitar a Farlan siempre que lo desee, —dijo, inclinándose hacia atrás para mirarle. —No puedo prometerte eso, pero te daré tiempo para tomar una decisión sobre él. Porque sé que, tarde o temprano, verás a Farlan como el buen hombre que realmente es.

Con suavidad, Blaine apartó un mechón de pelo que le había caído en la cara.

—Espero que tengas razón, muchacha. Por muy enemigo que sea, de corazón espero que tengas razón.

Ella le sonrió.

—La tengo, Blaine. Sé que la tengo.



Cuando la luz de la exigua rendija de la ventana empezaba a oscurecerse, Dougal, murmurando algo sobre que lo único que hacía hoy en día era preparar a los prisioneros para que rindieran pleitesía a los visitantes, entró en la celda de Farlan y rápidamente le volvió a meter los brazos en los grilletes y los cerró con llave. Farlan pensó de pasada en informar al jefe de guardia de que no le importaba mucho cortejar a más visitantes ese día, pero luego descartó la idea con la misma rapidez. Después de todo, lo único que probablemente obtendría por su impertinencia era el dorso de la mano del fornido guardia.

Además, no tenía por qué hablar con nadie si no lo deseaba. Y eso era algo que, con el mal humor que tenía en ese momento, desde luego no deseaba. Así que, con un suspiro, Farlan se echó hacia atrás para apoyarse en la áspera pared, apoyó sus brazos de hierro a su lado y cerró los ojos.

Incluso antes de que hablara, supo que era Caitlin. Había algo en el aire que la rodeaba mientras se acercaba a él, como si estuviera cargado, cargado con su presencia. Sintió como si su corazón fuera atraído desde su cuerpo hacia el de ella, hacia su legítima otra mitad, su alma gemela.

Sin embargo, si había algún momento en el que no deseaba verla, era ahora. Le dolía, se sentía desgarrado, y ya no estaba seguro de quién era ni de lo que quería. O incluso de lo que debía querer o merecía esperar.

—Si tienes una pizca de compasión por mí, —murmuró, sin atreverse a abrir los ojos, — darás media vuelta y te irás por donde has venido. No estoy... no estoy en un buen momento. No me encontrarás una compañía muy entretenida.

Se incorporó ante él y rio suavemente.

—¿Y en qué se diferencia eso de la mayoría de las otras veces que estuvimos juntos? Respóndeme a eso, Farlan MacBean.

¡Es tan bueno oír su dulce voz! pensó Farlan. Incluso ahora, incluso cuando aún era menos de lo que siempre se había imaginado ser.

Aun así, este breve momento con ella, antes de que la enviara por su camino, era sin duda un anticipo del cielo. Hasta ese preciso instante, no se había dado cuenta de lo profundamente y con qué intensidad la había echado de menos.

Exhaló un suspiro cansado y abrió los ojos. Caitlin estaba allí de pie, su esbelta figura a contraluz por la única y chisporroteante antorcha metida en su soporte de hierro al otro lado de la

habitación. Un anhelo de tocarla, de abrazarla, se apoderó de su corazón y lo retorció cruelmente.

—¿Que en qué se diferencia...? —Cuando Farlan empezó a repetir su pregunta, descubrió que apenas podía mantener la coherencia de sus pensamientos. —¡Oh, no tengo fuerzas para discutir contigo, muchacha! Ya has ganado. ¡Déjame en paz, te lo ruego!

—No, no te dejaré, ¡no después de haber luchado tanto para llegar hasta ti!

Ella dio dos pasos rápidos y ya estaba en la cama junto a él. En el instante siguiente, se había acurrucado contra él y le rodeaba la cintura con los brazos. Con un suspiro de satisfacción, Caitlin apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Sabes cuántas veces, en los últimos días desde que llegamos al castillo, —preguntó, —he soñado y deseado este momento? Te he echado de menos, Farlan. Te he echado mucho, mucho de menos.

No pudo evitarlo. La había echado de menos, le había dolido por ella, tanto o más. Aunque la longitud de la cadena que le ataba limitaba mucho los movimientos, fue suficiente para que pudiera subir un brazo y estrecharlo alrededor de su cintura.

—¿Y no te dije que me olvidarás? —preguntó roncamente. —Nada bueno saldrá de que suspires por lo que nunca podrás tener.

—Sí, nada bueno saldría de esos anhelos inútiles, —murmuró ella de vuelta. —Pero no lo son, Farlan. Sólo debemos confiar en el Señor y permitirle que haga lo que Él desea.

—¡Lo que Él desee! —No pudo evitar una risa áspera. —¿Sabías que mi verdadero padre es un hombre santo, un hombre que dice seguir la voluntad de Dios? Mucho bien hizo eso por él o por mí, un hijo ilegítimo a quien entregó a su brutal y medio loco hermano. Y ahora desea la absolución. Bueno, ¡que pida toda la absolución que pueda obtener de su Dios, porque nunca recibirá nada de mí!

—Lo sé, lo sé, —canturreó ella, apretándose aún más contra él. —Sólo debes confiar en el Señor un poco más, Farlan, y todo se aclarará. Todo fructificará y por fin tendrás la felicidad que tanto has buscado y que siempre, siempre has merecido.

—¿Y qué felicidad es esa, muchacha? —Las lágrimas brotaron de sus ojos y Farlan las apartó con fiereza. —Nunca podré regresar a mi clan, y en su lugar me pudriré en esta celda o seré juzgado y ejecutado. ¡Y ahora ni siquiera puedo reclamar al marido de mi madre como mi verdadero padre!

—Bueno, el hecho de que el Regente no fuera hijo del marido de su madre, sino del rey de Escocia, no parece haber sido un gran obstáculo en el ascenso del Regente a la posición más poderosa del país, —ofreció ella secamente. —Y a mí tampoco me importa. Lo que tu madre y tu verdadero padre eligieron hacer no te hace menos del hombre que siempre has deseado ser. Y tampoco te disminuye un ápice a mis ojos.

Farlan no pudo evitar un pequeño tic de una comisura de la boca.

—Bueno, entonces nunca has sido tan buen juez de carácter como imaginé que eras.

—¡Y tú eres tan grosero como siempre lo has sido, al menospreciar así mi juicio! —Caitlin se echó hacia atrás para fulminarle con la mirada.

—Te advertí, ¿no es así?, que no iba a ser muy buena compañía. ¿O es que se te pasó por alto esa pequeña advertencia?

—¡Excusas vacías, todas y cada una! Siempre fuiste un patán desagradecido. —La congoja le invadió. Había venido a ofrecerle consuelo porque le importaba, y él estaba siendo, en efecto, un patán desagradecido.

—Sí, eso soy, —dijo Farlan con tristeza. —Por favor, perdóname. Tú, más que nadie, te mereces algo mejor que eso.

Con lo que sonó como un suspiro satisfecho, Caitlin se acurrucó una vez más contra él.

—Sí, eso hago.

Se sentía tan bien, tan suave y cálida y femenina, pensó Farlan. Durante un rato, ninguno de los dos habló, y él se contentó con estar con ella. Probablemente, nunca volvería a pasar un rato así con ella.

Debía empaparse de cada sensación, de cada emoción y de cada palabra que cayera de sus labios para conservarlo durante la vida que le quedara. Para alejar la larga soledad que vendría, para apaciguar la oscuridad y la desesperación, y para fortificarle con el recuerdo de lo que había sentido, aunque sólo fuera por ese breve tiempo, al volver a ser amado.

Una vez más, las lágrimas agujonearon sus ojos. Esta vez, sin embargo, no pudo contenerlas. ¿Qué importaba? No le quedaba orgullo del que hablar. Cuanto antes le viera Caitlin como el hombre que era ahora, mejor para ella.

Farlan no pudo ocultar las lágrimas durante mucho tiempo. Probablemente algún instinto femenino, pensó con pesar, mientras ella se inclinaba hacia atrás y le tocaba la cara. Con ternura, le secó las lágrimas y luego, con un suspiro, volvió a abrazarlo. Él la agarró con fuerza.

—¿Sabes que te quiero, muchacha? —preguntó al cabo de un rato, con la voz cruda, áspera. —Con lo que eso pueda valer de mí.

—Sí, —exhaló ella, —creo que sí. Y, a su vez, con lo que pueda valer, yo también te quiero.

Tenía que ser suficiente, se dijo Farlan, esta alegría salvaje y elevada que sentía. Tenía que ser suficiente para toda una vida. Tenía que ser suficiente... y lo fue.

Permanecieron allí acurrucados durante un largo rato, mientras la oscuridad, salvo por aquella solitaria y chisporroteante antorcha, los envolvía lentamente en un pequeño mundo propio, pacífico y perfecto.

Capítulo 18

Farlan durmió bien aquella noche, la primera buena noche de sueño que había tenido desde que llegó al castillo. Se despertó con una sonrisa en los labios, pensando inmediatamente en Caitlin en cuanto su mente pasó de soñar con ella a la plena consciencia. Obstinado y hambriento de ella, se permitió permanecer en ese estado suave, cálido y agradable todo el tiempo que pudo. Que no acabó siendo ni de lejos el tiempo suficiente.

Primero, el guardia de turno entró con un cubo de agua para ayudar a Farlan en la realización de sus abluciones matutinas. Poco después, una criada de la cocina bajó una bandeja con bannocks, queso y una jarra de sidra. Farlan se dio cuenta de que estaba famélico y se terminó las sabrosas ofrendas en un tiempo récord.

Unas horas más tarde, la voz particularmente fuerte y chirriante de Dougal se oía en la sala de guardia exterior. Aunque Farlan no podía distinguir bien sus palabras, se daba cuenta de que el hombre estaba molesto. Esa percepción sólo se vio reforzada cuando una llave se introdujo de golpe en la cerradura de su celda y la puerta se abrió de un empujón.

En las manos del hombre había dos pares de grilletes unidos por un corto tramo de cadena. Un juego era obviamente para las manos, el otro para los tobillos. El segundo guardia le seguía de cerca.

Farlan se puso en pie.

—¿Voy a alguna parte esta mañana? —preguntó, observando los hierros en las manos de Dougal.

—Sí, así es. —El jefe de los guardias hizo un gesto hacia la cama. —Así que vuelve a sentarte y, si tienes una pizca de sentido común en ese grueso cráneo que tienes, no hagas ningún movimiento brusco.

—No tengo intención de causar problemas, —dijo Farlan mientras tomaba asiento una vez más. —¿Te importaría compartir conmigo, sin embargo, a dónde podría ser que me llevan?

—A la horca sería mi elección, si alguien se molestara en preguntármelo, —gruñó el hombre mientras cogía bruscamente una de las manos de Farlan y sujetaba y cerraba un grillete alrededor de su muñeca, luego hizo lo mismo con la otra. —Pero parece que tenéis un pequeño indulto. El jefe MacKenzie desea hablar contigo en el despacho.

Aunque Farlan era muy consciente de que la visita de Caitlin de la víspera había tenido que ser sancionada por su hermano, no dejaba de ser sorprendente que Blaine MacKenzie deseara ahora verle y hablar con él. La inquietud le invadió. Seguramente nada bueno saldría de este encuentro. Al menos, nada bueno para él y Caitlin.

Sin embargo, no había nada que hacer, salvo afrontar lo inevitable, por desagradable que fuera. Después de todo, era parte integrante de su vida. La última víspera no había sido más que un breve momento robado de un amor prohibido.

Los grilletes en torno a sus tobillos limitaban severamente su movimiento a un torpe y humillante arrastrar de pies. Eso debía complacer enormemente a Dougal, si la amplia sonrisa que le surcó la cara ante los primeros pasos de Farlan era un indicio. Negándose a darle más satisfacción al hombre, Farlan transformó su rostro en una máscara inexpresiva.

—Adelante, —dijo con calma. —Haré lo posible por no alejarme y dejarte mal en tu afán por reunirme con los MacKenzie.

Dougal lanzó un grito de risa y luego le hizo un gesto a Farlan para que saliera por la puerta.

—Yo intentaré por todos los medios no haceros tropezar “accidentalmente” en las escaleras. No es que esté haciendo ninguna promesa, ojo.

Aunque hubo más de una ocasión en que el jefe de guardia, acompañado de otros dos, casi hizo caer a Farlan a la hora de girar por un determinado pasillo o subir un tramo concreto de escaleras, llegaron a la puerta del despacho sin contratiempos. Un apagado “entrar” respondió al golpe seco de Dougal en la gruesa puerta de roble, y unos minutos después, tras arrastrar los pies a trompicones por el despacho, Farlan se detuvo ante una enorme mesa de roble con incrustaciones.

Blaine MacKenzie estaba sentado a su cabecera, con una pluma en un tintero, varios pergaminos enrollados y uno abierto ante él. Al ver los grilletes, frunció el ceño.

—No di orden de que me lo trajeran encadenado. —Echó hacia atrás su silla y se puso en pie, clavando una dura mirada en el jefe de la guardia. —¿Fue esto obra tuya, Dougal?

El hombre se puso unos tonos más pálido de lo que ya estaba.

—Es un criminal curtido, mi señor. No me pareció prudente arriesgarme a poner en peligro a nadie sólo para salvar el orgullo del bribón.

—Bueno, ahora no hay peligro. Por favor, quítale los grilletes. Luego déjanos.

—Pero mi señor, —protestó el otro hombre, —¿es prudente...?

—¿Insinúas que soy incapaz de protegerme? —espetó Blaine. —¿O es que te parece que me he vuelto blando desde que soy jefe?

—No, mi señor. —Dougal deslizó inmediatamente el llavero de su cinturón. —Sólo que no confío en éste. Es astuto y confabulador.

—Bueno, entonces pon dos guardias fuera, —dijo Blaine, la diversión brillando ahora en sus ojos, —para apaciguar las preocupaciones. Y si este hombre decide atacarme, me aseguraré de gritar lo bastante fuerte para que me oigan y vengan en mi ayuda.

—Sí, mi señor, —dijo el guardia mientras se arrodillaba y rápidamente abría y quitaba los grilletes de los tobillos de Farlan, luego se levantó e hizo lo mismo con los de sus muñecas.

—Ya puedes irte, Dougal, —dijo Blaine cuando el guardia principal continuó allí de pie.

—Y llévate los grilletes contigo, por favor.

Farlan nunca había visto al fornido hombre moverse con tanta rapidez al cruzar la habitación y salir por la puerta. Una vez que la puerta de madera se cerró sonoramente tras él, Farlan se volvió hacia Blaine MacKenzie.

Eran de estatura similar. Farlan se encontró mirando fijamente unos ojos marrones leonados que, a su vez, le miraban fijamente. Durante un largo momento, ambos hombres se tomaron la medida. Entonces Blaine le hizo un gesto hacia la silla de su derecha.

—Sentaos, si queréis. —Tomó asiento. —Tenemos mucho que discutir.

—Preferiría estar de pie.

—Pues yo preferiría que no lo hicierais. —Una vez más, la mirada de Blaine se endureció. —Y estoy seguro de que podéis entender mi falta de favor hacia otro hombre que se eleva sobre mí. Así que sentaos, por favor.

Farlan no veía el sentido de sentarse a la mesa como si los dos fueran iguales, como mínimo, era una farsa de primer orden. Pero también supuso que era mejor que estar de pie o, peor aún, verse obligado a arrodillarse ante uno de sus más acérrimos enemigos mientras estaba encadenado, y era evidente que Blaine MacKenzie estaba haciendo una especie de esfuerzo por tratarle con respeto.

—Como queráis, —murmuró y, retirando la silla, tomó asiento.

Permanecieron allí un rato, Farlan silencioso y hosco, Blaine callado y pensativo, y como único sonido de la habitación el tictac del reloj que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Finalmente, el jefe MacKenzie soltó un largo y lento suspiro.

—Parece que mi hermana os tiene en muy alta estima, —dijo, haciendo un amago con los dedos bajo la barbilla. —Ella afirma que sois inocente de los cargos de asesinato que se os imputaron hace más de dos años y medio, y puesto que nunca estuvisteis implicado en la matanza de los MacNab...

Hizo una pausa y su mirada se entrecerró.

—Aunque aún queda el asunto del secuestro de mi hermana y el intento de coacción para liberar al loco sanguinario de vuestro hermano. Oh, perdón, vuestro hermanastro ahora, ¿no?

El recordatorio de quién era su verdadero padre atravesó claramente el corazón de Farlan, que no pudo evitar hacer una mueca.

—Sí, mi medio hermano. Pero eso no cambia nada, de un modo u otro, sigo siendo un MacBean. Sigo siendo, al menos a vuestros ojos, un paria.

—Sin embargo, mi hermana os ama. Y vos aparentemente, al menos según Caitlin, la amáis. Lo que me pone en medio de una situación muy peliaguda.

Farlan sintió que la sangre le calentaba la cara. Maldecía a Caitlin por contarle a su hermano lo que para él había sido una declaración profundamente personal. Una declaración no destinada a los oídos de nadie más, y mucho menos para el jefe del Clan MacKenzie.

—No hay ninguna situación peliaguda, —gruñó, fulminando con la mirada al otro hombre.

—De hecho, nunca fue mi intención que ella lo supiera. Simplemente ayer no era yo mismo, y entonces ella vino a mí ...

—Sí, tal vez me equivoqué al permitírselo. —Blaine dejó caer las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. —Puede que ahora también me equivoque, pero por la fuerza de su convicción sobre vos, y el hecho de que nunca parecíais estar involucrado en los actos estúpidos y mal considerados que llevaron a vuestro clan a su fortuna actual, estoy dispuesto a daros una oportunidad para redimiros.

Sonrió irónicamente.

—Bueno, también está el hecho de que mi esposa me recordó una cosa llamada perdón, y que yo mismo tengo unos cuantos fallos por los que con frecuencia tengo que pedir perdón al Señor, y luego reparar. Como vos debéis reparar ahora por vuestra audacia al secuestrar a Caitlin, y vuestro insulto hacia mí al hacerlo.

Al escuchar a Blaine MacKenzie, Farlan se sintió como si, una vez más, estuviera en algún sueño despierto. La última víspera con Caitlin había poseído una cualidad fantástica por sí misma. Ahora, sin embargo, parecía como si su hermano le estuviera ofreciendo no sólo el perdón, sino también la oportunidad de enmendarse. Ofreciéndole la vida en lugar de la muerte.

—¿Qué pretendéis, Blaine MacKenzie? —preguntó con voz ronca. —¿Es esto algún truco, o sólo una broma cruel para quebrar mi espíritu? Por lo que os he hecho a vos y a Caitlin, merezco no sólo la cárcel, si no ciertamente la ejecución. Soy un MacBean, después de todo. Por decreto del mismísimo Regente, se espera de vos, es más, ¡estáis obligados a pasarme a cuchillo si alguna vez os encontráis conmigo!

—Cierto, si realmente fuerais un MacBean, —dijo el otro hombre asintiendo. —Pero como hombre desarraigado, realmente ya no formáis parte del clan MacBean, ¿verdad? Ésa era la intención al proscribirlos, ¿no?

Supuso que debía encontrar algún consuelo en eso, pensó Farlan. Como hombre desterrado, técnicamente estaba fuera de la proscripción del Regente. Pero, en el fondo de su corazón, seguía considerándose un MacBean y siempre lo haría.

No obstante, ¿qué había de malo en aceptar la laguna legal de Blaine MacKenzie? Por vergonzosa que fuera la reparación que adicionalmente su enemigo pudiera exigirle, también le daría la oportunidad de vivir para luchar un día más. Una oportunidad que el hombre sentado frente a él bien podría lamentar.

—Sí, esa fue la intención de mi padre, mi padrastro, —dijo. —Sin embargo, no veo cómo eso podría cambiar algo. ¿Qué precio podría pagar, salvo el de mi vida, que aplacara vuestra ira por lo que he hecho?

—Juradme lealtad durante un año. Aceptad servirme en todo lo que os pida. Y, al hacerlo, demostradme que sois realmente el hombre que mi hermana parece creer que sois.

Los ojos de Farlan se abrieron de par en par con incredulidad.

—¿Serviros? ¿Cómo? ¿Traicionando a mi pueblo?

Blaine rio suavemente.

—Eso sería inteligente, ya que conocéis una forma secreta de entrar y salir de Dunderave, ¿no?

—Kester puede estar loco, pero no es tonto. Conmigo bajo vuestra custodia, ¿creéis seriamente que se arriesgaría a refugiarse de nuevo en Dunderave?

Blaine se encogió de hombros.

—Puede que no. En cualquier caso, no es un problema, yo nunca os pediría que traicionara a los vuestros. Quiero vuestra lealtad dada honestamente, quiero que me demostréis que sois digno de mi hermana.

Farlan se quedó boquiabierto.

—¿Y eso qué importa? Nunca me daréis a Caitlin como esposa. De hecho, si yo fuera vos, ¡nunca me la daría como esposa!

Apoyando los brazos en los reposabrazos, Blaine se reclinó en la silla.

—¿Y eso por qué? ¿La golpearíais o le seríais infiel?

—¿Pegarla? ¡Por supuesto que no! ¿Qué clase de hombre creéis que soy?

Farlan se paró en seco. Esta discusión estaba siendo completamente inútil. Blaine MacKenzie estaba jugando con él, y ésa era la pura verdad.

—Deseáis que os compense, —dijo apretando los dientes, —y es justo. No tengo nada que perder, salvo quizá mi orgullo, por juraros lealtad o por trabajar para vos durante un año. De hecho, mientras me deis cobijo de las inclemencias del tiempo, comida adecuada para llenar mi vientre y, con el tiempo, tal vez una nueva tela escocesa para usar como ropa de vestir y de cama, estaré mejor a vuestro servicio que vagando por las colinas sin clan ni hogar al que llamar mío. Pero no pretendáis colgar ante mí la esperanza de tener alguna vez a Caitlin como esposa. Sabes tan bien como yo que eso es imposible.

—Puede que tengáis razón. —Blaine se encogió de hombros de nuevo y, mirando hacia abajo, acarició con los dedos el borde del documento de pergamino. —Pueden pasar muchas cosas en el transcurso de un año. Caitlin podría perder interés en vos, o vos en ella. Otro hombre mucho más adecuado podría pedir permiso para cortejarla...

—Tenéis razón, —dijo Blaine de repente, volviendo a levantar la vista. —Apenas merece la pena discutirlo.

Farlan asintió bruscamente.

—Entonces estamos de acuerdo, ¿no? ¿Os debo mi lealtad durante un año, y luego soy libre de seguir mi propio camino?

—Eso es lo que he dicho. En ese año, sin embargo, permaneceréis aquí y no iréis más allá de las fronteras de las tierras del castillo, a menos que yo os dé permiso personalmente.

Si alguna vez iba a haber un momento mejor para negociar todos los aspectos de este pacto, Farlan sabía que era ahora.

—El ermitaño Eógan.

Blaine arqueó una ceja.

—Sí, ¿qué hay de él?

—Quiero que se vaya de aquí. Liberadlo, enviadlo por su camino, pero que se vaya de aquí. No quiero volver a cruzarme con él.

—Eso suena un poco severo. Puede que se haya equivocado mucho en el trato que os dio en el pasado, pero aún es vuestro padre.

La palabra chirrió a Farlan como el molesto chirrido de una bisagra oxidada.

—No es un padre para mí. De un modo u otro, deseo librarme de todos mis padres.

El jefe MacKenzie pareció considerar la petición de Farlan, para por fin sacudir la cabeza.

—No, se queda o se va según desee. Eso no puede formar parte de los términos de nuestro acuerdo. Y si decide quedarse, y hay necesidad de que trabaje con vos, entonces debéis trabajar con él.

Deslizó el pergamino que se había extendido ante él hasta Farlan, y luego le ofreció una pluma mojada en tinta.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo en poner aún vuestra marca en este acuerdo o no? Es lo mejor que obtendréis de mí, o de cualquiera para el caso. A decir verdad, es probablemente mucho mejor de lo que os merecéis.

Farlan miró el documento.

—¿Así que mi palabra de que cumpliré este pacto no es suficiente?

—No, no en este caso concreto. Si no cumplís nuestro acuerdo, quiero pruebas irrefutables de todo lo que os ofrecí.

¿Pruebas irrefutables para quién? ¿Para Caitlin? ¿Pruebas de que su hermano había hecho todo lo que estaba en su mano para tratar con justicia, con honor, al hombre que ella amaba?

¿Era esto parte de algún trato que Caitlin había pactado con su hermano? Olía a su tacto, así era. La furia y la frustración invadieron a Farlan, y estuvo a punto de echarle en cara la oferta de Blaine MacKenzie. Pero eso sería obra de un tonto. Y él no era un tonto.

Después de casi renunciar a la esperanza incluso de sobrevivir, su hasta entonces sombría existencia había dado de repente un giro a mejor. Farlan tenía ahora la oportunidad de su vida. Nadie iba a quitarle eso.

Luego estaba la posible oportunidad de ver a Caitlin de vez en cuando. Un año más de estar cerca de la mujer que amaba, aunque fuera desde la distancia. A decir verdad, ése era el aliciente más dulce de todos...

No importaba que su hermano esperara que Caitlin, con el tiempo, perdiera interés en él. Farlan no podía culparle por buscar una forma más suave y amable de negarle a su hermana lo que ella imaginaba que quería pero que pronto se daría cuenta de que no era así. El tiempo, después de todo, era el sanador de la mayoría de las heridas, especialmente las del corazón.

El tiempo era también el espejo en el que uno, si se permitía mirar el tiempo suficiente, veía finalmente la realidad de un amor malogrado y sin esperanza.

Farlan cogió la pluma, dio la vuelta al pergamino y lo leyó rápidamente. Luego, satisfecho

de que los términos no contuvieran nada que no hubieran discutido ya, firmó con su nombre.



Durante las dos primeras semanas, por sugerencia tanto de Ailsa como de Caitlin, Blaine hizo que asignaran a Farlan un trabajo gradualmente arduo. Al principio, junto con Eógan, ayudó al secretario del castillo, pasando la mayor parte del tiempo copiando documentos. Tras unos pocos días en estrecho contacto con el ermitaño, que, por sus años en Iona, poseía impresionantes habilidades en caligrafía e ilustración de libros, el cada vez más azorado secretario rogó a Blaine que separara a los dos hombres antes de que la tensión entre ellos los volviera a todos locos.

A mediados de la primera semana, Farlan fue enviado a la cocina. Allí, llenó calderos con innumerables cubos de agua extraída del pozo, llevó otros innumerables cubos de desperdicios de cocina al basurero de la cocina, descuartizó pollos y luego los escaldó y desplumó, subió cestas de patatas y otros tubérculos de la bodega y lavó lo que parecían montañas de platos. La humillación de realizar semejante trabajo le mantenía firmemente encerrado en un rincón de su mente. Era su castigo, y el castigo, se recordaba Farlan una y otra vez, se suponía que debía ser desagradable.

No obstante, al final de su segunda semana estaba ansioso por dejar las tareas de la cocina y pasar a realizar trabajos ligeros en los establos. Alimentar y acicalar a los caballos, y luego fregar los establos, era mucho más de su agrado. Y la compañía de otros hombres, aunque le miraban con frío desdén, era preferible a las constantes risitas y cuchicheos, por no mencionar las tímidas miradas hambrientas de las criadas de la cocina.

También había menos oportunidades de cruzarse con Caitlin en los establos. Eso, se dio cuenta rápidamente, era a la vez una bendición y una maldición. Ella era el momento de luz de su día. También desencadenaba un anhelo tan intenso que incluso un encuentro inesperado le dejaba ansioso horas después. Deseando hablar con ella, tocarla, abrazarla y besarla.

No ayudaba que la expresión de Caitlin, cada vez que sus miradas se encontraban, estuviera igualmente llena de anhelo. Sin embargo, rara vez hablaba o lo saludaba abiertamente. Farlan no tardó en suponer que su conducta comedida debía de formar parte del pacto que había hecho con su hermano, para ganarse la oportunidad de devolverle sus ofensas.

Un año...

Al principio ese lapso de tiempo había parecido de poca importancia. Los días pasaban con suficiente rapidez, llenos como estaban de trabajo casi constante hasta que finalmente caía, satisfactoriamente agotado, en la cama cada noche. Sin embargo, cuando se trataba de su necesidad no correspondida de tener, una vez más, la misma cercanía que había compartido con Caitlin en el viaje a Dundarave, los minutos se convertían en horas, y las horas en meses. Y siempre estaba pensando en ello.

Probablemente no era más que otro aspecto de su castigo, pensó Farlan irónicamente una tarde, un mes después de haber regresado al castillo, mientras utilizaba una horca de madera para distribuir paja limpia en los establos recién barridos. Blaine MacKenzie era muy listo, y

seguramente conocía muchas maneras de doblegar a un hombre orgulloso.

Las tareas serviles, el trabajo de las mujeres, y la sumisión a un amo al que no sólo se odiaba, sino que se temía por lo que podía hacer a un pueblo mucho más débil y asediado, eran sólo algunos de los métodos. El anhelo no correspondido por una mujer que Farlan sabía que nunca podría tener, pero que veía constantemente, también carcomía su orgullo y su sentido de la hombría. Le hacía sentirse frustrado, impotente y tonto.

—Una vez que hayáis terminado de contemplar la consistencia de la paja, —una voz femenina familiar se alzó justo en ese momento desde detrás de él, —y hayáis terminado con vuestras tareas del establo, Ailsa desearía vuestra ayuda en el jardín de hierbas. Preferiblemente antes del atardecer, si sois tan amable.

Farlan se dio la vuelta. Caitlin estaba de pie en la puerta del establo, con una sonrisa tirando de las comisuras de una boca que luchaba por mantener severa. Tragó saliva con fuerza. Por primera vez en su vida, Farlan se encontró sin palabras.

No es que las palabras fueran precisamente lo primero que tenía en mente. Bebió de su presencia al verla como un hombre que se muere de sed. Su pelo de ébano fluía como una seda espesa sobre sus hombros y bajaba por su espalda. Sus ojos brillantes centelleaban como gemas. Y el vestido verde esmeralda que llevaba, sencillo y vaporoso, salvo por el encaje del escote y el ribete de los puños de las mangas, realzaba su esbelta figura a la perfección.

—Te... Te he echado de menos, —consiguió farfullar Farlan finalmente. —He echado de menos esa pequeña lengua de arpía que tienes y ese ingenio tan astuto. Pero, sobre todo, te he echado de menos a mi lado. Aunque entonces no me di cuenta, aquellos días en que fuiste mi cautiva fueron los más dulces de mi vida.

Sonrió con tristeza.

—Sí, así lo fueron para mí. Y te he echado de menos, Farlan MacBean. Te he echado de menos más de lo que puedo decir.

Tras eso se sumieron en el silencio, contentos con mirarse el uno al otro. Al fin, Farlan se aclaró la garganta.

—Em, así que la señora Ailsa te envió a buscarme, ¿verdad? ¿Fue intencionado, o simplemente no tenía a nadie más disponible para enviar?

Caitlin se rio.

—¿Y tú qué crees? Por supuesto que tenía intención de enviarme, sobre todo después de que yo se lo rogara. Sólo quería tener un momento a solas para hablar contigo.

—Entonces me alegro de que lo hiciera. —Farlan vaciló. —¿Cómo has estado, muchacha?

—Suspirando de amor por ti, pero por lo demás, me va bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mi herida está casi curada y mis fuerzas van volviendo con cada día que pasa. El trabajo es duro, pero la comida es buena y tengo un lugar cálido donde dormir por las noches. No me puedo quejar. —Sonrió. —Bueno, al menos no mucho.

—¿Has tenido ocasión de hablar con Eógan o has hecho ya las paces con él? Se niega a irse de aquí hasta que lo hagas.

Ante el inoportuno recuerdo del ermitaño, una amarga ira llenó a Farlan.

—¡Moriré y seré enterrado aquí antes de que vuelva a hablar con alguien como él!

—Farlan, tienes que encontrar alguna forma de perdonarle. Te comerá por dentro si no lo haces.

Volvió a esparcir el resto de la paja por el establo.

—Déjalo estar, muchacha. Por lo que a mí respecta, el hombre ya está muerto para mí.

—Eógan cometió un error, un terrible error, pero se merece una segunda oportunidad.

La risa de Farlan fue despectiva.

—¿Una segunda oportunidad? Y dime, ¿cuándo me han dado a mí una segunda oportunidad? ¿Cuándo, Caitlin?

—¿Cuándo? —Sus ojos destellaron de creciente ira. —¿Qué tal ahora mismo? ¿No es eso exactamente lo que mi hermano te está dando? Pero eso es diferente, ¿no? Tú mereces una segunda oportunidad, ¡y Eógan no!

Con eso, se agarró las faldas, se dio la vuelta y se alejó.

Cogido por sorpresa por su repentina marcha, durante un momento Farlan se limitó a verla marchar. Luego, en un torrente de energía renovada, recuperó sus facultades.

Tiró a un lado la horca y se apresuró a seguirla. Sin embargo, sólo llegó a la mitad del pasillo cuando otra voz, esta vez la de un hombre, le llamó suavemente desde un rincón sombrío de los establos.

—Farlan, espera, ¿quieres? Tenemos que hablar, ¡y hablar ahora!

Farlan se detuvo de golpe y se volvió en la dirección de la que había procedido la voz. De la oscuridad bajo el palomar y de detrás de las pacas de heno apiladas, salió un hombre. Era su primo, Gavin.

Capítulo 19

Los ojos de Gavin eran fosas ardientes en un rostro pálido y demacrado. Tenía el pómulos izquierdo gravemente magullado y el labio inferior partido e hinchado. Parecía agotado, extenuado, y Farlan supo instintivamente que algo muy malo había ocurrido.

Se apresuró hacia su primo, lo cogió del brazo y tiró de él hacia el saliente protector del establo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Sabes el peligro que corres al volver al castillo?

—¿Ah, sí? —La risa del bardo era temblorosa y teñida de histeria. —Bueno, no pareces ni en peligro ni prisionero. Y parece que las cosas van espléndidamente entre tú y Caitlin.

Si por Farlan hubiera sido, habría preferido no tener que explicar a su primo las disposiciones de su acuerdo con Blaine MacKenzie. Aunque poco a poco iba aceptando las condiciones de su servidumbre, aún había una parte de él que se sentía culpable, como si, al hacerlo, hubiera traicionado a su clan. No importaba que su clan le hubiera dado la espalda y ya no le importara si vivía o moría. Aún le quedaba su orgullo.

—Lo que hay entre Caitlin y yo, o por qué ya no estoy confinado en la mazmorra, —dijo en su lugar, —no es de lo que tenemos que hablar ahora. No estarías aquí si no tuvieras una razón, y apostaré a que esa razón no es traerme noticias felices. —El agarre de Farlan en el brazo de Gavin se tensó. —Así que, adelante. Escúpelo y acaba de una vez.

Con los hombros caídos, su primo apartó la mirada.

—Papá ha muerto.

—¿Muerto? —¿Balloch, el único hermano de los tres que había sido realmente como un padre para él? El dolor apuñaló a Farlan, clavándose claramente en su corazón. Su aliento se le atascó en la garganta. Luchó por respirar y tardó un rato en poder continuar.

—¿Cómo? —preguntó al fin con voz ronca, temiendo la respuesta incluso antes de oírla. —¿Cómo murió?

—¿Cómo si no? —Gavin clavó en él una mirada furiosa. —Kester lo mató.

—¡Oh, no! ¡¡No!!

En un arrebato, toda la fuerza se drenó de Farlan. Tropezó con el fardo de heno más cercano y se hundió en él, con los miembros temblorosos y las tripas revueltas. Sus manos se cerraron en puños.

—¿Por qué? —Farlan lanzó a su primo una mirada angustiada. —¿Por qué haría Kester algo así? Tu padre no era ninguna amenaza para él. Todo lo que quería...

—Todo lo que quería era un jefe digno para liderar el clan, —dijo Gavin cortante. —Todo lo que quería era que volvieras a casa y asumieras la posición que te correspondía. Pero no lo hiciste, ¿verdad? No tuviste corazón para luchar por nosotros. De hecho, una vez que pusiste tus ojos en Caitlin, ya no te importó nada más que tenerla. Así que nos diste la espalda, ¡desertaste de tu clan!

Mientras el otro hombre lanzaba acusación tras acusación contra él, Farlan se estremeció como si hubiera recibido un golpe tras otro. Todo lo que Gavin decía era verdad, no había querido ser jefe y había huido incluso de la consideración de tal tarea. Y, aunque Gavin se equivocaba al afirmar que carecía de corazón para luchar por su clan, también era realidad que no había luchado demasiado contra la oferta de los MacKenzie de permanecer en su castillo durante un año, pues le había venido como un respiro de la pesada responsabilidad de intentar salvar a un pueblo que casi parecía no querer ser salvado.

En otro sentido, su pacto con el hermano de Caitlin también le hizo ganar tiempo para estar con ella todavía un tiempo más. No estaba preparado para dejarla del todo, ni para siempre. No, se dio cuenta de pronto, ni siquiera por el bien de su clan podría dejarla.

La vergüenza se lo tragó. Vergüenza y desesperación. Farlan se inclinó y enterró la cara entre las manos.

—Lo siento, Gavin, —dijo, gimiendo las palabras. —Yo no pensé... ¡lo siento mucho, mucho!

—Desde que nos dejaste, Kester ha empeorado cada vez más. Sospecha que la mayoría de nosotros conspira contra él. Ha empezado a reunir un pequeño grupo de hombres a su alrededor como guardias. Apenas duerme, camina constantemente y pasa horas enteras maquinando con sus guardias, cuando no está enviando espías a lugares desconocidos.

—Hace dos noches, todo llegó a un punto crítico. Anunció que tenía noticias de que el Regente venía a hacer una visita al conde de Argyll. Anunció que planeaba tender una emboscada a lo largo de la ruta propuesta por el Regente a su paso por Hell's Glen y, cuando él y su séquito pasaran a caballo, matarlo.

Farlan levantó la vista y se volvió para mirar fijamente a su primo.

—¿Matar al Regente? Pero eso sería sin duda el último clavo en nuestro ataúd.

—Sí, —dijo Gavin, asintiendo. —Exactamente lo que padre le dijo, pero Kester se negó a dejarse disuadir. En la mente cada vez más perturbada de Kester, el Regente es el único culpable de habernos impuesto la proscripción, y debe ser castigado. Padre y Kester acabaron enzarzados en una discusión que, antes de que nadie pudiera detenerle, Kester terminó de repente desenfundando su dagg y disparando a Padre.

—Entonces enloquecí e intenté llegar hasta Kester. Por mis esfuerzos, sólo conseguí recibir una sonora paliza de sus hombres. Cuando acabaron conmigo, todos se rieron mientras me arrastraba hacia mi padre. Y, mientras Padre yacía moribundo en mis brazos, tu hermano llamó tranquilamente a sus guardias y se alejó.

La voz del bardo se quebró y comenzó a sollozar. Farlan se levantó, caminó hacia su primo y lo rodeó con sus brazos. Al cabo de un rato, Gavin pareció recuperar el control y empujó a

Farlan hacia atrás.

—No vivió mucho tiempo, —dijo su primo, apartando con rabia sus lágrimas. —Sólo hubo tiempo para una petición. Y esa petición era que te trajera de vuelta. Traerte de vuelta, porque ahora eres nuestra única esperanza.

Nuestra única esperanza...

Hace poco, Farlan se habría alegrado mucho de que le pidieran que volviera al clan, de ser considerado no sólo una persona de valor, sino la única esperanza del clan.

Pero ahora no. Ahora, su único valor residía en librarlos de un azote aún mayor. Si quería. Y, si no quería, ¿qué importaría en última instancia? Ya había estado muerto para ellos todo el tiempo.

—Si Kester se ha rodeado de guardias, —dijo Farlan finalmente, —será aún más difícil tratar con él de lo que era antes. Y si disparó a su propio tío, seguramente será aún más rápido en disparar a su odiado medio hermano, del que además teme que haya regresado para arrebatarse la jefatura.

—¿Medio hermano? —Gavin sonrió con tristeza. —Así que por fin lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, Eógan por fin encontró el valor para contarme la verdad. —Un pensamiento repentino le asaltó, Farlan hizo una pausa. —¿Y tú desde cuándo sabes la verdad y decidiste no contármela?

—Padre me lo dijo poco después de que partieras para llevaros a Caitlin de vuelta con su hermano. Hasta entonces, a petición de sus dos hermanos mayores, guardó el secreto. Pero una vez que te vio con Eógan, supo que sólo era cuestión de tiempo hasta que tu verdadero padre te lo contara. Tampoco quería que el secreto muriera con él. El secreto de que tú, incluso más que Kester, tienes tanto o más derecho a ser jefe.

—En realidad, —replicó Farlan secamente, —si hablamos de quien tiene más derecho, Eógan renunció hace tiempo a su posición de jefe. Así que, a falta de un desafío exitoso por parte de cualquiera de sus parientes, Kester es el sucesor designado por su padre, el último jefe.

—Bien, entonces eso sólo te deja a ti para desafiarle. Un antiguo monje y un bardo difícilmente son material para ser un jefe. Especialmente ahora, cuando hará falta un verdadero guerrero para arrebatarse el puesto a Kester.

La risa de Farlan fue desprovista de alegría.

—Entonces tenemos un problema, primo. Porque este guerrero no desea ser jefe, y mucho menos arriesgar su vida en una causa perdida.

—Sí, supongo que somos una causa perdida, ¿no? —sentenció Gavin, con la voz tensa por la furia. —¿Qué sentido tiene intentar reincorporarse a un clan proscrito, cuando uno puede tener ahora la oportunidad de ser admitido en el poderoso Clan MacKenzie? Y, al hacerlo, ¿quizá también ganar la mano de la bella Caitlin?

—No dudo por nada de lo que Blaine MacKenzie me ha ofrecido, y desde luego no me ha ofrecido la mano de Caitlin, ¡puedes estar seguro!

La frustración invadió a Farlan. Cómo podía hacer entender a su primo, cuando ni siquiera

estaba seguro de comprender las emociones que bullían en su interior. Lo único que sabía era que le molestaba profundamente que se esperara de él que sacrificara su vida por un clan al que nunca, salvo a unos pocos, le había importado si vivía o moría. Y esos pocos, con la muerte de Balloch, se habían reducido ahora a sólo Gavin.

—No queda nada para mí en el clan MacBean, —dijo Farlan, sabiendo que era verdad incluso por vergonzosa que fuera la admisión. —El clan nunca ha intentado censurar ni a Calan ni a Kester, y es un poder que siempre han tenido. Por lo tanto, no me importa si Kester termina la destrucción que su padre comenzó. Yo por mi parte por fin soy libre.

—Sólo tienes la sensación de ser libre, —dijo el bardo, con sus ojos brillando con una fuerza y una certeza que Farlan nunca había visto en él. —Lo único que haces, sin embargo, es engañarte Como yo, que por fin me di cuenta de lo que éramos. Me engañé a mí mismo aquella noche en casa de los MacNab al pensar que lo que hacíamos estaba justificado por el insulto que nos habían hecho. Y que, como no levanté una mano para hacer daño a ninguno de ellos, no era tan culpable como el resto del clan. Pero lo fui, Farlan. Desempeñé el papel que me dieron. Al hacerlo, les atraje a la trampa que supuso su destrucción. Maté por omisión, como seguramente harás tú.

Farlan quería apartar la mirada. Era más de lo que podía soportar, no podía ver la decepción en los ojos de su primo.

Habían sido amigos desde la infancia. Gavin había sido uno de los pocos niños que se atrevieron a arriesgarse al disgusto del jefe del clan haciéndose amigo del hijo despreciado. Y, tras su destierro, Gavin había sido el único vínculo que seguía uniéndolo al clan, reuniéndose periódicamente con él en un lugar secreto para llevarle noticias, comida y el dinero que Balloch pudiera ahorrarle.

Por todos esos actos, y más, Farlan siempre le estaría agradecido y siempre le querría.

Pero, a pesar de la amistad de Gavin y de los intentos de Balloch por protegerlo lo mejor posible de las crueldades de su hermano durante todos esos años de su crecimiento, no habían sido suficientes. Siempre había querido, necesitado, más. Y aquí, por inesperado e ilógico que pudiera parecer, Farlan había empezado a encontrar lo que había estado buscando toda su vida: paz, amor e incluso una oportunidad para amar.

—Quizá tengas razón, primo, —dijo al fin. —Tal vez me equivoque y me arrepienta de mi decisión. Pero, por primera vez en mi vida, tengo la capacidad de elegir. Y no estoy tan dispuesto a desechar eso por una oportunidad de superar a Kester, por un puesto que ni siquiera estoy seguro de querer. Pero tampoco hay razón para que vuelvas a ese avispero. Tu padre se ha ido, y pocos o ningún valiente de los que quedan allí es probable que te apoyen. Quédate aquí, el MacKenzie sigue necesitando un bardo. Una vez que te oiga tocar y cantar, olvidará rápidamente que eres un MacBean. Quédate, Gavin. Es una oportunidad para una vida nueva y mejor para los dos.

Por un fugaz momento, la indecisión parpadeó en los ojos del joven hombre.

Luego sacudió la cabeza.

—No. Alguien tiene que volver a desafiar a Kester. Alguien tiene que hacer que los otros se enfrenten finalmente a la verdad.

—Pero te matará, primo, —gritó Farlan, con la consternación inundándole. —No eres rival para él. De un modo u otro, te matará.

—Quizá lo haga. —Gavin se encogió de hombros. —Me arriesgaré, pero al menos lo habré intentado.

Farlan no sabía qué decir. De hecho, ya estaba todo dicho. Habían llegado a un punto muerto.

—Te esperaré junto a esos robles en Loch Awe hasta medianoche. Por si cambias de opinión, —dijo Gavin. —Pero no más de medianoche, Farlan. Kester planea tender la emboscada al Regente dentro de dos días, y yo tardaré más de un día de viaje en llegar a su nuevo escondite.

—No me esperes, Gavin. —Farlan logró una débil sonrisa. —No iré contigo. He terminado con ellos, para siempre.

—Puede que sí. —Su primo le agarró del brazo. —Y, si lo estás, que así sea. Aun así, yo esperaré.

Farlan puso su mano sobre la de Gavin.

—Cuídate, primo.

Se le cerró la garganta y no pudo decir más. En lugar de eso, Farlan soltó la mano del otro hombre y, desprendiéndose de ella, dio un paso atrás.

Gavin le miró durante un instante más, luego se dio la vuelta y salió de los establos.



Después de la cena de esa noche, Farlan fue asignado a dar de comer a los caballos, y luego de ver que todos estuvieran bien asegurados en sus establos para pasar la noche. Permaneció allí un rato una vez terminadas sus tareas, sabiendo que no le quedaba otra cosa que retirarse a su habitación subterránea. Y no estaba preparado para yacer allí en la silenciosa oscuridad, solo, con sus pensamientos por única compañía.

Sabía que el tiempo pasaría con interminable lentitud mientras contaba las horas hasta que llegara y se fuera la medianoche. Hasta que fuera demasiado tarde para alcanzar a Gavin, de que partiera hacia lugares desconocidos. Hasta que fuera demasiado tarde... demasiado tarde para cambiar de opinión.

El hecho de que estuviera prácticamente condenando a su primo a una muerte segura no era el problema. Farlan no se atrevía a dejar que fuera eso, pues Gavin debía tomar sus propias decisiones.

¿Y quién podía culparle realmente por elegir vivir? Después de tanto tiempo, se merecía aquello por lo que tanto había luchado todos estos años. Vivir y alguna pequeña pizca de felicidad.

No era ninguna vergüenza darle la espalda a su clan. Nadie sabría, salvo Gavin, si su primo viviría mucho más. De hecho, pensó Farlan con una sonrisa amarga, una vez que Gavin se

hubiera ido, nadie en su clan le echaría siquiera de menos.

En cualquier caso, todos habían sido engañados, Gavin, Balloch e incluso Caitlin, haciéndoles creer que su destino era ser el jefe de los MacBean. Desde su nacimiento, era Kester quien había sido preparado para asumir ese papel. Sin embargo, él no tenía ninguna formación para ser jefe. ¿Cómo podían esperar que un hombre que carecía de la más mínima orientación y estímulo hiciera lo que un hombre minuciosamente entrenado no podía ni hacer?

Con una firme convicción, Farlan también creía que hacía falta algo más que entrenamiento para ser un buen jefe. En lugar de orgullo, requería una humildad para admitir los propios defectos y esforzarse siempre por superarse. Requería una sabiduría que no se adquiere con palabras sino con la dura experiencia, con el sufrimiento. Y, en lugar de un sentido endogámico del derecho, requería una perseverancia y una resistencia implacables. Perseverancia para ir más allá, para inspirar en lugar de intimidar y para no dejar nunca de intentarlo.

Todos rasgos de los que Kester carecía. Sin embargo, rasgos que Farlan había aprendido para sobrevivir. Sobrevivir... y trascender lo que podría haberle convertido en el mismo tipo de hombre en que se había convertido su hermano.

Blaine MacKenzie, se dio cuenta Farlan, poseía todos los rasgos que hacían de él un buen jefe. Nunca había imaginado que admitiría tal cosa sobre un hombre al que una vez había considerado su más acérrimo enemigo, pero su opinión había sufrido un vuelco importante el día en que le había ofrecido aquel documento para que lo firmara. Había admitido no sólo fallos propios sino una fe en Dios que le ayudaba a ser un hombre mejor. Le había ofrecido a Farlan no sólo el perdón sino también la oportunidad de una vida mejor.

Había ido más allá cuando nadie habría esperado que lo hiciera. De hecho, pensó Farlan, es probable que hubiera muchos que cuestionaran su decisión, cuando no que incluso se burlaran de ella. Sin embargo, su amor por su hermana y por el Señor le había impulsado a hacerlo de todos modos.

El respeto a regañadientes que Farlan sentía por Blaine MacKenzie no era sino otra de las razones por las que no quería cabalgar con Gavin aquella noche. Le había dado su palabra al hermano de Caitlin de que no saldría de los alrededores del castillo sin su permiso.

Sin embargo, lo que Gavin le pedía que hiciera no era asunto ni responsabilidad de los MacKenzie. Era de los MacBeans, y sólo de los MacBeans.

Además, si Farlan pidiera permiso para regresar a su clan, estaría saliendo del ámbito protector que ofrecían a un hombre desterrado. Eso bien podría colocar a Blaine MacKenzie en una posición muy difícil, si no directamente peligrosa.

A muchos niveles, no había vuelta atrás si abandonaba el castillo esta noche. Aunque Gavin no podía comprender del todo el alcance del sacrificio que le pedía, era mucho, mucho más que arriesgar su vida. Sin embargo, Farlan también sabía que su primo se lo pedía porque era importante. Se lo pedía porque eran de la misma sangre y, en las Highlands, el amor y el compromiso con el clan de uno eran profundos, muy profundos.

Sólo tienes la sensación de ser libre..

En el momento en que Gavin las había pronunciado, las palabras habían calado hondo,

agudas y punzantes. Como también lo hacían ahora, al recordarlas. Su primo tenía razón, alguien tenía que desafiar a Kester, hacer que los demás se enfrentaran por fin a la verdad. Alguien tenía que intentarlo, y seguir intentándolo.

No importaba que pudiera ser una causa perdida. No importaba que se sintiera lamentablemente inadecuado para asumir el manto de jefe, si es que de algún modo conseguía derrotarlo. Todo lo que podía hacer era dar lo mejor de sí mismo, hasta que un hombre mejor diera un paso al frente. Y si ese hombre mejor nunca lo hacía, que así fuera. Todo lo que podía hacer era intentarlo y, como Blaine MacKenzie, cuando vacilara y fracasara, pedir perdón.

Con el corazón oprimido, Farlan salió del establo y caminó hacia la cálida noche estrellada de finales de junio. Aún faltaban varias horas para la medianoche. Sin embargo, había cosas que hacer y decir antes de que por fin pudiera partir. Y, probablemente mucho antes de lo que Caitlin habría esperado, ahora cumpliría su petición de este día.

Necesitaba hablar con Eógan.



En sus esfuerzos concertados por evitar todo lo que tuviera que ver con el ermitaño, Farlan no se había enterado de qué habitación había ocupado Eógan en la zona de dormitorios de los sirvientes. Afortunadamente, por fin encontró a uno de los criados que sabía dónde estaba acuartelado el anciano. El acto en sí de llamar a su puerta, sin embargo, fue más difícil de lo que Farlan había imaginado.

Varias veces levantó el puño hacia la puerta de Eógan, sólo para bajarlo de nuevo. Pero por fin, asqueado de su cobardía, Farlan se obligó a golpear suavemente la puerta. La expresión de la cara de Eógan cuando abrió la puerta y lo vio, casi hizo que la propia aprensión de Farlan pareciera cómica.

El hombre mayor palideció. Se quedó con la boca abierta, quieto, sin habla.

Se miraron fijamente durante tanto tiempo que la creciente impaciencia de Farlan finalmente venció a su propia reticencia.

—¿Vais a invitarme a entrar o preferís que hable de los asuntos de los MacBean aquí fuera, en el vestíbulo? —gruñó.

—Oh, sí. —El ermitaño dio un respingo y le hizo señas para que entrara. —Por favor, entrad, si queréis.

Farlan entró y se dio la vuelta. En cuanto Eógan cerró la puerta, le indicó que ambos se retiraran al rincón más alejado de su pequeña cámara. El hombre mayor se apresuró a acercarse.

—Iré directo al grano, —dijo entonces Farlan, bajando la voz. —Necesito vuestra ayuda.

Los ojos de Eógan se abrieron de par en par, pero asintió.

—Haré todo lo que queráis. Salvo, por supuesto, dejaros.

—Bueno, en cierto sentido, eso es exactamente lo que os pido. —Farlan hizo una pausa,

debatiéndose sobre la mejor manera de dar la noticia de la muerte de Balloch a su hermano. — Vuestro hermano ha muerto, asesinado por Kester, —soltó finalmente, sabiendo que no había ninguna forma con tacto de abordar un tema tan doloroso.

La sangre se drenó una vez más del rostro de Eógan.

—¿Cómo? y, lo que es más importante, ¿por qué?

Farlan respiró hondo y luego procedió a relatar los hechos a Gavin.

—Basta con decir, —dictaminó al fin, —que voy a volver con Gavin. Y ahí es donde se necesita vuestra ayuda.

—En acompañaros a los dos. —El ermitaño asintió. —Sabéis que ayudaré en lo que pueda.

—Al contrario. Necesito que os quedéis aquí. Al menos uno de los nuestros debe sobrevivir, por si el clan recupera alguna vez el sentido que al parecer perdió hace tiempo. Además, no puedo arriesgarme a informar a Blaine MacKenzie de mis intenciones de abandonar el castillo esta noche. Complicaría... mucho las cosas.

—Pero él podría ayudaros a superar a Kester, —dijo Eógan. —De hecho, probablemente le complacería sobremanera volver a capturar al tipo. Y eso podría resolver vuestros dos problemas: apartar a Kester de la jefatura de una vez por todas y aseguraros la supervivencia.

—Sí, eso haría. Pero también dejaría al Clan MacBean sin jefe de nuevo. Porque dime, ¿creéis seriamente que me tendrían como jefe, si los traicionara arrastrando a los MacKenzie en esto?

Los hombros del ermitaño se desplomaron.

—No, supongo que no. Nuestro maldito orgullo nunca soportaría tal humillación, ¿verdad?

—No, seguramente no lo haría. No después de todas las otras humillaciones que ha sufrido el clan en el último año.

—Es que no me gusta la idea de que Gavin y tú os enfrentéis solos a Kester. —Eógan sacudió la cabeza. —Tal vez si yo estuviera allí con vosotros...

—No hay nada que se pueda hacer al respecto. En caso de que fracasemos y Kester decida llevar a cabo su intento de asesinato, los MacKenzie deben estar al corriente del complot y estar en Hell's Glen para frustrarlo. Puede que sea el último servicio que Gavin y yo podamos hacer por el clan: salvarlos de ese último y más fatal de todos los errores. Pero, para hacerlo, necesitamos ayuda.

Eógan suspiró.

—Sí, supongo que el Señor nos ha encomendado a cada uno la tarea para la que somos más aptos.

—No temas, —dijo Farlan. —Lo vuestro no es tan fácil como pueda parecer. Tenéis que convencer a Blaine MacKenzie de que mi inesperada marcha no forma parte de algún plan para atraerle a una emboscada, en lugar de al Regente. Cualquier hombre que rompe su palabra, como me están obligando a hacer, no es uno por el que la mayoría arriesgaría su vida. —Expulsó un suspiro frustrado. —Me temo que, al final, todos nuestros esfuerzos, y nuestras vidas, podrían ser

desperdiciados.

—Caitlin me creará. Primero conseguiré su ayuda para convencer a su hermano.

Farlan consideró eso un momento, luego asintió.

—Sí, esa podría ser la mejor manera. —Vaciló. —¿Le diríais algo de mi parte?

—Si así lo deseáis...

Farlan odiaba revelar cosas de naturaleza tan personal, especialmente a un hombre al que aún no podía encontrar en su corazón la forma de perdonar. Pero era la única opción, y no quería que Caitlin imaginara que la había utilizado para conseguir su libertad, o que la había abandonado voluntariamente.

—Decidle, si me hacéis el favor, que nunca la abandonaría salvo en una situación tan desesperada. Y decidle que estuve tentado, muy tentado de no hacerlo en ningún caso. Y que la amo y siempre la amaré.

—Creo que, en el fondo de su corazón, ella lo sabrá sin que yo siquiera tenga que decírselo, —dijo el ermitaño. —Aun así, le llevaré el mensaje. Os agradezco que me hayáis confiado a mí algo tan vital. Sé que si hubiera habido alguien más que pudierais haber elegido para la tarea, lo habríais hecho.

—Tal vez. Pero también sé que, independientemente de mis sentimientos personales hacia vos, harás lo mejor para el clan.

Una dolorosa decepción brilló en los ojos del hombre.

—Sí, eso haré. Os doy mi palabra.

—Bueno, es probable que sea hora de que me vaya. No quiero arriesgarme a perderme a Gavin. —Farlan se volvió, luego vaciló cuando le asaltó un pensamiento. —Si consigo echar a Kester, dile a MacKenzie que lo sabrá por la falta de MacBeans en Hell's Glen dentro de dos días. Si es así, decidle que le estaré esperando en Dundarave. Y que, jefe o no, volveré con gusto al castillo para cumplir el año que me juré darle.

Algo de emoción se encendió en los ojos del ermitaño.

—Se lo diré. Y le diré también que, sea cual sea el resultado, mi hijo es un hombre entre los hombres. Y que estoy muy, muy orgulloso de él.

Farlan miró a Eógan directamente a los ojos.

—Gracias, —dijo al fin, temiendo que decir más abriría los bastiones largamente guardados de su corazón.

En lugar de eso, sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Capítulo 20

Caitlin acababa de terminar su desayuno cuando llamaron a la puerta de su alcoba. Mientras ella tragaba el último bocado de su bannock con queso y luego escurría su taza de té, su criada se apresuró a abrir la puerta. Hubo un momento de conversación indistinta, y tras ello la mujer se volvió.

—Es el ermitaño, mi señora, —dijo, volviendo a mirar a Caitlin, que estaba sentada en el asiento de la ventana, con la bandeja del desayuno en el regazo. —Dice que es muy urgente que hable con vos. Y que sea ahora.

Una onda de premonición atravesó a Caitlin. “Farlan”. Algo había ocurrido con Farlan.

—Entonces hazle pasar, por favor. —Mientras hablaba, Caitlin dejó la bandeja a un lado y se levantó.

Eógan entró y se acercó para colocarse ante ella. —Necesito hablar con tu hermano, mi señora, y me gustaría que estuvieras allí cuando lo haga. ¿Vendrás?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. El tiempo es esencial.

Ella le miró atentamente.

—Esto tiene que ver con Farlan, ¿verdad?

Él asintió.

—Con Farlan y con mucho más.

La mirada urgente de sus ojos lo decía todo.

—Se ha ido, ¿verdad?

La respuesta que ella temía fue dura pero sincera.

—Sí.

El dolor la atravesó. ¿Farlan se había ido sin decírselo ni llevársela con él? ¿Cómo podía ser? Una y otra vez, por mucho que alguno de los dos hubiera intentado lo contrario, el Señor siempre los había vuelto a unir.

—Volverá, —dijo, luchando por creerlo. —Ya lo veréis, volverá.

Una compasiva comprensión brilló en los ojos del hombre mayor.

—Si es la voluntad del Señor, y si Farlan vive... sí, yo también creo que volverá. Volverá gracias a vos.

El padre de Farlan le tocó la mejilla.

—Me dijo que os dijera que nunca os habría dejado de no ser por una situación tan grave. E incluso así, estuvo muy tentado de no hacerlo. Y que os quiere y siempre os querrá.

Las lágrimas inundaron los ojos de Caitlin.

—Debería haberme ido con él. Las cosas siempre han salido mejor cuando estamos juntos.

—Esta vez no, muchacha. Esta vez, Farlan va a enfrentarse a Kester y necesitará todas sus facultades concentradas en esa onerosa tarea. Esta vez, vos habríais sido una distracción que no podía permitirse. —Eógan logró esbozar una débil sonrisa. —Se habría preocupado demasiado por vos y por vuestra seguridad, en vez de por Kester.

Sabía que Eógan decía la verdad, pero seguía siendo muy difícil dejar que Farlan se fuera solo. Si moría, y lo último que ella le había dicho se lo había dicho con rabia...

Caitlin expulsó un pequeño suspiro resignada y asintió.

—Pongámonos en camino entonces.

Recogiéndose las faldas, se dirigió hacia la puerta, Eógan la seguía. Mientras caminaban por el pasillo, Caitlin se volvió hacia su compañero.

—Aunque Blaine sale temprano la mayoría de las mañanas para ocuparse de las tareas del día, —dijo, —normalmente los domingos, antes de ir a la iglesia, pasa una o dos horas más con su familia en la intimidad de su alcoba. Esperemos que aún esté allí. Si no, puede que tardemos un tiempo en rastrear el castillo en su busca.

—Rezo para que así sea hoy, mi señora.

Llegaron a la puerta de la alcoba de Blaine y Ailsa. Caitlin golpeó la puerta con fuerza y urgencia. Su impaciencia crecía a pasos agigantados mientras esperaba que alguien respondiera, y los segundos parecían transcurrir con una lentitud enloquecedora. Por fin la puerta se abrió y mostró a Blaine.

Con una mirada inquisitiva en los ojos, se quedó mirándola fijamente.

—Y bien, ¿cuál es el motivo de la visita de ustedes dos? —Incluso mientras lo preguntaba, algo pareció cambiar en su mirada. —Es Farlan, ¿verdad? ¿Qué ha ido a hacer?

—Lo que tengo que decirle, mi señor, —intervino Eógan antes de que Caitlin pudiera responder, —es mejor hablarlo en privado. Y lo antes posible.

Blaine vaciló, luego se apartó y abrió la puerta de par en par. —Adelante entonces. Ailsa está aquí, pero no hay nada que no podáis decir en su presencia.

Caitlin y Eógan se apresuraron a entrar. Blaine cerró la puerta tras ellos.

—Ailsa, tenemos invitados, —llamó a su mujer.

Con Chalmer en brazos, salió de detrás de un biombo. Cuando vio las expresiones solemnes de los rostros de Caitlin y Eógan, su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —Miró de Caitlin a Eógan, y viceversa. —Es Farlan, ¿verdad?

Caitlin miró al ermitaño.

—Será mejor que se lo digas y acabemos de una vez.

Eógan respiró hondo.

—Kester mató a su tío, mi hermano, y pretende tender una emboscada al Regente en su viaje para visitar Argyll en menos de dos días. Farlan se fue para intentar detener a Kester.

—Oh, no, —susurró Caitlin. —Kester seguramente se ha vuelto loco, para planear un acto tan terrible. Farlan está en una situación aún peor de lo que imaginaba.

Ailsa se acercó para unirse a Caitlin.

—Ven, muchacha, —dijo, deslizándolo su brazo libre alrededor de la cintura de Caitlin. —Estás tan pálida como un fantasma. Ven, sentémonos.

Ella se dejó conducir hasta el banco situado a los pies de la cama de su hermano y su cuñada, donde se hundió agradecida en él. En efecto, se sentía mareada. Mareada de miedo por Farlan.

—Así que apenas aguantó un mes, —oyó decir a Blaine, con furia en la voz, —antes de que ya no pudiera soportar estar aquí. Aguantó justo el tiempo suficiente para que bajáramos la guardia y dejáramos de vigilarle tan de cerca.

—Tenía que irse, mi señor. Kester debe ser detenido. Farlan es el único que puede hacerlo, si es que alguien puede...

—Rompió su palabra. No hay nada más que decir.

La exasperación, teñida de ira, despejó la cabeza de Caitlin en un tiempo récord. Se puso en pie de un salto y caminó a grandes zancadas hasta situarse frente a su hermano.

—¿Estás sordo además de obstinadamente decidido a encontrar fallos donde no los hay? —exigió, agarrando el brazo de su hermano. —¡Farlan volvió para impedir que Kester asesinara al Regente! Y la única forma en que podía hacerlo era luchando contra él por la jefatura, una jefatura que ni siquiera ha querido nunca.

—Podría y debería haber acudido a mí primero, —gruñó Blaine. Me dio su palabra de que no abandonaría el castillo sin mi permiso. Mi permiso, Caitlin. No el tuyo, ni el de Eógan, ni el de nadie más. ¡Mío, y sólo mío!

—Sí, eso hizo, mi señor, —intervino Eógan. —Pero lo que hay entre él y Kester es asunto de los MacBean, no de los MacKenzie. Él no necesitaba ni quería su ayuda. De hecho, sólo habría empeorado las cosas.

—No tan peores como serán ahora. —Con una mirada sombría, Blaine sacudió la cabeza. —Nunca debí confiar en él. Y nunca volveré a hacerlo.

—Bueno, eso es harina de otro costal, y mejor guardarlo para más adelante. —Sin inmutarse, Eógan se encontró con la ardiente mirada de Blaine. —Lo que se necesita ahora es que usted y sus hombres se dirijan a Hell's Glen para garantizar la seguridad del Regente. Porque si Farlan no consigue detener a Kester, entonces sólo tú serás quien pueda frustrar la emboscada.

—¿Y quién dice que la emboscada no irá dirigida a nosotros en su lugar? —Preguntó Blaine. —Tal vez todo esto no sea más que parte de un complot urdido por Farlan para vengarse

de mí. ¿Pensasteis en eso, MacBean?

—Sí, tanto Farlan como yo pensamos que podríais sospecharlo. Pero no es cierto, mi hijo nunca se habría ido de aquí salvo por la más funesta de las razones. —Eógan miró a Caitlin. —Tenía demasiado que perder como para marcharse de aquí de otro modo.

Ante la mirada de comprensión del ermitaño, los ojos de Caitlin volvieron a llenarse de lágrimas.

—Le dejé ayer, furiosa y acusándole de haber recibido una segunda oportunidad, pero sin querer dársela a vos. Pero lo ha hecho, ¿verdad, Eógan? Acudió a vos, habló con vos y os confió esta terrible responsabilidad. La responsabilidad de convencer a mi hermano de que Farlan dijo la verdad, y de que Blaine necesita ahora prestar atención y actuar según vuestras palabras.

El hombre mayor sonrió con tristeza.

—Sí, lo hizo. Y le dije que estaba orgulloso de él. Muy, muy orgulloso.

—Eso no me hace inclinarme a arriesgar mi vida o la de mis hombres. Puede que estéis orgulloso de vuestro hijo, —dijo Blaine, —pero para mí no es más que un mentiroso y un embustero.

—Blaine, eso no es justo.

Ante la inesperada intromisión de su esposa en la conversación, Blaine se volvió hacia ella.

—¿Justo? He sido más que justo con ese hombre, Ailsa. ¡Y así es como me lo paga!

—¿Y qué habrías hecho exactamente, si hubieras sido tú en vez de él el que estuviera en tales apuros? —preguntó ella, moviéndose a su lado. —¿Habrías involucrado a otro clan en lo que era asunto de los MacKenzie? No recuerdo que pidieras ayuda cuando luchabas tanto por mantener el puesto de jefe.

El rubor sonrojó las mejillas de su marido.

—No era asunto de nadie más. Además, tenía las cosas bajo control.

Ailsa rio entre dientes.

—Sí, eso hiciste, salvo cuando casi moriste envenenado y, entre medias, casi me queman en la hoguera. Pero, sea como fuere, ni una sola vez pediste ayuda, ni dentro del clan ni fuera de él. Y Farlan es un hombre tan orgulloso e ingenioso como tú.

—Tampoco es un mentiroso ni un embustero, —añadió Eógan acaloradamente. —Dijo que os dijera que si conseguía derrocar a Kester, lo sabríais por la falta de MacBeans en Hell's Glen dentro de dos días. Y, de ser así, Farlan os esperaría en Dundarave para entregarse de nuevo a vuestro control por el año restante que os debía.

—Ah, sí. —La risa de Blaine fue despectiva. —Me lo imagino rindiéndose a mí si es, para entonces, el jefe MacBean. Bajo los términos de la proscripción, eso sería probablemente una sentencia de muerte para él, y bien que lo sabe.

—No obstante, me dijo que se lo dijera.

Por primera vez, la indecisión parpadeó en los ojos de Blaine. La esperanza se hinchó en Caitlin.

—No puedes hacer nada para ayudar a Farlan en su intento de apartar a Kester del poder, —dijo, mirando a su hermano. —Cosa que al menos por fin está intentando remediar, después de provocar la desafortunada situación que todo empezó cuando me secuestró por primera vez. Sin embargo, puedes creer a Farlan cuando te advierte de lo que podría ocurrirle al Regente si no consigue detener a Kester. Y en eso sí puedes hacer algo al respecto. Puede que lo pierda todo en este valiente, pero probablemente inútil, sacrificio suyo, —continuó Caitlin, apretando el brazo de Blaine. —Al menos hónralo, y a mí en mi elección de este hombre bueno y noble, haciendo lo que te pide. Por favor, Blaine. Por favor.

Él la miró.

—¿Aún puedes pedir esto, sabiendo que arriesgas mi vida y la de nuestros hombres al hacerlo? ¿Estás segura de que no hay la más mínima duda sobre este plan en tu mente?

Ella se encontró con su penetrante mirada y él a su vez con una alegre. No podía estar con Farlan para luchar a su lado. Pero, sin embargo, podía luchar por él.

—Confío en Farlan no sólo con mi vida, —dijo Caitlin, su convicción brillando en sus ojos y resonando en su voz, —sino con todas nuestras vidas. No tengo ninguna duda de que lo que dice es cierto. Ninguna duda en absoluto.



Esta vez, Kester sí decidió refugiarse en los escudos de verano de Ben Vorlich, en lo más profundo y seguro de las tierras de Sinclair. Era el punto de parada perfecto desde el que realizar la cabalgata de medio día hasta Hell's Glen, pensó Farlan mientras urgían a sus monturas a subir por el terreno cada vez más elevado. También era un buen lugar para esconderse entre los Sinclairs que ya empezaban a subir su manso y desgreado ganado a pastar en los exuberantes pastos de verano.

Sin embargo, Farlan sabía muy bien que la presencia de otro clan no disuadiría a Kester de luchar contra él o matarlo. Eso era asunto de los MacBean, y nada en lo que a otro clan le importara implicarse.

Además, se recordó a sí mismo, mientras él y Gavin cabalgaban más allá de los rediles de ganado y las pequeñas casas cubiertas de tepes, que la comunidad de verano estaba formada principalmente por mujeres y niñas que ordeñaban las vacas y hacían queso y mantequilla, y por muchachos que se encargaban de arrear el ganado cada día hasta las parcelas de hierba fresca y luego traerlo de vuelta a los rediles de ganado cada tarde. Los hombres adultos Sinclair escaseaban, estaban allí principalmente como protección, para hacer reparaciones, cazar y ayudar con el ganado más difícil.

Aunque iban vestidos con anodinas telas escocesas, no tardó mucho en encontrar a sus compañeros de clan. De hecho, atrincherados en las cabañas del lado más alejado del emplazamiento temporal, desde su posición ventajosa a mitad de la cañada, sus compañeros de clan se percataron de la llegada de los recién llegados antes de que Farlan y Gavin los descubrieran. Un grupo de unos diez hombres se puso inmediatamente en marcha en su

dirección.

—Supongo que ya no hay vuelta atrás, —dijo Farlan.

—Ni yo quiero, —murmuró su primo cabalgando a su lado. —Ya es hora de que Kester renuncie a su puesto de jefe. Ni una sola vez lo ha utilizado para el beneficio del clan, como tampoco lo hizo su padre antes que él.

—Si los acontecimientos no van a mi favor, —Farlan lanzó una rápida mirada a su primo, —y puedes escapar, hazlo. De nada sirve que ambos muramos hoy.

Gavin soltó una carcajada aguda.

—¿Y adónde iría? ¿A pedir refugio a Blaine MacKenzie?

—Es un hombre misericordioso, primo. Y, a efectos prácticos, serías un proscrito del clan. —Farlan hizo una pausa. —También podrías ayudarlo a localizar a Kester. Sabrías, mejor que nadie, adónde podría ir después.

—Me estás pidiendo que me vuelva traidor contra mi propio clan, Farlan.

—Sí, en cierto sentido lo hago. —Suspiró. —Pero fuimos la causa del regreso de Kester al poder. Parece justo que también seamos parte de quitarle ese poder. Si fracaso, sólo quedas tú. Y no podrás hacerlo sin ayuda, y ayuda poderosa.

—Mejor que no pienses en fracasar, —dijo Gavin entre dientes apretados mientras sus compañeros de clan se acercaban. —Mejor que te enfrentes a todos ellos como el hombre elegido, venido a salvarlos de su loco jefe.

Farlan sonrió y echó la rienda a su caballo.

—Eso haré. Aun así, siempre es mejor tener un plan de respaldo.

Geordie MacBean, un hombre grande y fanfarrón y primo lejano de ellos, se detuvo ante ellos justo en ese momento.

—Así que has decidido hacernos una visita, ¿verdad, Farlan? Sin embargo, tú hermano no estará nada contento, puedes estar seguro.

—No más contento de lo que yo estaba, —respondió Farlan con calma, —cuando me enteré de que había disparado a sangre fría a nuestro tío.

—Así que el pequeño Gavin fue a chivarse, ¿no? —El labio de Geordie se curvó con sorna. —Bueno, le irá mal haberlo hecho.

—¿Y en eso se ha convertido nuestro clan en mi ausencia? —Farlan balanceó la pierna sobre su caballo, bajó de un salto y caminó hasta encontrarse cara a cara con Geordie. —¿En matones cobardes que disparan a hombres desarmados y golpean a los que no están entrenados en las artes guerreras? Si es así, me he mantenido alejado demasiado tiempo y he eludido lo que siempre ha sido mi destino.

El otro hombre se quedó mirando a Farlan un momento más, y luego desvió la mirada.

—Bueno, ya veremos lo que realmente os depara el destino. Acompañadnos. A Kester no le gusta que le hagan esperar.

Farlan hizo un gesto en dirección a la colina.

—Adelante, entonces. Estoy tan ansioso por reunirme con él como él parece estarlo conmigo.

Se pusieron en marcha, los otros miembros del clan yendo tras ellos. A su paso, las mujeres y los niños hacían una pausa en su trabajo para mirar.

Farlan mantuvo la mirada clavada al frente. Ahora que el momento que tanto había evitado estaba casi aquí, sus emociones se agitaban en su interior. Quizá el camino hacia este día le había sido trazado hacía mucho tiempo, en la rivalidad de la infancia que Farlan siempre se había preguntado por qué y de la que siempre había salido perdedor. Pero esa sumisión pasada había sido su propia elección, pues no había visto otra opción que tomar.

Hoy, sin embargo, había llegado el momento de enfrentarse a su hermano. Ya no quedaba ningún padre al que complacer, al menos ningún padre reticente, ni ninguna razón para ceder ante su hermano mayor.

Sólo quedaba la esperanza de salvar a su clan de una retribución mucho peor. Sin embargo, aunque consiguiera matar a Kester y hacerse con el mando del clan, Farlan no sabía qué más podría hacer por ellos. Al final, quizá lo único que les quedaba era ayudarles a vivir el resto de sus días con honor.

Su boca se torció con ironía. ¿Era siquiera posible? ¿Podría permitirse que el hombre que la mayoría consideraba un asesino despreciable, sin importar si superaba a Kester en este día, liderara alguna vez el clan?

Tal consideración parecía tan imposible, tan inconcebible, que seguramente requeriría algún tipo de intervención Divina incluso para tener éxito. Una intervención Divina que tanto Caitlin como Eógan habían afirmado durante mucho tiempo que era la razón por la que finalmente había llegado este momento. Tal vez fuera la voluntad de Dios. A fin de cuentas, Dios era sin duda su única esperanza.

Ya no era tan orgulloso como para no aceptar la ayuda del Señor. Esperaba haber ganado un poco de sabiduría en el tiempo de su destierro, y especialmente en las últimas semanas que había pasado con Caitlin... e incluso con Eógan.

El arrepentimiento le inundó. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, Farlan lamentaba no haber ofrecido su perdón a su padre. Ahora que quizá nunca tuviera la oportunidad de corregir esa omisión.

Por mucho que le costara admitirlo, Farlan se había sentido inexpresablemente conmovido por la declaración del ermitaño de que estaba orgulloso de él. Por fin, había oído las palabras que tanto había anhelado oír.

Al menos, Farlan había amado y había sido amado por Caitlin. Habían pasado demasiadas cosas como para saborear de verdad el tiempo que habían pasado juntos y, sobre todo, desde que por fin habían hablado de su amor. Aun así, había consuelo, y cierta paz, en recordar lo que habían compartido.

Ella le había ayudado a volver a sentirse valioso, a sentirse un hombre. Nunca había estado tan vibrantemente vivo como cuando estaba con ella. Pero, sobre todo, ella le había ayudado a

ver que el verdadero honor, a pesar de cualquier oposición, residía en hacer lo que uno sentía en su corazón que era lo correcto.

“Sé que le he dado la espalda durante mucho tiempo, Señor.” Farlan no pudo evitar rezar en silencio. “Sé que no tengo derecho a pedirte ayuda ahora. Pero no te pido tanto por mí como por mi pueblo. Están tan perdidos, siguiendo a un líder que es tan indigno de ellos. Tráigales, por fin, un líder que se merezcan. Y si no soy yo, al menos traiga a alguien que sea digno.”

“Pido, también, una oportunidad para ver y hablar con mi padre de nuevo. O bien darle el regalo de saber, al menos en su corazón, que le he perdonado. Y pido un poquito más para mí, también, si Vos queréis, pido que pueda estar con Caitlin por última vez y agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Pero si nada de esto es Tu Voluntad, entonces que así sea. Sólo déjame al menos morir en Tu misericordia y perdón. En Tu amor...”

De una choza en el centro del pequeño círculo de viviendas colina arriba, Kester salió justo en ese momento. Sus ojos brillaban con una luz salvaje y enloquecida. Llevaba un dagg en el cinto y en la mano empuñaba una claymore. Armado como estaba sólo con su cuchillo, Farlan se preguntó si pronto le atravesaría el corazón una bala de pistola o una espada.

—No has vuelto para nada bueno, ¿verdad, hermano? —gritó Kester cuando Farlan aún estaba a varios metros de distancia. —Bueno, tu oportunidad de huir se ha acabado. Has estado presionando para luchar contra mí todos estos años. Hoy lo harás o morirás. —Se rio. —En efecto, morirás tanto si luchas contra mí como si no.

Farlan se detuvo a unos metros de él.

—Lucharé contra ti, y con mucho gusto. Ya es hora de que te desafíen a una batalla por la jefatura del clan. Llevas demasiado tiempo en el cargo y lo has hecho muy mal.

Extendió las manos para que todos lo vieran.

—Sin embargo, necesito un arma más adecuada que mi pequeña daga. A menos que penséis dispararme de inmediato con esa pistola, lo que iría en contra de la tradición del clan en una lucha por la jefatura, ¿puedo sugerirte que la dejes a un lado? En su lugar, resolvamos esto con la espada.

Kester liberó su dagg y se lo entregó a uno de sus guardias que se había acercado para colocarse a su lado.

—Un disparo de pistola sería demasiado piadoso para gente como tú. Prefiero rebanarte poco a poco hasta que te haya matado lenta y muy dolorosamente. Necesitas que tu orgullo se reduzca, al mismo tiempo que yo reduzco tu carne.

—Dale tu espada, —le espetó Kester a otro guardia que llevaba una claymore a la espalda. —He permitido que este cobarde llorón viva demasiado tiempo ya.

El mango de la claymore se sintió bueno y sólido cuando el hombre la puso en la mano de Farlan. La levantó y supo que era un arma bien equilibrada. También era larga y pesada, casi de la misma longitud que la estatura del hombre que se la había dado.

Poniendo su otra mano alrededor del mango para utilizarla en la tradicional empuñadura a dos manos, Farlan retrocedió unos pasos y se colocó en posición de combate.

—Mátame si puedes, hermano, —dijo. —O entrega el mando ahora y te perdonaré la vida.

—Sin cuartel, Farlan, —gruñó Kester, con una sonrisa feroz en el rostro. —Sin cuartel.

Con eso, la claymore levantada en posición alta y cortante, saltó hacia delante. Farlan lo esquivó ágilmente y dejó al paso un corte cuidadosamente controlado en el brazo de Kester. Con un rugido enfurecido que era en parte dolor y en parte sorpresa, su hermano se deslizó hasta detenerse, giró sobre sí mismo y volvió a cargar.

Esta vez, Farlan recibió el ataque de frente. Las espadas chocaron entre sí, resbalando hacia abajo hasta que cada una se apoyó en la guardia del quillón del otro. Los músculos se tensaron mientras ambos empujaban con fuerza.

El mes de trabajo cada vez más extenuante le había venido bien a Farlan. Con un empujón repentino, envió a Kester dando tumbos hacia atrás.

Con la cara roja de ira y la espada en alto, su hermano cargó de nuevo. Farlan podría haber clavado fácilmente su propia arma directamente en el vientre desprotegido de Kester. En el último segundo, sin embargo, dudó. Con la decisión finalmente ante él, Farlan descubrió que no le apetecía acabar con la vida de su propio hermano.

Paró el golpe descendente de Kester y volvieron a chocar las espadas. Sus miradas se cruzaron. Algo pasó por el rostro de Kester. Su boca se levantó en una sonrisa maliciosa.

—Sabía lo de vuestro verdadero padre, como también sabía que no mataste a Nara, —susurró. —Lo supe porque la encontré muerta antes que tú. Muerta en el fondo de aquel acantilado, con padre de pie en el borde, contemplándola.

—¿P-padre? —preguntó Farlan, lo inesperado de la revelación como un golpe en las tripas. —¿Pero por qué?

Con una carcajada, Kester apartó a Farlan de un empujón y volvió a atacar. Esta vez, Farlan retrocedió tambaleándose bajo una furiosa embestida de cortes y estocadas, apenas capaz de defenderse. Maldijo su falta de atención pasajera. Su hermano había conseguido distraerle momentáneamente. Con un esfuerzo feroz, Farlan obligó a sus pensamientos a volver a la tarea que tenía entre manos.

Se lanzó hacia delante, contraatacando con poderosas paradas y estocadas. Durante un tiempo, ambos parecieron igualados.

El repetido tintineo de acero contra acero empezó a congregarse a un público cada vez más numeroso, compuesto ahora, incluso, por hombres Sinclair e incluso algunas mujeres. Por fin Farlan y Kester volvieron a encontrarse. Las espadas rugían mientras ambos se empujaban y luchaban por recuperar el aliento.

—La ma-mató, ¿sabes? —jadeó Kester en voz baja. —La mató porque ella no accedió a casarse conmigo, incluso mi-mientras llevaba todavía un engendro en su vientre. Cuando me lo encontré después, tras oír que iba a reunirse contigo allí cerca de los acantilados, me dijo que os echaríamos la culpa de todo. Tú eras, después de todo, el que habías puesto en marcha su muerte, al atreverte a tomar lo que no era tuyo.

Con un grito de furia, Farlan empujó a su hermano. Kester salió despedido hacia atrás, perdió pie y cayó sobre una rodilla. Esta vez, sin embargo, Farlan no estaba de humor para

retroceder o perdonarle la vida. Se lanzó hacia delante, con la espada en alto para asestarle el golpe mortal.

Kester, estirándose hacia él, alcanzó a Farlan antes de que Farlan le alcanzara a él. Clavó su espada profundamente en la parte inferior de la pierna de Farlan, y luego la retorció para raspar acero contra hueso.

Un dolor atroz estalló en Farlan. Unas luces brillantes centellearon ante sus ojos. Por un instante, todo empezó a volverse gris. Con un esfuerzo sobrehumano, luchó por superarlo, porque tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo o morir. Luchó para tener la suficiente claridad como para bajar su espada, apuntando directamente a Kester.

La claymore cortó tendones y carne, casi separando el brazo izquierdo de Kester de su cuerpo. Su hermano gritó, un sonido estridente y temeroso, y cayó hacia atrás. Cayó hacia atrás para retorcerse de agonía mientras la sangre de su cuerpo se escurría a chorros

Farlan se hundió de rodillas, con su propia respiración áspera y agitada, la pierna ardiendo como el fuego. Y, cuando los guardias de Kester se abalanzaron sobre su antiguo líder, Farlan sintió otras manos sobre él, que lo levantaban. Se volvió, vio la cara de Gavin, luego miró hacia el lado opuesto y vio los rostros de varios otros.

—¿Está... está fi-finalmente acabado? —murmuró, sintiendo como si fuera a ponerse enfermo y a desmayarse simultáneamente.

—Sí, así es, primo, —dijo Gavin, con una sombría sonrisa en el rostro. —Ahora eres el jefe MacBean.

El alivio lo inundó.

—Una distinción dudosa... considerando que nunca quise el trabajo en primer lugar, —susurró, logrando una débil sonrisa.

—Bueno, no importa cómo te sientas al respecto, ahora estás atrapado con nosotros.

Farlan miró hacia abajo y vio la sangre que manaba de su pierna.

—Entonces será mejor que me cautericéis esto enseguida, —dijo, con el dolor intensificando el mareo, —o puede que no me tengáis por mucho tiempo.

—Sí, eso vamos a hacer. —Su primo suspiró. —¿Dónde está Caitlin cuando se la necesita?

Fue una victoria exigua, pero a la que Farlan se aferró durante mucho tiempo después.

Esta vez, cuando por fin apretaron el hierro candente contra su carne, al menos consiguió no desmayarse.

Capítulo 21

Caitlin esperó hasta después de que Blaine y cincuenta de sus hombres se hubieran marchado a última hora de la tarde a caballo. Entonces buscó y encontró a Eógan en el pequeño jardín de hierbas y verduras del castillo.

—Me voy a Dundarave, —le informó rápidamente una vez que se hubo asegurado de que no había nadie cerca que pudiera oírles, —¿me acompañáis?

El hombre mayor se levantó lentamente de la hilera de arbustos de romero que estaba podando, volvió a colocar las tijeras en su caja de herramientas de madera y se quitó el polvo de las manos. Sólo entonces se encontró con su mirada.

—¿Ya os han procurado la aprobación de vuestro hermano para este viajecito, verdad?

—Por supuesto que no. —Ella suspiró exasperada. —Sabéis tan bien como yo que Blaine no lo permitiría. Ahora mismo, probablemente me quiere tan lejos de Farlan como pueda llevarme. Pero no puedo permanecer pasiva mientras Farlan está en peligro. Necesito estar lo suficientemente cerca para que, si me necesita, pueda estar ahí para él.

—¿Para hacer qué? ¿Ayudarle a luchar contra Kester? ¿Ayudarle a convencer al clan de que deben tomarle como jefe? —Eógan sacudió la cabeza. —Lass, lass, no seríais de ayuda. De hecho, seríais peor que un estorbo. Incluso podríais ser la distracción que sería la perdición de Farlan.

—¿Creéis que no lo sé? —A pesar de sus esfuerzos por lo contrario, la impaciencia enervaba su voz. —Pero si consigue desbancar a Kester, Farlan le dijo a Blaine que le esperaría en Dundarave. Y quiero estar allí primero, para poder hablar con Farlan.

El ermitaño la miró con recelo.

—¿Hablar con él de qué?

—¿De qué? Sobre su noble aunque temeraria oferta de entregarse de nuevo a Blaine. —Caitlin hizo una pausa para señalar una enramada de rosas que por fin empezaba a florecer con fragantes flores rosas. —Ven, hablemos allí, lejos de miradas indiscretas.

—Así que pretendes convencer a Farlan de que no cumpla su palabra con vuestro hermano, ¿verdad? —preguntó Eógan una vez que estuvieron sentados en el banco de piedra del emparrado.

—Es la única opción. Si Farlan se convierte en jefe del clan, volverá al redil y estará igualmente sujeto a la proscripción. Y eso pone tanto a él como a Blaine en una posición difícil. Por ley, Blaine estará obligado a ejecutarlo o a entregarlo para que sea encarcelado y juzgado, y luego probablemente ejecutado de todos modos. Sin embargo, si conseguimos ganar algo de

tiempo, es posible que la proscripción acabe levantándose, sobre todo si Farlan, como jefe del clan, puede mantener a su pueblo con vida y alejado de más problemas. Pero tiene que vivir para hacerlo.

—Sí, todo eso es muy cierto. —El ermitaño juntó las manos en su regazo y, por un momento, bajó la mirada. —Aun así, no estoy tan seguro de que lo haga, —dijo luego, volviendo a mirar hacia arriba.

—Si alguien puede convencerle, soy yo.

Eógan rio entre dientes.

—Sí que podéis. —Ladeó la cabeza. —Será peligroso que viajemos solos. No soy el mejor con la espada, ya lo sabéis.

—Puedo manejar una espada pequeña pasablemente bien, además de una daga. —Caitlin sonrió. —Y tengo la intención de viajar como un muchacho, lo que debería simplificar un poco las cosas. Nos vestiremos muy pobremente. Así, pocos tendrán la tentación de intentar robarnos.

—¿Y qué hay de la señora Ailsa? ¿Le contaréis vuestros planes, o no?

Caitlin vaciló, dividida entre su inclinación a mantener el plan en secreto o compartirlo con su mejor amiga y confidente. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía marcharse sin dar explicaciones. Además, una vez que Ailsa comprendiera sus razones, Caitlin sabía que no la detendría.

—Creo que se lo debo a ella y, a través de ella, a Blaine. Después de todo, si Farlan me quiere como esposa, no volveré pronto al castillo.

—Os quiere y no me equivoco. Aun así, no estoy seguro de que acepte casarse con vos. Por muy campechana que seáis, convertirlos en una MacBean os hace tan sujeta a la proscripción como al resto de nosotros. Y Farlan ya se siente responsable, al menos en parte, de la muerte de la primera muchacha que amó.

—Bueno, tratemos un problema a la vez, ¿de acuerdo? —Se puso en pie. —Me gustaría partir dentro de dos horas. ¿Podéis estar listo para entonces?

—Sí.

—Bien. Entonces nos encontraremos en los establos. Mientras tanto, por favor, ocupaos de algo de comida para nuestro viaje. Dile al personal de cocina que tenéis mucho apetito cuando viajas, y estoy segura de que será suficiente para los dos. Afortunadamente, esta noche hay luna llena. Si cabalgamos duro y rápido, deberíamos estar en Dundarave al amanecer.

—Como deseáis, muchacha. Ahora será mejor que os ocupéis de la señora Ailsa.

Caitlin asintió. A pesar de su optimismo anterior, no iba a ser fácil convencer a Ailsa de que la dejara marchar. Pero Ailsa al menos entendía el corazón de una mujer. Y ya era hora, pensó Caitlin, de que se le permitiera seguirlo... adondequiera que la llevara.



Vestida con anodinos pantalones, camisa y una raída chaqueta, el pelo recogido bajo un suave bonete de lana de las Highlands y la cara un poco manchada de tierra, Caitlin consiguió transformarse en un muchacho esbelto pero de aspecto pasable. Ambos consiguieron caballos veloces, capaces de dejar atrás a cualquiera enviado a darles alcance. Guardaban espadas cortas en sus mochilas y llevaban dagas a los lados. Nada les identificaba como de un clan concreto, y menos aún del clan MacKenzie.

A regañadientes, Ailsa dio permiso a Caitlin para ir con Farlan sólo después de que Eógan asegurara a Ailsa que, si Farlan no vivía para llegar a Dundarave, o Kester llegaba allí, utilizaría inmediatamente el pasadizo secreto para llevar a Caitlin de vuelta al castillo. Su despedida, sin embargo, siguió siendo emotiva y llena de lágrimas.

—Blaine se va a enfadar mucho conmigo, —dijo la mujer de pelo castaño mientras se aferraba, llorosa, a Caitlin. —Tal y como están las cosas, ya está furioso con Farlan por haber roto la palabra que le dio. Y ahora dejarte a ti que te fugues c...

Caitlin logró una risa temblorosa.

—Aún podrías verme de vuelta aquí en un tiempo récord. Eógan está convencido de que Farlan no se casará conmigo.

—Conociendo el aprieto en el que se encuentran él y su clan, —replicó Ailsa, sonriendo valientemente a través de sus lágrimas, —yo no me lo pensaría, y esa es la única razón por la que te dejo ir con él.

—¿Por qué? —Caitlin frunció el ceño. —¿Porque estás segura de que me enviará de vuelta aquí cuanto antes?

—Porque es demasiado honorable para casarse contigo sólo para, al hacerlo, poner tu vida en peligro.

—Bueno, de un modo u otro, si aún vive podré verle y hablar con él por última vez. Y eso vale más que el riesgo. —Con suavidad, Caitlin se soltó de los brazos de su cuñada. —Es hora de que nos vayamos, Ailsa.

—Sí, eso parece, —dijo la otra mujer, dando un paso atrás. —Has crecido, muchacha. Me alegro mucho por ti.

—Crecer no es tan fácil como una vez imaginé que sería. —Caitlin hizo una mueca. —En efecto, es muy duro y, a veces, da mucho miedo. No hay garantías de que las cosas salgan como esperas.

—Estamos aquí por si necesitas volver. El castillo siempre será tu hogar y santuario si alguna vez lo necesitas.

Los ojos de Caitlin volvieron a llenarse de lágrimas.

—Lo sé, Ailsa, —susurró.

Dándose la vuelta, se dirigió a su caballo y montó. Luego, mirando a la mujer que se había convertido en su amiga más querida, sonrió.

—Dile a Blaine que le quiero, ¿sí? Si no le veo pronto, quiero decir. Y que tenía que seguir mi destino, seguir el camino al que el Señor me ha llamado a seguir.

—Se lo diré, muchacha.

—Adiós entonces, Ailsa. —Caitlin dio la vuelta a su caballo. —Rezo para que nos volvamos a ver algún día.

—Lo haremos, Caitlin. —Su cuñada sonrió a través de sus lágrimas. Sé que lo haremos.

Con eso, Caitlin miró a Eógan. Él asintió. Dieron sendos golpes a sus caballos en el costado. Como uno solo, los animales se pusieron en marcha a paso rápido. Una vez fuera del puente levadizo y de nuevo en tierra firme, Caitlin impulsó a su montura al trote y luego al galope, y Eógan hizo lo mismo.

Con el sol iniciando su descenso hacia el oeste, se abrieron paso a lo largo del borde más septentrional de Loch Awe. Detrás de ellos, el poderoso Ben Cumberland brillaba a la luz del sol, con sus escarpados picos gemelos, ahora de granito desnudo, al calor del verano. Brillantes retamas amarillas cubrían las colinas y los espinos habían florecido por fin, revistiéndose de delicadas flores blancas.

Caitlin no se atrevió a volver la vista hacia las enormes torres de piedra del castillo. La enormidad de lo que estaba haciendo la había golpeado por fin y sabía que, si miraba hacia atrás, su determinación podría vacilar. Vacilar, y luego desmoronarse, dejándola impotente para resistir la seductora llamada del hogar, de todo lo que hasta entonces había conocido y amado.

Por mucho que amara a Farlan, por mucho que creyera de verdad que éste era el camino que el Señor la llamaba a seguir, también cabalgaba hacia lo desconocido. El viaje a Dundarave era peligroso. Podían no llegar vivos, o al menos ilesos, e incluso si llegaban a salvo, Farlan podría no llegar nunca. De hecho, podría estar ya muerto.

Pero si vivía y llegaba, tampoco había seguridad de que le permitiera quedarse con él o la tomara por esposa. Y eso era lo mejor que podía ocurrir, la abrumaba pensar en lo peor.

Tras varias horas de camino, decidieron que era prudente dejar descansar un poco a los caballos. El sol se había puesto y la única luz ahora era la de la luna llena. Tras pasear un rato a los caballos para refrescarlos, encontraron un pequeño claro al abrigo de los árboles. Mientras los animales bebían hasta saciarse, Caitlin y Eógan se acomodaron en un tronco caído y comieron algo de la comida que Kristy les había preparado tan apresuradamente.

—Vuestro valor, muchacha, —dijo finalmente Eógan, cuando hubo terminado su pan y su pollo asado, —avergüenza al mío. Puede que se os exija aún más en los días venideros.

Caitlin bajó la cantimplora de agua y tragó antes de contestar.

—He estado pensando mucho en eso.

—¿Qué haréis si os envía de vuelta a casa?

Ella bajó la mirada.

—No lo sé. No quiero ni imaginar tal cosa.

—Todo el tiempo, habéis estado muy segura de que Farlan y vos estabais destinados a estar juntos. De que era la voluntad del Señor para los dos. —Se inclinó hacia ella. —Pero, ¿habéis considerado alguna vez que, en cambio, ha sido la voluntad del Señor que ambos estéis juntos sólo durante un tiempo? ¿Para que os enseñéis y aprendáis el uno del otro, con el fin de

acercaros ambos a Dios? ¿Y que, finalmente, cuando hayáis aprendido lo que Él pretendía que aprendierais, haya pasado el momento de que compartáis vuestras vidas?

Sus preguntas pusieron palabras a los temores más profundos de Caitlin, temores que hasta entonces habían sido poco más que una masa agitada de pensamientos y sentimientos confusos. Se obligó a levantar la mirada y encontrarse con la de él.

—Si ésa es realmente la voluntad de Dios, —respondió suavemente, —no sé si tendré la fuerza para soportarlo. Sigo diciéndome que bastará con que Farlan viva y sea aceptado de nuevo en su clan. Que por fin es feliz y ha encontrado la plenitud haciendo algo que vale la pena. Pero... pero no sé si mi amor está a la altura de eso. Y no sé si puedo aceptarlo, incluso si es realmente la voluntad del Señor.

—A veces, —dijo su compañero, —no somos muy buenos separando lo que Dios quiere de lo que nosotros queremos. Y, más veces de las que nos gustaría admitir, en nuestras mentes, y en nuestros corazones, moldeamos las cosas para que parezcan provenir del Señor cuando en realidad no lo son. —Sonrió con tristeza. —Ciertamente he aprendido eso de una manera muy dura y dolorosa. Otras veces, sin embargo, nos aferramos demasiado al viejo y conocido camino, cuando Dios nos está haciendo señas para que tomemos uno nuevo. Uno que nos llevará aún más cerca de Él, si podemos renunciar a nuestros propios deseos, nuestras esperanzas y sueños. Si podemos seguirle hacia algo que, al menos inicialmente, parece oscuro, temible e incluso desgarrador.

Su mirada se suavizó entonces, llena de una compasiva comprensión.

—¿Tenéis el valor, si es necesario y si el Señor os lo pide, de sacrificar ahora a Farlan por un camino diferente al tuyo? ¿Sólo si Dios os lo pide? ¿Aunque las consecuencias para Farlan puedan parecer nefastas?

Caitlin rio, con un sonido quebradizo, inestable.

—¡Eso sí que presentaría un problema si, por encima de todo, Farlan me quiere y de algún modo Dios sigue dejando claro que no debo quedarme con él!

—Estaba pensando más bien en la posibilidad de que si Farlan, a pesar del peligro, estuviera decidido a entregarse de nuevo a la custodia de tu hermano. Y que, al hacerlo, le condujera a la muerte. ¿Podríais aceptarlo? ¿Y podríais perdonar a vuestro hermano por el resultado final?

—Blaine nunca mataría a Farlan —ella sacudió la cabeza con fiereza. —No es esa clase de hombre.

—Pero podría verse obligado a entregarlo a alguien que sí lo haría.

Una furia salvaje la envolvió. Durante un largo momento, Caitlin no confió en sí misma para hablar. Tanto Blaine como Farlan eran hombres de honor. Ese honor, sin embargo, podría obligarles a hacer cosas que, en última instancia, podrían resultar en la muerte de Farlan.

Por mucho que a veces se lamentara de las consecuencias de tan elevados ideales, Caitlin también sabía que el honor era una cuestión de la que nunca podría apartarlos. Ni, a decir verdad, querría hacerlo. El honor era lo que les hacía ser los hombres que eran. Los hombres que ella amaba.

Luchó contra la repentina oleada de desesperación, empujándola hacia los rincones más recónditos de su mente.

—No hay nada que pueda hacer si Farlan decide volver a la custodia de Blaine, —dijo al fin. —Lo único que puedo hacer es luchar con todas mis fuerzas para salvarle, y eso haré. De todas formas, aunque sé que el Señor se saldrá con la suya tarde o temprano, todavía no estoy segura de cuál ha de ser ese camino. Cuando lo sepa, entonces, y sólo entonces, intentaré aceptarlo.

—Eso es todo lo que podemos hacer, muchacha. Sólo tratar de escuchar. Escuchadle con el oído del corazón.

No hubo nada más que decir después de eso. Sin apetito, Caitlin envolvió lo que no había terminado de su comida. Guardaron todo, rellenaron sus cantimploras de agua y volvieron a subir a sus caballos.

Salvo una parada más para refrescar y dar de beber a los caballos, cabalaron durante el resto de la noche. Con las primeras luces del alba, Dundarave apareció a la vista. La puerta principal estaba abierta de par en par y nadie se movía dentro. Fuera cual fuera el resultado final, habían llegado antes que nadie.

Eógan, en caso de que Kester viviera y decidiera buscar santuario aquí, llevó a los caballos por la entrada del bosque hasta el pasadizo secreto de la torre. Caitlin cerró la puerta tras de sí, sabiendo que, si surgía la necesidad, una Dundarave asegurada desde el interior les daría tiempo para escapar. Luego hizo una cama en el parapeto con el plaid de lana que había traído consigo y se tumbó para descansar y esperar el regreso de Eógan.

Cualquier sonido de una fuerza de hombres acercándose, bien lo sabía ella, la despertaría. Una fuerza de hombres que podrían ser los de Kester, Blaine o, si todo iba como ella rogaba, Farlan. Sin embargo, hasta que llegara ese momento, necesitaba dormir y recobrar fuerzas.

Fuerzas para lo que estaba por venir... así sea haga la voluntad del Señor.



A pesar de las súplicas de todos para que descansara al menos un día más antes de partir hacia Dundarave, Farlan no podía dejarse convencer. Hoy era el día en que el Regente cabalgaría a través de Hell's Glen. Hoy era el día en que Blaine MacKenzie esperaría al ataque de los MacBeans contra el Regente y su grupo. Y si hoy no se produjera ningún ataque, lo siguiente debía ser que Blaine dirigiera su atención hacia Dundarave.

Farlan no podía permitirse llegar tarde. Había demasiado en juego. Y, aunque la marcha podría ser más lenta de lo habitual, gracias a su pierna herida, tenía la intención de llegar a su casa a más tardar a media tarde. Una vez allí, podría descansar todo lo que quisiera hasta la llegada de Blaine.

—Deberías haber dicho a los demás adónde te dirigías y por qué, —dijo Gavin, entrometiéndose en sus pensamientos justo en ese momento. —Como nuevo jefe, ahora les debes

más información que antes.

Había sabido que algo se maceraba dentro de su primo. A Farlan sólo le sorprendía que hubiera tardado varias horas en decir por fin lo que pensaba.

—¿Y en serio crees que si les hubiera dicho por qué me ponía en camino hacia Dundarave me habrían dejado marchar? —preguntó Farlan con un bufido burlón.

—Probablemente habría sido mejor para ti que no lo hubieran hecho, —murmuró Gavin. —Este es el plan más descabellado y potencialmente fatal que jamás hayas ideado. Por no mencionar que ahora tienes una obligación aún mayor con el clan de mantenerte con vida.

—Sí, eso ya lo sé. —Farlan suspiró. —Pero di mi palabra, primo. ¿Y de qué valgo como jefe del clan si falto a mi palabra?

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo contigo. Pero la proscripción lo trastoca todo. Y yo digo que la primera lealtad debe ser siempre hacia el clan.

—¿Crees que no he pensado mucho en esto? —Lanzó a Gavin una mirada afilada. —Incluso ahora, me pregunto si estoy haciendo lo que realmente es mejor. Pero es algo más que dar mi palabra. Es...

—¡Vaya, pues yo sé qué más hay en juego aquí! —Ahora había ira en la voz del bardo. —Es Caitlin, ¿verdad? Te imaginas que si sigues arrimándote a su hermano, aún hay forma de ganarla para ti... Admítelo, Farlan. Aún estás dispuesto a arriesgarlo todo, incluso el clan, para tenerla.

—Sí, la quiero, —sentenció Farlan, —pero honrar mi palabra no es amoldarme a Blaine MacKenzie. Hago lo que hago únicamente porque es lo correcto. Además, con la situación de vida o muerte en la que se encuentra el clan MacBean ahora mismo, él nunca me la entregaría. Hacerlo sería condenarla a nuestro destino. Y ese es un destino muy triste.

—Eso es lo primero que has dicho que tiene sentido. Aun así, este plan tuyo es una tontería y probablemente hará que nos maten a los dos. Ya no eres un hombre desterrado, lo sabes. Y eso te convierte en un hombre tan marcado como yo.

—Soy muy consciente del peligro. —Farlan miró a su primo. —Tal vez sea mejor que te des la vuelta ahora y regreses a Ben Vorlich. No tiene sentido que muramos los dos.

—No. —Gavin sacudió la cabeza. —Soy tan culpable del estado en que nos ha metido el rescate de Kester como tú, no te abandonaré.

—Aun así, si Blaine está dispuesto a dejarme asumir el castigo por los dos, quiero que vuelvas al clan. Necesitarán saber qué me ha pasado y por qué. Sin embargo, no deben culpar a Blaine MacKenzie por ello. Esto no es obra suya, me pase lo que me pase. Es cosa mía, y sólo mía.

Su primo soltó una carcajada estridente.

—¡Vaya, y bien que sé de quién es la culpa! ¿Pero qué importará? Estarás muerto y volveremos a quedarnos sin jefe.

—Un mal jefe es peor que no tener jefe, —replicó Farlan, empezando a cansarse de esta discusión en particular.

—Sí, estoy seguro de que lo verán así mientras deambulan por ahí, sin líder, sin idea de qué hacer a continuación.

Farlan no dio más respuesta, así que se sumió en el silencio. A su lado, Gavin echó humo durante un rato y luego se tranquilizó durante el resto del trayecto hasta Dundarave. Los hitos familiares que indicaban que se acercaban a la casa de la torre tardaban demasiado en acercarse para Farlan. Aunque habían paseado a los caballos casi todo el camino, su pierna herida había empezado a palpar ferozmente hacía varias horas. Ansiaba descansar un rato.

Cuando coronaban la última colina, Dundarave apareció a la vista. Lo primero que llamó la atención de Farlan fue la puerta principal cerrada. Era casi como si alguien ya estuviera allí y hubiera tomado posesión de la torre, ¿pero quién? Seguramente no Blaine MacKenzie. Farlan dudaba que el Regente hubiera cabalgado a través de Hell's Glen al amanecer, sino más bien a media mañana como muy pronto. En cualquier caso, Blaine y sus hombres no podían haber recorrido la distancia entre Hell's Glen y aquí con tanta rapidez.

—Quédate aquí mientras me acerco, —dijo Farlan, refrenando su caballo dentro de un grupo de árboles a varios cientos de metros de distancia. —Puede que la puerta se haya cerrado de algún modo por sí sola, pero es mejor que tengamos cuidado. Si hay alguien en Dundarave, con toda seguridad no puede ser Blaine MacKenzie.

—Entonces, ¿estás pensando que en su lugar podría tratarse de forajidos u otros que pretendan hacernos daño?

Farlan se encogió de hombros.

—Podría ser cualquiera y pretender cualquier cosa. Sin embargo, no tiene sentido que ambos caigamos en una trampa, si es que realmente es una trampa.

—Como quieras. —Gavin retiró bien su caballo hacia la sombra de los árboles. —Pero si te tienden una trampa y necesitas ayuda, sólo tienes que llamar y acudiré.

—Sé que lo harás. —Farlan sonrió. —Si no estoy contento con quien me encuentre dentro, puedes estar seguro de que me largaré de allí a toda prisa. Así que prepárate para acompañarme si eso pasa.

Ante el gesto afirmativo de su primo, Farlan impulsó a su caballo hacia delante. Sólo se detuvo cuando estuvo lo bastante cerca como para que le pudieran oír, pero lo bastante lejos del alcance de una ballesta o pistola.

—¡Hola! —gritó. —¡Quienquiera que esté ahí, que dé la cara!

Durante lo que parecieron varios minutos pero que probablemente fueron la mitad en el mejor de los casos, nadie subió a los parapetos ni respondió. Entonces, justo cuando Farlan estaba a punto de hacer un último intento antes de bajar a caballo para comprobar la puerta, un hombre canoso y barbudo asomó la cabeza. A su lado asomó un muchacho.

Había algo familiar en ambos. Farlan hizo una señal a su caballo para que avanzara lentamente hacia la casa de la torre. Entonces, al reconocer a Eógan, los latidos de su corazón se aceleraron.

Con un grito, el muchacho desapareció de repente, pronto seguido por el ermitaño. Farlan instó a su montura a avanzar a paso rápido. Justo cuando se detuvo a varios metros de la puerta,

ésta se abrió lentamente. Desmontó torpemente, haciendo una mueca de dolor cuando su pierna herida tocó tierra. Entonces, por si acaso Eógan y el muchacho no estaban solos, y tal vez incluso los tenían prisioneros, desenvainó su claymore.

La puerta sólo estaba medio abierta cuando el muchacho se deslizó a través de ella y salió corriendo, dirigiéndose directamente hacia él. Era esbelto, con el rostro terso y enrojecido por un tono rosado que le iba bien. Farlan parpadeó, sin acabar de creer lo que le decían sus ojos y su corazón.

Allí estaba, con lágrimas en sus hermosos ojos verdes azulados, su nombre en los labios, sus brazos alzándose para rodearle el cuello mientras se arrojaba sobre él.

—Farlan. ¡Oh, Farlan! —gritó Caitlin, con la mirada rebosante de alegría. —Has ganado, has sobrevivido. Oh, gracias al Señor. ¡Gracias al Señor!

Se quitó la gorra de la cabeza, y el grueso cabello de ébano cayó sobre sus hombros y espalda, como una cascada.

Acunando su cara entre las manos, Farlan se inclinó y la besó. La besó con ternura, pero con un anhelo alegre y hambriento. La besó hasta que ambos se quedaron tan sin aliento que tuvieron que parar.

—¿Qué haces aquí, muchacha? —preguntó al fin, con voz ronca. —¿Y cómo ha llegado tu hermano tan rápido?

—Blaine aún no ha llegado. —Caitlin le sonrió. —Sólo estamos Eógan y yo. Una vez que Blaine y sus hombres marcharon hacia Hell's Glen, Eógan y yo nos pusimos en camino. Viajamos toda la noche para llegar a tiempo.

—¿Has hecho todo este camino sólo con Eógan como protección? —Al darse cuenta del peligro, la ira de Farlan hirvió. —¿Estáis locos? Podrían haberos matado... ¡o algo peor!

Se rio.

—Por eso nos vestimos tan pobremente, y yo vine como un muchacho. Y ambos teníamos espadas, por si las hubiéramos necesitado.

Expulsó un largo y exasperado suspiro.

—Uf, pero tu hermano se va a poner lívido cuando llegue y os encuentre aquí. ¿Y por qué razón has hecho esto, muchacha? No tiene sentido, ni siquiera para alguien tan impulsiva y testaruda como tú.

—Sí, probablemente pensarías que no tiene sentido. —Caitlin soltó los brazos y dio un paso atrás. —Pero lo hice porque no podía soportar quedarme atrás y esperar. No sabía si sobrevivirías a la lucha con Kester o no, pero en caso de que lo hicieras, quería estar aquí cuando llegaras. Estar aquí para hablar contigo.

Farlan la miró con cautela.

—¿Hablar conmigo de qué?

—¿Y eso es todo lo que vas a hacer? —Ella sacudió la cabeza. —¿Hacerme preguntas y mirarme con recelo? Por un momento pensé que te alegrabas de verme.

—Me alegro de verte. Pero eso no tiene nada que ver con mi preocupación y confusión sobre por qué estás aquí. —La cogió por ambos brazos y tiró de ella hacia sí. —No tiene sentido, Caitlin. Ningún sentido en absoluto.

—Bueno, para mí tiene sentido. —Con un destello de fuego en los ojos, lo miró con furia. —He venido a convencerte de que te vayas de aquí antes de que llegue mi hermano. Quedaros os coloca a los dos en una posición insostenible. Una posición en la que no saldrás vencedor, y mucho menos vivo.

—Lo sé, —respondió Farlan en voz baja, —pero di mi palabra.

—Prefiero tenerte vivo y haciendo lo que es sensato, que muerto y cumpliendo una promesa inútil. Apostaría a que Blaine preferiría no encontrarte aquí. Le conozco, y carece de estómago para verte encarcelados de nuevo, o muerto.

—No importa. Yo...

—Shh. —Ella le puso un dedo en los labios. —Escúchame. Te amo, Farlan MacBean, quiero ser tu esposa, y Eógan es sacerdote. Él puede casarnos. Entonces podremos irnos, ir a donde debamos. Pero al menos estaremos juntos. Juntos, como siempre hemos estado destinados a estar.

Mirándola fijamente a los ojos ansiosos y esperanzados, Farlan se esforzó por comprender todo lo que le había dicho. ¿Caitlin quería casarse, ser su esposa? Sólo la consideración de tal hecho hizo que su pulso se acelerara con una vertiginosa alegría.

Pero faltar a su palabra, marcharse, incluso con ella a su lado, no solucionaría nada. Sólo sería doblemente culpado por su hermano. Y doblemente condenado, si la sentencia de muerte del clan no era ya suficiente.

—No puede ser, muchacha, —respondió Farlan suavemente. —No te llevaré como esposa. No puedo ser tan egoísta, ni pensar sólo en mis propios deseos. Por muy jefe de clan que sea ahora, no tengo nada de valor que ofrecerte.

—Tu amor es más que suficiente para mí. —Caitlin le miró implorante. —No me importan las dificultades. No me importa casarme con un clan proscrito. Te quiero, y tú me quieres. Blaine lo entenderá. Una vez que nos casemos, no tendrá más remedio que entender. No tendrá más remedio que liberarte de vuestro acuerdo, dejarte libre. Serás mi marido después de todo, y él me ama. Tendrá que dejarte marchar.

Esa era, en efecto, una gran posibilidad, pensó Farlan. Y solucionaría muchas cosas. Al fin tendría a Caitlin y sería libre para volver a su clan, para ser el jefe que tan desesperadamente necesitaban. Pero eso no sería correcto, y menos aún honorable. Ni siquiera el amor justificaba el deshonor y el engaño.

—Sí, en tales circunstancias, tu hermano probablemente se sentiría obligado a dejarme marchar, —dijo, —pero tu hermano me ha tratado mucho más generosamente de lo que merezco. De hecho, incluso me ha dado su confianza. A cambio, no está bien que ahora le obligue, ni que le manipule, a liberarme por amor a ti. Por no mencionar que tal acto podría ser en última instancia su perdición. ¿Quieres que me arriesgue a eso? ¿Arriesgarlo a él, y tal vez incluso a tu familia, para satisfacer nuestras necesidades?

Farlan vio el momento preciso en que la derrota la golpeó. Los hombros de Caitlin se hundieron.

Las lágrimas brotaron y resbalaron por sus mejillas.

—Pero no es ju-justo, —gritó, sollozando. —¡Simplemente no es ju-justo! ¿No vamos a tener nunca una oportunidad de ser felices?

—Oh, lass, lass, —canturreó él, tirando de ella hacia sí mismo para estrecharla fuertemente entre sus brazos. —¿No fuiste tú quien me dijo una vez que había que hacer lo correcto sin importar el coste para uno mismo, o que no había ser que valiera la pena salvar?

Resoplando, Caitlin le miró.

—Te gusta eso, ¿verdad? Volviendo mis palabras contra mí siempre que puedes.

Se rio entre dientes.

—Sólo porque rara vez puedo hacerlo. —Farlan le tocó la mejilla. —Oh, lass, hemos hecho todo lo posible para arreglar las cosas. Ahora está en manos del Señor...

El sonido del golpeteo de cascos se elevó en el aire. Farlan soltó a Caitlin y se volvió. Allí, justo en la cresta de la colina, había un gran grupo de jinetes.

—¡Cumberland! —llegó el grito de batalla de los MacKenzie.

Farlan miró a Caitlin.

—De una forma u otra, parece que nos acaban de quitar la decisión. No hay nada más que podamos hacer. Ya viene tu hermano, muchacha. Viene a por mí, y aunque aún no lo sepa, también viene, una vez más, a por ti.

Capítulo 22

Como Farlan había temido, la mirada de Blaine MacKenzie, cuando cabalgó hacia ellos y reconoció quién estaba al lado de Farlan, era mucho más premonitoria que alentadora. Dos hombres cabalgaban a su lado. A uno Farlan lo reconoció como el tanista de los MacKenzie, Nial MacKenzie. Al otro no lo había visto nunca.

—Si la expresión de tu hermano sirve de indicación, —murmuró, —oirás pronto el final de esta escapada tan poco aconsejable.

A su lado, Caitlin soltó un bufido de desdén.

—Blaine ladra más que muerde. —Y no es como si yo no hubiera sido la fuente de su ira una o dos veces en el pasado.

—¿Sólo una o dos veces? —Farlan rio suavemente. —De algún modo, me cuesta creerlo.

—Cree lo que quieras. Al menos, puede que sea indulgente contigo. Después de todo, honraste tu palabra de entregarte a él.

Entonces no hubo nada más que decir. Blaine detuvo su caballo y desmontó. Sus largas zancadas le llevaron rápidamente hasta situarse ante ellos.

Miró fijamente a su hermana.

—¿Qué estás haciendo aquí? La última vez que te vi, aún estabas en el castillo.

Para su propia incredulidad, Caitlin no se encogió ante la mirada fulminante de su hermano.

—He venido con la esperanza de convencer a Farlan de que se case conmigo y luego huyamos, —respondió. —Sin embargo, siendo hombre testarudo como es, se negó, alegando un compromiso previo contigo.

—Entonces mostró más sensatez que alguien como tú. Pero ya hablaremos de eso más tarde.

Ella sonrió con dulzura.

—Estoy segura de que lo haremos, hermano.

—Así que, MacBean, —dijo entonces Blaine, volviéndose hacia Farlan, —por fin sois jefe del clan.

—Sí, —respondió Farlan con un movimiento de cabeza. —Por si sirve de algo. Aún os debo once meses más de servicio, si es que estáis dispuestos a permitirme vivir.

—Ese poder, en última instancia, no reside en mí. —El jefe MacKenzie se dio media

vuelta e hizo un gesto a sus dos compañeros para que se adelantaran.

Farlan observó cómo el Nial MacKenzie saltaba ágilmente de su caballo y se apresuraba a ayudar al otro hombre. El desconocido parecía tener unos treinta años, era alto, moreno, con una nariz larga y estrecha de punta bulbosa, labios finos y un bigote y barba ralos. Vestía un jubón negro bordado con mangas decoradas con trenzas, calzón acolchado con medias de seda de cuerpo entero y zapatos de cuero fino. Una capa corta, negra y bien confeccionada le cubría los hombros, y un pequeño sombrero plano de terciopelo con un exuberante adorno de plumas remataba su cabeza en un alegre ángulo.

Éste era un hombre de riqueza y posición, pensó Farlan. Y no era de las Highlands. El comportamiento respetuoso de Blaine MacKenzie y su media reverencia cuando el hombre se acercó no hicieron más que confirmarlo.

—Mi señor, —dijo el jefe MacKenzie al desconocido que, incluso antes de ser presentados, Farlan ya había conjeturado que era el Regente de Escocia para el infante rey Jaime, —éste es el hombre responsable de evitar el posible desastre de hoy.

Blaine se volvió entonces hacia Caitlin, que también había reconocido por fin al noble y le hizo una apresurada reverencia, y Farlan.

—Farlan, éste es el primer conde de Moray, James Lachlan, Regente de Escocia.

De nada servía la descortesía, Farlan lo sabía bien, aunque aquel hombre hubiera sido quien firmara la proscripción y pusiera en marcha la horrible retribución contra su clan. Se dijo a sí mismo que, además estaba rindiendo respeto al cargo incluso más que al hombre. Se inclinó.

—Mi señor, —dijo mientras se enderezaba.

—Parece que estoy en deuda con usted, muchacho, —respondió el Conde. —La verdad sea dicha, nunca hubiera esperado tal misericordia de un MacBean. No en estos días, al menos.

—Aún quedan algunos hombres de honor vivos y sanos en el clan, mi señor. Y podríamos demostrároslo si alguna vez estuvierais dispuesto a considerar levantar la proscripción.

A su lado, Caitlin aspiró un suave jadeo y le apretó la mano. Farlan sabía que bordeaba el límite de la presunción, si no de la audacia absoluta, al enfrentarse tan osadamente al Regente por el castigo que había impuesto al clan MacBean. Sin embargo, ya no tenían nada que perder.

El humor brilló en los ojos del Regente.

—¿Y estás debidamente designado para hablar en nombre del clan, muchacho?

—Sí. —Farlan se encontró con la penetrante mirada del otro hombre, muy consciente de su bien conocida astucia y perspicacia política, y de que podría estar andando por sí mismo hacia el camino de una perdición segura. —Así es. Desde la pasada víspera, ahora soy el jefe MacBean.

El conde arqueó una ceja oscura.

—¿Ah, sí? Vaya, el clan ha pasado por unos cuantos jefes últimamente, ¿no es así? Pero queda una pregunta candente. ¿Es uno mejor que otro? ¿Es uno más honorable que el otro?

—Puedo dar fe del honor y la honradez de Farlan, mi señor, —intervino entonces Blaine MacKenzie. —De hecho, no estaría aquí esperándome si careciera de cualquiera de las dos cosas.

Y eso, sin saber cuáles serán las consecuencias, o si siquiera vivirá para ver otro día.

El Regente inclinó la cabeza para mirar brevemente a Blaine. El respaldo me sorprende. Creía que el clan MacKenzie estaba decidido a eliminar al clan MacBean. Además de unas pequeñas vacaciones, esa es parte de la razón de mi visita al Conde de Argyll, ya sabéis. Para discutir la distribución de las tierras de los MacBean. Tierras que Argyll aparentemente cree que deberían serle concedidas.

—No puedo hablar de los deseos de los Argyll MacKenzie, mi señor, —respondió tajante el hermano de Caitlin. —Sin embargo, no tienen necesidad de apoderarse de las tierras de otros clanes.

—A pesar de ello no escatimasteis esfuerzos en capturar y encarcelar al último jefe de los MacBean. ¿Por qué?

—Kester MacBean estaba íntimamente implicado en el asunto MacNab. Probablemente incluso más que su Sire, si las historias son exactas. Él, al menos en mi mente, representaba la verdadera razón de la proscripción. Y la razón por la que me pareció mejor separar a toda prisa a un loco tan peligroso y sin principios de su clan, tanto como de todos los demás montañeses.

—Pero no a éste, —dijo el regente, señalando a Farlan. —¿A éste lo veis de otra manera?

—Sí, mi señor. Muy diferente.

—Bueno, en ese caso, —el Regente se encogió de hombros al encontrarse con la mirada de Farlan, —parece que venís muy recomendado, muchacho. Y, dado que tengo poco gusto por el asesinato legalmente sancionado de cualquiera de los míos, estoy dispuesto a daros una oportunidad. Una oportunidad de salvar a vuestro clan.

El corazón de Farlan dio un gran bandazo antes de reanudar un latido regular aunque mucho más rápido en su pecho. ¿Había oído bien? ¿Era eso posible?

—¿Exactamente cómo se me permitiría llevar a cabo tal oportunidad, mi señor? —preguntó, teniendo el mayor cuidado con sus palabras, incluso cuando Caitlin le dio un fuerte y emocionado apretón de su mano.

—¿Cómo si no? Si prometéis mantener un estricto control sobre vuestro clan de ahora en adelante, yo a mi vez prometo levantar la proscripción sobre el clan MacBean. Pero no quiero más rencillas asesinas, ni robar el ganado de otros clanes, ni otros incidentes desagradables por el estilo. ¿Es eso algo que creéis que podríais manejar?

—Lograré eso y más, mi señor, o moriré en el intento.

Durante un largo momento, el Regente miró a Farlan atentamente. Luego, asintió.

—Sí, creo que lo haréis, muchacho. —Se volvió hacia Blaine. —Ya es hora de que parta hacia Inveraray. Argyll no se alegrará de oír que no se hace con las posesiones de los MacBean, pero las tierras de ese hombre ya son lo bastante ricas. Envíe conmigo a uno de sus hombres, pues una vez en Inveraray, necesitaré redactar un documento para el muchacho de aquí, poniendo fin oficialmente a la proscripción. Una vez que esté firmado y sellado, vuestro hombre podrá llevárselo.

Blaine asintió.

—Será como pedís, mi señor. —Miró a Nial, que asintió, se dio la vuelta y regresó con sus hombres.

Farlan se inclinó ante el Regente.

—Las palabras son insuficientes en un momento como éste, pero, no obstante, os doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Sois un hombre muy misericordioso y amable. El clan MacBean nunca lo olvidará.

—Sólo os devuelvo el favor que me concedisteis vos en primer lugar, al evitar mi posible asesinato. —El Regente sonrió sombríamente. —No es el primer intento, ya lo sabéis, ni probablemente será el último. Necesito toda la lealtad que pueda reunir.

—Tenéis la del clan MacBean, mi señor, —dijo Farlan. —Lo juro.

—Bien. —El Regente hizo una señal para que le trajeran su caballo. —Ocupaos de mantener bien contenido a ese revoltoso clan suyo. Y haréis bien, de paso, en mantener la estrecha alianza que ya habéis empezado a construir con los MacKenzie.

Farlan asintió.

—Haré lo que pueda, mi señor.

Contemplan en silencio cómo el conde montaba a caballo, ofreció un último saludo y luego, acompañado por un nutrido grupo de sus propios criados, se alejaron cabalgando. Una vez que se perdieron de vista, Caitlin lanzó un grito de alegría y rodeó a Farlan con los brazos, le dio un abrazo feroz y luego corrió hacia su hermano e hizo lo mismo.

—¡Oh, qué día tan maravilloso! —gritó. —¿Os lo podéis creer?

Soltó a Blaine y se apresuró a coger las dos manos de Farlan.

—Más aún, ¿puedes creerlo? ¡La proscripción ha terminado! ¡Tú y el clan sois hombres libres una vez más!

—Bueno, eso no es exactamente cierto, —ofreció Blaine con humor seco desde detrás de ellos. —Todavía está el pequeño asunto de la servidumbre de Farlan hacia mí. Firmó un documento legal a tal efecto, ya sabéis.

Caitlin soltó las manos de Farlan y giró sobre sí misma. —Pero ahora no puedes obligar a Farlan a eso. Es el jefe del clan MacBean. Necesita estar con su gente, ¡no arando algún campo o limpiando algún establo para ti!

—Calla, Caitlin, —dijo Farlan, tomándola del brazo para acercarla suavemente a él. —Es un pequeño asunto, en todo caso. El trabajo, quiero decir. Lo que importa es que cumpla la promesa que hice, y eso haré.

Blaine se rio entre dientes.

—Por supuesto, aunque no tengo ningún inconveniente en que el jefe de los MacBean trabaje para mí, soy un poco contrario a que lo haga mi futuro cuñado.

Miró a Farlan y a Caitlin, que en ese momento estaban con la boca abierta. —Ése es mi regalo de bodas para vosotros dos. ¿O sois los dos tan lentos de mente que aún no lo habéis razonado?

Farlan fue el primero en recuperar sus aturridos pensamientos.

—Em, ni siquiera he pedido aún permiso para cortejar a Caitlin, y mucho menos le he propuesto matrimonio.

—Bien, entonces sabed que tenéis mi permiso, —dijo Blaine. —Ahora, te sugiero que le propongas matrimonio cuanto antes. Ella no es de las que esperan eternamente, ya sabéis.

—Oh, sí lo soy, —dijo Caitlin, echando los brazos al cuello de Farlan. —Yo esperaría eternamente por alguien como él.

—Bueno, nunca te haría esperar tanto, dulce muchacha.

Farlan tiró de ella hacia él. Sus ojos ardían de lágrimas traidoras, pero no le importó. Si algún día era para llorar, era éste. Pero lágrimas de alegría, no de tristeza. Lágrimas de victoria, no de derrota. Lágrimas de gratitud... por la infinita misericordia y amor de Dios.

—Sé que he rechazado repetidamente las ofertas para casarme contigo, —dijo, con la voz ronca y baja por la emoción. —Pero te lo pido ahora. ¿Serás mi esposa, muchacha? ¿Te quedarás aquí conmigo en Dunderave y me ayudarás a reconstruir mi hogar? ¿Y serás amiga, hermana y madre de mi clan?

—Sí, —susurró ella, —seré eso y más. Aunque tengo una cosa que pedirte.

—Pídelo y será tuyo, dulce muchacha.

Se volvió hacia donde Eógan se había acercado para situarse unos metros detrás de ellos.

—Quiero que tu padre nos case. No aceptaré a ningún otro.

Farlan inspiró profundamente. Luego, desprendiéndose de ella, giró sobre sí mismo y caminó al encuentro del ermitaño.

Eógan le observó, con su mirada tranquila, pero al mismo tiempo resignada, aceptando.

—Le diré que me niego a hacerlo, —dijo, —si eso es lo que queréis. No me interpondría entre vosotros dos por nada de este mundo.

—Ya lo sé. —Por última vez, Farlan luchó contra su persistente dolor y resentimiento y, por fin, los venció. —Hoy, sin embargo, comienza mi nueva vida. Una nueva vida que sólo ha sido posible gracias al amor y la fe de personas que creyeron en mí y nunca perdieron la esperanza. Y vos fuisteis, y sois una de esas personas.

—Hemos perdido tanto, nos ha pasado el tiempo de largo, —murmuró Eógan. —Lloro eso. Lo lamento con todo mi corazón.

—Yo también. —Una sonrisa se dibujó en una esquina de la boca de Farlan. —Pero, si el Señor quiere, aún nos queda mucho tiempo. Tiempo que me gustaría mucho pasar contigo a mi lado. Necesitaré toda la sabiduría de tus años para que me aconsejes, después de todo, si quiero llegar a ser un digno jefe de clan, te necesitaré a mi lado como mi mentor. Como mi padre.

Ante las últimas palabras de Farlan, Eógan rio.

—Ese es un papel en el que he tenido poca práctica. Tengo mucho que aprender para ser un buen padre para vos, muchacho.

—Y yo en ser vuestro hijo, pero podemos aprender juntos. —Farlan le tendió la mano. — Me gustaría mucho intentarlo.

Su padre le agarró el brazo, del codo a la mano.

—Como a mí.

—Entonces, ¿es seguro asumir que vosotros dos finalmente habéis llegado a algún tipo de paz? —preguntó Caitlin, uniéndose a ellos. —Porque si vosotros dos no podéis llevaros bien, ¿qué esperanza hay para el resto de vuestro clan?

—Ninguna en absoluto, supongo. —Farlan soltó el brazo de su padre y se volvió para mirarla. —¿Por qué te imaginas que acabo de reconciliarme con él?

—Uy, has hecho las paces por algo más que por el bien del clan, Farlan MacBean, —dijo ella, riendo. —Te conozco demasiado bien para eso.

La estrechó entre sus brazos, saboreando la sensación de sus suaves curvas de mujer apretadas ahora tan posesivamente contra él. Sabiendo, por fin, que tenía todo el derecho a hacerlo, que por fin ella era suya. Y se sentía bien. Muy, muy bien.

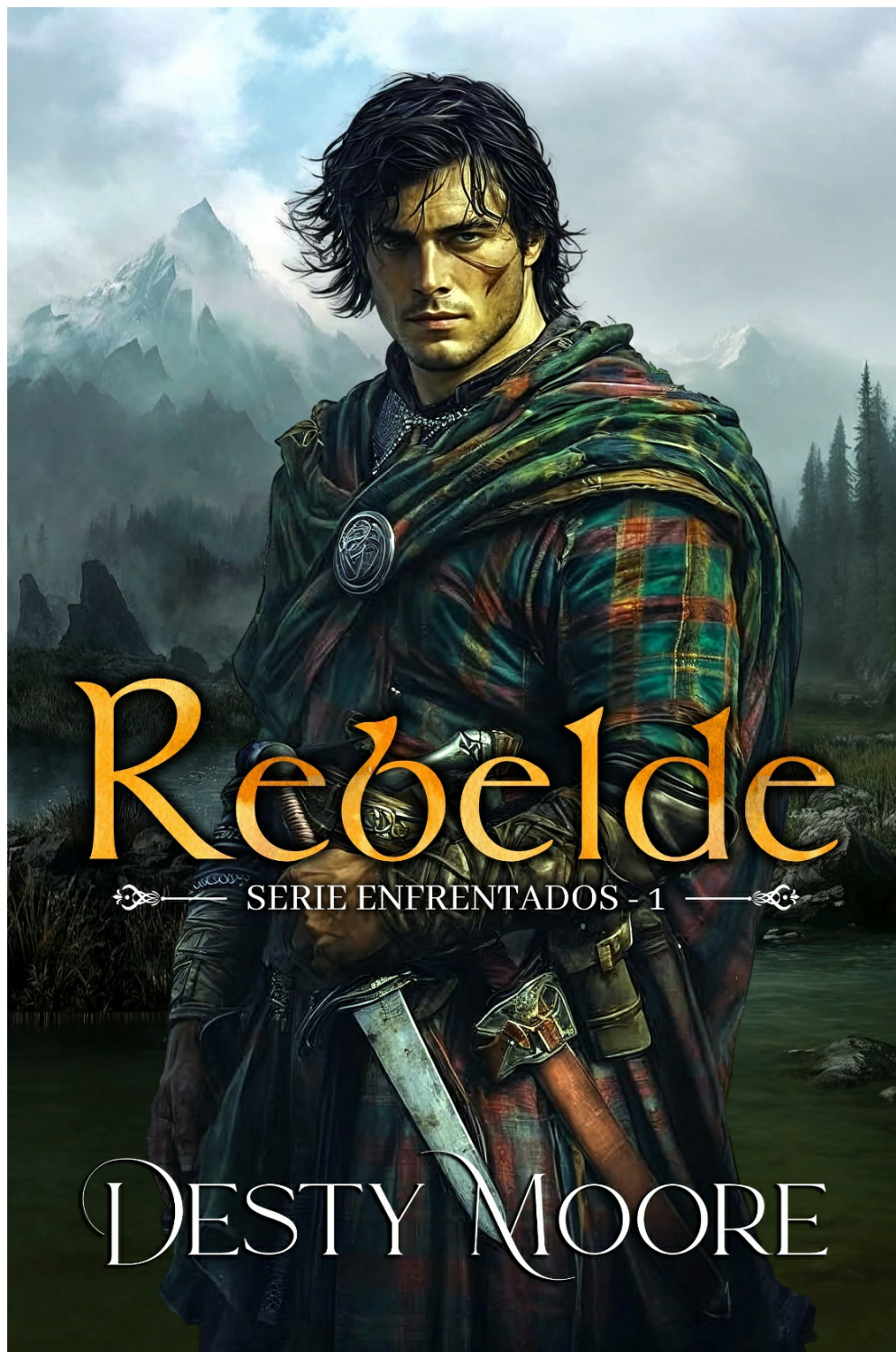
—Sí, siempre me has conocido como el bribón que soy, —dijo Farlan, con la voz tensa por la emoción. —Y yo te conocí a ti como eres. Siempre, desde el primer momento en que te vi.

Caitlin sonrió, con la mirada rebotante de amor.

—Siempre lo hiciste, llegando a lo más profundo de mi alma.

Enfrentaodos

Siguiente serie de la autora



Rebelle

— SERIE ENFRENTADOS - 1 —

DESTY MOORE

Rebelde

Se vieron forzados a contraer matrimonio, pero nadie podría obligarles a enamorarse

Tras la batalla de Culloden Moor, Escocia se divide en dos y Caitlin McFarlane pasa a ser considerada una traidora ante Inglaterra. Ahora, tras la muerte de buena parte de su familia, no solo será despojada de su hogar y verá hecho prisionero a su hermano pequeño, sino que tendrá que contraer matrimonio con un aristócrata escocés leal a la corona, borracho, vividor y cobarde.

El nuevo marqués de Lockhart es considerado un petimetre derrochador, pero Liam MacTavish esconde un peligroso secreto que debe mantener oculto a toda costa. Sobre todo, a su nueva esposa, una mujer que despierta un deseo traicionero en su ser y que podría poner en peligro su vida.

¿Podrá mantener apartada a Caitlin para que no descubra sus secretos?

Notas

^[1] Es un arpa celta de estructura triangular tradicional de las naciones celtas del noroeste de Europa. Se conoce como cláirseach en irlandés y clàrsach en gaélico escocés,

^[2] El daggs es una antigua arma de fuego, antecesor del mosquete. Los modelos más antiguos de armas de fuego se remontan al siglo XIV.

^[3] La tanistría era un sistema gaélico utilizado en la Edad Media para heredar títulos y tierras. En este sistema, el tanista era el cargo de primer heredero, o segundo al mando, entre las dinastías patrilineales gaélicas de Irlanda y Escocia, para la sucesión a la jefatura o al trono